This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

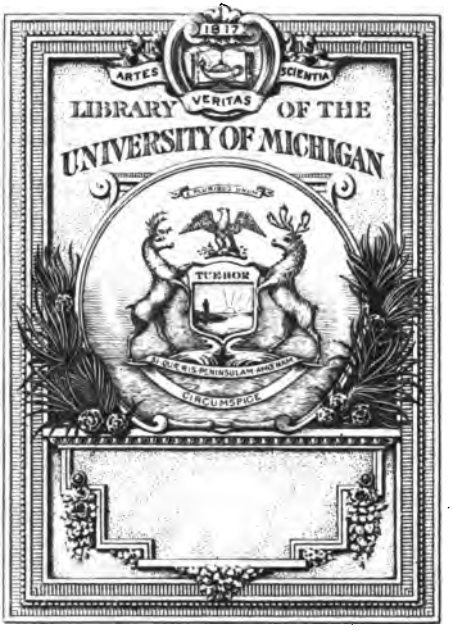
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

F
2845
.C31

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

EL CLERO ARGENTINO

de 1810 á 1830

TOMO II

ALOCUCIONES Y PANEGÍRICOS

BUENOS AIRES

Imp. de M. A. Bosch, Moreno 425

1907

F
2545
.C21
v.2

Lib. Sp. 27
Bartlett
6-10-43
48182

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL R. P. FRAY JOSÉ ZAMBRANA EN LA APERTURA DE LA ACADEMIA DE MATEMÁTICAS DE BUENOS AIRES, EL 13 DE SETIEMBRE DE 1810.

Exmo señor:

La insinuación de V. E. es un precepto que me obliga á manifestar en el acto mi ignorancia; pero hará resaltar tambien mi obediencia y patriotismo.

La augusta inauguración que acaba de autorizar V. E., nos proporcionará en los caballeros jóvenes que van á cursar la Academia, hombres útiles á la patria y en los valerosos defensores de Buenos Aires, que forman la oficialidad de nuestras tropas, unos héroes verdaderos

Un buen oficial, señor excelentísimo, es digno del aprecio del universo.

Es el alma de la tropa.

Para serlo debe estar adornado de tres dotes esenciales—probidad, valor y sabiduria. Sin la primera no merece ser ni hombre; el segundo sólo lo hará temerario y los tres enlazados lo colocarán en el templo de la inmortalidad.

Yo espero que nuestra oficialidad, tan ejemplar como valerosa, aprovechará la ocasión que le franquea V. E.

de adquirir los conocimientos que supone el cíngulo militar. Si no los poséen todos es porque el despotismo ha tenido por sistema conservarlos en la ignorancia, para gobernarlos, permítaseme decirlo, como bestias. Ya desapareció ese monstruo, y harán ver los Patricios de Buenos Aires, que son para todo, si les proporcionan medios de instruirse.

Nó; no se dirá de la oficialidad de este continente lo que la justa crítica del *Duende de los ejércitos* echa en cara á la actual de la Península. No serán sus conferencias sobre el juego ó galantéo; y el estímulo con que se excitarán mutuamente, los hará progresar hasta la admiración, en breve tiempo.

Me parece que V. E ha hallado la piedra de toque para conocer en cada uno de nuestros oficiales los quilates de patriotismo; y puede qne la desidia ó aversión con que alguno mire este establecimiento, haga ver que era un poco de escoria sahumada. El aprecio que hagan del estudio, manifestará el que hacen de la noble profesión de la milicia; y el que desprecie aquel, no está de ésta muy contento y debe abandonarla. No me persuado llegará este caso, antes bien, creo que los sudores del sábio profesor, que va á dirijir esta Academia, el celo del señor vocal, que la protege, y la autoridad de V. E, que premiará á los aprovechados y castigará sin vacilación á los desidiosos, harán que sea Buenos Aires la admiración de ambos mundos por su ciencia militar, como lo es ya por su valor y patriotismo.

He dicho.

ALOCUCIÓN

Ó ARENGA PATRIÓTICA QUE PARA LA APERTURA DE LA NUEVA ACADEMIA DE DIBUJO PRONUNCIÓ EL 10 DE AGOSTO DE 1814 EL CIUDADANO FR. FRANCISCO DE P. CASTAÑEDA INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA DE BUENOS AIRES.

Esta lección importantísima debe inculcarse, y repetirse en todos los estilos imaginables, y cuando esto no baste, debemos apelar á los garrotes del prensista; sí señor, *fustibus est arguendum*: hasta concluir que *jamás haremos cosa buena si omitimos el instruirnos*.

Capítulo de carta inserta en el núm. 2º de los Amigos de la patria y la juventud.

Exmo. señor:

Cuando todos los patriotas generalmente ponderan la escasez de nuestros recursos para continuar la defensa de nuestra justa y santa causa; cuando la falta de numerario parece que les obliga á hacer pública ostentación, y alarde honroso de su total indigencia; y cuando no sin grande satisfacción y complacencia mía los veo allanados, decididos y resueltos á manejar la pobreza como una arma reservada, ya esgrimiéndola, *como estoque de cuatro*

filos, ya enristrandola, como lanza preparada y dispuesta contra la codicia descomunal de nuestros injustos invasores; yo al contrario, no sé por qué extraña y rara aprehensión me considero nada menos que en la época feliz de Salomón, y no trepido un solo momento en asegurar con toda confianza, que son tan abundantes nuestros tesoros como las mismas piedras en que tropezamos: *tanta erat abundantia argenti quanta et lapidum.*

Sí señores, y si acaso lo que digo os parece alguna paradoja, echad por vida vuestra la vista por esas calles y plazas, recorred los pagos y partidos de vuestra dilatada campaña, y vereis con asombro innumerables piedras de quilate y valor inextimable, que en puliéndolas algun tanto, envilecerian sin duda la estimación del oro, y empañarían el brillo de la plata: en estas piedras preciosas, que hasta ahora os han merecido tan poca atención y cuidado, consisten nuestros mejores bienes, nuestros mayores intereses, nuestra riqueza sólida, nuestros tesoros, y un fondo inagotable de recursos, que exceden á la esperanza y al deseo.

Y si es que yo aun no me he explicado bien, sabed que os estoy hablando de la juventud argentina; os hablo de vuestros dulces hijos, que no sin soberano acuerdo han sido mejorados en dones, en gracias, y en abundancia de charismas como que al fin están predestinados y escogidos por la Divina Providencia para acabar y perfeccionar la grande obra de nuestra libertad é independencia política, que nosotros hemos empezado yá, y que nuestros abuelos no lograron siquiera imaginarla.

Como vuestros hijos son y han sido siempre todo mi cuidado y todas mis delicias, razón tengo para haber explorado exactamente su índole y su carácter: yo he advertido no sin asombro y estupor sagrado, que el Altísimo, con mano liberal y larga, los ha dotado de todas aquellas prendas y bellas cualidades, que son análogas y corres-

pondientes á los grandes encargos, que algún día les habéis de dejar en testamento, herencia y patrimonio: ellos son sérios, lentos, reflexivos: ellos según la edad lo permite, tienen un juicio profundo y una sublime sutileza: ¡con qué intrepidez se presentan en nuestras asambleas! ¡Qué aire marcial nativo! ¡Qué ardimiento, qué saña varonil, qué corage sagrado, qué arrogancia cuando se les habla de la patria! Al mismo tiempo ¡qué calma, qué sangre fría, qué mansedumbre, qué docilidad para aprender, recibir con gusto, solicitar, poner en práctica los consejos, los documentos, las lecciones y máximas ya de moral, ya de política, ya de táctica militar y esfuerzo bélico! Cualquiera dirá al verlos que son hijos de Marte y de Minerva, ó que los educó Apolo en la oficina de Vulcano.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que vuestros hijos han concebido en su inocente corazón la sagrada llama del más puro patriotismo y al sol de la libertad le han bebido las luces rayo á rayo: en ellos no hay ambición, no hay codicia, no hay intriga, no hay pasión alguna enemiga de la patria; ellos son pues los patriotas verdaderos, que con tanta ánsia buscamos, ellos son el seguro recurso y la más sólida esperanza de la patria.

Nosotros no hemos de ser ya sino lo que somos y ellos serán lo que nosotros quisiéremos, ó conforme á la educación que de nosotros recibieren: en el cultivo pues de nuestra juventud están recopilados nuestros verdaderos intereses, en su enseñanza la institución de nuestra informe República, en su instrucción el establecimiento ó restauración de la agricultura, del comercio, de las artes y tambien de nuestra constitución política, que nunca será firme, nunca estable, nunca observada, sino por aquellos á quienes les sea intimada en la cuna, para que cumpliéndola en sus tiernos años, la lleguen á convertir en su propia substancia, viniendo á ser en ellos segunda

naturaleza ó virtud nacional, la observancia puntual de todo cuanto se dirije y conspira al bien común y utilidad del Estado.

Las virtudes nacionales, de que nosotros carecemos, las poseerán ellos en el grado más sublime, si nos empeñamos en hacerles comprender, que no puede ser patriota el que esconde su talento en la obscuridad de una vida ociosa, y holgazana: pero para esto es inevitable el que les proporcionemos, no uno sino muchos teatros donde empiezan á desplegarse los que han de ser gigantes algún día: ellos serán los atenienses, los espartanos, los romanos si los amoldamos y formamos en la misma turquesa, en que aquellas célebres naciones se amoldaron y formaron.

Registrad una por una las tribus errantes de bárbaros que pueblan nuestras inmensas regiones, y si veis que se descuidan en excitar á sus hijos ya en la carrera, ya en la lucha, ya en el sufrimiento y tolerancia de trabajos, ya en mil otros pormenores, decid en hora buena, que yo pondero y que mi celo por la instrucción de la juventud excede los limites de la prudencia.

Abrid los anales de los Incas, y vereis los exámenes rigurosos que debían sufrir, hasta los príncipes, infantes y personas reales para hacerse dignos de aquel mismo rango, que ya les había concedido la naturaleza: traed oportunamente á la memoria el escándalo y la sorpresa del emperador Atahualpa cuando advirtió que el conquistador del Perú no sabía leer ni escribir: en el momento lo llama á su presencia, y le dice: Gran capitán *¿qué es lo que tengo escrito en la uña de mi dedo pulgar?* Y respondiendo el conquistador que lo ignoraba, replicó el Inca: *Ah! bárbaro! Es el nombre de tu Dios escrito en mi uña por uno de tus soldados*: ¡ sarcasmo verdaderamente intolerable y que al Inca le costó la vida ! Pero tambien podemos decir, que fué un apotegma bien mere-

cido y muy propio para confundir á los que habiendo sido holgazanes en su juventud, quieren en la vejez ser hombres grandes á fuerza de violencias y rapiñas.

Sí señores: sólo en España veo yo envilecidas las artes y ennoblecida la ociosidad: pero también veo, que por esta razón, la España es la más atrasada de todas las naciones cultas; España es también la que debe servirnos de escarmiento, y si no queremos ser como ella ha sido el ludibrio y la farsa de todas las naciones, cuidemos de que no haya entre nosotros un solo niño, á quien la nobleza ó riqueza de su casa lo exima de aprender cuanto sea dable en su juventud.

No basta que los niños aprendan los rudimentos de la religión católica, que por dicha nuestra profesamos; no basta que sepan leer, escribir y contar, pues todas estas habilidades pueden aprenderlas de día; preciso es también que la noche se emplee en su instrucción y enseñanza del dibujo ó grafidia, la geografía, la historia, la geometría, la náutica, la arquitectura civil, militar y naval: los artefactos de todo género deben entrar también en el plan de su buena y bella educación, la esgrima, la danza, la música, el nadar y andar á caballo, pronunciar correctamente el idioma nativo, y mil otras particularidades, que aunque no prueban sabiduría en quien las posee, pero arguyen mucha ignorancia, ó muy mala crianza en quien las ignora.

Entremos gustosos en este plan admirable, encarguémonos los que no tomamos las armas, de esta comisión importantísima, y en pocos años vereis los rápidos progresos que obra la necesidad unida con la industria y la libertad.

Yo no puedo menos de afligirme sobremanera cuando advierto que algunos patriotas libran toda la esperanza de nuestra reforma en los excelentes reglamentos legales que se han de hacer algún día, como si las mejores

leyes tuviesen el más mínimo influjo en los ánimos que no están de antemano preparados y dispuestos por medio de una educación análoga á la constitución ó forma de gobierno, que se intente prefijarles: no, señores; yo os ruego que no espereis de las buenas leyes otra cosa más que lo que ellas pueden dar; las leyes por sí solas no pueden contener la disolución de costumbres, cuando llega á hacerse general; las leyes por sí solas no pueden reglar las necesidades de los pueblos, ni su modo de vivir; las leyes no pueden obligar á que nos privemos de aquellas superfluidades, que la moda más poderosa que todas las leyes, ha introducido por uso general y ha erijido en necesidades facticias de la vida.

Las leyes es verdad, pueden ayudar á que un pueblo sea industrioso, pero donde no hay industria, no pueden proveer al pueblo de mantenimiento, ni de empleo; las leyes no pueden hacer que crezca el grano sin trabajo y cuidado, ni que el comercio florezca sin arte ni diligencia; en vano sería al indio pampa, ocioso y vagabundo, imponerle preceptos, leyes y estatutos para que abandonase su vida errante; en vano se emplearian demostraciones matemáticas para hacerles comprender lo provechoso que le sería el reducirse á poblaciones, sujetarse á la campaña, domar novillos y cultivar con el arado un terreno fertil; ¿ pero para qué buscamos ejemplares, cuando vemos que aún las leyes divinas, promulgadas solemnemente en el monte de Dios y grabadas con su dedo en láminas de piedra, hubieron de hacerse pedazos, porque el mal morigerado pueblo, que las había de observar, tenía ya la cerviz muy dura y el corazón incircunciso?

De aquí resulta que la buena legislación precisamente debe tener sus precursores, como los tuvo el Evangelio; ¿ y quiénes son los precursores de la buena legislación ? Yo os lo diré sin tardanza: los precursores de la buena

legislación son, en primer lugar, los buenos padres de familia; en segundo lugar, los buenos maestros y pedagogos; en tercer lugar, los ministros del Señor: por eso nuestro amabilísimo Redentor increpaba á los apóstoles cuando se incomodaban de la importunidad con que los niños por todas partes lo seguían llenos de afición y benevolencia á su adorable persona: *nollite prohibere eos* (les decía) no les separeis de mí, *sinite parvulos venire ad me*, dejad que los pequeñuelos se me acerquen *talium est enim regnum cœlorum* porque de ellos es, y en ellos está el verdadero *patriotismo*. ¡Consejo sabio! ¡Prudente documento! Sin duda para darnos á entender á los presbíteros nuestra principal obligación: sí, porque nosotros somos los que debemos desmontar el terreno, disponer el corazón, dominar el espíritu y formar el hombre en pequeño, para que después el gobierno, la ley, la constitución del país haga primores.

Y si así es preciso que sea, preciso será también resolverse á cargar esta cruz con ánimo generoso, con voluntad pronta, alegre y esforzada, y por lo que á mí toca, ya que por mi estado no puedo hacerme cargo de una batería, desde ahora tomo sobre mis débiles hombros la ardua empresa *de hacer común el dibujo no sólo en esta ciudad y suburbios, sino también en toda nuestra campaña*; no daré sueño á mis ojos hasta no ver crecida esta tierna planta, y en todo su esplendor esta facultad, que es seguramente la madre y la maestra de todas las demás artes.

Este arte nobilísimo es tan propio de la juventud, que pudiera llamarse el arte privativo de los niños, cuya constitución pintoresca, cuya imaginación viva, cuyo génio imitador no se emplea más que en el remedar cuanto ve, cuanto oye y cuanto admira: al mismo tiempo puede muy bien asegurarse que no hay arte más á propósito

para despertar en los jóvenes el buen gusto y la loable afición á todas las artes ya sean liberales, ya mecánicas.

El dibujante, la primera vez que toma en sus manos el lápiz y el compás, ya advierte la falta que le hacen todas las ciencias exactas, y principalmente la geometría para los contornos, dintornos, escorzos, medidas y proporciones, que nunca podrán ser bien desempeñadas sin el auxilio de las matemáticas: al dibujar los ojos, que es la primera lección de su oficio, luego advierte que sin una inteligencia de la anatomía en todos sus ramos, nunca podrá ser buen retratista; se le representa un palacio, un templo, una fortaleza, un navío, y luego desea instruirse en los pormenores de la arquitectura civil, militar, y naval para no errar en la cópia los primores que observa en el original.

La historia sagrada y profana, la inteligencia del nuevo y viejo testamento, las fábulas de la mitología, nada de esto debe ignorar el dibujante, pues de lo contrario se expondria á mil errores en la práctica, y que á cada paso le digan, por escarnio, que sus dibujos no se conforman con la historia, ni con la fábula, ni con la naturaleza.

Claro está, pues, que si logramos hacer común el dibujo en nuestra juventud, lograremos también estimularla, á caminar, correr, y volar por los interminables espacios de las artes liberales, que son perfectivas del dibujo

¿Y qué diremos de las artes mecánicas? Baste decir que el que sabe dibujar un artefacto, está muy cerca de hacerlo y ejecutarlo; lo cierto es que así como es axioma común recibido entre los filósofos, que nada hay en nuestro entendimiento que no se halle trasado en el sentido, así también podemos decir que no hay en las artes mecánicas ninguna invención, ningún instrumento, ninguna máquina que no deba al dibujo su idea, su ser, su progreso y su perfección última. Tanto monta, señores, el di-

bujo, y otro tanto es lo que yo me atrevo á prometeros; y á la verdad si os determinais á cooperar de vuestra parte á que *mis deseos no queden desairados,* yo de mi parte me obligo á *trabajar en este asunto según el todo de mis limitadísimas facultades y escaso talento.*

Pero no satisfecho aún mi amor á la patria con la cortísima y mezquina oferta que acabo de hacerle, y seguro de que cualquiera pensamiento que arroje mi espíritu patriótico no puede desagradar á los que conocen mi buena intención, me atrevo también á proponer, y poner en práctica otro proyecto tan fácil como importante y benéfico.

El proyecto *es unir en sociedad á todos los inútiles del pueblo: quiero decir á todos los incapaces de empuñar la espada* ¿y para qué podrá servir esta sociedad de inválidos? ¿Para qué? Para salvar la patria cuidando de la generación venidera; desde de este día, pues, exhorto con toda la efusión de mi alma *á todos los que malgastan el tiempo que no es suyo, sino de la patria, á todos los que por su edad avanzada no sirven más que para dar un buen consejo, á todos los ministros del Señor*, y en fin á todos cuantos quieran hacer algo por su amada patria: *todos, todos quiero que compongan la piadosa, la caritativa, y si quereis llamadle también filantrópica sociedad de amantes de la juventud et ego ero inter vos sicut qui ministrat*, y yo en medio de tan augusta asamblea seré el siervo, el esclavo, el correo de diligencias, el hermano de la congregación, y el padre amantísimo de todos vuestros hijos, á quienes he contemplado siempre como un campo lleno de celestiales bendiciones: *sicut odor agri pleni, quem benedixit Dominus.*

Entre tanto, tengo el honor de presentar á V. E. el trababajo de seis meses, quiera decir diez y ocho jóvenes que en tan corto tiempo se han hecho capaces de ser no solo fundadores, sino tambien pasantes de la nueva academia que hoy se erige bajo los auspicios de V. E. y de los se-

ñores cónsules: yo no puedo menos de dar las debidas gracias á V. E. y al nobilísimo Consulado por la prontitud y eficacia con que han adoptado todos mis planes hasta llegar al extremo de entrar en una ejemplar y edificante competencia, contendiendo sobre cuál de los tribunales se esforzaría más en proteger la nueva academia. Dios! Nuestro buen Dios, que, es el premio demasiado grande que está señalado á los misericordiosos, será el premio y galardón de V. E. y de estos señores á quienes entrego estos diez y ocho niños como una primicia y diezmo anticipado de los *diez y ocho mil jóvenes dibujantes que espero presentar á la patria antes de concluir los días de mi peregrinación sobre la tierra.*

Bien quisiera yo tributar á estos diez y ocho jóvenes el mismo elogio que tributó á los suyos Daniel cuando los llamó: *pueros eruditos omni sapientia, cautos scientia, et doctos disciplina,* que todo quiere decir *jóvenes consumados en toda arte liberal y mecánica*; pero ya que no me es dable aplicarles por ahora tan agigantado elogio, diré á lo menos, que atendidos los progresos que han hecho en tan corto tiempo, es de esperar que algún día sean nuestro honor, nuestra corona, como también la felicidad y esplendor de nuestra patria.

Ya veo que importuno más de lo justo, ó que la misma importancia del asunto me arrebata hasta traspasar los límites de la prudencia: diré, que ya que he concluído, aúnque recien empiezo á *abogar á favor de tantos inocentes que dia y noche extienden á mi sus manos pidiendo el pan de la instrucción que á mi me falta.*

Suplico á V. E. disimule mi osadía y mis yerros, si pueden llamarse tales el desahogo del patriótico corazón de quien desea vivamente la gloria, la libertad, la independencia absoluta, y el rápido engrandecimiento de la Nación Americana.

Dixi.

Dr. Julian Navarro

UNIV. OF MICH.

DISCURSO

QUE EN LA FUNCIÓN CELEBRADA POR EL SEÑOR PROVISOR Y VENERABLE CLERO DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1816 PARA ROGAR POR LA CONCORDIA, CON PRESENCIA DEL EXMO. SEÑOR DIRECTOR SUPREMO Y CORPORACIONES DEL ESTADO, DIJO EL CAPELLÁN DEL REGIMIENTO DE ARTILLERÍA Y CATEDRÁTICO DE VÍSPERAS DE LOS ESTUDIOS PÚBLICOS DE ESTA CAPITAL DOCTOR DON JULIAN NAVARRO.

Hæ civitates constitutæ sunt cunctis fillis Israel et advenis.... ut fugeret ud eus, qui animan necius percussisset, et non moreretur in manu proximi, efusum sanguinem vindicare cupientis, donec staret ante populam expositurus causam suam.
Josué Cap. 20 v. 9.

Estas ciudades están constituídas para todos los hijos de Israel, y refugio de los extrangeros.... para que se acoja á ellas el que sin saberlo hubiese ofendido á su prójimo, y huya de la venganza hasta que se vindique ante el pueblo.
Josué Cap. 20 v. 9.

Cuando la sabiduría eterna formó el libro en que están escritos los destinos de todas las naciones; cuando inteponiéndose al curso de las edades y de los tiempos trasaba ya la fortuna de los Imperios y la vida de los

Estados; fijaba también la porción de gloria ó de desgracias que debían caber á los pueblos, según se apartasen ó no de sus invariables preceptos. A semejanza de los choques y turbación de los elementos, del que resulta la armonía del mundo, la economía del Soberano Autor dibujaba las variaciones de las sociedades humanas, y en el desórden aparente de las pasiones de los hombres se establecía el orden constante de la felicidad de los pueblos.

Ved, señores, cómo la providencia permite la llegada de los españoles á estas playas entonces incultas. Ved cómo con sola su presencia huyen los naturales á los bosques, asilo de la libertad para los débiles, ó les oponen una resistencia miserable; ved, en fin, cómo acertando en todas sus empresas, fundan para si mismos el nuevo imperio sobre las ruinas del antiguo. Todo cede al torrente de sus falanges victoriosos, y la fortuna parece empeñada en coronar sus más temerarios esfuerzos. Pero á qué precio se concedían por el Dios de los ejércitos esas señaladas victorias? ¿con qué condiciones fueron introducidos á este nuevo dominio los conquistadores de la tierra? Qué término había fijado el dispensador de los bienes á esa serie de glorias? El mismo, sí señores, el mismo que dará fin á todos los Estados; el mismo que las letras sagradas nos designan por el azote de los reyes, y la humillación de los tronos más elevados; hablo de la corrupción y la injusticia.

En efecto, los establecimientos españoles empiezan á prosperar por todas partes en este vasto continente: su idioma se extiende en una inmensidad de leguas: los tesoros del nuevo mundo se transportan con una abundancia que deja asombrada á la Europa: los puertos se llenan de bajeles en que fiamea el pabellón español: aparecen nuevas ciudades, las artes crecen: la naturaleza cede á la industria: los puertos se frecuentan; y las for-

talezas empiezan á desafiar la envidia y despecho de las demás naciones. Oh, ceguedad humana! Los españoles embriagados con la prosperidad de trescientos años se precipitan en los desórdenes del vicio: su piedad se enfría, la violencia se entabla por política de la nación, de los tribunales desaparece la justicia, de los consejos del monarca la sabiduría y la equidad, de las ciudades las virtudes y de las casas la moral.

En tan acerba situación, los corazones, á quienes no habia engangrenado el veneno del vicio, se estremecian con el aspecto de los males que amenazaban á aquella nación degradada: las almas inocentes no podian reposar su vista sobre ningún lugar que no estuviese feamente manchado: el escándalo de la corte producía el de las provincias, y la molicie de éstas aumentaba como por reacción el escándalo de la corte. Esa extensa mole de aguas embravecidas y á la vez peligrosas, el mar inmenso que nos separa de la España, no era una muralla bastante poderosa para estorbar la comunicación de estos desastres y el hombre justo viviendo á esta parte del Océano, se encontraba cual otro Loth en medio de Sodoma.

Ya era imposible que tardase la hora de la venganza que sigue de cerca á estos errores, y habiendo la América recibido de España el ejemplo de la prostitución, fuerza era que presenciase su castigo. Asi fué que de improviso fuimos testigos del oprobio de la Nación en todas las partes del mundo: el lustre de su nombre en otro tiempo tan famoso se convirtió en señal de desprecio, sus reyes fueron la presa de un poder extrangero, sus templos robados, sus vírgenes violadas, sus provincias fueron saqueadas, la guerra despobló sus ciudades y campos, su opulencia se convirtió en la más extremada miseria, y su existencia casi al momento de expirar, fué en cierto modo abandonada á la merced de los sucesos

Pero la mayor de sus desgracias fué el desprecio, la abominación de sus hijos, y la América empezó á separarse de la España.

Para esta gran obra escogió el Señor por instrumentos algunos de estos varones fuertes, que suscita en las necesidades de los pueblos, y á quienes hace nacer en la obscuridad para que resplandezca más el cumplimiento de sus destinos. En ellos se ha verificado en cierto modo lo que cantó el Psalmista, *la piedra que desecharon cuando edificaban ha quedado por piedra angular.*

Dónde están esos políticos profundos, preguntaban los españoles que quieren formar nuevos Estados? con qué luces, con qué talentos, con qué esperiencia cuentan para tan elevada empresa? dónde han podido formarse soldados, generales y jueces? No son esos los mismos á quienes nosotros mantuvimos en el más humilde abatimiento? Los mismos, sí, españoles, los mismos: pero la Providencia los ha escogido para castigar vuestro orgullo: los movió para que sintais más vivamente el peso de vuestras desgracias; y la América insultada hasta allí por la temeridad de sus soberbios opresores, la América reputada en nada por la España en la escala de las naciones; la América, digo, á quien se vendía por favor el privilegio de gobernarla, hace ver lo que valía para la España separándose de ella, y arranca de sus enemigos la confesión de su importancia: para disuadirla de su intento el interés, grita, la gran herida que va á causar sobre la Madre Patria; *ella ha quedado por piedra angular* en el edificio de España.

Más que inútiles eran estas persuasiones y esfuerzos! El deseo de la reforma empezaba á circular en nuestras provincias como el principio de un gran incendio, y la tierra se preparaba á recibir una nueva forma al favor de una mutación general. Gran Dios! Qué irresistibles son tus altos decretos! Formados con la lentitud y gra-

vedad de la eternidad, descienden al ejecutarse con la rapidez del relámpago. La inercia entonces se depone en estas oprimidas regiones, el letargo se acaba, brota el amor dormido de la Patria, y los americanos se revisten de la dignidad que compete á los hombres. Millares de bocas pronuncian el nombre nuevo y alhagüeño de la libertad, y el estandarte de la reforma se enarbola en todas las Provincias *como una señal expuesta á grandes contradicciones* usando el lenguage de la Escritura.

Es verdad que esta reciente luz debía chocar á los que tenían fundada su ganancia en los abusos anteriores; pero esta circunstancia no perjudica á la sanidad y justicia de la nueva doctrina; aún la de Jesu-Cristo, si me es permitido hacer esta comparación, encontró los obstáculos que siempre aguarda á la revolución de los espíritus. *Yo he venido, decía nuestro divino Maestro, á juzgar el mundo para los que no ven, vean, y los que veian, queden ciegos.* En tiempos de Moysés, el Señor se irrita con la infame correspondencia que su pueblo sostenía con los Moabitas y le manda deponer y castigar á los primados de la Nación: *Tolle cunctos principes populi,* quita á los magistrados del pueblo (1) y bajo de este simil descubro, ciudadanos, el doble esfuerzo con que arrojasteis de vuestro seno á los jefes peninsulares, constituyéndoos un gobierno de entre vosotros mismos, que os rigiese con sabiduría y con justicia, y descubro con singularidad el heróico denuedo con que cortasteis toda comunicación con la España, declarándoos independientes para separaros de sus vicios!

Y quién dejará de sentir toda la importancia, todo el interés de esta majestuosa medida? Desde el instante de tan venturosa revolución esta tierra le pertenece á los que nacieron en ella, y haciendo su felicidad será el asilo

(1) *Joan, cap. 9, v. 30.*

de los afligidos del mundo. *Hæ civitates constituæ sunt cunctis filiis Israel et advenis;* aquí se encontrará un refugio seguro contra las venganzas indiscretas *et non moreretur in manu proximi, efusum sanguinem vindicari cupientis,* lo que nos persuade la necesidad de la moderación y concordia; pero no por eso se otorgarará una impunidad criminal á todos los delitos, pues este asilo será solo para que resplandezca la justicia, para prevenir la violencia de las pasiones, y para que los que sean acusados respondan de su conducta oportunamente ante el pueblo: *donec staret ante populum expositurus causam suam.*

Ved aquí, señores, los principios de que no debe separarse jamás esta obra nueva para ser feliz y duradera, pues que la Providencia jamás concede la libertad á los pueblos sino bajo la condición de ser prudentes y virtuosos. Sobre ellos he fundado también mi discurso que ceñiré á dos puntos; en el primero demostraré la necesidad de la concordia aduciendo las pruebas que nos suministra la historia y la experiencia; en el segundo haré ver que la concordia es una virtud indispensable para un cristiano, sin la cual nacen todos los vicios que causan la ruina del Estado. La materia no puede ser más importante, y aunque no puedo desentenderme de que hablo como orador cristiano, no me olvidaré de que esta reunión tiene un objeto verdaderamente cívico, y debo mostrarme ciudadano. Puedan mis reflexiones recibir aquella unción divina que hace eficaces las palabras. Así lo requiere la ocasión, y yo os pido que lo supliquemos al Dispensador de las gracias, interponiendo la intercepción de María, que saludaremos con el Angel, etc.

PRIMERA PARTE

Todos los pueblos han llorado los funestos efectos de la discordia envenenada, y la sangre humana se ha pro-

digado para satisfacer su furor. Unas veces los pueblos se han considerado por enemigos capitales, y sus rivalidades transmitidas de generación en generación, después de entretener las guerras más desoladoras, han producido la destrucción de los Estados. Otras, cierta clase de individuos, dentro de una misma nación han sido el blanco de la persecución, y el odio; desde entonces faltó sin duda el equilibrio de las leyes, y convertida de improviso la sociedad en dos partidos desiguales, los hombres se buscaban para devorarse mútuamente, ó se evitaban para escapar de la violencia.

Tal ha sido la suerte de todas las edades y también de todos los gobiernos. Sin embargo, al mismo tiempo que las naciones se despedazaban emulándose mútuamente su prosperidad y su gloria; cuando en el seno de las ciudades mismas se erigian patíbulos para arrancar la vida á los ciudadanos más ilustres, cuando por diversidad de opinión se convertian los pueblos en campos militares, y las relaciones civiles en operaciones de guerra, y en fin, cuando los sentimientos privados se perseguían con la bayoneta y con la espada, los hombres á fuerza de males conocieron la necesidad de la justicia, y en la moderación de esos rencores insensatos hallaron su única seguridad y su consuelo.

La razón siguió entonces á los instantes de demencia, y en todas partes se pagó el tributo debido á la concordia. En la Grecia era reconocida por diosa, y en un templo erigido en Olimpia se le rendían adoraciones públicas. Los romanos le levantaron un templo soberbio en la octava región de la ciudad á persuasión de Camilo, después que restableció la tranquilidad de la república. Este templo fué después quemado, pero el senado y el pueblo lo hicieron reedificar. Tiberio lo aumentó y adornó: en las ocasiones notables allí tenía muchas veces sus asambleas el senado; y los filósofos que investigan con inte-

rés los monumentos de la antigüedad libre, registran todavía los vestigios de este edificio en las ruinas del capitolio. La concordia tenía igualmente otros dos templos el uno en la tercera región, y el otro en la cuarta. Se representaba vestida de una larga túnica entre dos estandartes cuando era militar; pero la concordia civil era una mujer sentada teniendo en sus manos un ramo de oliva, y un caduceo que era el símbolo de la paz, y de la unión, á veces figurada en dos manos ligadas.

La concordia en efecto era la señal de la fuerza como del poder del Estado entre los romanos, y por eso daban el nombre de concordia á las banderas de corte, y era compuesta de una corona de laurel colocada en la extremidad de una lanza. Es cierto que el paganismo ciego se excedía en dedicar altares á una calidad espiritual que sólo debe reverenciarse en sus efectos. ¿Pero no convendreis, señores, en que este mismo exceso demostraba la suprema importancia que le atribuía para la felicidad de los pueblos?

Si la antigüedad ilustrada la miró siempre bajo este aspecto, por la misma razón sus políticos procuraron con tanto empeño desterrarla de entre sus enemigos como el paso más seguro para arruinarlos. Su primer empeño era dividir entre sí á los contrarios, y sobre esto aún más que los fuertes ejércitos, se contaba con seguridad la victoria. Filipo se propone el sojuzgar la Grecia: la primera medida que toma es introducir la división y los celos en las ciudades federadas: este resorte es más eficaz al intento que su oro abundantemente derramado entre los ciudadanos corrompidos: la discordia produce la persecución, y esta destierra el espíritu público: la Grecia estaba ya vencida antes de aparecer los ejércitos de aquel ambicioso monarca.

Para colmo de la desgracia, la Grecia se vió envuelta en las atrocidades de la guerra civil más espantosa,

mientras Filipo, tranquilo expectador de esta escena, fundaba en esto mismo el más seguro apoyo de su proyecto tenebroso. No era bastante que aquellos fieros republicanos se debilitasen por sus derrotas, tanto como por sus propias victorias, porque al fin las ventajas conseguidas sobre pueblos hermanos ¿qué otra cosa son sino una verdadera calamidad? Sino que tuvieron la imprudencia de llamarlo en su auxilio, haciéndolo árbitro de sus disensiones interiores: he aquí á Filipo condecorado ya con el título de protector de un pueblo oprimido; vedlo ya considerado por sus futuras víctimas como el vengador de la leyes.

Los griegos encarnizados en destruirse, forjaban sus propias cadenas. Filipo conoció su debilidad: un solo hombre reprimía los deseos de su ambición, y este era el orador Demóstenes, cuya elocuencia le parecía al tirano más temible que todas las flotas y los ejércitos de Grecia. Él fue el que determinó á los atenienses á disputar el pasage de las Termópilas al monarca ambicioso, que quería apoderarse de él, para abrirse una entrada á la conquista. Pero no dejando sino por un instante los expectáculos, cayeron otra vez en su letargo primitivo En fin, hubo traidores que le abrieron las puertas de una ciudad interesante de la Tracia, y los tebanos cometiendo la indiscrecion de tomarlo por su libertador, acabaron de postrar á sus piés la libertad de todos los estados.

La misma pérfida conducta observó Roma con aquellos pueblos, á quienes quería extender su dominación. Cuando quiso destruir á los herederos de Filipo se valió de los griegos halagándolos con las ideas de una libertad, que aun no se había extinguido en su corazón, pero de la cual Roma misma pensaba privarlos para siempre. Roma los trataba como aliados; los animaba á la lucha con esperanzas seductoras; y despues de destruído el im-

perio de Macedonia, convierte sus armas contra estos necios compañeros. La memoria de las anteriores desgracias, y los sucesos de Filipo, y de su hijo Alejandro sobre sus habitantes divididos, no habían mejorado el juicio de aquellas célebres repúblicas. Tan ciega es siempre la fatalidad que sigue á las discordias interiores: Roma encontró todavía un apoyo para pelear contra los demás pueblos de la Grecia en la ceguedad de los etolios, que á su turno fueron devorados por las armas conquistadoras á quienes habían ayudadado

Señores! Yo me extremezco al tocar estas lecciones de la historia. Las circunstancias de nuestros pueblos rodeados por todas partes de encarnizados enemigos, me hacen justamente temer las mismas intrigas que acabaron con la vida de aquellos famosos estados. Y en estos momentos tan peligrosos para la salud de la patria, en estos momentos tan delicados para los hijos de la naciente libertad, la discordia ha levantado su infernal cabeza sobre estos inocentes pueblos; la discordia amenaza sepultar nuestra vacilante existencia en las más lamentables desgracias. Ah! si pudiésemos fijar para siempre el instante en que os estoy hablando! Si la cruel experiencia pudiese anticiparse á los sucesos; y los infortunios agenos tuviesen siempre la eficacia de rectificar nuestra conducta! ¿acaso algún historiador futuro nos echará en cara el furor de nuestras pasiones, por origen de nuestra ruina; y otro orador mostrará á las edades venideras el ejemplo de nuestra demencia, como yo os señalé la de los griegos?

Pero no anticipemos las consecuencias que debeis sacar de la aparición de esta hidra venenosa. Volvamos todavía nuestra atención á la historia, que según explica un sabio, es la escuela del género humano, y en ella encontraremos, que la discordia es el enemigo de la felicidad particular y de la pùblica, y como á tal la han

combatido todos los hombres á quienes ha interesado la suerte de sus semejantes.

Nadie ignora que este monstruo recibe su alimento de las pasiones más feroces. La venganza es uno de sus manjares favoritos, la vil venganza que hace más infeliz al que la ejercita, que al objeto de sus furores. ¿Y quiénes son los que se vengan? Solamente los espíritus débiles, pequeños y despreciables, decía una pluma feliz; ellos son los que encuentran placer en la venganza: *minuti semper et infirmi est animi; exigui que voluptus ultio* (1) Por el contrario, á juicio de un ingenio ilustre, no hay cosa más loable, ni más digna de una alma honesta, que ser incapaz de resentimiento conservando la suavidad con respecto á todos. (2) Él condena á un hombre que venga los crímenes, por crimenes, y las injurias por injurias, y éste fué el sentir moral de toda la antiguedad respetable. (3)

Y cuando la discordia se ha apoderado de un estado, ¿qué otra cosa son los que lo habitan, que unos seres dominados por la venganza? ¿Y qué puede esperar la sociedad de ciudadanos tan degradados? Las opiniones, las inclinaciones y los efectos más inocentes son condenados por delitos; las palabras son recogidas por asunto de proscripción y de suplicios; los semblantes son observados por la prevención y por el odio; el gesto más indiferente se lleva hasta los tribunales excítando la cólera de los partidos. Si un hombre justo se abre sin embargo al comercio de sus semejantes, es víctima de su misma franqueza; si se retira es tenido por sospechoso. Para colmo del infortunio, en estos momentos desastrosos apa-

(1) *Juvenal Sat. 13, v. 189.*
(2) *Ciceron de offi lib. 1, Cap. 25.*
(3) *Sócrates, Platon y Plutarco.*

recen los delatores, esa clase de hombres, aborto de las persecuciones, cuyo oficio es hacer la guerra á la inocencia, sofocar el mérito y vivir de todos los delitos.

Por eso los gobiernos prudentes han tratado de exterminar esta plaga desoladora, como lo hizo el gran Constantino declarando á los delatores por infames, repulsando sus indicaciones sangrientas, y ordenando que formalizasen sus testimonios para privarlos del velo del secreto que tanto ayuda á sus intentos. Aureliano, príncipe temido y admirado de los bárbaros é idolatrado de los pueblos porque los protegió contra la licencia del soldado, se hizo dueño del respeto de la posteridad imparcial por haber promulgado por infames á todos los delatores, que son el azote, la peste de los estados, y los enemigos de la virtud. A este espíritu de concordia se debió la tranquilidad de los cristianos, que no fueron perseguidos durante su gobierno, y el reinado de este príncipe, aunque corto, ha sido por esta razón extremadamente celebrado.

Descendamos ahora hasta los tiempos más recientes, y nos convenceremos también de que sin la concordia faltan á la sociedad sus más preciosos elementos, y se evapora la vida del estado. La Francia, la Inglaterra y la Alemania nos muestran escrita en diversas partes de sus anales con caracteres de sangre. La España misma no es menos elocuente en este punto, y bastaría recordar las desgracias que le sobrevinieron por la desunión de la casa reinante. Bastaría también el atender á nuestra propia historia. Pero esta parte la reservo para lo que os voy á decir; y habiendo demostrado por la historia y la experiencia, la necesidad de la concordia, paso á haceros ver que ésta es una virtud indispensable para el cristiano, sin la cual nacen todos los vicios que hacen la ruina del Estado.

SEGUNDA PARTE

Nada es tan capaz de rectificar el espíritu humano, como la fuerza de los preceptos divinos, y esa luminosa moral que se insinúa en los corazones, hablando á todas las edades y tiempos. Porque á la verdad ¿qué vienen á ser las doctrinas de los hombres más sabios ante la inmensidad de la sabiduría eterna, y qué son sus tímidos preceptos ante el convencimiento irresistible de la ley? Registremos los libros santos: acerquémonos á la norma de nuestros deberes; y bebiendo en las fuentes divinas no nos causará admiración el encontrar, que la discordia está severamente prohibida á los que llevan el nombre de cristianos.

La ley, sí, señores, la ley levantada para establecer la mansedumbre entre los hombres con el ejemplo de nuestro divino Maestro; la ley que promulgó la benevolencia, la suavidad y la dulzura, la ley que mandó deponer los odios, y hasta perdonar las injurias pagándolas con el favor: es la que condena la discordia, como indigna de aposentarse un solo momento en el corazón de un cristiano, llenando escandalosamente un lugar destinado después de los tiempos de gracia á la caridad y al amor.

¿Quién ignora que en el amor del prójimo colocó Jesucristo una de las principales bases de la doctrina? Según San Mateo, en dos preceptos están contenidos toda la ley y los profetas. (1) *Amarás á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo*. El evangelio en otras partes (2) nos enseña estas mismas verdades, y siendo el asunto de tan elevado interés para nuestra salud, Jesu-

(1) *Mat. Cap. 22, v. 37.*
(2) *Mat. Cap. 12, Luc. Cap. 10.*

cristo mismo explicó bien claramente en lo que consistía este amor para remover todas las dudas.

Haced á todos los demás, nos dijo, lo que quisierais que ellos hicieran con vosotros (1). Sin embargo los judíos entendían muy mal este precepto y no teniendo por prójimos sino á sus inmediatos y á los hombres de su nación, fueron desengañados con la gran parábola del samariano que socorre á un judío desnudo y desesperado, después de haber caído en manos de ladrones para que conociesen que debían reputar prójimos á aquellos mismos á quienes destestaban más, como eran los samaritanos. ¿Y qué clase de afecto conservará á su hermano el que intenta por todos medios mortificarlo y abatirlo, el que procura su ruina como el suceso más lisonjero y el que mina incesantemente su felicidad, destruyendo su fortuna y sosiego? Tal es ese espíritu verdaderamente infernal que se propaga en las disenciones privadas y en las públicas.

Cuando reina esta especie de calamidad contagiosa, los hombres deponen no solamente su caracter social, asemejándose á los brutos, sino que se apartan de toda senda religiosa. Empiezan á considerarse enemigos: he aquí hollado el evangelio en sus partes más esenciales. Las naciones se aborrecian mútuamente por el solo hecho de ser pueblos diversos y desde que un extranjero abandonaba su país nativo, iba inspirando en todos los puntos la adversión, el insulto y el desprecio. Moisés se dedicó á desterrar esta bárbara disposición de entre los judíos: *no incomodeis á ningún extranjero* (les mandaba), *antes lo trataréis como si fuese de vuestra nación; lo amaréis tambien como á vosotros mismos, porque así lo ordena vuestro Dios y Señor.* Pero ese espíritu admirable de suavidad fué fruto de la ley de gracia y á Jesucristo

(1) Mat. 7. v. 12, Luc. Cap. 6. v. 31.

estaba reservada la gloria de hacer á los pueblos verdaderamente sociables. San Pablo enseñaba en términos expresos, *que después del bautismo ya no había judíos, gentiles, circuncisos, paganos, escitas, ni bárbaros, sino que todos eran un solo pueblo en Jesucristo.*

Aun hay más: nuestro divino Legislador no se limitó á echar por tierra los odios y animosidades nacionales, sino que quiso tambien destruir las enemistades personales, mandándonos amar á nuestros enemigos. Oh ley bajo todas luces sublime! ¡cristianos! no os confundís cuando entregados por presa de los intereses mundanos, asomais en vuestras bocas este epiteto detestable! ¿qué se han hecho vuestras obligaciones en materia de tan grave responsabilidad ante el eterno? tal hombre es mi enemigo: él me ha causado esta injusticia; él me ha calumniado: hé aquí vuestros contínuos clamores y no os negaré que sean verdaderos principalmente en las disensiones civiles. Sin embargo el precepto de Jesucristo os condena; os manda amar á vuestros enemigos, no con un amor esteril y de mera etiqueta (que ojalá se observase siempre en el mundo, aunque no fuese sino para conservar la decencia pública) sino con un afecto práctico y que responda á sus injurias con beneficios; pues la ley que prescribe el amar á nuestros enemigos explica bien cuál debe ser nuestra conducta; *haced bien á los que os persiguen y calumnian.*

No se me oculta que ha habido temeraríos que han reputado la venganza legítima y aun los judíos estuvieron en el mismo error, por lo que Jesucristo quiso desengañarlos, cuando les dijo: *habeis oido decir que está escrito amareis á vuestros prójimos y aborrecereis á vuestro enemigo*. Ya es evidente que estas últimas palabras no están en la ley y que los doctores de la sinagoga las habían añadido falsamente. Ellas chocan con la más esencial del nuevo edificio, según lo acabo de demostrar, con

este proyecto verdaderamente del cielo de reunir á todos los hombres bajo una misma sociedad religiosa.

Aun mucho antes que este precepto escrito, se vió grabado en el corazón de los justos. Jacob condenó severamente la venganza cruel que sus hijos tomaron de la violencia hecha á su hermana por las Sciquemitas y no dejó de reprenderlos en los instantes que se hallaba entre los brazos de la muerte. Los patriarcas remitían á Dios la venganza de sus injurias y la ley de Moisés no solamente prohibía á todo israelita que se vengase y conservase odio á su enemigo, sino tambien le ordenaba que le hiciese bien y correspondiese con servicios asistiéndola en sus necesidades. El hijo de Dios nos impuso pues una ley nueva, cuando dijo: *amareis a vuestros enemigos, hareis bien á los que os aborrecen; rogareis á Dios por los que os persiguen y calumnian*: y refutando así las falsas interpretaciones que los doctores judios daban á aquel precepto antiguo y á la ley natural impuesta á todos los hombres desde la creación; dejó igualmente confundidos á los que miran este grave precepto del evangelio por una ley de supererogación, ó por un consejo de perfección, faltando así muy notablemente contra la verdad y contra las nociones de la justicia.

Reparad, señores, que todas las veces que en los sagrados libros, se usa la voz *venganza*, se toma únicamente con el objeto de significar el castigo. En este sentido se dice que el magistrado está encargado de la venganza pública, esto es, de castigar al malhechor. Pero si introduce la cólera y pasiones donde solo debía obrar la recta justicia, su carácter desaparece en el momento; de juez que era se ha convertido en asesino; y su ministerio ha terminado donde empezó á obrar el rencor, y sus inclinaciones privadas. Del mismo modo Dios es llamado en la escritura el Dios de las venganzas, porque á él pertenece el derecho y función de la justicia.

¿Y quién no advertirá la grave usurpación que se hace sobre su autoridad sublime abrogándose la potestad de castigar á nuestros agresores? puede muy bien el cristiano armarse en su propia defensa; puede repeler, y aun prevenir un ataque injusto; séame permitido decir, que debe hacerlo cuando los intereses de la patria lo llaman al campo del honor aunque sangriento. Mas dentro de una sociedad arreglada, y particularmente cristiana, ¿habrá de correr armado de un puñal para clavarlo en el corazón que lo haya ofendido? ó con más disimulo ¿habrá de procurar la aflicción y ruina de un rival asestando todos sus pasos en medio de una suavidad aparente para procurar su infelicidad y tormentos? sea enhorabuena omiso el magistrado en reparar las injurias particulares; él debe responder ante el Eterno del ejercicio de su encargo. Pero un cristiado de qué podrá quejarse aun que se suponga en este caso? ¿qué profesor de una ley de benignidad y de concordia, se ofende de no ver espirar á sus pies á su antiguo enemigo entre las agonías del tormento? ¿Es esta la conducta que le desígna el evangelio precisamente para los momentos en que se considere agraviado?

¿Mas qué es lo que contestan esos agentes detestables de la fiera venganza? lo vergonzoso de su pasión les hace encubrir sus proyectos; y revistiéndose de una fingida capa de rectitud y de justicia, bajo el ceño de los Arístides pero con el corazón de los Nerones, promuevan las proscripciones y destierros; más sedientos de sangre que el lobo se afanan por levantar cadalsos para inmolar á sus hermanos; pueblan los c alabozos de víctimas; y por todas partes adonde puede estenderse su aliento carnicero, se derrama la desolación y el infortunio; la fama que se toman es de hombres rectos, pero en realidad no son más que los verdugos de la patria. Ah! desgracia digna de ser llorada! la discordia pública se eterniza por

estos medios, y unas provincias destinadas como las nuestras para hacer las glorias de sus hijos y el asilo del perseguido, se convierten en un teatro de agitación y sobresalto. No, no es esta la senda que la providencia había abierto á estos pueblos para remontarse á su dicha; ellos debían extender su mano bienhechora á todos sus hijos y aun á los extrangeros: *constitutæ sunt cunctis filtis Isrrael et advenis* debían por una conducta generosa ser el refugio de la desgracia perseguida: *ut fugeret ad eas qui animam nescius percussiset.*

Ah! Desaparecieron de entre nosotros aquellos dulcísimos instantes en que el solo nombre de americanos era una señal de reunión para todos! En que de un extremo al otro de las provincias los hombres se amaban sin que se hubiesen conocido, y en que los hijos de la naciente libertad con solo serlo, llevaban por todas partes un pasaporte de seguridad y benevolencia. Señores! ¿quién nos ha traído á esta situación escandalosa? Podemos gloriarnos de que entregados é esa bárbara y ominosa discordia pertenecemos todavía á la sociedad y á la religión? Esta condena las venganzas y el odio; proscribe el orgullo, la ambición, los celos, la cólera y la envidia, estos elementos son los que se encuentran en la constitución de la discordia. La religión nos manda la humildad, la templanza, la abjuración de sí mismo, la prudencia, la humildad y aun la amistad; y estas virtudes no existen desde que reina la discordia.

La amistad, nombre verdaderamente sagrado! nombre respetado no solo en las relaciones humanas, sino tambien en el santuario! ¿Por qué nos ha dejado una vana sombra de tus suaves favores? ¿Por qué nos has abandonado? ¿A qué región remota has mudado tu imperio, huyendo de nuestras comarcas desgraciadas? Dije que la religión aun ordenaba la amistad, y ahora me afirmo en esta proposición piadosa. Porque aunque Jesucristo no manda

directamente los demás hombres que sean nuestros amigos, es decir, que nos profesen esos sentimientos de afecto y de ternura, por los cuales se reconoce la amistad, pero nos ordena á cada uno en particular, que tengamos las cualidades que no dejan de conciliarla, como la caridad y la indulgencia. Nos recomendó la conmiseración hacia los que padecen, la prontitud en hacer bien á todos, y el olvido de las injurias. Y un cristiano adornado de estas virtudes podrá dejar de tener amigos? Jesu Cristo mismo se daba por ejemplo de una amistad perfecta, cuando dijo: *que nadie puede manifestar un amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos;* y durante su mansión terrestre contó á muchos en esta clase.

Lázaro y sus hermanos fueron del número de sus amigos, y San Juan, á quien su maestro mostró una afección particular, se llama á sí mismo el *Discípulo á quien Jesús amaba*. Acordaos, señores, que á sus discípulos lo llamaba el Salvador frecuentemente *sus amigos* y que explicando á sus oyentes cuál debía ser el precio en que estimasen la amistad, les enseñaba que no reparasen sacrificio alguno para conseguirla. «Haceos amigos con las riquezas perecederas de este mundo».

Esta virtud que en sí es un bien, junto con otras muchas, hemos perdido con la discordia. ¿Y con qué objeto, con qué esperanzas arrostramos tantas desgracias? Podrán hallar los que se entregan á este furor algún interes en dar curso á sus desarregladas pasiones? Decis que teneis quejas muy graves sobre que repetir y derechos que reclamar. ¿Pero la triste dicha de haber llenado vuestros designios miserables, podrá compensar la gran pérdida de vuestras virtudes cristianas? Si apareciesen en este templo los que murieron hace cincuenta años, cuál sería vuestra confusión, oh, cristianos! de verlos llorar el desacierto con que persiguieron sus disputas privadas? ¿Qué sería ahora esa importancia que se

dá á las querellas que alteran el soplo de la vida? Transportaos pues á las edades venideras; no os horroriceis del sepulcro á donde sin duda debeis bajar, y colocandoos en ese lugar en donde solo se conservará la memoria de vuestras acciones, volved la visto á los motivos de los rencores que ahora os agitan. Ah! qué pequeños, qué despreciables parecerán á vuestra vista! Cuál no será vuestros deseos de ser restituídos á la vida para reparar vuestros errores. Qué congoja por no poder abrazar al que ahora estais persiguiendo cruelmente! ¡Qué vergüenza por haber teñido las manos en la sangre de vuestros hermanos! Lo mismo pensará la posteridad imparcial, lo mismo juzga la religión cristiana, cuyo Autor divino os hará cargos muy temibles por no haber sabido moderaros.

Para no hacer interminable mi discurso, en dos palabras os mostraré la malignidad de la discordia para que huyais constantemente de este mostruo. Ella nace principalmente de la envidia. *Pero donde reina la envidia y la disensión, dice Santiago, allí se encuentra la vida desgraciada y toda suerte de delitos*. San Juan Crisóstomo quiere que un envidioso sea echado de la iglesia, con tanto horror, como un pecador público. De aquí nace la intriga, la perfidia y la calumnia, según S. Cipriano. ¿Qué más puede añadirse para detestar la discordia?

Magistrado Supremo de la nación! vuestras obligaciones son muy severas para proporcionar á estos pueblos la concordia que han menester para ser felices y cristianos. Sabemos y aún hemos tocado los grandes pasos adelantados hacia tan importante objeto; hemos oido vuestros discursos, leido vuestra exortaciones y presenciado los votos ardientes con que á este fin resonaban las salas del palacio. Pero señor, si en medio de estos nobles esfuerzos, el vil adulador os quiere rodear con sus consejos seductores; si algún malvado deseoso de la per-

secución y la venganza, se atreve á levantar la hoguera que debía estar reducida á cenizas; si la calumnia y el odio se disfrazan con el traje de la justicia para sorprender vuestros juicios; cerrad los oidos á las voces de estas sirenas perniciosas, prohibidles vuestra presencia, y sientan de una manera capaz de hacerlos volver á su deber, que antes un jefe recto y magnánimo que pronunció una vez la concordia, no tienen cabida los agentes del exterminio Ellos son, señor, los verdaderos enemigos de vuestra reputación y gloria.

Los sacerdotes del Dios de las misericordias ayudarán sin duda al gobierno en obra tan benéfica. Su ministerio es propiamente el de la mansedumbre y caridad, con las cuales está reñida la cólera de los partidos. Ellos apurarán sus esfuerzos para extender la unión entre pueblos formados para amarse y para estar ligados con los vínculos de una fraternidad evangélica. ¡Qué terrible ejemplo sería el de la desunión brotando desde las aras del santuario!

¡Y vosotros, dignos ciudadanos, que á costa de tantos sacrificios os habeis elevado al grado de hombres líbres! ¿hasta cuándo continuareis borrando con mano imprudente la obra misma que habeis levantado con imponderables fatigas? ¿hasta cuándo durarán esos furores sanguinarios? si al principio de esta feliz revolución se hubiesen detestado americanos á americanos, pueblos á pueblos, provincias á provincias, ¿quién hubiera sido capaz de hacer rayar esa aurora de vida de que nos lisonjeamos tanto? desgraciadamente desunidos y más separados entre sí los naturales de este suelo (con gran dolor lo digo) que del peninsular orgulloso, en que vendrá á parar el prospecto agradable de una saludable reforma? ¡compatriotas! sea este el día consagrado á una conciliación sincera. La iglesia, como notaba un sabio, es un lugar destinado para hacer un paréntesis á

los extravíos humanos; tengà pues, la fuerza de haceros deponer las disputas privadas, que os hacen perder el derecho que teneis al nombre de cristianos.

Ah! conozco que hay uno que otro miserable que debe responder de las desgracias públicas que ha causado. Pero sería justo el perseguirlo sin haberlo oído en tiempo ante los tribunales? no será mejor conceder algo á la clemencia al menos hasta que conseguida la tranquilidad interior, se puedan oír con serenidad sus descargos? *Donec staret ante populum expositurus causam suam?*

Gran Dios! si en lugar de escuchar los discursos de las pasiones, mis compatriotas se penetran de tus preceptos, entonces llenos de un placer religioso los veremos multiplicarse como una raza de bendición sobre al tierra: y las bellas generaciones que nos deberán suceder enriquecerán la nación con el tesoro de las virtudes, que les pasaremos en herencia. Vuestro poder es inconmensurable; yo veo que á pesar del choque de las pasiones exaltadas la humanidad ha de ganar en esta difícil contienda: la esperanza renace: ya siento el deseo de levantar la unión, de hacer el bien, y de procurar toda felicidad á nuestros semejantes. Ya percibo el santo propósito de ser un día el ejemplo de las generaciones futuras.

Ciudadanos: la posteridad que nos vá á suceder, nos juzgará escrupulosamente. Ella no participará de las pasiones que nos atormentan; y más feliz por nuestros actuales trabajos perderá la propensión á la calumnia, perdonable acaso en los hombres malvados y viles que vengan así de la superioridad del mérito y virtud agena. La calumnia fué siempre el precursor de todos los delitos. La hemos visto bajo el antiguo régimen preceder á las opresiones del gobierno: la hemos visto bajo el nuevo sistema preparar las insurrecciones y la discordia. Ella es esa arma despreciable y terrible que los

pervesos emplean para engañar al débil, y para animarlo al crímen más horrendo.

Debemos, sí, debemos proscribirla en estos dias de regeneración; en estos dias de concordia que no eludirán los votos puros que el hombre verdaderamente patriota y cristiano ha formado, ni tampoco esas muy dulces esperanzas, que la juventud ha concebido para todo el curso de su vida. No os olvideis, que *estas ciudades están constituidas para todos los hijos de Israel, y refugio de los extraugeros .. para que se acoja á ellas el que sin saberlo hubiese ofendido á su prójimo, y huya de la venganza hasta que se vindique ante el pueblo.*—AMÉN.

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE DIJO EL DOCTOR DON JUAN IGNACIO DE GORRITI, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE SALTA Y TENIENTE VICARIO GENERAL CASTRENSE DEL EJÉRCITO AUXILIAR, EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE TUCUMÁN, EL 11 DE SETIEMBRE DEL AÑO DE 1816, CON MOTIVO DE LAS EXEQUIAS DEL CORONEL GRADUADO DON DIEGO GONZALEZ BALCARCE, COMANDANTE DEL REJIMIENTO DE DRAGONES DEL PERÚ, NATURAL DE BUENOS AIRES, QUE DESPUÉS DE MÁS DE CINCO AÑOS CONSECUTIVOS DE CAMPAÑA EN AQUEL EJÉRCITO, FALLECIÓ EN LOS 30 DE SU EDAD, EL 22 DE AGOSTO ANTERIOR.

Exemplum dedi vobis, ut....et vos ita faciatis.

Os dí ejemplo, para que me imiteis. S. J. cap. 13. v. 15.

El hijo de Dios, que víno á salvar á los hombres, ocupó todos los instantes de su vida sacrosanta en darnos los más interesantes documentos de salud; pero como entre todas las impresiones que recibe nuestra alma por los órganos exteriores, ninguna es tan fuerte, ni tan insinuante como la que entra por la vista, á la doctrina

añadía la obra; nada exijió de nosotros, ya fuese por vía de precepto ó de consejo saludable, que no lo enseñase con el ejemplo, y así al despedirse de sus discípulos pudo decirles: os dí ejemplo, para que vosotros hagaís lo mismo—*exemplum dedi vobis, ut .....et vos ita faciatis.*

¿Por qué no me será lícito adoptar esta frase, ahora, cuando al trazar el cuadro de las virtudes de nuestro héroe, en espíritu desde la mansión eterna, donde descansa, parece que dirijiera la palabra á sus compañeros de armas, diciéndoles: *os dí ejemplo, que debeis imitar!*

No penseis, señores, que voy á formaros el elogio de uno de aquellos guerreros, que por la multitud é importancia de sus victorias y la extensión de sus conquistas, se hizo célebre entre los hombres: este sería tal vez un elogio impropio de este lugar, donde nada debe aplaudirse, sino lo que ha sido capaz de hacer á los héroes expectables ante los ojos del Supremo Sér. Los grandes conquistadores ordinariamente no son más que famosos afortunados ladrones; sus victorias suelen estar acompañadas de grandes crímenes y á veces de enormes errores, que si al débil juicio de los hombres pueden ocultarse porque los absorbe el resplandor del triunfo, la razón eterna los condena, y suele suceder, que el falso héroe que lleva los aplausos y es la expectación de los mortales es, al mismo tiempo, el objeto del desprecio y execreación del universal calificador del mérito.

Voy á hablaros de un militar desgraciado en la mayor parte de sus campañas, pero que supo hermanar la religión del valor, y que en los mismos contrastes de una fortuna ominosa labró su mérito, acrisoló su virtud y se hizo digno modelo para la imitación de los militares. Tal es, señores, el coronel don Diego Balcarce, cuyas exequias celebramos.

Nacido de una familia distinguida y honesta, tuvieron

sus padres el cuidado de instruirlo no sólo en las máximas de la religión, sino también en las leyes del honor, tal cual nos era permitido conocerlo en el deplorable estado de la esclavitud, en que hemos vivido, y se prestó con docilidad á la voluntad de su padre, que le indicó el deseo que tenía de ponerlo en la carrera de las armas al servicio de la corona de España.

Aplicado á instruirse en sus deberes, exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se hizo bien pronto acreedor á la consideración de sus jefes. Si los sucesos de la guerra correspondieran fielmente á la entereza y valor con que se desempeñan los militares en la defensa de Montevideo, asediada por las tropas británicas, se había coronado de laureles el jóven Balcarce; pero á pesar de sus esfuerzos, vió rendirse la plaza á una fuerza preponderante y él mismo fué presa del vencedor.

Entonces empezaron á descubrirse los destellos de la grandeza de su alma superior á todas las vicisitudes, á todos los trabajos y penurias. Los sucesos prósperos entonan el corazon humano, lo alientan á nuevas empresas, lo engríen, al paso que las desgracias desalientan y abaten el espíritu. Esto sucede generalmente en toda clase de ensayos, pero particularmente en los de la guerra. Por esto se nota, que los vencedores ordinariamente cometen excesos á que los arrastra el orgullo, ó al abatimiento que los degrada. Las almas grandes son las únicas que saben preservarse de ambos extremos.

D Diego Balcarce acreditó en esto la grande de la suya, manifestándose siempre superior á las vicisitudes de la guerra y contenido en estrechos límites de su deber. Tan moderado en las victorias ganadas en esta ciudad, en la de *Salta* y en otras muchas acciones particulares, que él dirijió; como constante y sostenido en las desastrosas, que sufrió. En la de *Rioseco*, en España, en las de *Paraguari*, *Tacuari*, *Vilcapugio y Ayohuma*.

Elevado al rango de uno de los jefes de este ejército, á proporción que crecieron sus atenciones, se abrió nuevo campo á la heroicidad de sus virtudes.

Siempre deseoso de aumentar los conocimientos en el arte que profesaba, y celoso del mejor órden en el cuerpo que mandaba, repartía su tiempo en dos objetos interesantísimos. Le eran desconocidas las distracciones, con que suelen templarse las fatigas del servicio y que por desgracia, suelen disipar al militar hasta hacerlo olvidar de sus deberes. Jamás se le oyó quejarse por el servicio con que se recargaba; jamás le arredraron los peligros á que frecuentemente se le exponía en campaña, ni se le oyó murmurar sobre las disposiciones de los jefes, excepto una exclamación, que en *Ventaimedia* le arrancó el dolor de ver expuesto á perecer un brillante cuerpo de infantería, sin poder socorrerlo, comprometido el honor de las armas de la nación, la existencia del ejército y seguridad de las provincias por un mal calculado proyecto.

Vosotros sabeis el denuedo con que el comandante Balcarce, en la desgraciada acción de *Sipe-Sipe*, cargó sobre la caballería enemiga—la arrolló é impuso respeto, para que no se atreviese á perseguir la dispersión de la infantería. Sois igualmente testigos de la constancia infatigable de sus servicios. Despues de una derrota y de una retirada, acaso más desastrosa que la misma derrota, cuasi desnudo y con la salud quebrantada, ha sostenido, por muchos meses, la avanzada y enseguida emprende la marcha hasta aquí, dos jornadas á retaguardia del ejército, privado hasta de la pequeña satisfacción de comunicar con sus compañeros los trabajos de la campaña, que al fin sirve de algún consuelo á las almas débiles, sin que ni por el justo deseo de restablecer su salud ó reparar su desnudez solicitara relevo de un solo día.

¿Pero es esto todo?

Nó, señores: el coronel don Diego Balcarce no sólo sufre las fatigas del servicio, que hace como jefe, sino que parte con el soldado las molestias y privaciones á que veía sujeto el escuadrón que mandaba. ¿Faltan bestias para montarlo? Èl deja su caballo y puesto á la cabeza de su columna marcha á pié. ¿Un torrente copioso, que se precipita por una quebrada, ofrece mil molestias al soldado en la jornada? Èl hace á pié, descalzo, pasando con el agua hasta el pecho, cuantas veces lo exijió la necesidad.

¿Faltan víveres á la tropa? El se priva hasta dos días consecutivos de alimento, por no haber tenido el suficiente para partirlo con todos sus soldados.

Así alentaba á su escuadrón, y con el ejemplo los enseñaba cuántos son los sacrificios, que el ciudadano debe hacer por la felicidad de su nación.

Hablo en presencia de una multitud de testigos oculares de todos estos hechos heróicos, y esta es para mí la mayor satisfacción.

¿Es digno de imitación este modelo? Ah! Sí todos estuviéramos animados de estas, especialmente los que están al frente del órden y los que visten las insignias militares? quién resistiría al empuje de nuestras legiones? ¿Quién osaría atacar su reputación, sin ser confundido por el voto público?

Pero....Oh! Yo me lleno de rubor y confusión: quisiera sepultarme ántes que ser un triste expectador de las calamidades en que el Estado está envuelto. Tiendo la vista hacia todos los ángulos y ¿qué es lo que veo? Derrotado el ejército, en que estriba su seguridad; los pueblos divididos y rivalizados unos contra otros; las espadas teñidas en sangre de los ciudadanos; el territorio de las provincias devastado; arruinadas las fortunas de los particulares; las ciudades llenas de huérfanos y viudas

reducidas á mendicidad; unas familias errantes; otras hechas el blanco de la ira de los enemigos, ó de la venganza de un déspota.

¿Y cuál es la causa de estas desgracias? La ambición de unos, que desean constituirse en un rango de que son indignos por sus vicios: la codicia de otros, que envidian la suerte de los honrados y buscan medios de dar pábulo á sus pasiones.

En una palabra, los vicios de que nos hemos dejado dominar, nuestras miras personales, la falta de sinceridad y buena fé. Y lo peor de todo es, que todos lo conocemos y á pesar de esto, no hacemos un esfuerzo para triunfar de nosotros mismos y sobreponernos á nuestras pasiones. Ved ahí la causa de todas nuestras desgracias de parálisis funesto, que padecen todos los negocios públicos y que á pasos agigantados conduce al sepulcro.

Sin embargo; en obsequio de la justicia y en vindicación del honor de estos defensores de la libertad americana, es preciso confesar, que si hay en este ejército alguno sobre quien pueda recaer el reproche de los vicios indicados, cuasi en su totalidad se compone de hombres no sólo dignos de nuestra gratitud, sino de la admiración de las naciones. Muy lejos de mí el espíritu de adulación ó de lisonja, yo me remito á pruebas muy patéticas, hechos recientes, muy notorios.

Observadlo de cerca: si buscais hombres virtuosos, aquí los encontrareis. Venid conmigo, hombres maldicientes, lenguas mordaces —vamos á buscar ese ejército en la época de su mayor corrupción, de su mayor desórden y en los dias funestos á que se refieren los excesos que se le atribuyen.

¿Lo habeis observado ya con detenida reflección?

¿Y qué habeis encontrado? Hombres descalzos, desnudos, sin más cama que el suelo duro, sujetos

á todas las intempéries del clima y á todos los rigores de las estaciones, forzados á emprender penosas marchas, que pueden seguirse por la sangre, con que se imprimen sus picadas; que carecen de sus sueldos, sujetos á un miserable trozo de carne, y muchos días aún

.....
.....
.....

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL SEÑOR DON ANTONIO GONZÁLEZ BALCARCE, BRIGADIER GENERAL DE LOS EJÉRCITOS DE LA PATRIA EN BUENOS AIRES Y CHILE, JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL PRIMERO, REGIDOR DE LA CIUDAD DE LA PLATA, LEGIONARIO DE LA LEGIÓN DE MÉRITO DE CHILE, PRONUNCIADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÓRDOBA EL 1° DE SETIEMBRE DE 1819 POR EL P. FR. PANTALEON GARCÍA DEL ORDEN DE S FRANCISCO

In mortuum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare. . . . et fac luctum secundum meritum ejus. . . . propter detractionem.

Sobre el muerto derrama lágrimas, y comienza á llorar como quien padece un gran quebranto, y haz duelo según su mérito para evitar la censura.

Eclo. c. 38. vv. 16. 18.

Señor Gobernador:

No es mi designio esparcir sobre las aras las flores de Egipto, ni levantar altar á la gloria efímera del siglo. ¿Qué son á los ojos de la religión los empleos, los puestos elevados, la fortuna más risueña, los dictados, las empresas, los sucesos?.... ¿Qué? un fósforo, que nos engaña con sus brillos fraudulentos: un sofista, que presenta sus quimeras con apariencia de realidades: la sombra de una nube, que arrebata un viento impetuoso: un vapor débil,

que eleva un soplo, lo sostiene algún tanto, y lo abate al fin hasta la tierra: ¿y qué son al fin? sino un sonido, que con la voz del orador pierde su existencia, y se sumerge en la noche del olvido.

Si mi voz se deja oir en las bóvedas de este templo; si os convido á echar tristes ojeadas sobre ese aparato melancólico, es sin cuestión por que la iglesia abre sus puertas, y ofrece la cátedra de la verdad, para tributar los últimos honores á aquellos hombres ilustres, que sin posponer los deberes de la religión, son la pauta, y el modelo de saberse merecer el amor y la ternura de sus semejantes: *in mortum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare.* Este aviso, este consejo del sagrado libro del Eclesiástico, me introduce á pesar de la tortura de mi espíritu y el sentimiento de mi alma, al desierto sombrio del sepulcro, donde yace: quién, señores, su memoria sola excita nuestras lágrimas. El respetable brigadier general D. Antonio González Balcarce, cabeza y jefe del cuerpo de Argentinos y del Estado Mayor, gobernador intendente de Buenos Aires, subinspector general de la expedición auxiliadora de la libertad al Alto Perú y segundo en la de los Andes, Director en el Supremo Gobierno de la Nación... á quien la muerte diestra en derribar colosos, dió un golpe improviso el 5 de agosto del corriente año.

Muerte, ¡oh muerte inexorable! lo estrechaste á que pagase el fatal tributo á que están sujetos todos los mortales: pero, ¿dónde está tu victoria? ¿donde tu acicate? Acabaste con una vida, que debió ser inmortal. Balcarce ya no existe; pero no está á tu alcance borrar su memoria, ni esparcir al aire sus cenizas. Balcarce vive en el reconocimiento público. La amarga crítica nos asestaría con justicia sus tiros, si no le ofreciéramos el sacrificio de nuestras lágrimas y de nuestros votos: *fac luctum secundum meritum ejus....propter detractionem.*

V. S. nos ha puesto á cubierto de la censura provocando á nuestros ojos, á que derramen lágrimas sobre la losa que lo cubre, y á expresar nuestro dolor como quien padece un gran quebranto. Yo no soy sino el intérprete de su duelo. Entro, pues, á descubrir su mérito: *fac luctum secundum meritum ejus:* y en las primeras líneas de su historia se me presenta un héroe acreedor al reconocimiento de la sociedad, de quien fué miembro: de la Patria, de quien fué hijo. ¿Y como así? Por que llenó los deberes que impone la sociedad y acaloró los fuegos que inspira el amor á la Patria: más breve: por que fué buen ciudadano, buen patriota.

PUNTO PRIMERO

Desde luego: á pesar de nuestro luto congratulémonos de disfrutar sin envidia de aquella bella edad, que un poeta adulador atribuyó al imperio de Augusto en el nacimiento de Marcelo, y yo fijo su época en el tiempo, en que los hombres dejaron de disputar con las fieras los recursos de su conservación, y se pusieron á cubierto de sus garras asociándose á sus semejantes. En esta voluntad compuesta de muchas voluntades; en este cuerpo político, que reune miembros sanos y enfermos, de clase baja y elevada, molestos y prudentes; ¡que satisfacción, qué dulce consuelo para el débil tener quien le compadezca; para el inferior tener quien le mande con semblante risueño; para el molesto quien le sufra con paciencia! Tú, amable sociedad, nos tragiste estas ventajas, y si puedes justamente quejarte, que abrigase en tu seno ciudadanos que frustran tus designios, consuélate al ver su exacto observador en el brigadier Balcarce.

Yo me acerco hasta el hombre oculto de su corazón, y descubro, que no puso en él su pié aquel celo espanta-

dizo, que vomita amargura contra el débil, que sucumbe bajo el peso de su enfermedad. Las caídas, los desbarros de sus semejantes le arrebatan los ojos casi sin advertirlo al pié que sustenta su estatua, y á golpe de vista advierte, que pisa sobre greda, y que una piedra pequeña pueda reducirla á polvo. Su espíritu penetrador, reflexivo, le acuerda la doctrina del apostol, que oyó tantas veces en boca de sus recomendables padres, cuando amoldando su corazón sembraban la semilla de la compasión. Antonio, le decían, la fortuna ha fijado su morada en tu casa: desciendes de una matrona honrada, virtuosa, amable, y de familia noble: comando en jefe las milicias, y fronteras: Buenos Aires oye con respeto mi voz: mis servicios van marcados con la importancia y concepto público; pero no te burles de la desgracia agena, ni descubras jamás la ignominia de tus conciudadanos: llora sus defectos, remédialos con industria, y únelos al carro de tu dicha. Sois hombre como los demás: tu carne está rodeada de fuego abrasador: tu entendimiento cubierto de un espeso légamo; respiras un aire venenoso, y un soplo tentador puede arrojarte al precipicio, y necesitarás entonces quien te dé la mano: *considerans te impsum, ne et tu tenteris.*

Lección tan propia de los padres de familia sella el tierno corazón de este jóven con el cuño de la humanidad y le hace aquellas entrañas de misericordia, que pide San Pablo al ciudadano, para que sea útil á la sociedad. Antonio, el dócil Antonio, que lloramos, presenta al público la imágen viva de D. Francisco González Balcarce, y de doña Victoria Martínez, y Amores, sus padres.

La edad robustece los sentimientos de su grande alma, y sin degenerar de sus primeras ideas condena su lengua bajo una puerta de circunstancia, y le pone un centinela vigilante, que pide con instancia y consigue del cielo. En las tertulias, en que daba algún descanso á su espí-

ritu siempre abrumado de negocios, ¿se le oyó alguna vez censor de sus hermanos? ¿Fué su boca aquel sepulcro abierto, que esparce la podre y la infección? ¿Añadió dolor al dolor del infeliz desviado de sus deberes? ¿Pronunció invectivas, ó quejas amargas sobre los enemigos, que anublaron su honor y lo pusieron en las más críticas circunstancias? Su silencio siempre fué respetuoso y aún instado podían contarse sus palabras, y estas llevando consigo la rectitud y la verdad. Mandó á su pluma, que detestase la maledicencia de aquellos, que se glorian en esparcir las debilidades de otros y que no contentos con publicarlas en su país, les prestan alas para que vuelen á las regiones de Get, á los pueblos de los Filitseos, llevando consigo más de una vez el descrédito de la América. Corresponsales: los que llevasteis el peso de su escritorio, sabeis que digo la verdad.

Si alguna vez se acerca al culpado: ¡ah! su conductor es el espíritu de lenidad, con el mismo le avisa, le instruye, le sostiene siguiendo el dictámen del Apostol: *si præoccupatus fuerit homo in aliquo delicto... hujuscemodi instruite in spiritu lenitatis.* El débil busca á Balcarce y su brazo lo sostiene; llora con él, y sus lágrimas son el bálsamo que cura la herida. Dejémoslo recostado sobre el pecho del afligido: el inferior, el pueblo, que obedece, le privará de este consuelo, por que respeta en él aquellos dones que ganan la voluntad y hacen dulce la sumisión.

Yo vuelvo á internarme hasta lo reservado de su gabinete para tomar desde allí los colores, con que he de pintar su trato amable con los que tienen la dicha, séame permitido hablar así, de someterse á sus órdenes. Familia, familia de Balcarce! ¿fué alguna vez para vosotros león que afila las uñas para despedazar la humilde presa? ¿Os arrepentisteis alguna vez de ser sus criados y domésticos? Amable esposa: que te inundas con el dolor de

la madre, que llora el primogénito, ¿viste alguna vez su semblante ceñudo, desabrido, agrio? La dulzura, la afabilidad del primer día de sus bodas no mudó de aspecto hasta la última boqueada. Pero, ¿qué mucho? Si aún con respecto á sus criados su trato los hacía felices; y podemos decir con razón lo que de la casa del sábio Salomón: *beati, qui habitant in domo tua!* Parecía compañero de sus sirvientes, y no señor.

Poseyó con perfección la amable afabilidad, la afabilidad, esa noble virtud que arrastra los corazones. Entra en los negocios públicos; la fortuna le alhaga, su mérito le eleva: ¿y se olvidó ni por un momento, que un débito de honestidad natural le impone la ley de la dulzura para con los inferiores? No fué preciso acordarle como á Roboan, que ocultase su honor negro, y que tratase con rostro sereno y palabras atraedoras á los que imploraban su clemencia. De aquí es que como despide un génio rústico, áspero, entonado, atrae su génio dulce, su trato insinuador. Diez tribus abandonan al duro Roboan y otras tantas buscan con inquietud al brigadier Balcarce para militar bajo su mando. Es todo para todos: consuela á la viuda, anima al jóven, recompensa al valiente .... también castiga al culpado. ¿Pero cómo? Sus golpes son dulces: llora sobre el reo: su corazón siente lo agrio de la vara, y el delincuente, parece que se ofrece gustoso á satisfacer la deuda. Casi me atrevo á decir de él lo que se dijo del primero de los césares: *fué humano hasta el extremo de tener que arrepentirse de haberlo sido*.

Los que teneis imperio sobre los demás, oid á un profeta, que os dice: *no hagais los frutos de la justicia amargos como el ajenjo, ni perdais el mérito de su equidad por una austeridad melancólica.* Levantad lam ano, cuando lo pide el bien de la sociedad: el gobierno sea doméstico, sea público, si es demasiado suave, es tan funesto por el desórden y la anarquía, como el demasiado duro. Sois

imágenes de Dios, amoldaos á su corazón. Dejad que la justicia y la misericordia se den mutuos ósculos, y en caso de romperse el equilibrio inclinaos como el brigadier Balcarce al seno de la humanidad: puede ser defecto, pero es el más digno de perdón á los ojos de Dios: su clemencia parece que se aventaja á la justicia. Nuestro difunto ha sido modelo de los que mandan: sin relajar la justicia, la hizo dulce y tratable. ¿Y lo hubiera conseguido, si no se hubiese vestido de paciencia para sufrir los importunos?

Esta virtud es el iris de la paz en las ciudades y el sosten y ornamento de los hombres grandes. En los distintos destinos de la carrera del brigadier Balcarce se vió en la precisión de unir diversos génios, distintos humores: aquél duro, éste propenso á inflamarse: éste ignorante, aquél incapaz de convencimiento: éste melindroso, aquél audaz y presumido; y casi todos imprudentes y jueces de sus causas. Los hombres son como las aguas, que toman los colores de las flores por donde pasan, y uno casi no es semejante á otro. Balcarce, te es necesaria la paciencia; la razón lo dicta, la sociedad lo exige, el Apostol la prescribe: *patientia necessaria est.* Se arroja á su seno, y en circunstancias capaces de exasperar á un corazón de metal, ofrece una serenidad extraordinaria, un temple igual, y como el corazón de Ezequiel ata, combina, une los cuatro animales que le hacían girar, sin alteración, y presentando en sus palabras la imagen del sufrimiento.

Elevado á la intendencia de Buenos Aires, ¡cuantos asuntos! ¡qué expedientes! ¡qué resoluciones! ¡cuantos negocios no le asaltan de tropel! ¿Y profirió alguna palabra, que pudiese contristar el corazón más delicado? ¿Alteraron alguna vez la serenidad de su sembrante mil circunstancias espinosas? Ya lo advierto subinspector general, y también advierto á una madre anegada en lá-

grimas, que arrancan la sinrazón, y que pide para su hijo la baja del servicio: las palabras de Balcarce están llenas de modestia, pero del celo de un Apostol para hacerla ver que la Patria necesita soldados. Su paciencia es el paño de lágrimas de esta mujer, que vuelve á su choza convencida. La instrucción en la teoría militar ¿qué fatiga no trae al jefe? El sufrimiento saca á Balcarce de la dulce sociedad de su familia para ser el maestro del cuerpo de argentinos, que organizó y disciplinó en muy poco tiempo. Qué fatigas no sufrió en los ásperos y duros senderos del Alto Perú y los Andes! Balcarce siempre es el mismo, y la serenidad de ánimo es precursora de sus empresas. Qué no tuvo que sufrir.....

Pero acerquémonos al trono de la nación. La Junta de Observación le nombra director interino del Estado por renuncia del coronel mayor don Ignacio Alvarez. ¡Que teson en el despacho! ¡Que audiencia tan universal! De la antesala, arca que abraza todo género de peces, y no sé si diga Babilonia, donde cada uno busca su interés, ¿salió alguno sin contestación? ¿Los que tuvieron necesidad de socorros, ¿hallaron jamás entre sí, y el Supremo Director alguna barrera impenetrable? ¿Negó á alguno la libertad de decirle lo necesario, y aún el consuelo de añadir lo superfluo? Hablaba con cada uno de su negocio, como si no tuviese otro á que atender según la paciencia con que oyó á todos sin mostrar disgusto á ninguno.

Ved aquí lo más grande, y lo que vió Buenos Aires por primera vez: para no distraerse en los meses de su directorio con la vista de sus hijos y esposa, no permite que se acerquen á la fortaleza, y á fin de que los infelices se le alleguen sin temblar á los brillos, que despide la supremacia, acabado el despacho se retira á su casa, donde come, donde duerme: dirélo mejor, donde aun donde come oye al infeliz, y cuando duerme sueña con él. Sociedad: yo te doy el parabien de haber abri-

gado en tu seno miembro tan distinguido: pero pues es justo, tambien te invito á llorar por haberle perdido: *produc laerymas.* Unid vuestro luto al de lá Patria, que llora igualmente la pérdida de un hijo que acaloró los fuegos, que inspira su amor. El memorable Balcarce fué buen patriota.

SEGUNDO PUNTO

Todo ciudadano debe ser un buen patriota: ¿Se duda que esta madre común tiene el supremo derecho á los homenages de sus tiernos hijos? Es de desearse que llenen todos este deber; pero ¡ah, en cuántos duerme este sentimiento innato, que parece grabado en la substancia del alma por la mano que nos dió el sér! O á lo menos, ¡cuantos lo degradan con sus propios crímenes y se buscan á sí mismos derramando en el seno de la Patria el dolor, la bajeza, y la ignominia! En el americano Balcarce ni por un momento se borraron ó desfiguraron las impresiones de un objeto tan noble, y de tanto interés. Buenos Aires, ese taller de hombres grandes, la embelesadora ciudad de Buenos Aires puede gloriarse de que nació en su seno este héroe que puso á la América á cubierto de la censura; que la sirvió sin interés y la llenó de gloria.

Rebájese lo que se quiera el carácter de los americanos, pero que sea lejos de la piedra que cubre el helado cadáver de Balcarce. Es de temer, que reanime sus cenizas, y en voz, que infunda pavor, diga á nuestros rivales lo que la alma de Samuel al rey Saul: ¿por qué inquietas mi descanso? ¿Por qué degradas mi nación? calla, calla, lengua mentirosa. ¿Y no tendría razón? Dígase, que la indolencia es la pasión dominante del americano: contestará Balcarce, que apenas fué hombre, y ya fué un militar activo; y en efecto sirvió á las armas

desde la plaza de cadete en el bien montado cuerpo de Blandengues, de quien fue su padre el primer jefe, y á quién se debe la subordinación, el órden y disciplina, que supo distinguirlo

Dígase, que las luces, los talentos, son extrangeros en América: Balcarce hará palpar, que sus conocimientos militares no eran comunes; que la ordenanza y su gloria fueron su entretenimiento; que sus discursos convencían y obligaban. De hecho: se le consultaba como á oráculo, y aun los que se empeñaban en eclipsar sus talentos luminosos, respetaban sus consejos; y remitían á los que mendigaban á escuchar su decisión, como á Simón el hilo del gran Macabeo *Simon vir concilii est: ipsum audite.*

Dígase, que el americano jamás poseerá la ciencia de negocios públicos: la primera ocupación de su juventud fué el despacho de la comandancia general de las fronteras, donde con las instrucciones de su padre y el estudio mostró la aurora de un personaje de importancia. Dígase, que el americano no nació para la guerra: España, España! arroja de tu seno á los hombres cerrilles que piensan así. Balcarce maneja el fusil y la espada en diversas campañas de la Península: pelea con valor por la gloria de Fernando, y ocupa lugar distinguido entre los militares que hollaron la altivez de Napoleón. Los españoles se miran unos á otros, y se dicen en tono reservado: no hay duda, que de Nazaret salen profetas, y de la américa genios de primer órden. La madre común hubiera recobrado en España su honor envilecido á la sombra de nuestro difunto, si su corazón no presagiara que le llama á su seno. Vuelve á él para derramar sobre sus heridas el bálsamo que ha de curarlas, y completar su apología práctica contra las lenguas amargas que la desacreditan.

¿De qué se trata en esta época? De romper los lazos que

nos ataban al carro de España, de recuperar la libertad y el rango de nuestros mayores. El brigadier Balcarce pisa las arenas del soberbio Argentino, y en el mismo año, á pocos meses de su regreso, se deja oir la voz pública en las plazas de la capital: *muera el despotismo*: *libertad, libertad.* ¡Que voz tan alhagüeña para este buen hijo de la América! Se decide con los primeros patriotas, y si no fué el primero en levantar el grito, á lo menos fué el primer general en el destino de auxiliar la libertad en lo interior de las provincias, y el primero que ensangrentó su espada y humilló la cerviz de los que trataban de frustrar su designio.

Leyes inviolables de la oratoria! vosotras me correis el velo al interés activo, que toma Balcarce en romper las cadenas que vilmente arrastrábamos, y restituir á la Patria el día de su alegría. Retrogrademos hasta descubrir todo el fondo de su patriotismo por la honra de su nación, nunca más desacreditada, que cuando sacude el peso que la oprime.

¿Que se dice de la América en los períodos de su revolución? ¿Que se finge para hacer odiosa su justicia? Pocas veces se ha presentado la calumnia con aspecto más negro. Se dice, y se dice á la faz del universo, que nuestra revolución es parte del libertinage, de la incredulidad, de la irreligión, de la moderna filosofía, que á manera de cáncer ha contagiado nuestro suelo. Que proclamamos una libertad que destruye el altar y el trono, y que *no da al Cesar lo que es del Cesar, ni á Dios lo que es de Dios.* Dios terrible en tus justicias, si hay entre nosotros esta casta de impíos, despide de la nube, que forma tu trono, centellas, rayos, anatemas, muerte y oprobio eterno: destrúyelos: no son hijos de la América cristiana, católica en el día, como ahora trescientos años en que comenzó á serlo, y si alguno vomita á sombra de

tejado este veneno, trabaja en vano: la fé de la América no vacilará.

Hable por todos el brigadier Balcarce destinado por la Providencia para reparar el honor de su patria. No se le ha visto abrir alguno de aquellos libros, en que trageron la muerte Voltaire, Rousseau, Bayle, el Marques de Argens, Espinosa, y otros cínicos de este jaez. Solo maneja libros de su facultad que ilustra el espíritu, y se nutre con lecturas devotas que ungen el corazón. Jamás se le ha oído decir, que el hombre libre puede abandonarse á la impetuosidad de sus deseos, ni que no está sujeto á la ley, ni hay trabas, que no contengan la impunidad del albedrío. Doctrinas escandalosas, que ponen en tortura su alma, y á las que se opone como muro de bronce; ya inspirando la subordinación á sus hijos y domésticos, ya las tropas da su mando; ya haciendo palpar las consecuencias funestas de esa libertad, azote de la razón humana y destrucción del estado social; ya dando lecciones prácticas con su ejemplo. Balcarce fué infatigable en sostener la libertad civil sin olvidar los deberes que impone la religión y la razón: sóbrio, enemigo del deleite, hombre de bien hasta adquirirse en el concepto público el dictado de *hombre honrado*: devoto, venerador del sacerdocio, hijo fiel de la Iglesia. Su alma naturalmente cristiana, por usar del lenguaje de Tertuliano, se humilló en presencia del Eterno, imploró su protección, se acogió á su misericordia. ¡Qué hombre tan recomendable! La América abunda de hijos, que la honran, y si no los tuviera, bastaría el brigadier Balcarce para ser la gloria y la alegría de su madre. Emulos de América! penetrad, si podeis, la grandeza de alma de este héroe, que entra en el empeño de sostener la patria con un celo que corre al par de su desinterés.

Será de respetar el dictámen de un genio calcaludor, que sólo descubre el espíritu público en aquellos á quie-

nes honra la patria, y presta subsistencia, y si falta este estímulo, sus derechos se condenan á una apatía vergonzosa? Sea lo que fuere; no abramos nuevas heridas á la patria: la pérdida del brigadier Balcarce le ha introducido la espada hasta la guarnición: espirará sin duda si ha tenido la desgracia de engendrar hijos que meditan su ruina: *si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere.* Huyan al desierto estos genios mezquinos, si los hay, que quieran alimentarse bajo la sombra de su vid con la miel que forma la laboriosa abeja.

Nuestro difunto no perdonó fatiga: sufrió el peso del día y del calor; atrevesó montañas nevadas; escaló laderas peligrosas por llevar adelante la causa que había jurado, y cuando goza algún tiempo de quietud en el seno de su amable familia, no obstante que se ocupa en ordenar cuerpos, en instruir en el manejo de las armas, en ....se resiente su alma, si vé á otros en trabajo más duro, y se dice á sí mismo lo que los varones de Efrain á Gedeón: ¿qué designios habrán tenido para no llamarme cuando van á combatir contra el Madian de la América ?

Ambición, ambición de mandar, dirá alguno de aquellos que espian los más ocultos movimientos, á que pueden darles una interpretación agria. Amor, amor desinteresado á la patria, digo yo. La pasión baja del interés personal jamás le dominó. No aspiró á engrosar con los despojos de los enemigos de la patria. Penetra todo el Alto Perú, donde corren arroyos de plata y oro, ¿y manchó sus manos con esta materia grosera, que filtrada en la tierra, y endurecida por el concurso de los elementos presenta un falso brillo? Ojos atildadores, registrad sus arcas, y las encontrareis vacias: el militar vive contento con su prest; y mucho más el que jamás importunó por él al Estado, aún en urgencias precisas.

El reino de Chile que nunca quedó corto en circuns-

¡ancias de honor, se da por reconocido á sus servicios: admira su doble empeño en hacerlo feliz cuando tomó el mando en jefe por ausencia del general San Martín, y le asigna cinco mil pesos de honorarios El corazón lucha con el corazón. El corazón tentador le dice: tus años van en declive, ne podrás adquirir para sostener tu rango con el azadón y el arado, *fodere non valeo*: mendigar te será vergonzoso, *mendicare erusbeco*, recibe el donativo: pero el corazón desinteresado agradece la oferta, y no la admite, no obstante que sus haberes están al nivel de las necesidades de un hombre honrado

¿Electrizará su celo el deseo secreto de ser llamado á los primeros destinos? Jamás se le vió aspirar á los empleos y siempre fué buscado para los grandes puestos. Tiempos críticos, que habeis carcomido los frutos preciosos de nuestra libertad en su infancia, revoluciones que semejantes á los temblores de tierra habeis hecho sentir la repercusión en los países remotos, hasta los tronos de la Europa, y habeis hecho, que vacilen en decidirse á favor de la causa más justa, revoluciones, que arrojais la semilla del odio, de la sedición, que fructifica para la ruina de los Estados más bien constituidos, revoluciones...! ay! quién pudiera bajar hasta el infierno para pintar esta manía antipatriótica con los feos colores de sus tristes víctimas y del demonio, que es su autor! Dispensadme los transportes de mi celo; mi indignación contra esos génios revoltosos electriza y auxilia mi imaginación; *indignatio mea ipsa auxiliata est mihi.* Seamos libres, y gobierne, y sea honrado, y ocupe el primer lugar de la nación un feliz etíope, que nació dueño de sí y la desgracia le hizo esclavo. Perdonadme igualmente esta digresión, que no es fuera del caso, tomemos el hilo de la historia de nuestros héroe.

En estos tiempos peligrosos no se le vió entrar en intrigas, maniobras, ni conspiraciones contra el gobierno,

Mande quien mande, siempre sumiso, siempre subordinado, la ley es su guía, y la que le íntima los deberes que llena completamente; su empeño en ser útil á la patria, y no aspiras á intereses personales. ¿Pero estuvo á cubierto de las consecuencias fatales de las revoluciones? Balcarce fué su víctima, y no es de admirar, el mérito causa las envidias y las rivalidades; el primer favor las hace brotar, y la sombra de una displicencia las santifica con el especioso pretexto del bien del Estado.

La Junta de Observación le nombra director interino del Estado. Entonces se levanta la tempestad más peligrosa que quizá ha amenazado la existencia de la patria. Por todas partes se enciende el fuego de la anarquía, el país en estado de disolución, sin centro de gobierno, el Congreso recien instalado sin poder físico, las facciones poseídas de animosidad. Y ved aquí al director Balcarce invadido por los mismos, que lo llamaron al gobierno, calumniado después. En ocasión tan crítica Balcarce mantiene su entereza, su serenidad, su firmeza, y no se le nota cosa indigna de un hombre de principios. Si se suscita por mí la tempestad, arrojadme al mar; corra riesgo mi vida, comprométase mi honor con tal que la patria se salve: *si propter me tempestas hæc, projicite me in mare*. De Jonás tomó estos sentimientos que muestran que su alma no era venal, ambiciosa, ni mezquina. Diestro piloto, que en las furias de un mar alterado arroja á las aguas sus más preciosas mercaderias, á fin de que no perezca la nave que sufre los golpes.

¿No le animará á lo menos el deseo recto de la gloria propia? Este es expresión preciosa de nuestra primitiva grandeza, y el fuego, que forma los héroes. Dios mío, yo te pido como cristiano, que mi nación no os ofrezca otras virtudes, que las que son dignas de tí; pero deseo que el amor de la gloria sea la única flaqueza de que la reprendais; ella no forma grandes santos, pero hace gran-

des hombres, y de un hombre grande á un gran santo hay poca distancia. Si el brigadier Balcarce trabajó por su propia gloria, su corazón lo sabrá: lo que puedo decir es, que se desvió por dar gloria á su patria.

Yo sigo sus pasos al Alto Perú y advierto en su valor otro hijo de Matatías el guerrero Judas: *fortis Judas . . . sit vobis princeps militæ.* Alegraos montes, *jubilate montes*, tierra que sostuvistes el trono de Atabaliba, dad saltos de alegría, *exulta terra*, os lleva la libertad un militar con talento para la guerra, de viveza en las preparaciones, y de serenidad en la lucha, tan dispuesto á causar admiración con su temeridad, como á frustrar las disposiciones de los enemigos con su pericia militar: vencerá sin duda.

De hecho: bate á los enemigos de nuestro sistema en las gargantas de Cotagaita: sus propias trincheras donde los busca no les sirven de asilo ¿Acabará aquí con ellos? Un general diestro tiene sus esperas: Hace uno oportuna retirada hasta Suipacha, donde el presidente Nieto ó su segundo Córdoba, quedan completamente derrotados, y su espada, que no dá golpe en falso, se abre paso hasta el Desaguadero. Mi corazón se inunda en avenidas de alegría. ¿Pero, qué rayo cae sobre mi cabeza? Yo advierto que de los derrames de la famosa laguna de nuestro continente se levantan vapores negros que amenazan oscurecer la gloria que Balcarce había adquirido á la Patria. ¿Pero, cómo? Con la mayor bajeza. El desnaturalizado Goyeneche, que preside á las armas de Lima, pide armisticio de cuarenta dias. Una esperanza lisonjera arranca el *sí* al representante de la nación. Intrigante bajo, bien conocías el brío de los hijos de América, y solo la felonía de que te valiste pudo embotar los filos de su cuchilla!

Al abrigo de esta opaca pasión, Goyeneche quebranta el pactado armisticio, y asalta nuestro campamento que

descansaba sobre su hombría de bien. El cañón truena, la sangre comienza á formar arroyos: triunfan los realistas. Campos de Huaquí, no caiga sobre vosotros la lluvia, ni el rocío del Cielo, pues fuisteis homicidas de los fuertes de Israel, de los bravos del Sud. Las tropas se dispersan, y se abre paso el enemigo para recobrar las plazas donde había flameado la bandera de la libertad.

El general Balcarce aunque como aquel león, que según la expresión de la escritura infunde más terror del que recibe, se busca á sí mismo: percibe que su voz es de Jacob, pero que la voz pública lo cubre con las pieles de Esau. Vuelve á la capital avergonzado y dispuesto á ser la víctima si es necesario para obrar la redención de su pueblo. Se condena voluntariamente á reclusión en su casa por dos años, á pesar de las satisfacciones que le franquea el gobierno: pide castigo ó declaración de su inocencia. La justicia le absuelve en efecto plenamente, y á consecuencia le nombra Intendente de Buenos Aires y gobernador de armas.

Este es el juicio que se formó de su manejo en la derrota del *Desaguadero* cuando vivía: yo me avanzo á abrirle nuevo juicio aún después de su muerte siguiendo la costumbre de los Egipcios para confusión de sus calumniadores, que pensando rebajar su mérito hícieron la historia de la gloria de un buen militar. Balcarce! Balcarce! despierta del sueño en que duermes: ahora que tu poder se ha acabado con la vida; ahora que los títulos y grados te han abandonado; ahora que el temor no oculta tus delitos, ni el interés pondera tus virtudes ó tus vicios, responde de la derrota del ejército de tu mando. La ley te lo pregunta: la patria te escucha. Sus descargos son decisivos. Yo no era, dice la suprema voz: solo me tocaba obedecer la orden del representante á quien engañó un jefe que vomitó la América de su seno sin que lo advirtiese. Examine el ojo imparcial y pronuncie la razón, si

faltó este general á sus deberes, entre tanto que yo sigo sus huellas en el reino de Chile, donde acopió nuevas palmas para consagrarlas á la madre Patria.

La satisfacción del Gobierno Supremo de sus bellas cualidades lo destina el ejército de los Andes de segundo del general San Martín. ¡Qué dos hombres tan útiles! Chile, no volverás á ser esclavo. Las amenazas de Osorio acelerarán su funeral, y *Maipú* le ha abierto el sepulcro de antemano. Así fué que allí se alcanzó una victoria, que siempre será celebrada entre las victorias patrias. ¿Y en qué circunstancias? Cuando un triunfo tan casual como pasagero del enemigo en Talca dispersa nuestras tropas é introduce el desórden. Acelera el vencedor sus marchas para lograr la circunstancia que le parece amiga. Se engañó. El celo de Balcarce ya ha reunido los cuerpos americanos: ha encendido en sus pechos un fuego eléctrico, y les ha dado una vitalidad desconocida hasta entonces. Ya está á las manos el ejército que piensa devorarnos: temblad, temblad confiados: el brigadier general Balcarce está al frente de toda la infantería. Comienza la lucha, y luego, luego cantan los nuestros la victoria. El atrevido Osorio huye vergonzosamente, y la memoria de *Maipú* será su tortor toda la vida. El general San Martín no trepida en partir la gloria con su segundo, y recomendar con expresión su mérito al Supremo Gobierno.

Chile respeta su espada: quisiera abrigarle para siempre en su seno, pero es preciso que vuelva á la capital de Buenos Aires, donde le espera la patria para estrecharlo entre sus brazos. El premio más alto nada excedería la medida de su merecimiento A los grados que le había conferido, á las confianzas honrosas que le habia hecho, añade la erogación de quinientos pesos anuales para alimentos del mayor de sus hijos, y dá orden, se le confiera una beca de gracia. Llena de honores su per-

sona, y la señala con el dedo para el caso que España no olvide la manía de subyugarnos de nuevo, y destine tropas contra la capital. Pero, ¡Oh Dios Santo! Vos mandaste á la muerte que frustrase nuestras esperanzas. Comenzasteis la obra de nuestra libertad, y nos privais de un brazo fuerte que debía sostenerla hasta el último. Pero hemos recibido el golpe: adoremos los juicios del Señor, y contentémonos con llorar como en el mayor quebranto la muerte de un buen ciudadano, de un buen patriota: *produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare.... fac luctum secundam meritum ejus. ..* Unamos al dolor nuestros votos, enviemos al Cielo nuestros suspiros, ejecutemos á Dios con nuestras oratorias: fué hombre: ha sido juzgado por el que descubre manchas en los cielos. ¡Ah! mientras admiramos su heroismo, puede ser que purgue aún las bellas cualidades que nos sorprenden, y los sacrificios que aquí se ofrecen sobre su túmulo, le serán más preciosos que todo el explendor de la fama, y que todos los aplausos con que podrá honrarle la posteridad. Sagrados ministros, seguid el ministerio de piedad que habeis comenzado: pedid á Dios que no se acuerde de los defectos de su vida, y que derrame sobre su alma las abundancias de la misericordia, para que descanse en paz eternamente. Amén.

Aquel elocuente pagano, dirigiéndose al conquistador del mundo, le dijo con una libertad propia de un predicador cristiano: «César, si no se lee en vuestra historia sino las acciones militares, con que vuestro valor ha sometido al universo, la posteridad hallará sin duda en ellas cosas dignas de su admiración, pero no de su alabanza».- *Habet qua miretur in te posteritas, nunc etiam quæ laudet expectat.*

Gracias á Dios, yo no tengo que temer del asunto que hoy empleo en mi discurso. Si yo os hablo de las campañas y de los combates de nuestro guerrero, es porque me reservo de haceros entrar después en su corazón, para registrar alli sus sentimientos y mostraros las virtudes con que acompañó la constancia y el valor que desplegó desde aquel feliz momento en que se enarboló en esta ciudad el estandarte de la libertad.

Volved los ojos, ciudadanos, hacia aquella época dichosa, y contemplad el tamaño, mejor diré, la temeridad de nuestra empresa. De un modo impetuoso y ciego se sacudió el yugo de la dominación española, y se arrancó el poder de las manos de los mandatarios de la metrópoli sin contar previamente con todos los medios de elevar nuestras provincias al rango de una nación independiente.

Los altos destinos que debian presidirla era menester confiarlos á sus hijos exclusivamente, porque ellos solos podían responder de la fidelidad con que debía conservarse ese depósito sagrado. Eran necesarios hombres eminentes en todos los ramos de la administración del nuevo estado. Jefes expertos que velasen sobre la prosperidad y tranquilidad de los pueblos. Sábios publicistas que fijasen las formas de su gobierno y estableciesen los derechos y las obligaciones de los ciudadanos: jueces íntegros que castigasen sus crímenes y dirimiesen sus contiendas: economistas profundos que administra-

sen el tesoro público: políticos hábiles que condujesen sus relaciones con las cortes extrangeras: guerreros valientes que combatiesen á los que osasen contrariar tan justa resolución, desconociendo el derecho supremo de los pueblos ó invadiendo sus territorios. Tan grandes atenciones exigian en los americanos una transformación repentina

La fuerza misma del movimiento debía obrar ese prodigio. El mundo lo ha visto. Del seno de la apatía y de la ignorancia brotaron hombres dotados de un génio superior que pudo suplir á la experiencia, y de una actividad infatigable capaz de acelerar la regeneración del país. Fué de ese número el benemérito ciudadano don Manuel Belgrano, llamado por el voto público á ser miembro de la Junta de Gobierno. Su patriotismo, mejor diré, sus fuerzas por la recuperación de nuestros derechos, lo habian señalado de antemano. Él hizo ver muy en breve, que el concepto no habia sido errado, y que la patria sería recompensada con usura de su elección.

Sin embargo el destino aunque elevado no llenaba sus deseos, ni aquietaba los movimientos impacientes de su corazón. No le satisfacían servicios de menos valor que el de su sangre y de su vida. ¡Quién creería que ese hombre, formado en la carrera de las letras y de los empleos, de una complexión débil y delicada, y acostumbrado á una vida de tranquilidad y de placer, encerraba una alma fuerte, capaz de las empresas con que ha inmortalizado su memoria! El gobierno que le observaba de cerca, debió conocer la elevación de su carácter, y el ardiente entusiasmo que había encendido en él el fuego sagrado de la libertad. El le juzgó capaz de comandar un ejército, y puso á sus órdenes la expedición del Paraguay.

¡Qué conflicto para ese hombre modesto: verse llamado repentinamente á un ejercicio ageno de su profesión,

y á un empleo á que no llegan en un orden regular sino aquellos militares formados en las campañas, aguerridos en los combates y coronados muchas veces con la victoria! ...Una lucha violenta de afectos y sentimientos se suscita en su corazón. Él pesa con imparcialidad su inexperiencia, su debilidad orgánica y su falta de conocimientos en el arte militar; pero arde al mismo tiempo en deseos de manifestar al mundo lo que puede una alma grande, sobre todo animada del interés sumo de la libertad é independencia de su patria.

Versado en la historia antigua y moderna de las naciones, debió tener presente, que el cónsul Lúculo, obligado á ponerse al frente de los ejércitos de la república para combatir á Mitrídates, llegó al campo enemigo general consumado, habiendo salido de Roma simple ciudadano. Que Carlos XII, rey de Suecia, espantó al mundo con su actividad y su corage cuando poco antes lo escandalizaba con su indiferencia y su desidia en los más grandes negocios de su nación; que el gran Moreau cambió la toga por la espada con tal suceso que mereció de los franceses el renombre de segundo capitán de su tiempo. Él pudo concluir de esos ejemplos, que los que son nacidos para la gloria, como él, no necesitan del estudio de la profesión militar para aprender á ser valiente sino para saber no ser temerarios, y que un soldado que combate por la libertad de su patria puede ser un gran general, desde sus primeras campañas. El debió contar sobre todo con la fuerza de su corazón y las virtudes de su alma cuando se resuelve á aceptar el cargo de general.

Vedle, desde aquel momento transformado en un guerrero infatigable. Insensible ya á todos los alhagos de la vida, se consagra exclusivamente á las atenciones de su nuevo empleo. Se desprende de cuanto sentimiento puede distraerle de los de la guerra, y sólo piensa en las

victorias con que le lisongea su imaginación acalorada. Ya no vé más gloria digna de sí mismo que la de salvar su patria aunque sea con el sacrificio de su vida; y mientras que espera de sus tareas adelantar sus conocimientos en el arte, cuenta para sus empresas con su constancia y su corage.

Seguidle en todos los pasos de su nueva carrera, y decid si no es el mismo en las fronteras del Paraguay que en *Tucumán* y *Salta*, que en *Vilcapugio* y *Ayohuma*. Tan sereno en el peligro como fuera de él, tan valiente en la victoria como en la derrota; y tan grande en los trabajos como en la prosperidad.

La posteridad oirá con asombro la constancia con que en su marcha sobre el Paraguay combatió todos los elementos antes de llegar al frente del enemigo—¡Gloria inmortal á los demás guerreros que sufrieron tanta calamidad sin dar lugar á la queja ni al desmayo! ... Distancias inmensas; campos desiertos; lluvias continuas; calores ardientes; ríos á nado; escaséz, privaciones, intemperie; en fin, cuanto la naturaleza puede presentar de ominoso, todo es vencido sin más recursos que el de sufrimiento y la paciencia. El General dió el ejemplo de una constancia digna de los Anibal y de los Césares; pero nunca más fuerte que cuando es llegado el momento del combate.

Los hombres comunes juzgan del tamaño de las cosas por el de los resultados; las almas elevadas las examinan en sí mismas. Es de este modo que deben ser consideradas las batallas del *Paraguary* y *Tacuarí*. Una masa armada de ocho mil hombres habría aterrado á cualquiera otro general á la cabeza de quinientos soldados sin más disciplina, podría decirse, que la adquirida en su marcha. El nuestro, para quien la elección de evadirse del peligro fué siempre la más dificil, no se arredra á la vista de una diferencia tan enorme. Él no piensa ya, es ver-

dad, combatir por la victoria que considera imposible, atendida la gran superioridad de las fuerzas enemigas; quiere hacerlo por su honor, por el de las tropas que comanda, y por el interés de asegurarles una retirada militar. Eran necesarios prodigios de valor para alcanzar esos objetos; prodigios de valor obró á la cabeza de su corto ejército, destrozando el centro del enemigo, y haciendo su retirada hasta el río Tacuarí. Tengo el honor de hablar ante militares acreditados en la guerra, que saben apreciar las circunstancias en que una retirada es más gloriosa que la victoria. Ellos harán toda la justicia que es debida á la de nuestro invicto General. La márgen izquierda del río Tacuarí era el punto en que otro esfuerzo de su corage debía darle el triunfo de la paz. Perseguido y hostilizado en sus marchas, es atacado allí de nuevo. En el acto mismo en que es batida toda la división de su flanco derecho por una fuerza superior de tres mil hombres, se le intima á rendirse á discreción. ¿Qué importa morir, exclama indignado del insulto, á la edad de cuarenta años, cuando se muere con su honor? Se pone á la cabeza de doscientos treinta bravos; carga sobre ellos; los arroja sobre los bosques vecinos; los arranca de las manos la victoria, y los obliga á aceptar una paz, que poco antes habian mirado con desdén. Paz gloriosa que dió la independencia al Paraguay, y que salvó los restos de aquel ejército, que fué á coronarse de laureles en la célebre batalla de las *Piedras*.

Ya echais de ver, ciudadanos, la constancia y el valor de nuestro héroe por los ligeros cargos que acabo de presentaros de su primera campaña. Y bien, esos no son sino ensayos del que desplegó en las demás. Ese nuevo David, creciendo en conocimientos y experiencia, se eleva de día en día sobre su propio valor. *David proficiscens et semper se ipsa robustior*. Vosotros no habreis olvidado las famosas jornadas de *Tucumán* y de *Salta*. Ellas son de-

masiado importantes al crédito de la nación; á la gloria de nuestro bravo general; al honor de nuestras tropas; y sobre todo al del valiente jefe que nos preside, (1) distinguido en la segunda, para que puedan estar borradas en nuestras almas. Por otra parte, las desgraciadas circunstancias de nuestra actual posición nos las recuerdan vivamente. Ellas nos salvaron de un conflicto enorme, y dieron vida á nuestra patria. Los enemigos de Montevideo en aquella época, al mismo tiempo que dominaban nuestros puertos y hostilizaban nuestras costas, extendía por el continente su poder ominoso hasta las márgenes del Uruguay. Una fuerza extrangera penetraba nuestras fronteras ofreciendo protección á los qne habían tenido la bajeza de implorarla El Paraguay continuaba en su conducta apática y misteriosa. Nuestra capital aun no había vuelto del espanto en que le puso una conjuración horrorosa. Las tropas de su guarnición habían sufrido un contraste que aun no había sido reparado. Un ejército victorioso, desprendido de las montañas del Perú inundaba las llanuras de Salta, y amenazaba al Tucumán. El número de sus tropas y el orgullo que les habían inspirado sus victorias lisongeaban á su jefe de un triunfo seguro sobre los débiles restos de nuestro ejército. Tal era nuestra situación en aquellas circunstancias. Una derrota en Tucumán habría consumado nuestra ruina. ¿Y quién de nosotros se atrevió á esperar de aquella pequeña fuerza un suceso favorable? Pero allí estaba el general Belgrano, y nosotros parecíamos ignorarlo, ó haber olvidado de lo que era capaz su valentía. Otro jefe con menos corage que él habría preferido una retirada, que hubiera cubierto su honor y su reputación militar. El no puede sobreponerse á las funestas consecuencias que prevée. Si no consulta, como Gedeón, los prodigios con que el angel le asegura la victoria, no deja de examinar

(1) El general Martin Rodriguez.

otros motivos que le llenan de confianza. Èl recuerda la santidad de la causa que defiende; las virtudes de un pueblo inocente, que implora su protección, y lo que puede esperar de unos soldados y de unos ciudadanos que quieren defender su libertad. Tocado de tan dignos objetos, su grande alma se desplega toda entera, su corazón crece con los peligros; sus luces se aumentan con su ardor y decidido á la batalla, vuela á la victoria, ó á la muerte. Aparece á la cabeza de su línea, y todo lo anima su presencia; arenga sus soldados, y su voz hace presentir el triunfo. Ordena sus movimientos, y sus sábias disposiciones lo aseguran. En lo más ardiente del combate parece multiplicarse en todo los puntos en que es necesaria su asistencia. Allí esfuerza á los que logran ventajas sobre el enemigo; aquí sostiene á los que parecen desmayar; en todas partes se hace sentir la fuerza de su coraje.—El enemigo aterrado, se vé obligado á cederle el campo de batalla, y huye despavorido á encerrarse entre los cerros y cienagales de Salta. Èl lleva sobre sí el escarmiento de su osadía; la memoria del vencedor le persigue, y aunque allí quiere ostentar una nueva defensa, sabe bien que no le resta sino una nueva humillación.

Dispensadme, señores, que no entre en detalles de una batalla sangrienta, cuya víctoria miro yo como el complemento del triunfo de Tucumán ¿Ni qué podría añadirse que recomendase más el mérito de un general victorioso? Vosotros lo habeis apreciado dignamente y habeis pronunciado vuestro juicio de un modo más elocuente que el pueblo romano, cuando celebraba la victoria de os suyos—¡Qué!... ¿las coronas de laurel, los arcos de riunfo y los trofeos con que los romanos recompensaban el valor de sus guerreros, pueden compararse en importancia á las aclamaciones, á las lágrimas de gozo y á

las bendiciones con que todas las provincias aplaudieron al vencedor de *Tucumán* y *Salta?*

Yo quiero examinar los quilates de su valor en el contraste de las desgracias de *Vilcapugio* y *Ayohuma.* Nó: no, sucesos, reglas fugitivas de los ignorantes: vosotros no dominarais en esta vez los juicios de un pueblo ilustrado. Al traves de las prevenciones que un mal resultado inspira contra el más bello designio, nosotros vemos allí medidas juiciosamente proyectadas, sabiamente conducidas, valientemente ejecutadas. Yo veo en *Vilcapugio* atacado el enemigo con furor; perdida parte de su artillería y derrotada su ala izquierda. Un accidente fatal vino á robarnos la victoria.—Los dos jefes que comandaban la nuestra son arrebatados de las filas por las balas enemigas. Tan grande desgracia hace una impresión violenta en aquella división, que retrocede y envuelve en su dispersión la reserva. El terror, que de parte de Dios es un efecto de su dolor y de la nuestra un efecto de nuestra míseria, hace desaparecer la disciplina. La presencia del General no puede muchas veces cambiar en el órden la confusión de la huida, y perdiendo el soldado el valor para pelear, pierde al mismo tiempo la docilidad para obedecer. Sin embargo nada omite nuestro bravo jefe para reanimar los suyos y volverlos al combate. Él corre por todas partes exortando á la batalla. Reune á su alrededor á cuantos acerca su presencia ó su peligro, y les habla con iguales expresiones á las del valiente Macabéo. Nó: no huyais, camaradas de ese enemigo cobarde. Nada teneis que temer; pero si es llegada nuestra hora, muramos con valentía y no manchemos con una fuga vergonzosa la gloria de nuestro nombre. *Abrit rem istam facere ut fujiamus ab eis, et si apropinquabit tempus nostrum moriamur in virtute et non inferamus crimen gloriæ nostræ.* Yo le veo en fin en la noche inmediata á su derrota conservarse al

frente del enemigo, sufriendo los fuegos de su artillería. Desde allí expide sus disposiciones con una serenidad imperturbable, y sólo se pone en movimiento cuando ha reunido los dispersos, y se ha convencido de la imposibilidad de restablecer el combate; y entonces ¡qué actividad en sus medidas! ¡Qué constancia en sus fatigas! Qué rapidez en sus movimientos! Y qué fuerza en sus órdenes para reorganizar el ejército! Apenas corren veinte y seis días cuando carga sobre el enemigo con mayor furor que en *Vilcapugio*, y le hace comprar su triunfo al caro precio de una horrorosa mortandad. Quede allá entre los misteriosos secretos de la providencia la razón de tan lamentables sucesos. A nosotros no nos toca examinar la conducta de quien todo lo regla por sus miras generales. Sin embargo, el general Belgrano pretendía conocer la causa de sus desgracias y se acusaba de ellas tan severo consigo mismo como indulgente con los demás —«Yo he cometido un gran yerro, decía una vez á uno de sus más fieles amigos; yo lo lloraré toda mi vida. Tal fue la entrada de mi ejército en la ciudad de Potosí.» Si los yerros de los grandes generales hubieran de excusar á los demás, el de Anibal en su entrada en Capua, antes de atacar á Roma, podría vindicar el nuestro Pero que ¿no obligarán nuestra indulgencia las sublimes virtudes con que él acompañó su constancia y su valor? Él lo empleó en una guerra del agrado del Señor por su fin y por sus medios.

SEGUNDA PARTE

La guerra, cuyas consecuencias son tan funestas, no puede ser aceptable ante los ojos de Dios si no hay motivos poderosos que la justifiquen y no se emplean los medios posibles que la moderen. La humanidad se irrita contra el gobierno que prodiga la sangre de sus súbdi-

tos, y expone los pueblos á sus horrores, cuando está en sus manos asegurarles su reposo. Si á la imprudencia se reune la injusticia, entonces ¿de qué crimen ó más bien de qué multitud de crímenes no se hace responsable ante el Dios de la benignidad y de la paz? Este reato que pesa sobre el primer magistrado, carga igualmente sobre aquel, á cuya dirección se confían los ejércitos. Él debe hacer brillar en su conducta aquellas virtudes, que transmitidas á las tropas que comanda, pueden disminuir tan grandes males y hacer que una guerra empleada en defensa de la justicia llegue á ser del agrado del Señor. *Et preliare bella Domini.* Yo creo poder decir de los grandes hombres en la guerra lo que los Santos Padres de los mártires de Jesuscristo— nada importa su fortaleza y su constancia, si no son empleadas en sostener la santa fé que profesan—*Martirem non pena facit sed causa*—A este modo no es el valor, ni la ciencia de la guerra lo que puede elevar á un General á un heroismo cristiano. Es la justicia de la causa que defiende y el uso moderado de la fuerza que comanda. Sin estas circunstancias el coraje es una ferocidad, la muerte del enemigo un asesinato, y la victoria una crueldad. Ved ahí las máximas que reglaron la conducta de nuestro General en el comando de sus ejércitos y en sus combates. Un amor inestinguible por su patria, por su libertad é independencia fué el primer móvil de todas sus empresas. Formado en su corazón ese noble sentimiento desde sus primeros años y reprimido por tan largo tiempo, rompió al fin con tal vehemencia, que elevándole sobre sí mismo, le hizo superior á todo otro interés de cuantos pueden halagar el corazón humano. ¡Con qué desprecio mira esas riquezas que parecen pertenecer al fausto, á la magnificencia, y al poder de los que por el explendor de sus victorias arrastran la admiración de todas las clases de la sociedad! Rico por el gran tesoro

de sus virtudes, arroja de sí todo ese aparato mundano, que solo sirve para fomentar una vanidad perecedera. La modestia de su trage, la frugalidad de su mesa y la simplicidad de su morada nos recuerdan la idea de los Camilos, de los Phocios, y de los Fabricios. - «Si el rey de Epiro, decía uno de ellos, quisiese probar la generosidad de mi corazón, debía sondearlo por la oferta de todo su reino». Él se envanecía de poder rehusar las liberalidades de un príncipe, aún cuando estas fuesen el motivo de una traición. Nuestro General rechaza con desdén las riquezas con que se recompensa su fidelidad y su valor. – Cuando el gobierno se apresura á significarle la aprobación de sus servicios en las victorias de *Tucumán* y de *Salta*, se ofende de que sean recompensados de otro modo que por la estimación de sus conciudadanos. Indocil por la primera vez, le representa con energía para excusarse de la aceptación de un premio que juzga indigno de su virtud. «Nada hay más despreciable « (le dice) para el hombre de bien, para el verdadero « patriota, que goza la confianza de sus conciudadanos, « que las riquezas. Estas son el escollo de la virtud, y « adjudicadas en premio no solo son capaces de excitar la « avaricia en los demás sino que parecen dirigidas á lison- « gear una pasión abominable en el agraci ado. Yo he crei- « do digno de mi honor, y de los deseos que me inflaman « por la prosperidad de mi patria el destinar esa suma á « la dotación de cuatro escuelas en la ciudades de Tarija, « Jujuí, Santiado y Tucumán.» ¿Hay algo que añadir, ciudadanos, á la dignidad y elevación de tan nobles sentimientos?

Yo no he empleado los adornos de la elocuencia para deducirlos: es la virtud del héroe la que da esa fuerza á las expresiones que yo he copiado fielmente de su escrito. Son producciones naturales de su corazón é indicios de los nuevos ejemplos que aun tenía que darnos de su virtuoso des-

prendimiento. Él parte con su ejército por el largo espacio de cuatro años el corto sueldo que le señala el estado para su moderada subsistencia. ¿Y qué necesitado no tuvo siempre un derecho á su escasa fortuna? ¿Aquién se oculta que agotada esta en sus piadosas erogaciones, tuvo que implorar en Tucumán la generosidad de sus amigos para conducirse á esta ciudad á concluir sus penosos días en el seno de su patria y de su familia? Y entonces ¿quién no vió con compasión las necesidades que afligieron los últimos períodos de su vida? Es menester confesar que su grande alma fué superior á las poderosas seducciones de las codicia, ¿pero lo sería igualmente á los fuertes atractivos de la ambición? Las pasiones son diestras para atacar por sus flancos el corazón del hombre. Rechazadas por una parte vuelven por otra con nuevo aspecto y nueva fuerza; y el que ha sido sensible á las insinuaciones de la avaricia, no le es muchas veces á los halagos de la ambición. La elevación de los destinos; los atractivos de la autoridad; el homenaje de la obediencia; los inciensos de la adulación; la respetabilidad del poder, y el explendor de un alto empleo son fuertes incentivos para seducir un alma superior. Ellos se encuentran reunidos en el cargo de general de un ejército con toda aquella brillantez que les añade la profesión militar. El nuestro se vé amenazado de la pérdida del que obtenía en el mismo lugar en que se había mostrado digno de él, y en que su coraje había merecido las aclamaciones de todos los pueblos. Él se hallaba á la vista de una ciudad que había salvado por un prodigio de su valor, y á la cabeza de un ejército que conocía y apreciaba sus virtudes? Rehusará ceder un puesto á que parecía darle un derecho sus glorias anteriores .... Ciudadanos! la generosidad de sus sentimientos anuncia de antemano su conducta, y responde de ella el amor puro con que él ha consagrado á su patria sus servicios.

—Para él es apreciable todo puesto en que pueda hacerle el sacrificio de su vida. La plaza de un subalterno le añade la ocasión de hacer brillar su obediencia —Recibe al nuevo General con toda aquella distinción que corresponde á su alta dignidad y á su gran reputación militar. Entrega en sus manos el bastón; le jura su sumisión, y corre á ponerse á la cabeza de su regimiento para sostener su autoridad. ¡Con qué placer se confunde con sus compañeros de armas! ¡Y con qué eficacia se apresura para edificarlos con su ejemplo!— Él es el primero en los ejercicios doctrinales y en las conferencias de aquella academia que había fundado él mismo, y presidido tantas veces.

El tiempo ha manifestado que nada tuvo de afectada su conducta, y que allí se hermanaron de un modo ejemplar su generosidad y su obediencia. A la cabeza del mismo ejército, adonde le llevó por segunda vez su reputación militar, tuvo la ocasión de acreditar la sinceridad con que había honrado al que desde entonces juzgó digno de su admiración – Apenas llega á sus oidos la célebre victoria de *Chacabuco*, que transportado de gozo se entrega á una enagenación, solamente comparable á la modestia con que apreciaba las suyas. La manda publicar con el mayor aparato, y destina el día más grande de nuestra era para levantar un monumento que recomiende su memoria. y la trasmita á los tiempos y geneciones venideras. Con una especie de idolatría política hace él mismo los honores á aquella pirámide, que parecía considerar animada de toda la gloria de que se había hecho digno el vencedor. Si Cesar, al mandar restablecer las estatuas de Pompeyo, destruídas por sus enemigos, concibió la baja idea (según Ciceron) de afirmar mejor las suyas, nuestro general, erigiendo ese monumento al vencedor de *Chacabuco*, no se apercibe que lo levanta al mismo tiempo á sus propias virtudes. El via-

gero observador no podrá detenerse á contemplar en la grandeza del héroe, á quien ha sido consagrado, sin fijar su atención en la generosidad de quien le tributó ese homenaje. El verá alli el acatamiento de un general á otro general; de un vencedor á otro vencedor; de un héroe á otro héroe; del valor al valor; del triunfo al tríunfo; de la virtud á la virtud. Gloriaos, compatriotas; gloriaos de que la historia de nuestras provincias en los cortos períodos de su nueva vida política, encierre ya un suceso de aquellos que en las demas naciones solo han sido el resultado de los siglos. Gloriaos, ilustre ciudad de Buenos Aires, de poder contar en el número de vuestros hijos á un hombre que supo honrar con tanta elevación al digno émulo de sus glorias. El fué igualmente generoso con los que se atrevieron á contrariarlas y armaron su brazo para combatirle. Hablo de la humanidad con que respetó la desgracia de aquellos mismos á quienes en el combate había humillado su valor. «Cuando os prepareis para la guerra, escribía « S. Agustín á un General, acordáos que el corage que « os anima y la fuerza que os sostiene son dones de Dios. « Al mismo tiempo que está armado el brazo es menes- « ter que no lo esté el corazón. No debe inmolarse al « enemigo al deseo inmoderado de venganza sino á la « dura ley de la necesidad, y la misma ley que le hace « perecer cuando resiste, debe salvarle cuando le ha « rendido la victoria. Sobre todo, es menester escoger « la paz y ser obligado á la guerra.»

¿Os he referido, ciudadanos, las máximas de un doctor de la iglesia, ú os he copiado fielmente los sentimientos de humanidad con los enemigos del General que yo elogio? Él se arroja, es verdad, con ardor á los combates; pero en el momento en que es dueño de la victoria, lamenta las desgracias del vencido, y deja caer la espada de su mano para emplearla en su socorro. Aun no ha

cesado el estruendo del cañón en *Tacuarí*, cuando remite una suma al mismo jefe que le ha disputado el triunfo para auxilio de los huérfanos y de las viudas de los que han perecido en la batalla. Apenas el General del ejército del rey reducido en *Salta* al último conflicto, le significa su voluntad de rendirse bajo capitulación, que impulsado de la benignidad de su carácter, se apresura á subscribirla.—Su nobleza no le permite sospechar una perfidia. Su generosidad no le deja escuchar con indiferencia una súplica. Su alma entera le decide á un acto de clemencia, que él supo combinar con los planes de su política.

¡Con qué sensibilidad se compadece en sus partes al gobierno de los males de la guerra aún respecto de sus mismos enemigos! Se creerían más bien dictados por un filósofo en el fondo de su gabinete que por un guerrero sobre el campo de batalla. ¡Cuanto es su desvelo para proveer á la seguridad y asistencia de sus prisioneros! Él los considera como hermanos desde que han dejado de obrar como enemigos.

Al acercarse á los pueblos que se rinden al valor y á la reputación de sus tropas ¿creeriais que se hace anunciar como un conquistador formidable? Ah! sus órdenes se anticipan para prevenir una impresión tan contraria á sus deseos. Sus estandartes llevan los ramos de oliva que anuncian la paz; y él se deja ver lleno de dulzura y bondad. Cambiado el terror en una suave confianza, asegura su obediencia aun antes de mostrar su autoridad. Se respetan las propiedades enemigas; se olvidan las opiniones disidentes; el órden se restablece, y el amor paternal se subroga al imperio de la fuerza.

El ejército conquistador presenta entonces un modelo de moral y disciplina; de aquella moral y de aquella disciplina á que él vinculaba el feliz éxito de las batallas. ¡¡¡Disciplina de las tropas bajo el comando del general

Belgrano!!! ¡Oh qué campo tan vasto se presenta de nuevo á mi imaginación! ¡Qué fundamentos para acabar de convenceros de que él empleó todos los medios posibles para hacer una guerra del agrado del Señor!—Yo debiera comenzar aquí su elogio ¿Y cómo podría en los cortos momentos con que aun puede favorecerme vuestra indulgencia, representaros por extenso sus desvelos para establecer la subordinación militar: su severidad en el castigo de los crímenes, su rectitud en la recompensa de la virtud y del mérito: su vigilancia en la administración de los intereses del ejército: su constancia en los ejercicios doctrinales; y su asiduidad en las academias de instrucción? ¿aquella dulzura para inspirarles los sentimientos de honor; aquella destreza para excitar la emulación: aquellas fatigas para asegurar su subsistencia: aquel amor para consolarles en sus desgracias: aquella caridad para hacerles asistir en sus dolencias: aquel celo para obligarles al cumplimiento de sus deberes religiosos, y aquella austeridad en sus costumbres para instruirlas con su ejemplo? ¿Como podría ... ¡pero que! yo debo separarme de esa idea, si os he de recordar los sentimientos religiosos con que él defería al Todo-poderoso, cuanto yo he atribuido tan justamente á sus virtudes.

¡Cuan difícil es para un guerrero, amados compatriotas, encontrarse victorioso y ser humilde al mismo tiempo! Las prosperidades de la guerra dejan en el alma un placer tan fuerte que la llena y ocupa toda entera. El vencedor se atribuye de ordinario una superioridad incontestable de poder: se levanta triunfos secretos á sí mismo, y se envanece de los laureles que recoge con trabajo y que riega muchas veces con su sangre.

¡ Ah ! . Nuestro General se confunde con la tierra para adorar al Dios de los ejércitos y reconocerlo como único origen de sus triunfos en los mismos momentos en que la fortuna lo halaga con sus caricias, en que corona sus

sienes la victoria, en que sus conciudadanos le prodigan sus elogios, en que los enemigos hacen justicia á su valor, y en que, por decirlo de una vez, adquiere un derecho á la admiración del mundo entero: entonces es cuando postrado ante las aras del altar, se despoja de sus insignias, las deposita en las manos de María, y la aclama por patrona y protectora de su ejército. Leed otra vez esos oficios con que da cuenta al Gobierno de los sucesos de las tropas de su mando. ¿Se gloría acaso de ellos como derivados de su valor ó de sus disposiciones militares? Mirad esas banderas colocadas ante el tabernáculo del Señor; ellas presentan un testimonio de su profunda gratitud á la singular merced con que fué favorecido en las batallas de *Tucumán* y *Salta.*

Tales son los sentimientos de su religioso corazón. Él combate como un soldado de Jesucristo; y sosteniendo los derechos de los hombres, pelea al mismo tiempo por su gloria y por su honor. De aquí aquel horror á la anarquía, á ese espíritu de desórden y de licencia, que desquiciando las leyes humanas, holla al mismo tiempo las divinas: y que rompiendo los diques de la justicia, suelta el torrente de las pasiones y de los vícios. Vosotros lo encontraistes siempre pronto para hacer frente á ese enemigo feroz de la felicidad de los pueblos.

Si en Santiago del Estero aparece la hidra de la sedición, él expide con severidad sus órdenes para derribarla por un golpe de su justicia Si en la campaña de Santa Fé se hace necesaria la presencia de su ejército para contener los progresos de la guerra civil, él marcha desde Tucumán, á su cabeza, arrastrando una vida agoviada con sus dolencias. ¿Y qué le importa su peligro cuando la del Estado se halla en riesgo? Así responde en la villa del Pilar al jefe de la provincia de Córdoba, que sobresaltado por los quebrantos de su salud, le invita á separarse de su ejército para repararla. «Esa capilla (le

añade) que recibe los cadáveres de mis soldados será bastante piadosa para admitír el mío entre ellos » Si en Tucumán á su regreso se enciende el fuego de la discordia, él ofrece su sangre para apagarlo. « ¿Qué quereis de mí (dice el oficial de la partida que lo asalta en su morada) qué quereis de mí? « ¿Es necesaria mi vida para asegurar el órden público»? Ved ahí mi pecho; arrancámela. Si vuelve á esta ciudad á poner término á sus días, sereno en medio de sus dolencias, solo se altera al considerar las disensiones que la despedazan. Débil y exánime aún querría armar su brazo para vengarla. ¿Desgraciada Patria mía! ¡exclama muchas veces, y entre los afectos de piedad hácia á su Dios, y de compasión hacia su país, exhala una alma, que habríamos querido conservar entre nosotros para siempre.

Él muere, ciudadanos; pero el amor á su patria le sigue hasta el sepulcro, casi he dicho hasta las mansiones del Eterno. Las mismas virtudes que le acompañaron entre el estrépito de las armas le asisten y lo sostienen en el pavoroso silencio de la muerte. Aquella grandeza de alma con que arrostró los peligros en los combates, es la misma con que divisa el cruel momento que va á arrebatarle de este mundo. Aquella constancia con que sobrellevó los trabajos de la guerra, aparece en la serenidad con que sufre sus dolores y sus angustias. Aquel desprendimiento de las riquezas y de los puestos le facilita el pronto olvido de todos los bienes de la tierra. Aquella humanidad con que respetó la desgracia de sus enemigos, le induce al perdón de cuantos han podido ofenderle. Aquella severidad con que castigó los crímenes de sus súbditos, modela el rigor con que se acusa á los piés de Jesucristo de sus extravíos y de sus miserias. Aquella confianza con que contó con el favor del cielo en sus empresas, la alienta para esperar los socorros de la divina gracia en sus últimos conflictos. Aquella reli-

gión de que hizo ostentación en lo más elevado de su prosperidad, es el sentímiento que enciende entonces su fé é inflama su corazón.

Él muere ... ¡Oh Dios terrible y severo en vuestros juicios! ¡Cómo disponeis á vuestro antojo del destino de los hombres y de los pueblos! Vuestro poder ha derribado al que había elevado tanto vuestra bondad. Habeis inmolado á vuestra grandeza esa víctima recomendable. Vuestro golpe ha herido también de muerte á este desgraciado pueblo. Le habeis privado de la mejor columna de su prosperidad y de su dicha. Nosotros respetamos humildes vuestros designios; pero dignaos al menos escuchar nuestras preces y nuestros suspiros. Apartad vuestros ojos de sus miserias: y descargad sobre nosotros el peso de vuestra justicia, si esto es necesario para que él viva en vuestra presencia y descanse en una paz eterna. *Requiescat in pace.* AMEN.

Fray Cayetano José Rodriguez

UNIV. OF MICH.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL BENEMÉRITO CIUDADANO, ILUSTRE MIEMBRO DE LA PRIMERA JUNTA GUBERNATIVA DE LAS PROVINCIA DEL RIO DE LA PLATA Y DESPUES GENERAL EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS AUXILIADORES DEL NORTE Y DEL ALTO PERÚ DON MANUEL BELGRANO, POR FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ.—ESCRITO EN 1821.

Et iste quidem vita decessit, non solum juvenibus, sed et universae genti, exemplum virtutis, et fortitudinis derelinquens. Machab. libro 2, cop. 6.

Murió, dejando no solo á la juventud, sino tambien á toda su nación, ejemplos de virtud y de valor.

Este elogio, desmostración del respeto debido á las cenizas de un hombre benemérito de la patria, que la honró con sus servicios, la llenó de gloria con sus triunfos, promovió con sus virtudes el decoro de su nombre y dió más de una vez motivos á su gozo; de un hombre declarado constante amigo del órden, decidido por el bien público, empeñado en sostenerlo á costa de su vida y expuesto á sacrificarla tantas veces cuantas arrastró los más inminentes peligros; de un hombre revestido de un carácter de dignidad y entereza, de intrepidez y constancia, cualidades que hacen para decirlo así, la superficie del mérito, pero no obstante son presagios de grandes desempeños; de un hombre, que en su carrera política y militar supo unir el talento para la guerra en campaña,

y el de la paz y moderación en el seno de los pueblos, buscando en todas circunstancias, no su gloria y su alabanza, sino la felicidad y exaltación de su patria; de un hombre, cuyo corazón fué el albergue de nobles pensamientos, de rectas intenciones, de ardorosos deseos hacia el bien, de resoluciones generosas, de impetuosas actividades, de meditadas empresas, que caminaron siempre con la misma rapidez que sus pensamientos; corazón para quien parece se habían agotado los manantiales del ocio; de un hombre en fin, magistrado íntegro é ilustrado, soldado animoso é infatigable, ciudadano siempre útil á la patria, deidad á que consagró sus luces, su honor y su existencia, importante á la sociedad, buen amigo, hombre de bien; este elogio, pues, á un hombre de esta clase es un monumento que consagra su memoria, un desempeño de la gratitud á sus constantes servicios, y una inscripción grabada en el corazón de todos sus compatriotas por la necesidad gustosa de deferir al detalle de sus méritos.

Este breve bosquejo fija sin violencia la atención en el benemérito general de los ejércitos de la patria, brigadier don Manuel Belgrano, cuyo nombre será honorable, mientras haya apreciadores del valor y de la virtud. Los que han sido testigos de estas dos cualidades, que expresan su carácter, no podrán censurar de ligero el pincel que las dibuja. Si como él rindió su vida en las críticas circunstancias, que amargaron más que nunca á la patria, la hubiera sacrificado en su obsequio en los días de su exaltacion y de su gloria, su pérdida habría robado muchos momentos al placer de celebrarlas y el luto interceptado su gozo. Un período más lisonjero hubiera hecho un paréntesis á su justa alegría pero habría dado al mundo en la sensibilidad por su muerte un espectáculo, que exige imperiosamente su reconocimiento y no puedo presentarle agobiado, como estaba del peso de sus con-

trastes. Así es que en los primeros momentos que triunfa en favor del orden y funda esperanza de promoverlo con éxito, ha concebido un deber presentar ante los ojos de sus pérfidos infractores el cuadro de las acciones de este hijo, que supo sacrificarse por su felicidad, la defendió con su valor y la edificó con sus virtudes, sin perjuicio del traslado que dá á la posteridad, que sabrá hacerle la justicia, que quizá le niegue ahora la emulación.

Para formarlo pues, bien que rápidamente, sin exponerlo á los insultos de una insulsa y faltidiosa crítica de los que roen siempre el mérito porque no saben contraerlo, tiraremos las lineas sobre el plano de su vida pública. El sepulcro que oculta sus cenizas no ha envuelto en ellas la memoria de sus hechos. No tendremos que exponer á la expectación común un fantasma en vez de su persona, como Michol para ocultar á David; ni menos para honrarlo haremos estudio de excusar sus flaquezas, como pretendía Saúl de Samuel. Damos la cara delante de quienes han fijado sus ojos en su conducta, ó para buscar en ella materia para su elogio, ó para tildarla y ennegrecerla. La muerte lo ha alejado de los tiros de la envidia, de los asaltos de la vanidad y de la confusión que pudiera causarle el relato de sus flaquezas. Estas, sean las que quieran, jamás podrán formar tan densa nube, que ofusque la claridad de sus pechos y el resplandor de sus virtudes políticas y cristianas. No hay pues que temer el deslindar éstas de aquéllas con la misma libertad, que su carácter franco y resuelto las confesó muchas veces y las dejó estampadas con su pluma, sin el peligro de engreirse, ni el oficioso empeño de precaver su confusión y vergüenza. Así, á pesar de las debilidades propias del hombre en el progreso mismo de su brillante carrera, de que él no pudo eximirse, no hemos dudado avivar el recuerdo de las heroicidades que lo distinguieron, con las vivas expresiones que el iluminado autor del

libro segundo de los Macabeos de la idea del gran mérito de Elcázaro, para excitar la noble emulación de sus compatriotas, desempeñar la patria del deber de dar algún premio á los laureles de que supo coronarla, y no dejar quejosa la justicia que reclama nuestra eterna gratitud. *Et iste quidem vita decessit, non solum juvenibus, sed universæ genti, exemplum virtutis, et fortitudinis derelinquens.* Murió dejando á la juventud de su país y á la América todos ejemplos de virtud y de valor. Si este no es su carácter, si no le ajusta este elogio, será preciso correr un denso velo sobre todas sus acciones en los principales períodos de su vida política y militar, y dar á la opinión pública un resguardo de por vida. La verdad no se anubla fácilmente. Oigamos, pues, que en el fallecimiento del general Belgrano, perdió lo América un modelo de virtud, y sus hijos todos un estímulo de fortaleza y valor; que dió de una á otra cualidad ejemplo, que solo es dado á los héroes imitar; y que en la escuela de sus contrastes y de sus felicidades, podrán formarse cumplidamente los que le sucedan en los honrosos empleos que obtuvo y supo desempeñar: *non solum juvenibus, sed et universæ genti, exemplum virtutis, et fortitudinis derelinquens.* Juventud americana! Pueblos todos de la América del Sud! se apagó la antorcha de la vida de este héroe: pero os dejó abiertos los senderos que conducen al templo de la gloria: *ut sequamini vestigia ejus.* La sencilla narración de sus hechos os hará patente esta verdad. Comencemos.

Thema ut supra

Como no es dado á los mortales echar áncoras en el río de la vida, que corriendo con rapidez arrastra igualmente al que lucha contra sus corrientes, que al que se abandona á ellas, el general Belgrano debió llegar al tér-

mino de sus dias. Nada hay más cierto, que el que estos aunque bien empleados, tienen número prefijo, como lo es también que no lo tiene el nombre que con ellos se ha adquirido. *Bonæ vitæ numerus dierum; bonum autem nomen permanebiten ævum.* La fama es un olor que trasciende y ocupa los espacios del tiempo, y lleva hasta los más remotos, la fragancia de las virtudes, que marcaron la vida de los héroes. Así es que el curso de los siglos que ha convertido en ruinas los monumentos más robustos del arte y aún de la naturaleza, no ha podido aniquilar la memoria de un Foción justo, de un Catón austero, de un modesto Fabricio, de un valiente Mitrídates, ni borrará de los fastos de la América del Sud el honorable nombre del general Belgrano, esculpido, mejor que en pergamino y en bronce, en los pechos de sus conciudadanos. Un día pasará al otro la palabra, un año al que le sigue, y cuando las distantes generaciones quieran entrar en el conocimiento de este hombre memorable, oirán de la boca de sus mayores lo que del virtuoso y valiente Elcázaro se escuchará eternamente. *Et iste quidem vita deccesit.* El general Belgrano ha terminado sus días; pero os ha dejado en herencia su virtud y su valor, para estimularos á la imitación y á la gloria: *exemplum virtutis, et fortitudinis derelinquens.* Viven y vivirán siempre estas notas que lo caracterizaron, y que ahora dan materia al elogio de su mérito

Ejemplos de virtud! En efecto: ¿quién atentará obscurecerlos á presencia de unos pueblos expectadores imparciales de su conducta pública? Aneguemos en un profundo olvido los años de su vida privada, los años, decimos, de su juventud, en que por lo común se confunden el génio, y los talentos por falta de piedra toque que los descubra: años en que los vicios naturales disputan con ardor el lugar á las virtudes, y en que éstas ceden ¡Oh cuántas veces! el campo á las pasiones; años en que vive el hombré sin otro in-

terés que el de vivir, sin aspiraciones, sin miras y sin fijarse en el porvenir que hará su gloria, ó su ignominia; años funestos, dignos de cargar con todo el peso de la maldición con que Job improperaba el día en que vió por primera vez la luz. No dispensemos elogios, pero ni derramemos hieles sobre este período de su vida, que ningún influjo tuvo en la sociedad, de que fué miembro. Su corazón fué sin duda entonces como el de todos, un caos en que se abisman los defectos y las virtudes, siendo de pocos el deslindar extremos tan contrarios. Sigámoslos en la carrera de su vida pública. Después que se ha roto el barro de su mortalidad, como el de las hidrias de Gedeón, nos han dado en los ojos de lleno las luces que escondía. Ciudadanos de Buenos Aires! Nosotros apelamos á vuestra ingenuidad virtuosa para dar principio á este elogio y detallar sus virtudes. En los momentos en que el general Belgrano empezó á figurar en este mundo político, vosotros le visteis desplegar aquel amor ardiente á su patria, ese fuego sagrado, que fué la alma de todas sus acciones, y el gérmen prodigioso de sus virtudes públicas. Cuando nos explicamos en estos preciosos términos, no es bien confundir equivocadamente el carácter de esta pasión tan noble. No fué en él aquel fuego impetuoso, erupción violenta de ciertos génios volcanizados que se electrizan sin tino, se arrebatan sin objeto, ó si lo tienen, precipitan los medios de realizarlos, destruyen así, y asolan cuanto se presenta adverso á sus avanzadas miras sin calcular sobre los funestos efectos de un celo mal dirigido. No fué aquel fuego fatuo, sin actividad, sin vigor, que luce y no da calor á la obra que se medita, no activa su ejecución, no hace efectivos los planes que quizá han demarcado la intención sana y la propensión al bien que se desea. No fué aquel fuego, exaltación del momento, que apenas se objeta á los ojos, cuando ya desaparece, no dejando más vestigios que la impresión que

causó momentáneamente en el sentido. No fué aquel fuego, que dejando helado el pecho en que parece haberse concebido, solo obra en la lengua y en los labios, los sacude, y ejecuta á despedir tantas llamas, cuantas son las voces huecas y que articulan para poner en buen lugar el celo que se aparenta, aunque estén en contradicción las obras. No fué aquél fuego que se ceba en el objeto que interesa al amor propio, á la conveniencia individual, sin tendencia al bien común, el que se pretexta únicamente para deslumbrar la vista menos lince, y sorprender el juicio de los incautos. Un fuego semejante, un amor de esta clase no es el que forma amantes legítimos de la patria: amantes, sí, estúpidos, imprudentes, desalentados, amantes de sí mismos, de perspectiva, criminales á quienes ella acusará siempre ante el tribunal incorrupto del público, como asesinos y tiranos que la han conducido al borde del sepulcro. Hé aquí clasificados los efectos de ese fuego, de ese amor, de este fenómeno extravagante, ó más bien, exhalación maligna, que se ha encendido en el porfiado choque de los elementos políticos de una revolución tenaz y complicada.

No es este el sagrado fuego que nutrió y dió vida al general Belgrano. Fué el dulce amor de la patria reglado por la razón, cimentado en la virtud, guiado por la experiencia, animado por el celo, sostenido por el honor, y jamás desmentido por hechos capaces de degradarlo: *dulcis amor patriæ.* Fué aquella pasión noble que se anida en pechos generosos; que nació en el suyo, previniendo la razóu, creció bajo sus auspicios, se refinó en las adversidades, y se consumó en su muerte. El suelo nativo, las cenizas de sus mayores, la religión del país, su gobierno político, las habitudes comunes, las comodidades peculiares del lugar, los encantos que la naturaleza ofrece en su situación los enlaces contraídos ó por la naturaleza, ó por la amistad, y todo lo deducible de estas

ideas generales, que hacen la complexa y singular de la patria (idea que un sabio infundadamente coloca entre las quiméricas, idea que para decirlo asi, es el ídolo natural del hombre, que vive en sociedad); he aquí la que grabada en el corazón del joven Belgrano desplegó sin perder momento apenas supo pensar Dueño por cierto de un entendimiento despejado, capaz de calcular sobre los intereses de esta deidad, á quien consagró sus desvelos, de un corazón resuelto y con sobrada aptitud para promoverlos; de una alma de buen temple, y penetrada de la obligación de sacrificarse por este noble objeto, de un génio superior á los obstáculos, de un caudal de luces que supo acopiar en tiempo, y de un tino especial para hacer su aplicación, nada omitió desde los primeros pasos en su carrera pública para hacer servir estas bellas cualidades el móvil de su pasión dominante. Diga lo que quiera la emulación: los hechos la harán siempre enmudecer.

Asociado con un empleo honorífico á un tribunal de comercio cuyo instituto es dar fomento á esta fuente manantial de las riquezas del país, no tuvo ociosa su pluma, único resorte, que podía entonces tocar para promover sus creces, y empezó á verter ideas benéficas con cierta tendencia á su emancipación futura, sobreponiéndose al temor que debía inspirarle el celoso empeño con que la antigua metrópoli enjuiciaba en esta materia los deslices más leves.

Pero era un reducido teatro para dar ensanche á las actividades de su celo. Otro le preparaba la Providencia y el curso de los sucesos, si más extenso, también más implicado, en que hiciesen un principal papel sus virtudes políticas. El Omnipotente por cuya voluntad se erigen y postran los tronos, se levantan y perecen los imperios, permitió que vacilase el cetro de los Borbones,

que quebrantado en Francia, extendía aún en España su dominación á este lado de los mares.

Desquiciados los elementos todos del poder, y arrancados de su base por la audaz intrepidez de un hombre solo, nacido al parecer para mudar la faz del mundo político, y fijar la atención del orbe entero, se precipitaba desde la cima de su explendor y grandeza al abismo de su abatimiento y exterminio. Un flujo y reflujo de desgracias consiguientes al sacudimiento espantoso de su máquina paralizó el ejercicio de su autoridad en esta parte integrante de su imperio, que el miró siempre como una colonia destinada á sentir los golpes de su vara déspotica. Nada había mas natural que el desprendimiento de la inmensa porción del mundo nuevo de una pequeña parte del antiguo, en los momentos en que está empeñada en unir al carro de su infortunio los preciosos restos, le quedaban de libertad y de gloria, le daba lecciones prácticas para engrosar la victima que debía servir de pábulo á la ambición del tirano. Buenos Aires recogió el fruto de estas circunstancias felices á la América, y arrostrando dificultades, que no es fácil analizar, arrojó de sí un yugo, que iba á doblar su peso y su ignominia. Desde este acontecimiento (hacemos nuestras las expresiones de un moderno político, cuyo testimonio no debe ser sospechoso) este generoso pueblo es el punto más importante del globo, y el que decide de las más grandes empresas: preside á la suerte de un país como la América meridional, y al destiuo de unas hermosas regiones en cuya comparación las mas florecientes comarcas de la Europa son teatros de miseria y pequeñez.

¿Entretanto podría serle indiferente á Belgrano este extraordinario suceso que fué siempre el término de sus aspiraciones? Exaltada su imaginación con el porvenir que él le anunciaba, fué uno de los primeros proclama-

dores de la libertad del pais, que con rostro firme entró en proyectos que habrian asustado á hombres que tocasen ya el fin de la carrera que él empezaba entonces. Oh! ¡á cuántas virtudes no puso en ejercicio para emprenderlos con tino, seguirlos con firmeza, y consumarlos con gloria! Él se vió asociado por el voto de sus conciudadanos á la primera junta de gobierno, en que vino al fin á estrellarse la antigua dominación. Junta instalada en el centro del poder peninsular, en un pueblo europeo por sus relaciones complicadas de sujeción y dependencia absoluta, por los sentimientos de adhesión que inspiran la carne y sangre, por los enlaces fuertes y suaves de la amistad, que engendra amores recíprocos, por la preferente acción, influjo de las gentes de ultramar entroncadas en las familias del pueblo, y por los habitantes, que forman en el hombre una segunda naturaleza. Junta cuyo valiente impulso puso en marcha el carro de la patria, despreciando peligros, trepando cumbres inaccesibles, y allanando sendas, que había obstruido la astucia unida al poder de los antiguos dueños. Junta en fin, cuya erección calmó las ansiedades de los amantes del país, disipó sus dudas, y fijó el sistema que debieron adoptar.

¿Quedó acaso defraudada la esperanza de los que quisieron preferirlo para este empleo de responsabilidad y de honor? No vieron en él al hombre perezoso que ya quiere, ya no quiere alargar sus torpes y vacilantes manos al bien que se exige de ellas; menos á aquel que pone mano al arado, y vuelve sus ojos á los primeros pasos del trabajo que emprende. Vieron sí al hombre acreedor al elogio, con que el Padre San Ambrosio realzaba el mérito de su hermano, hombre que habiendo gozado del aliento de la vida, ignoró su debilidad *vitam vicit debilitatem ignoravit.* Celoso, activo, oficioso, no perdió de vista un instante los deberes anexos al cargo con que lo

honró su patria, mereció su confianza y supo desempeñarla. Desde entonces empezó á dar á luz las notas de aquel carácter suave y sostenido que fué la divisa de todas sus acciones y la base de todas sus empresas. La suavidad siempre igual y constante de su génio le substrajo del común de aquellos políticos caprichosos, que reservándose los alhagüeños gajes de la autoridad y honor, que los eleva, se vengan con los que los necesitan de los cuidados y molestias, que traen consigo; hombres cuyo trato se ha de solicitar espiando ocasiones, acechando momentos favorables, que hacen pagar mil veces el beneficio antes de recibirlo. Adoptando el consejo del eclesiástico: «no te dejes poseer de gloria vana por la investidura de honor que has recibido; ni el día de tu honra te hinches y ensoberbezcas,» se dejaba ver cual mero particular cuando buscaban en él un funcionario público; presentando en su trato el hermoso contrasto del valiente sin fausto, de la exaltación sin altaneria, de la autoridad sin desdén, y sin aquel exterior afectado y dominante, que lejos de inspirar confianza infunde en el ciudadano humilde timidez y abatimiento.

Pero no confundamos la suavidad invariable de su génio con la apatía, debilidad é inercia del corazón. Nó· Èl supo hermanar, ó más bién, recibió del cielo hermanadas félizmente estas bellas cualidades: amabilidad de génio, fortaleza de corazón. Si aquella lo hizo accesible, esta lo hizo sostenido en sus deberes, invariable en los dictámenes, que decian tendencia al orden y superior á los asaltos de la adulación y engaño. Ciudadanos: ¿quién de vosotros puede lisongearse de haber contrastado sus firmeza, torcido sus intenciones, desviado sus benéficas ideas, y haber abierto un camino para arribar á su aprecio, y grangear su benevolencia por los viles aunque usados medios del aplauso y alabanza? Amigo decidido de lo recto y justo, promotor infatigable del bien público

y declarado rival de los que aspiraban á ganar su confianza, tocando otros resortes, que los que pudieran promover estos nobles objetos, sin perder un sólo adarme de aquella suavidad que lo hacía amable, hacía sensible su firmeza, conciliándose el respeto, y dando en sus constantes repulsas un testimonio del singular carácter que le hizo superior á los débiles espíritus, que resienten á la voz de los aplausos, y hacen su caudal de los dejos de la vil adulación. Los ríos y los arroyos son los que se hinchan con las aguas, cuando el mar, que recoge en su centro todas las del globo, nunca sale de sus límites. Como tuvo el don de agradar sin desvivirse, de respetar sin bajeza, de alabar sin adulación, y de estimar el mérito donde quiera que lo hallaba, estas eran las armas para atacarlo con éxito, y los dotes que deseaba divisar en las que aspiraban á merecer su amistad; dotes que adornando su persona, arrastraron en su favor la opinión pública y la estimación común.

Y ved aquí el caudal que hizo el fondo de su mérito, y le dió opción á los distinguidos cargos con que le honró la patria: cargos de honor y de autoridad, en que descubrió sucesivamente los quilates de sus virtudes. A la verdad, no el favor que reparte los empleos pesados en la balanza siempre infiel de las pasiones; no el capricho que halla el mérito solamente donde quiere encontrarlo; no la casualidad, deidad fingida en los sucesos humanos, fué el principio de su elevación á los altos destinos: su mérito conocido y experimentado en los primeros ensayos de su vida política, su mérito le condujo por la mano al templo de la confianza pública, y sobre sus aras hizo el solemne juramento de desempeñarla á costa de su vida. Oh! ¡Cuántas virtudes no supone esta resolución, que jamás adoleció de inconstante! La patria las presintió en este hijo benemérito, y quiso hacerlas servir al auge de sus glorias. Se resuelve á depositar en sus manos una parte

de sus graves empeños. Lo hizo, y el suceso acreditó su acierto. En la apurada necesidad de auxiliar á las provincias, que aún gemian bajo la influencia inmediata de los antiguos jefes, para que sacudiendo á ejemplo de la capital el yugo opresor, se uniesen á sus esfuerzos; el general Belgrano fué el primero que se encontró digno de este espinoso y delicado encargo. La Junta Gubernativa clasificó su actitud y lo confió á su prudencia y política. La provincia del Paraguay, hé aquí el primer teatro que le depara y en que él no rehusa hacer de actor en la prosperidad de los sucesos, ó de víctima en la tragedia de los reveses de una suerte adversa. Si la incertidumbre de un éxito feliz radicada en el concepto de unas gentes en quienes la servidumbre se había convertido en naturaleza, los usos nacionales en sanciones sagradas, que no es lícito fingir, las aspiraciones en crímenes, que era una ley castigar, los deseos, y aún los mismos pensamientos relativos á otro órden que el antiguo, que habían consagrado sus mayores con una ciega y humillante sumisión q[illegible] atentados de bulto y por eso imperdonables, y la adhe- efe[illegible] imprudente á su suelo donde había fijado su trono sil[illegible] despotismo, en una virtud de héroes; si este aspecto, [illegible]es, desagradable y triste es capaz de sorprender la animosidad más resuelta y la más prudente cautela, él fué sin duda el que debió retraer al general Belgrano de una empresa, en cuyo progreso se agolpaban los peligros y se contaban las dificultades por los pasos que se daban para efectuarla. Una prevención funesta contra sus miras de paz, un engaño afectado sobre la rectitud y sencillez de sus intenciones, un estudiado empeño en sembrar de sospechas y recelos, las sendas por donde él llevaba en triunfo la libertad y la gloria, eran otros tantos nublados, que encapotaban el cielo de la provincia y que amenazaban sumir en su obscuro caos la esperanza de reducirla. No se le ocultaba á su penetración lo escarpado de

esta elevada montaña· pero la empeñaba el honor y era forzoso treparla *reptans manibus, et pedibus.* Una debía ser la voz de la patria, una su opinión, unos sus sentimientos, unos sus intereses, y era de necesidad promoverlos.

Los moradores del pueblo de la Asunción, capital de aquella provincia, no acostumbrados á registrar en sus playas otras huellas, que las de sus naturales, sobrecogidos de estupor y recelo al ver el aparato con que se acercaba un jefe seguido de un ejército pendiente de su voz, y en aptitud de resistir las contradicciones más sostenidas, le preguntaron como los ancianos de Belén al profeta Samuel: *¿pacificus ne est ingresus tuus?* ¿Es tu venida de paz? Sí, les respondió con la franqueza propia de su corazón. *Pacificus.* No vengo á traeros la guerra, sino la paz; no á poneros el yugo, sino á quebrar el que os oprime; no á haceros despojo de mis triunfos, sino á facilitar los vuestros; no á teñir con sangre mis laureles sino á coronaros con ellos. *Pacificus.* En consecuencia, ¡qué medios no arbitró para hacer sensibles sus puras intenciones! ¡Qué avenimiento no propuso! ¡Qué oposición no tuvo que sufrir tenaz y violenta! Si no realizó su proyecto en toda la extensión que él esperaba, si no unió aquella provincia á la capital de Buenos Aires, á lo menos le inspiró sus sentimientos; derramó la semilla que que debía brotar en tiempo, hizo suyos los corazones de sus principales jefes, y dejó abierta la senda para volver sin tropiezo en calidad de enviado á recojer el fruto de sus primeros trabajos, y consolidar con su persuación valiente la idea que ya habían concebido de sacudir unas cadenas, que si sentían su peso, no tenían aliento y valor para romperlas.

Empresa que hizo decir á una gaceta extrangera, que los americanos sabían hacer tanto con la pluma como con la espada. Este encargo, pues, que manejó con des-

treza, con tino y prudencia militar, hará época siempre en la carrera de su vida pública, por más que la emulación, infatigable en perseguir el mérito, haya trabajado en ofuscarlo. Levantó el grito, sí, al ver que en los primeros impulsos no había correspondido el éxito al cálculo de los medios y graduándolos descaradamente de ineptos para los fines propuestos, hizo recaer sobre su autor la nota de temerario. Pero felizmente la emulación sufre siempre el castigo en el error de sus juicios. Juzgan por el común los hombres de las empresas de bulto por el resultado de ellas. El suceso justifica la conducta: *exitus acta probat*. Hé aquí un error que ha volcado el concepto de los mayores héroes y reducido á nada sus brillantes acciones. Quien solo constituye la sabiduría de sus proyectos en el buen éxito de ellos, no merece, decía Ovidio, que le salga bien proyecto alguno. El sabio nunca obra á la ventura. Usa de prudencia en la elección de los medios, procede tranquilamente en la ejecución de sus designios y deja los efectos al cuidado de una oculta providencia, cuya invisible mano dirige todo á sus fines. ¡Cuántas veces los proyectos mejor concertados claudican por accidentes, que nos es dada prevenir, porque nos es dado preveer á la prudencia humana! Cabalmente esta infeliz circunstancia inutilizó en parte los beneficios y prudentes esfuerzos del general Belgrano en la provincia del Paraguay; circunstancia, que no es bien sepultar en el silencio, porque defrauda á su mérito, ataca y hiere en lo más delicado su concepto y dá márgen para extendernos algo, aunque no cuanto quisiéramos, en el relato de sus mejores virtudes, si no fuera tan reducido el cuadro en que deben delinearse. La malicia de los antiguos jefes sorprendió la candidez (démosle este honesto nombre) de aquellos naturales, esparciendo una maligna especie, que fué una alarma aún para los sensatos. ¡Oh!

(les dijeron en tono enfático y lastimero). Esos que pisan vuestras playas son unos monstruos : *de genere giganteo* : gigantes de ambición, cuyo designio es invadir vuestras pingües posesiones, enriquecer con vuestros frutos, engordar con vuestra substancia y dar pábulo á su avaricia con cuanto brota vuestro fertil suelo. Gigantes de crueldad y tiranía, que abrigan en sus pérfidos pechos la negra intención de subyugaros, hollar las cenizas de vuestros mayores, arrancaros vuestros hijos y llevarlos por trofeo de su victoria, perturbar vuestra tranquilidad y sembrar de males incalculables el hermoso país que os ha tocado en suerte. Gigantes de irreligión y de inmoralidad, que se han hecho famosos por los datos de su prostitución y poderosos en obras y palabras de iniquidad desmoralizarán la juventud, debilitarán su fé, trastornarán sus ideas de religión : *potentes á sáculo viri famosi.* Calumnia horrible, que se promueve en la cátedra de la verdad por un sacerdote venerable por su ciencia y virtud, que seducido por la voz pública y arrebatado de celo, alienta al pueblo á rubricar con su sangre las verdades que consagra la religión. Pero calumnia que echando de improviso hondas raíces en los pechos de aquellos ciudadanos, brotó en ellos la generosa resolución de repeler con la fuerza un bien, que desgraciadamente no conocían unos y otros afectaban ignorar.

¡ Ambición, crueldad, irreligión, inmoralidad ! Nombres abominables, que debían borrarse del diccionario de los hombres, ó que aspiran á serlo por los medios que dicta la razón y apoya la justicia. ¡ Oh ! si fuera posible al hombre descorrer en un momento el velo, que naturalmente cubre su corazón, de cuánto pudor se hubiera llenado el rostro de aquellos impostores al presentarles el general Belgrano el suyo tal cual era ! Corazón que nunca experimentó los ataques de la ambición: corazón

sensible á la miseria agena. Su vida pública es un dilatado campo que ofrece en todos sus períodos monumentos de esta verdad. Si el deseo de elevarse por los grados del honor y de la gloria es una de las notas que caracterizan al corazón del ambicioso, lo fué ciertamente el del general Belgrano y lejos entonces de envilecerlo este dictado, lo haría acreedor al elogio de sus compatriotas, cuya felicidad fué el objeto de este noble sentimiento que afectó su corazón El amor á la gloria no fué en él aquella constelación maligna, que despierta en el hombre las pasiones más apagadas, las aviva, las estimula y al fin las precipita. No fué aquella sed insaciable de gloria humana, que prostituye al que aspira impaciente, por llegar á la cumbre de ella y que lo ejecuta á tomar arbitrios y medidas, aparentar pretextos, vencer dificultades, urdir artificios y tramoyas, apurar todos los ardides, abatirse á condescendencias viles, disimular, disfrazarse, hacer todas las transformaciones y figuras, resortes precisos para buscar ignominiosamente la gloria y la fortuna, ó para vivir y mantenerse á la sombra de ella.

No por cierto. Ya se ha dicho. Fué un noble sentimiento radicado en el honor, y desplegado en acciones heroicas, para cimentar la felicidad de su patria, á que ha consagrado sus servicios; sentimiento que sólo se anida en pechos generosos, nacidos para llevar al cabo empresas grandes. ¿Cuál fué pues la ambición que esclavizó su alma hasta hacerla degenerar en cruel? ¿La sagrada hambre del oro? ¡Ah! pasión vil, degradante, y que ha ennegrecido el mérito de tantos valerosos guerreros, que han dejado por despojo de sus triunfos la miseria del país que conquistaron. El general Belgrano, aunque nacido en el seno de la abundancia, y familiarizado desde sus primeros años con el brillo de este metal apetecido, tuvo, en suerte, un corazón insensible á sus encantos· encantos, sí, que en expresión de Hora-

cio no pueden resistir los hombres, ni aún los dioses. Pueblos todos los que fuistes testigos de su conducta pública, dad honor á la verdad. Vosotros debeis tomar la palabra, y hacer el elogio que merece un hombre, un patriota, un ciudadano, un magistrado, un militar, que por ninguno de estos honorables títulos se juzgó acreedor á engrosar con la substancia de sus compatriotas, ni se interesó en un dozavo ageno ¿qué digo? ni en lo suyo, adquirido justamente por sus distinguidos servicios. Vosotros visteis pasar y correr por sus manos crecidas sumas, sin reservarse para sí, como pudiera, lo que le era debido por su elevado empleo ó por sus honrosas comisiones. Vosotros le visteis respetar los bienes de sus conciudadanos como un sagrado, que no es lícito violar, con las licencias de una sórdida avaricia; y que pudo provocar á todos como otro Samuel á las tribus congregadas, para que le reconviniesen por sus haberes inícuamente usurpados. Entonces se habría oído la voz de cada uno aplaudiendo su virtud—*neque opresisti, neque tulisti de manu alicujus quidpiam*. ¿Quién ignora que antepuso más de una vez el peligro de perecer á manos de la indigencia, que arrebatar de las de los miserables el pan que se habían proporcionado con el sudor de su rostro? ¿Quién ignora que invitado por el gobierno en cierta ocasión, á valerse del apurado recurso de las haciendas de la campaña, para subvenir á sus tropas, que geminan oprimidas de hambre y de la escasez, contestó resueltamente que nunca habían comido sus soldados un pan sin pagarlo, y que no se atrevía á dejar por una sola vez tan pernicioso ejemplo. Así que pudo á cara descubierta decir con la misma libertad que el santo Job: si mi tierra clama contra mí; si he comido sus frutos sin pagarlos; si apremié alguna vez el corazón de los que la han cultivado: consiento en que en lugar de mieses me produzca espinas. *Si adversum me*

terra clamat .. pro frumento oriatur mihi tribulus, et pro hordeo spina. ¿Qué más en prueba de su desinterés y de su humanidad? Un corazón ambicioso. Los que así piensan, si hay quién piense de este modo, luchando con la evidencia de los hechos, no señalarán un dato en que apoyen su pensar avanzando. Derramen luz sobre los períodos de su carrera militar y política; y después de registrar de buena fé todas sus operaciones, no hallarán una, que envíe la idea de esa vergonzosa cualidad, que quizá se atreva á adjudicarle la malicia. No dirán que aceptó alguna vez esas generosas y brillantes demostraciones, que acaso con el pretexto de significar cariño, ó testificar agradecimiento, ha introducido la urbanidad demasiadamente bizarra. No dirán, que el tren magnífico, el fausto ostentoso, el soberbio aparato eran indicios de la usurpación injusta del oro ageno, con que engrosó su substancia. Se presentó á vista del mundo observador, extrangero en su patria, sin hogar, sin casa propia, sin posesiones, sin heredades, y lo que es más, sin aprovecharse de los momentos prósperos y sin pensar en cautelarse de los reveses de la fortnna. No dirán que la disipasión, la prodigalidad, las diversiones, los desempeños de un honor mal entendido fueron los desagües de sus usurpaciones. Su vida laboriosa, siempre ocupada, su rivalidad declarada al ocio vil, y al pernicioso descanso, su imaginación fecunda en proyectos, cuya ejecución no permitía momentos al desahogo, sus empresas nunca interrumpidas, sus viajes dilatados y frecuentes, para promover la felicidad de la patria, á quién llamaba su esposa, su contracción al ejercicio penoso de las armas, y el desempeño de las graves obligaciones, que son anexas á esta honrosa ocupación; esto, y mucho más, que no es fácil detallar, despide un rayo de luz que disipa aquel nublado, que pudo haber congelado la malicia. No dirán, en fin, que se acordó de sus rentas,

sino cuando se acordó de las urgencias del Estado, á cuyo favor cedió siempre la mitad; ni que se aprovechó del oro y las riquezas sinó cuando se presentó la ocasión de sublevar la miseria y hacer felices los pueblos en bien de la humanidad.

Hablamos con documentos intachables, que no puede tergiversar la emulación más lince. La cuantiosa suma de cuarenta mil pesos, que le adjudicó la patria, y con que desahogó parte de su gratitud por dos acciones brillantes, con que fijó la libertad de su suelo; suma que habría servido de sabroso pábulo á otro corazón no como el suyo, sólo dió materias á su piedad generosa en bien de cuatro pueblos, que carecian de escuelas públicas para instrucción de la juventud por falta de preceptores que llenasen este empleo. Acción noble, rasgo de liberalidad poco imitables y que llevará a la posteridad la memoria del varón de misericordia, que dió un ejemplo de humanidad que no se repite muchas veces Tenemos á la vista la carta contestación al gobierno, en que significa su gratitud por este donativo que confiesa muy superior á su mérito, y en que da oportunamente documentos de desinterés tan necesario en los funcionarios públicos. El oro, decía Horacio, más poderoso que el rayo, trastorna y derriba las murallas más sólidas. Quizá esta fué la sentencia, que grabada en su corazón, le inspiró el desprendimiento de este principio de corrupción, que pudiera viciar su integridad, y tuvo la dulce complacencia de ocurrir con sus intereses á la urgencia de los pueblos antes que disfrutar de ellos con peligro de su honor y mengua de la justicia. ¡Oh! Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero, mientras abriguen en su seno sentimientos de gratitud, consagrarán sus lágrimas á la memoria de un hombre que les ha dejado los rastros más sensibles de su caridad y de su amor.

Pero hagámonos presentes por unos momentos al último de su vida. Rodeemos el lecho de dolor en que exhaló sus últimos suspiros. ¿Qué espectáculo se nos presenta á los ojos? *¡Hominem mollibus vestitum!* ¿Divisamos allí los vestigios de su ambición en la abundancia en que muere? ¿Vemos en él uno de aquellos varones de las riquezas, *viri divitiarum,* que duermen su último sueño, y nada hallan después de lo que atesoraron en los escesos de su sórdida avaricia? ¡Ay! ¡qué al contrario! Habría dicho una verdad repitiendo lo que el profeta de Idumea: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo vuelvo á la tierra, de que fuí formado.» Sepa todo el mundo, pues es justo que lo sepa para honor de la virtud, y de este virtuoso americano que supo cultivarla, que despues de probar en campaña los amargos resabios de la escasez extrema, de la indigencia más cruel, habría bajado á la tumba en brazos de la miseria, á no haber hallado asilo en los sentimientos que inspiran la carne y sangre, siendo acreedor de justicia á una gruesa cantidad de sus sueldos, que su delicadeza jamás le permitió reclamar.

¿Qué idea pues nos dá de sí un corazón tan magnánimo, tan generoso y tan desinteresado? ¿De qué virtudes no es susceptible una alma tan llena de humanidad? Y cuál sería el fondo de su religión, fecundo manantial que las produce? Tendamos otra vez la vista por el cuadro de sus acciones públicas, ellas nos ahorrarán el trabajo de descubrirlo.

Dado á luz por unos padres que recibieron en herencia de sus mayores, menos los bienes de fortuna, que los sentimientos de religión; él entró en parte de esta misma herencia, recibiendo en la leche con que lo alimentaron el jugo de la verdad, y aquel gérmen de propensiones cristianas que se desarrolla en los progresos de la edad, crece con la instruccion y se robustece con el ejemplo. No

tuvo la desgracia de traer su orígen de unos padres, que reduciendo los deberes de la religiòn á los que prescribe la hombría de bien según el mundo, lejos de negociar la salvación de sus hijos, negocian su ruina y prostitución. Así es que no vió en ellos los síntomas de una vida enteramente mundana, ó meramente política, ni aquel lenguaje falaz de la concuspicencia que sorprende á la juventud menos incauta. No oyó de sus labios aquellas bufonadas impías, aquellas conversaciones escandalosas, que hacen la sal de las sociedades del siglo; pero que según la escritura de la verdad corrompen las buenas costumbres, irritan las pasiones de la juventud, la domestican con el vicio, y la animan y estimulan á sacudir el dulce yugo de la vergüenza y de la fé. ¿Qué esperais de estos principios? ¿Qué frutos debe dar este arbolito plantado en el seno de una familia que supo regarlos con las aguas saludables de una sana doctrina y nutrirlos con ejemplos de religión y piedad? ¿Será con el tiempo uno de aquellos necios que á pesar de los más irresistibles convencimientos digan en su corazón: no hay Dios? ¿Será uno de aquellos desvergonzados jóvenes, que si por casualidad lo confiesan, no es el Dios que los apóstoles predicaron á las naciones, sinó un Dios que ellos se fingen á medida de su antojo; un Dios, materia, violentado como un autómata por una fatal necesidad á todo cuanto hace ó un Dios espíritu, pero sin providencia, que abandona al hombre, obra de sus manos; á su propia conducta, sin prescribirle leyes, ni exigir de su dependencia homenage alguno, antes mira con la misma indiferencia el incienso que la ciega superstición ofrece á los ídolos, que el que la religión quema al pié de los altares? ¿Será uno de aquellos nuevos apóstoles de la impiedad que, no conociendo más Dios que la naturaleza, se conforman decididamente con sus deseos, procuran satisfacer todas sus inclinaciones, se dejan arrastrar vilmente de sus groseros apetitos, co-

locando de este modo la naturaleza sobre el trono del altísimo, la criatura sobre el Criador, y permitiendo los desórdenes más vergonzosos, como un culto debido á esta extraña divinidad? ¿Será uno de aquellos espíritus fuertes, para quienes rotas las barreras del espíritu humano, la revelación, este freno para contener sus excesos, es de un peso intolerable? ¿Espíritus, para cuya penetración nada hay sagrado; todo lo quieren comprender; espíritus que ponen en problema las verdades más incontestables, impugnan los primeros principios de las costumbres, y se avanzan á hacer vacilar los fundamentos de la religión, y aún del gobierno político; espíritus, en fin, que á la sombra de ciertos términos estudiados, ciertas voces brillantes que han inventado; - *libertad de pensar, progresos del entendimiento; luces del siglo*,—se toman la licencia de opinar, decidir y dogmatizar con temeridad sacrílega hasta apostárselas á la misma divinidad? ¡Oh! Estaba reservada para el siglo diez y nueve la aparición de este espantoso cometa, que con su cauda arrastra miserablemente la juventud incauta. ¿Será, pues, el jóven Belgrano víctima de sus furias? No hay que temerlo. Las luces que derramó en su entendimiento, su educación primera, sabrán sobreponerse á las densas tinieblas que esparcen los apóstatas de la verdad La antorcha de la religión lo conducirá sin desviarse por las antiguas y trilladas sendas de sus mayores. Vivirá contento con la ignorancia de lo que no le es permitido investigar, obediente al precepto del apóstol: *non plus sapere quam oportet sapere.* Así es que sus obras jamás fueron en contradicción de estas virtudes. ¿Quién oyó de su boca una expresión menos recta relativa á la creencia de los sagrados misterios? ¿Quién le vió arrojar veneno por sus labios en sarcasmos groseros, invectivas malignas, sátiras mordaces, expresiones agenas del pudor para ridiculizar, envílecer y hacer desprecio de la religión que había profesado? ¿Quién

le vió faccionarse con esos hombres que tienen el descaro de hacer mérito de sus miserias y alarde de ellas en los cafés, en las calles y en las plazas; hombres astutos en dar á sus fragilidades el más bello colorido y en vestir á la virtud del ridículo traje del vicio; espíritus libertinos y disolutos que se ocupan en armar nuevos lazos á la sencillez y al recato, en dar lecciones de credulidad con sus conversaciones, y ejemplos de irreligión con sus costumbres?

¿Quién le vió hacer estudio de esos libros de moda que por desgracia, digna de eterno llanto, infestan nuestros paises, despues de haber inundado toda la Europa, sembrados de blasfemias contra la Divinidad y de vergonzosos y crasos errores en la moral cristiana? ¿Quién vió en el general Belgrano...? Pero ¿á qué ejecutar con reconvenciones, cuando de su religión dan testimonio sus obras? El árbol se conoce por sus frutos. ¿Quién tan ciego que no divisó en él aquella adhesión al culto público, expresión auténtica de su fé y doto inequivocable de su religión? ¿Quién no fué testigo de su asistencia frecuente en los templos á los solemnes y privados sacrificios; y de aquel empeño con que promovió y llenó al cabo varios establecimientos piadosos, tan edificantes á los pueblos, que se llamaron felices al verse bajo la protección de sus armas? ¿Quién no admiró aquel celo inflexible con que otro Matatias *zelando zelum Dei*, castigaba los excesos de los que estaban á la raya de su inspección y poder, al extremo de sujetar á pena rigorosa una palabra obscena é indecente del soldado? ¿Quién no vió aquel tesón con que acostumbró á sus tropas á los ejercicios de devoción y piedad, y al desempeño de las obligaciones de cristiano? Celo piadoso, activo é incansable, que tuvo el glorioso efecto (según la expresión de un respetable oficial, que cuenta entre sus mayores honras el haber militado bajo el inmediato influjo de

su virtud y valor) de que su ejército fuese observado por su táctica y disciplina como un ejército de soldados valientes y aguerridos y por su moderación religiosa, como un cuerpo de hombres de instituto piadoso. Así la envidia, fecunda en imputaciones falsas, jamás acusará al general Belgrano de viles condescendencias, de contemplaciones políticas, de capitulaciones infames con la impiedad y el desórden; y subscribirá á pesar suyo á los elogios de que se hizo digno por el tesón infatigable con que aplicó la *segur*, *etc.* al árbol del escándalo, hasta arrancarlo del ejército, en que habia echado altas raíces, convencido con el padre S. Cipriano, de que su disimulo con los delincuentes lo haría componer con ellos un cuerpo de pecados : *unum faciunt et agentium, et aspicientium crimen.* ¿En qué país no ha resonado la fama de su piedad religiosa con que tributaba al cielo el homenaje de su gratitud, reconociéndolo en sus militares encuentros por autor único de sus triunfos y besando la mano que lo humillaba en sus desgracias? ¿Con qué confianza, con qué ternura libraba en las manos de la Reina de los Angeles el feliz éxito de sus empresas, y cuán sensibles pruebas le dió esta divina Madre de su protección y amparo en dos apurados lances en que se vió comprometido su honor, é indecisa la suerte de la América del Sud? *Salta*, *Tucumán*, vosotros pueblos afortunados, funestas tumbas del orgullo europeo, sí, vosotros fuisteis oculares testigos de las victorias de este General americano, también de su piedad y cristiana conducta. En vuestros templos se postró humillado á rendir gracias á su soberana libertadora y como otra Judith más digna de los elogios, que mereció la antigua hebrea de los moradores de Betulia, le tributó constantemente los suyos, dejando en legado pío á todos sus compatriotas este ejemplo de religión que debieran imitar, persuadi-

dos que si Dios no guarda la casa, en vano trabajan los que se afanan en construirla.

Despues de esto ya no debe admirarnos, que los pasos de este hombre religioso estén marcados todos con el sello de la moralidad cristiana. Si él fué conducido en brazos de su celo patriótico al interior del Perú á la cabeza de un respetable ejército con el objeto de promover la libertad del país, auxiliando á los pueblos, que anhelaban á sacudir el ominoso yugo que tantos años humillaba su cerviz, fueron precursores de sus marchas, su religión y piedad. Los ejércitos en campaña siempre se han mirado en su tránsito, como unos torrentes impetuosos que talan los campos y heredades, ó como unas lavas ardientes, que convierten en ruinas cuanto se opone á su curso. Las tropas del general Belgrano eran mansos y pacíficos ríos, que derramando sus aguas por los países por donde corren, dejan por vestigios la prosperidad y la abundancia. Presidían en ellas el órden, la moralidad, el decoro en honor de ellas mismas, y del jefe que dignamente los comandaba. Así es, que atravesaban las provincias, como unos viajeros modestos y prudentes, que saben respetar los derechos del suelo donde pisan, que no atacan las propiedades de sus dueños y compran el pan con que se alimentan, y aún el agua que beben. Nos contentamos, les decían, como los israelitas al rey de Hesebén, con que nos deis paso franco.

Por lo demás, vendednos por nuestro dinero los víveres y el agua con que hemos de alimentarnos: *alimenta precio vende nobis, ut vescamur: aquam pecunia tribue, et sic bibemus. Tantum est ut nobis concedas transitum.* No temais que nos desviemos del camino que llevamos para inferiros un mal: *non declinabimus nec ad dexteram nec ad sinistram.* Así lo decían y correspondía el efecto á la promesa. Si alguna vez la licencia del soldado abrió un flanco funesto á esta conducta invariable, ocurrió luego

á cerrarlo la rigidez del castigo, dando á entender que con el buen orden de las tropas no era compatible la deferencia criminal de su general con los párticulares que se atrevían á infringirlo. La irreprensibilidad de sus costumbres públicas, la severidad de su disciplina, la aplicación incesante de su celo, que no le permitía descanso á pesar de lo débil de su constitución, y de graves habituales dolencias de que se sintió aquejado, la actividad de su génio que lo bilocaba, para explicarnos así, y lo presentaba casi á un momento mismo en la tienda del oficial, en el cuartel del soldado, en los puestos de guardia, en el cuerpo de sus tropas, desplegadas en ciertos puntos para ensayos militares, ó reunidos en los pueblos, en las academias particulares establecidas por su orden para instrucción de oficiales y sargentos, en los hospitales de noche, de dia, á todas horas, haciéndose todo Argos para vigilar sobre estós ramos sujetos á su inspección y cuidado; hé aquí el orígen de ese orden admirable, que las hizo respetables á las provincias todas, que anhelaban tener en sus distritos unos cuerpos que darían su felicidad, secundarían su fortuna, y borrarían con sus huellas de honor, las que otros habían impreso antes de deshonra é ignominia. ¡Ay! sin advertirlo hemos tropezado con esta época funesta. Período vergonzoso, no ocupes una sola página en el abultado libro de nuestra historia política, y si ocurres alguna vez á nuestra memoria sólo sea para que resalte con más viveza la gloria, la virtud, el decoro del héroe que admiramos, como brilla con más viveza la luz á la par de las tinieblas. Repetimos pues, que aquel complejo de cualidades, que se reunen cada vez en un sujeto solo, lo puso en aptitud de organizar su ejército y llamar la atención de los más prevenidos en contra de su concepto, hasta producirse en los decorosos términos que él era el único indicado para llevar el pabellón de la libertad al interior del reino.

Los pueblos del Perú penetrados de este mismo sentimiento, que hace tanto honor al general Belgrano, en la urgencia de cimentar un muro, que estorbase el paso á los enemigos que alentaban ocuparlo, levantaron la voz y lo llamaron, como á su intento el Macedonio á Pablo: *transiens in Macedoniam, adjuva, nos.* El gobierno conoce la necesidad de acceder á los deseos de unos pueblos que se unían á la aspiración común, y reclamaban la presencia de un hombre que él solo valía por mil. Él oye el grito imperioso de la patria: ella lo llama y obecede.

¡Pero! en qué circunstancias! Detengámonos unos momentos, que ellas nos conducen á registrar de nuevo el cuadro de sus virtudes. Había regresado á su nativo suelo de la corte de Londres para donde fué destinado por autoridad suprema á realizar vastos designios, que sólo podían concebirse en el seno de sus luces, designios que intentaron frustrar la envidia y la mala fé y que despertaron la emulación empeñada en derrocar la confianza que la patria había depositado en su talento y política; pero á que él supo sobreponerse escudado e la rectitud de sus intenciones. En aquel teatro donde consume más tiempo en adivinarse los pensamientos qu en hablarse, no manejó otra arma para desvanecer ma quinaciones que su noble sencillez, su génio abierto, franco é ingenuo, sin reducir á la clase de misterios sus miras de paz y de conveniencia pública, y menos usar de travesuras políticas, polilla de la buena fé y moneda prohibida entre los hombres de bien. Allí fué donde invitado á realizar un proyecto, que en aquella época se presentaba al parecer benéfico á la patria, descubrió en su terminación, no sabemos que de implicado y misterioso, y azorado con la vehemencia del celo, soltando las velas á su corazón anclado en su rectitud, sin temer escollos y peligros, se negó á insinuaciones y exigencias en que no divisaba toda la pureza que era el carácter

de sus procedimientos y salvando lances en que pudieran escollar su honor, y su virtud voló al seno de su patria, á prestar reconocimiento y respetos á la autoridad que entonces regía; pero haciendo ver antes en prueba de su atinada prudencia, que es mucho más desbaratar coligaciones, que concertarlas, desvanecer nublados, que congregarlos, precaver desconfianzas, que sembrarlas, y extinguir emulaciones, mucho más que despertarlas.

¿Quién no pensará que abría con esta conducta un profundo cimiento al templo de su gloria? ¡Ah! El mundo político es un teatro deleznable y novedizo donde se mudan con frecuencia las escenas, y donde todo se agita con rapidez por contrarias direcciones. El general Belgrano apenas pisa su suelo, vé empeñada por el gobierno la actividad de su celo en una comisión importante, en que en vez de satisfacciones sufrió un amargo contraste, fraguado por la malicia; y cuando su previsión debiera retraerlo de entrar en nuevos servicios que lejos de merecer gratitud excitarian rivalidades y enconos; se resolvió á sacrificar su quietud, y aún su existencia, descubriendo en su deferencia al precepto otra virtud, que rola, entre las demás, dando realces á su mérito. Su obediencia, Sí, su obediencia, que servirá siempre de reproche á la altanería, al orgullo y escandalosa animosidad de los que poniendo carteles de su adhesión al orden, lo han perturbado mil veces, cuando no han podido hacer servir á sus propios intereses los de la patria, á quien dicen, han jurado fidelidad. El general Belgrano, único en esta línea (permítase este desahogo á la ingenuidad y á la justicia que ordena dar á cada uno lo que es suyo) tuvo esta virtud por norte de sus operaciones. Sin perder un punto de vista las sentencia del orador romano—*obedecemos á la ley para ser libres*—hizo instituto de prestarse no sólo á cuantas dictó el Estado, para su estabilidad y mejor régimen, sino á las míni-

mas insinuaciones de la autoridad suprema. Tan pronto en obedecer como absoluto en mandar, protestaba gustoso á las potestades superiores la misma sumisión, que exigía de sus soldados. Así se vió más de una vez, que desnudándose del rango que investía, defirió á los más duros preceptos, sin perdonar fatigas, molestas peregrinaciones, extremas escaseces, miserias inauditas sufridas en ásperos y dilatados caminos á la frente de un ejército que él amaba, y cuyos trabajos habría reputado un crímen mirar con indiferencia, viniendo al fin á ser víctima sacrificada en las aras de esta virtud tan suya. Ella, pues, fué un impulso suave, pero demasiado fuerte, que lo ejecutó imperiosamente á abandonar su suelo y dirigir sus marchas al Tucumán, con el objeto de recibirse del mando de un ejército que debía reorganizarse para operar con él en lo interior del reyno. No permitió intervalos entre recibir la orden y ejecutarla, sin que el desaire que había sufrido su honor defraudase á su obediencia. Aúnque sensible á los golpes, que le dió la emulación, callaban sus justos resentimientos, luego que se dejaba oir la voz imponente de la patria que lo llamaba en su auxilio Prestarse, cuando la obediencia halaga, es sabroso al amor propio; pero es duro é insufrible, cuando hiere y lastima. Tales son las circunstancias en que el general Belgrano obedecíó sin réplica, y se vió derrepente convertido de simple ciudadano, á que lo redujo un injusto contraste, en general en jefe de un ejército en que libraba la patria su regeneración política. Sea esto dicho en honor de la verdad. Tomarlo á su cargo fué lo mismo que entrar una alma en un cuerpo desmembrado y disuelto, darle vida y ponerlo en aptitud de ejercer con magestad sus funciones. Convencido de que un cuerpo insubordinado á su cabeza sería el mayor de los desórdenes, la mayor contradicción contra las leyes, el mayor estorbo para comunicarse el

vigor de la cabeza á los miembros; y en fin, como se explica un sábio economista, sería un pólipo el corazón politico, fué su primer cuidado montar su ejército sobre el pié de una dependencia absoluta de su voz. Segregó de él los miembros que pudieran corromperlo; hizo suya la voluntad de los jefes subalternos, les inspiró amor al orden, y los sujetó á una severa y constante disciplina. ¡Oh! ¿Quién podrá arrebatarle esta gloria? Es verdad que no encendió la hacha de la guerra; ni proporcionó laureles á un ejército tan digno de coronarse con ellos. Las circunstancias que comunmente deciden de los destinos, no permitieron esta satisfacción á su celo. Pero estacionado en San Miguel de Tucumán, y en ademan de internarse al Perú á dar la ley á un enemigo, que respetó su posición militar y no se atrevió á insultarlo, ¿cuantos bienes no acarreó á nuestras Provincias? ¿Cuántos males no sofocó en su origen? La emulación, que en su vez usurpa las acciones de la fina política, para acestar con impunidad sus tiros, se avanzó á reputar inútil y degradante este período de su carrera militar; pero los servicios del general Belgrano y las virtudes en que supo cimentarlos, la cubrirán de pudor, aunque sin escarmiento.

Para poner en claro esta verdad y dar á este digno jefe toda la reputación que pretende menguarle la malicia, no hay más que volver los ojos al infeliz estado á que se vió reducida la patria en aquella época memorable. El hará resaltar la importancia de su detención en aquel punto. « Divididas las provincias, desunidos los pueblos, « y aún los mismos ciudadanos por unos principios, que « si no es difícil analizar, es un deber político ocultar bajo « el velo de un silencio religioso, rotos los lazos de la « unión social, inutilizados los resortes todos para mover « la máquina que dió algunos pasos hacia nuestra libertad « pero retrogradó sucesivamente al impulso de las pasio-

« nes, minada la opinión pública, erigidos los gobiernos
« sobre bases débiles y viciosas, chocados entre sí los in-
« tereses comunes y particulares de los pueblos, negán-
« dose alguno al reconocimiento de una autoridad común,
« que fijase sus deberes, y terminase de un modo impo-
« nente sus querellas, en diametral oposición las opinio-
« nes, convertidos en dogmas los principios más distantes
« del bien común, enervadas las fuerzas del Estado, ago-
« tadas las fuentes de la pública prosperidad, paralizado
« los arbitrios, para darle un curso conveniente, pujante
« en gran parte el vicio, y extinguidas las virtudes socia-
« les, ó por no conocidas, ó por irreconciliables con el sis-
« tema de una libertad mal entendida, conducidos en fin
« los pueblos por unos senderos extraños, pero análogos
« á tan funestos principios, á una espantosa anarquía....»
En estos precisos términos se explica el Redactor del Congreso nacional instalado en Tucumán. ¡Qué teatro tan espantoso! ¡Qué situación tan espinosa y tan desagradable! Hé aquí el campo de abrojos, en que pone sus plantas el general Belgrano, á presencia de una asamblea que lo observa, de un enemigo orgulloso que amenaza disputarle el terreno, que aún presentaba vestigios de su antigua humillación, de rivales poderosos, que minaban su concepto, y que llevaban con agrio su preferencia para el empleo que ocupaba. Nada de esto le intimida. Como no aprendió entre los azares del juego á sufrir los caprichos de la suerte y las variedades de la vida, sino en los amargos lances que esta le había presentado en los empleos y comisiones que obtuvo, cuidó de no temer los que ya estaba acostumbrado á esperar. A todo se expuso, cedió á todo, menos al terror que debían inspirarle circunstancias tan tristes. ¡Ah! ¿Por qué pretendemos deslumbrarnos? ¿Por qué queremos cubrir de sombras el resplandor que hiere nuestros ojos? Pueblos de Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago, Rioja, Catamarca, Córdoba y

todas sus comprensiones ¿qué papel hubierais representado en la tragedia de que iba á ser teatro funesto vuestro suelo, si el general Belgrano y sus disciplinadas tropas no hubieran inspirado desde lejos á los enemigos un pavor á que no pudieron sobreponerse? ¿Cómo hubierais puesto diques al torrente que iba á derramarse sobre vosotros, en que se hubiera anegado vuestra suerte, si él no hubiera sido el dique insuperable al empuje de sus aguas? ¿Quién os hubiera librado de las garras del León, que se precipitaba ya sobre la presa que irritaba su voracidad, si este nuevo Hércules no les hubiera mostrado, aunque en distancia la invencible maza de su autoridad y poder para arruinarlo? Digamos más, pues nada diremos, de que no puedan salir de garantes los pueblos mismos. El dislocamiento de las provincias todas, en la efervecencia de las pasiones atizadas por el encono y orgullo, en el reclamo de soñados derechos, parte de una razón delirante, en el ardor de las aspiraciones fomentado por la envidia, en el choque de las autoridades, encarnizado por intereses que en nada respetan al bien común; en este laberinto en que amenazaba perderse para siempre la felicidad á que aspiraba; el general Belgrano fué el que encendió la antorcha para entrar por sus confusas sendas sin temor de extraviarse; fué el Teséo que dió muerte al Minotauro de la discordia civil, y domó el genio altanero de los díscolos, aquel genio que en el retrete de sus almas engendra en ellos el misterio de sus antipatías y aversiones, de sus arrebatadas conmociones, de sus precipitados furores contra el órden. ¿A qué grado de respetabilidad no elevó al soberano congreso nacional, haciendo obedecer sus providencias, dirijidas todas á unir los pueblos, que por una fatalidad habían desenlazado los vínculos de la unidad, pero sin obedecerla; rehuian el yugo de la subordinación, pero sin sacudirlo? Tiempos difíciles y escabro-

sos, en que el general Belgrano, este hombre de órden y de rectitud, justificó esta verdad: que el celo vigoroso é inflexible precave los progresos del mal, cuando el celo tolerante y contemplativo los promueve. Sordo á los gritos de los patronos de la humanidad mal entendida, prosiguió el desórden con ardoroso empeño y escarmentó á los malvados, convencido que si en exasperar los espíritus hay peligro se arriesga todo en contemplarlos.

¡Oh! Como el profeta Jeremías maldijo el primer día de su vida, deberíamos de llenar de imprecaciones aquel en que adoptamos la funesta máxima de librar al tiempo el castigo de los malos, dejando entretanto quejosa la justicia, ilusorias las leyes, y triunfante el vicio con desdoro de la virtud, vergüenza de la razon, descrédito de la autoridad, inminente peligro del estado é impunidad de los perversos.

¡Cielos! Cuándo amanecerá el día en que se abran las puertas del templo de la justicia, se depositen las llaves en manos de la razón y solo las maneje el recto celo! Este debería llamarse por antonomasía, el día de la América del Sud, que nos traería desde lejos, como un don precioso, la oliva de la paz y el laurel de la victoria ¡Gran Belgrano! Cerrasteis los ojos, sin que ellos viesen este día grande, término de tus aspiraciones; pero dejaste, en el curso arreglado de tus acciones cristianas una semilla de rectitud y justicia, que votará y dará en tiempo el gigante arbol de nuestra felicidad.

¡Con cuánto ardor no la promovió este digno americano, desde que la patria libró á su celo este importante encargo! Si nos fuese permitido dilatarnos más en seguir menudamente sus pasos en su carrera militar y política, cuántas virtudes descubriríamos relativas á este glorioso objeto! Veríamos en la alternativa de sucesos favorables y adversos, con que la suerte quiso probar su constancia, un héroe dueño de su corazón, á quien

nunca engrió la gloria, nunca abatió la desgracia, nunca la vária fortuna pudo hacerle vacilar y desviarlo un sólo instante del sério, irrevocable propósito de hacer servir sus talentos, sus industrias, su política, su opinión, sus esfuerzos físicos y morales al bien de toda la América. Veríamos, que hecho muchas veces el blanco de los tiros injustos de la capciosidad empeñada, en derrocar los cimientos de su honor, se mostró insensible y superior á los viles artificios de sus émulos, y les dió en su desprecio lecciones de generosidad y de paciencia cristiana, mucho más cuando ahogando en su pecho los frecuentes desaires que le proporcionaron sus negras combinaciones, se prestó siempre al servicio de su patria, como si esta hubiera coronado sus esfuerzos. Veríamos en la secreta correspondencia con la autoridad suprema, vaciado su corazón en protesta de sus rectas intenciones, haciendo presentes los abusos que retardaban el progreso de la causa comun, clamando por el remedio de ciertas enfermedades, que afectaban el cuerpo militar y político, resistiendo proyectos ligeramente meditados, no entrando por partidos difíciles de llevar al término de lo justo, descubriendo maquinaciones infames y proporcionando medios y modos de deshacerlas. Veríamos en él un corazón que jamás quemó inciensos en el templo de la fortuna, dobló la rodilla al ídolo del favor, que abrigaba un odio eterno á la vil adulación, accesible solamente al mérito y al honor. Verdad es, y es justo confesarlo, que fué sorprendido alguna vez y que repartió favores y depósitó confianzas en sujetos indignos de esta honrada preferencia. Pero á quién no engaña el vicio, cuando se presenta con el rostro de la virtud! Hay hombres, que sus pasos en la carrera de la maldad son un tejido, una tela de tramas y de ardides, que ponen mañosamente para no ser conocidos sobre los ojos más linces. Veríamos, en fin, un hombre, cuya alma noble y

bien compleccionada fué insensible á los accesos de la envidia, pasión vergonzosa y degradante, pero que el mundo político ha colocado en el rol de las virtudes, para clasificar sus efectos y darles el mismo nombre.

El general Belgrano recibió en suerte una alma generosa que jamás adoleció de pasiones tan viles. Así es que, cuando los triunfos de sus compañeros de armas eran un tortor durísimo para los que elevados á su rango, no habían tenido parte en ellos; cuando la negra envidia mojaba la pluma en sangre para criticar con la mordacidad más acre las brillantes acciones de los que han trabajado y trabajan con crédito en pró de la sagrada causa, solo él hacía resonar en los pueblos el clarín de la fama á que son acreedores, é infundía en sus tropas una noble emulación, avivando en ellas con las agenas glorias el deseo de adquirirlas por las sendas del honor y la virtud. General San Martín! tu nombre está grabado en la memoria de los habitantes de San Miguel de Tucumán; porque prevalecerá á las injurias del tiempo y á las frialdades de un criminal olvido un monumento erigido en aquel pueblo por el general Belgrano para eternizar tus triunfos.

Al ver, pues, un hombre inmoble, como si á él se le hubiese dicho lo que al jóven profeta: *Daniel stá in grado tuo*: es decir, inmoble, y como insensible al resplandor de la gloria, al golpe de las desgracias, á los azaares de la suerte, á los tiros de la vil emulación que fueron para él zaetas débiles de párvulos, *sagitae parvulorun*, al suave murmurio de las alabanzas, á los asaltos de la envidia, á los retoques del orgullo y ambición, al aliciente de las riquezas, á las molestias de la escasez y miseria; nos vemos obligados á pensar, sin temor de excedernos, que el cielo le concedió por gracia, anchura de corazón, semejante con la proporción debida al que le cupo en suerte, al más sabio de los reyes: *dedit Deus Salomoni latitu-*

dinem cordis. A un hombre de esta importancia difícilmente se subroga. Su falta ha dejado un vacío enorme en la patria, porque siempre será cierto que se reputará abundantemente poblada, cuando un solo virtuoso y prudente habite en ella: *ab uno sensato inhabitabitur patria.* Sí falta, sí, lo repetimos, y sus funestos efectos arrancarán á la emulación más terca la ingenua confesión que no pudo el amor á la verdad. ¡Ah! ¡Patria! Entre tanto que este hombre de virtudes, de religión y de honor tenía en sus manos el extremo de la cadena de oro que enlazaba y unía tus comunes intereses, tú eres verdaderamente patria, centro de las dulces esperanzas de tus hijos que veian próximo el término de sus ánsias. Pero faltó tu apoyo, tu columna, la base de tu existencia y has dado un vaiven escandaloso. Es esta una verdad, ó exageramos? A fé que no lo decimos en los confines del Norte, ó en los desiertos del Nitria. Nos explicamos de este modo á presencia de unos pueblos, tristes expectadores de la profunda herida que ha abierto á la patria este contraste funesto. ¡Inmortal Belgrano! Si ella recuerda con gloria tu existencia y coloca en tus sienes una corona de honor, también arrojan lágrimas los ojos de sus virtuosos hijos. Te ausentaste de nosotros, te siguieron tus virtudes; pero nos dejaste en herencia tus ejemplos para precaver con su imitación las ulteriores desgracias que amenazan á la patria: *et iste quidem vita decessit, non solum juvenibus sed et universæ genti exemplum virtutis derelinquens.* Y también de valor y fortaleza: *et fortitudinis.*

PROPOSICIÓN SEGUNDA

Cuando la posteridad haciendo justicia al valor, intrepidez y animosidades no comunes del general Belgrano, recuerde los datos que ha dejado de estas cualidades

brillantes; cuando vuelva sus ojos imparciales á los lugares que fueron teatro de sus acciones gloriosas, cuando vea en los factos de la América del Sud el nombre de este general que tantos días de gozo supo dar á su afligida patria en los períodos más tristes de su peligrosa marcha al templo de la libertad; cuando lea allí mismo que él fué el apostol que plantó, y el Apolo que regó con sus sudores la semilla de este bien en la distante provincia del Paraguay y el vencedor en *Tucumán* y en *Salta,* donde levantó un muro, que nunca han podido derribar las huestes enemigas, para abrirse paso al país, a cuya conquista anhelaban; cuando traiga á la memoria los inmensos trabajos, los inminentes peligros que arrastró con ánimo varonil, llamando á las puertas de la muerte y entrando por ellas muchas veces sin temor de encontrarla, ó resuelto á caer bajo los filos de su cruel guadaña; cuando se le agolpen estos memorables sucesos que entonces hicieron su honor y gloria y despues su fama y su nombre eterno; habrá de persuadirse, que el general Belgrano fué otro jóven hijo del anciano Isaí, que desde niño buscó entre los osos y leones ocasión de ejercitar su valor, adiestrarse á no temer los peligros y anteponer á su vida la satisfacción del triunfo ó que oriundo de los gigantes que atentaron osados la conquista del cielo, había heredado sus animosidades Esta ilusión no hubiera rebajado una línea á su mérito; pero lo realza más el haberlo él formado, empezando por donde otros lo consuman, sin haberse ensayado para adquirirlo y sin haber recibido en la sangre el gérmen de su valor. No vió en sus ascendientes héroes que hubieran esculpido sus nombres con la punta de la espada en los mármoles y bronces, ni llegó á su noticia, que tiñese alguna vez los campos de Marte la sangre de sus mayores. Además de que nacido en la época de la paz, en un país en que las espadas , instrumentos antes de su desolación,

se habían convertido en rejas de arado para cultivar sus tierras y las lanzas en hoces para recojer sus mieses; no vió en él aquellos estímulos que agitan la juventud para aspirar á la gloria por la brillante carrera de las armas. Su primera inclinación fomentada por sus progenitores, su génio suave y placentero, su ánimo poco exaltado, su trato dulce y apacible, su aplicación á la carrera de las letras (que cultivó hasta alcanzar un grado en leyes, y recibirse de abogado en la cancillería de Valladolid), su pasión por la lectura de los buenos libros, ejercicio que engendra el deseo del retiro, el amor á la quietud y el gusto de enriquecerse de bellos pensamientos, de selectas noticias, y hacer su único caudal del cúmulo de conocimientos útiles á la vida; ninguno de estos dotes con que lo adornó naturaleza, ofrecía la idea de un corazón que abrigase la más remota tendencia al ruidoso estrépito de las armas. Quizá en la famosa lid, en que Marte y Minerva se disputan con la más noble ambición la preferencia, esta deidad cautivó entonces con sus bellos encantos su espíritu pacífico, cuando aquella derramó en su seno semillas de valor que brotaron en sus mayores años. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que en el momento que entró la patria en el glorioso empeño de echar por tierra los ominosos Goliath, que enrristraban sus lanzas é insultaban sus decoros, apareció este David, dando en los primeros ensayos las muestras de su animosidad y haciendo ver su aptitud para defender su pueblo. Tal fué, que los que admiraron los primeros pasos en la carrera que empezaba, le vieron también crecer de día en día y manifestarse superior á su misma actividad. *David proficiens, el semper se ipso robustior.* De las quietudes silenciosas del bufete, se trasladó al tumulto de las armas y sin dejar su génio pacífico y tranquilo, se hizo, digámoslo así, de otro génio y brioso, ofreciendo de este modo á la expectación de sus conciuda-

danos el hermoso contraste en que temblando el génio, engendró en su corazón aquel valor frío, aquella presencia de ánimo en los mayores peligros, aquella resolución imperturbada que forma el carácter de los grandes generales y que decidió siempre en sus empresas. - Apelemos á los hechos.

A este fin trasladémonos otra vez á los montuosos campos de la provincia del Paraguay, en que resonará constantemente el eco de su nombre; para recordar á aquellos naturales que al general Belgrano debieron la primera centella de libertad que prendió en sus pechos. Si nos fuese permitido usar del bello apólogo de que tantas veces con superior motivo usa el profeta-rey en muchos de sus salmos, comprometeríamos á los árboles y ríos, á los elementos, intachables espectadores de su animosidad en los aciagos lances en que se vió como aislada su esperanza, á que nos diesen un detalle circunstanciado de sus heroicas impetuosidades. Estos insensibles, haciéndole la justicia, que le escasean arbitrariamente sus semejantes, fijarían nuestra atención sobre las sangrientas huellas que estampó en el suelo de aquella vasta provincia para sostener el honor de sus armas y desempeñar la honrosa comisión que fió la patria á su talento y valor. Nos dirían señalando los despojos de su arrojo militar: he aquí el dilatado espacio, la ruta de sus marchas y en ella los rastros de su intrépido denuedo que se dejan observar en las espesas montañas por donde con extraordinarios esfuerzos se abrió camino, obstruido hasta entonces á toda humana planta, en los incultos páramos, donde la naturaleza próvida, pero demasiado estéril en su auxilio, le negó alguna vez el preciso para sus tropas, fieles compañeros de sus gloriosos trabajos, sin que por esto trepidase un momento su constancia; en los caudalosos ríos, cuyas corrientes no debiendo dividirse al imperio de su voz, se conciliaban respeto, y uu aire de

magestad soberbia, capaz de imponer á cualquier corazón menos varonil que el suyo.

Hé aquí, añadirian, el pueblo de Candelaria situado á las márgenes del magestuoso y rápido Paraná, testigo de la atrevida resolución de vadearlo de un modo y por unos medios reservados á la industria de un general, que hallaba en los apuros mil recursos en el fondo de sus luces, y animosidad bastante para aprovecharse de ellos; y testigo también de aquel arresto de tres bravos oficiales con sólo siete soldados, que revestidos del mismo valor que su esforzado jefe, que comunicaba á todos, sus marciales alientos, desembarcaron á vista, y bajo el fuego de los cañones del ejército enemigo acampado en la opuesta orilla, y presentaron batalla con una intrepidez digna de otra oposición más sostenida, logrando por fruto de su arrojo la ignominiosa fuga de aquellos naturales, la toma de una bandera y toda la artillería con algunas municiones. Acción heroica, que algún día más despejado de las nubes, que levanta la contradicción al mérito, se contará de un modo capaz de eternizarla.

Nos dirían: este es el célebre Paraguay, lugar en que teniendo á la vista el general Belgrano un numeroso ejército, entusiasmado con la engañosa idea de que la religión y su defensa lo empeñaba en un combate, previno el ánimo de sus jefes subalternos, que presagiaba prudentemente adversos á sus decididas intenciones, y superior al miedo que debía sobrecogerlo, viéndose inferior en fuerzas y elementos para acometer con éxito, después de alentar á sus tropas, como otro Macabeo; no os intimide su muchedumbre, ni temais, ni temais su vigoroso encuentro: *Ne timueritis, multitudinem corum, et impetum corum ne forrusiditie,* dió órdenes de ataque destacando un corto número de sus soldados, y quedando con el resto aún más escaso para último refugio en un

desgraciado evento que él debía suponer, y que quiso antes sufrir, que degradar su valor con una retirada intempestiva que habría añadido grados de animosidad al ejército enemigo. Cuatrocientos hombres; ¿quién podrá creerlo? salieron á desafiar á un numeroso ejército de paraguayos que cantaban la victoria, antes de conseguirla. Arrojo al parecer temerario, pero forzòso, para sostener el decoro de las armas. Èl tuvo por glorioso efecto la precipitada fuga del general español, de su mayor general de toda su infantería, que abandonando el puesto azorada, se refugió en los inmediatos bosques, dejando en manos de la nuestra todos los carros de municiones de boca y guerra, y parte de su botín. Esta acción habría terminado la contienda con gloria de la patria, honor de sus valientes tropas, y del digno jefe que presidía en sus resoluciones. Pero la voz de un cobarde....basta. No tiremos líneas transversales sobre el cuadro de sus triunfos. Los humanos son siempre esclavos de imprevistas circunstancias, y ellas jamás podrán rebajar el mérito de sus acciones gloriosas.

Nos dirían en fin, provocando nuestro asombro: estas son las márgenes del famoso Tacuarí, cuyas corrientes dieron dificultoso y arriesgado tránsito al general Belgrano, que obligado á suspender sus marchas por el ocurso de más de tres mil hombres, que vadeando el torrente por otro paso escusado, le salieron al frente, se advirtió en nuevos apurados empeños, y en las críticas circunstancias de morir ó de vencer. Encendido el fuego, y seguido con viveza de parte á parte, cayó desgraciadamente en manos del enemigo la división de su Mayor general que cubría el flanco derecho. No desmaya su valor. Se le envió á su parlamentario á intimarle, que se rinda á discreción, con la amenaza de ser pasado á cuchillo con el resto de sus tropas. No se intimida su ánimo. Las desgracias lo estimulan, las amenazas lo

irritan. Contesta pues provocando á un combate decisivo. El enemigo avanza inmediatamente, y él se prepara á rechazarlo y ciento treinta y cinco bravos que le acompañan y hacen todo su lucido ejército, son las fuerzas que le opone. ¡Oh! Gloria eterna á su entereza y valor. Avanzan hasta ponerse bajo los fuegos del ejército enemigo, y haciendo los suyos con la viveza, logran recostarlo á los bosques inmediatos, donde volvió en sí de la sorpresa que le causó el atrevimiento y denuodo de las tropas de la patria. Este sólo hecho es una completa apología de la animosidad é intrepidez de su corazón. Por que? qué hemos decir, al verlo empeñado en la acción más arriesgada, que con dificultad puede evadir la nota de temeraria, y de que sólo puede salvarlo su ardor extraordinario? Qué hemos de decir al ver que abandonado á su mismo corazón, á quién ciento y treinta soldados, aunque hubieran sido los gigantes de la fábula, no podían vitalizar, á presencia de numerosas tropas que lo insultan con firmeza, vota decididamente por su muerte, y vuelto á uno de sus amigos que poseidos de estupor miraba y admiraba su resolución y aliento: vamos, le dice, «vamos á ellos: lo mismo es morir de cuarenta años, que de sesenta?» ¿Qué hemos de decir, pues, que sea un elogio digno de su frio valor? Qué hizo un punto menor lo que Alejandro en grande, sino con mayor brío, quizá con más peligro. La muerte, que fué el funesto despojo de esta sangrienta lucha y que cebó su voracidad, aún más que en la suya, en las tropas enemigas, respetó á este hijo de la Victoria, reservado á otras empresas. Una entrevista que tuvo su general en jefe y una capitulación honrosa, que reportó por efecto de su vigorosa resistencia, y fué un triunfo en las circunstancias y el primer golpe que se dió oportunamente para quebrantar el yugo que tantos otros gravitaba sobre el cuello de aquella vasta provincia. Si

el evento alguna vez es capaz de justificar las avanzadas resoluciones, este es, el que graduará de acertada, y á todas luces prudente la del general Belgrano; y será tambien una lección práctica á las que le sucedan para tomar partido en los apuros que comprometen al honor, y decidirse á ser víctima primero que perderlo.

Habrá no obstante quienes rehusen estudiarla, no queriendo hacer de las fábulas modelos de su valor.

Pero felizmente abonan estos heroicos hechos oculares testigos, que no tienen interés en abultarlos.

Ellos á la verdad se objetan increibles á la reflexión más advertida. Y esto, que sube de punto su intrepidez militar, hace ver sin equivocación, que si hay Alejandros que con inferiores fuerzas se atrevan á desafiar á poderosos Darios, que también quien reproduzca sus animosidades.

Mas ¿quién podrá persuadirse que estos no fueron sino ensayos y reseñas de su valor?

Las ciudades de Salta y San Miguel del Tucumán eran los teatros destinados para llamar la atención de los incrédulos, y hacerles entender, que los Camilos y Arístides, los Leonidas y Pausanías; los Scipiones y Anibal no pueden envanecerse de ser solos en la generosa resolución de comprar á precio de su sangre las glorias de su patria.

Inflamado el ánimo del general Belgrano con la memoria de estos héroes, modelos de valor, se hizo admirar reproduciendo sus brillantes acciones en los apurados lances, en que tuvo que provocar á la muerte, que apostada día y noche parece había colgado sobre su cabeza su funesta guadaña, acechando el momento oportuno para segarla. ¡San Miguel del Tucumán! ¡Cómo se borrarán de tu memoria aquellos dias fatales, en que se presentaron á tu vista los horizontes todos ocupados de un nublado espantoso que habiendo descargado en la ciudad

de Salta, amenazaba desplomarse sobre tus habitantes, y anegar el país en un torrente de males, siendo el máximo de todo tu humillante esclavitud? Jamás oirás sin indignación el nombre de aquel desnaturalizado americano (Tristan), que bien hallado entre el ruido de las cadenas que arrastraron sus padres, tomó el vil empeño de hacerte gemir bajo su enorme peso, forzar tu libertad y obligarte á doblar la rodilla, ante el ídolo que detestabas. Aunque habias dicho en tu corazon, *non serviam*: no, no rendirse homenaje al injusto opresor de mis derechos, ellos iban á ser conculcados, prostituida tu más noble aspiración, fijado en tu suelo el pendon de tu ignominia. Tú viste con horror, abierto á tus pies este profundo abismo, en que se hundirian forzosamente tu honor y tu esperanza. Objeto en aquel momento de la expectación de los pueblos, en quienes iba á refluir tu abatimiento ó tu gloria, resonó en tus oidos aquella voz seductiva que los enviados de Antioco dirigieron al valiente Matatias que se resistió constante á sacrificar en Modía y quemar inciensos en aras menos puras. Llega tú la primera, cumple el mandato del rey, como lo han hecho todas las gentes que quedan á la espalda: *Accede prior, et fac jussum regis, sicut fecerunt omnes gentes, et viri Juda.* El te contará siempre entre las ciudades fieles y amigas de su imperio; te colmará de riquezas é inestimables dones: *eris tu inter amicas Regis, et amplificatus auro, et argento, et muneribus multis.* ¡Promesa alhagüeña! Pero que mereció la respuesta que recibieron de Matatias los enviados del tirano: aunque todos obedezcan al rey Antioco, nosotros no daremos oidos á sus palabras pérfidas. *Et si omnes gentes Regi Antiocho obediunt, non audiemus verba Regis.* Repulsa digna de un pueblo que jamás dió un paso atrás en la marcha al templo de la gloria. ¿Pero en quién confias, pueblo generoso? ¿En qué manos libras tu defensa y libertad de un enemigo orgulloso y

atrevido, que no admite medio entre tu humillación ó tu exterminio? ¿Qué oposición intentas hacer á unas tropas erguidas con sus triunfos, ambiciosas de gloria, y que les parece ver atravesar por los aires el carro de la victoria, precursor de las que cuentan reportar de un pueblo sin fortificación, sin baluartes, sin torres de que cuelguen broqueles para armar los fuertes en batalla? ¿Quién es el valiente que dé la cara al enemigo y se prometa un triunfo? ¡Oh! *Judas fortis viribus á juventute sua.... ipse aget bellum populi.* El general Belgrano, este Macabeo ilustre, en valor desde su juventud, este es el destinado por la providencia, para burlar los esfuerzos de los que aspiran á imponerte la ley y doblar tu esclavitud. Él cubrirá de confusión á unos hombres nacidos para ser el oprobio y escándalo de su país, instrumentos viles de un terco despotismo y que llevarán hasta el sepulcro la marca de su ignominia. El escarmentará su insolente atrevimiento y les hará ver que *est Deus in Israel*, que hay un Dios imparcial que proteje la justicia y amparará la inocencia. En efecto; en los apuros del pueblo que sufre de cerca los insultos de los incircuncisos, nos parece oir al impávido Belgrano que se reconviene con las mismas expresiones que el ilustre Matatias: *væ mihi* ¡Ay de mi! ¿He nacido para ver la ruina de mi pueblo? *¿Natus sum videre contritionen populi mei?* ¿Me entregaré á una inacción delincuente cuando va á ser presa de sus fieros enemigos? *¿Et redere illic, cum datur in manibus inimicorum?* Reconvención vehemente, rayo disparado del seno de su honor, que hiere su corazón sensible, lo alarma, lo ejecuta. Semejante al león cuando se dispone al avance, dá una mirada magestuosa á las tropas que se acercan, y vuelto á las suyas, que alienta con su presencia; esforzaos, les dice, esforzaós, hijos míos, y obrad con el valor que os es propio: *vos ergo filii confortamini, et viriliter agite.* Entretanto *induit velorica ricut*

gigas, se vistió de coraza como un gigante, se guarneció de armas para combatir y cubrió los reales con sn espada. Campo de las Carreras, que tantas veces presentastes á los pacíficos habitantes del pueblo de San Miguel de Tucumán el divertido espectáculo de dos generosos brutos, que descendiendo á la arena traban la porfiada lid en que ponen á prueba su aliento y velocidad en la carrera que emprenden; presto te verás convertido en campo de sangre, donde en un combate duro y peligroso comprarás á precio de ella el laurel de la victoria!

Fué un hecho.

El ejército que no ignoraba la desventaja de las tropas de la patria recientemente reunidas, que afectaba tener en poco á su digno General, que se había abierto paso hasta aquel punto con gloria, presentó batalla con seguridad del éxito. Acometer y triunfar eran sinónimos en el dialecto de su vanidad y orgullo. El bravo Belgrano reuniendo todo su ejército, como disipado antes en los diversos objetos que ocuparon su atención, apenas se vió á menos de tíro de cañón del enemigo, ordena se despleguen por su izquierda tres columnas de infantería; única evolución en que habían podido ensayarse en tres días anteriores; corto período para adiestrar su valor, marchando entre tanto la caballería en batalla con menos disciplina pero con igual aliento. Hé aquí el momento crítico de los inauditos esfuerzos de las resoluciones intrépidas del acaloramiento vivo y sostenido de este jefe empeñado en una acción, cuyo resultado dió tanta gloria á la patria, infundió tanto pavor á sus porfiados rivales y extinguió en ellos la esperanza de uncirla al carro de su dominación despótica. ¿Cómo es posible seguirlo en los varios encuentros que sufrió su tropa invadida por diversos puntos, á las veces desorganizada y siempre en peligro de un desgreño, que pusiese en manos del enemigo el triunfo? No entremos, pues, en los pormenores de

este porfiado combate que es difícil detallar. El hecho es, que trocada la suerte siempre inconstante de las armas á la viva voz de este General intrépido, que despreciaba los peligros, se sobreponía á los riesgos, y se presentaba á la muerte con el mismo rostro que miraría la corona de sus triunfos, se apoderó el miedo del ejército enemigo; entró el desórden de sus disciplinadas tropas y cayeron bajo los filos del alfange exterminador, los tiranos. Un ¡viva la patria! cuyos ecos hicieron impresión en la masa de aquellos pérfidos invasores, fué un trueno que amilanó sus fuerzas, y una fuga vergonzosa el término de su arrogancia estúpida. *Et repulsi sunt inimici præ timore ejus... et directa est salus in manu ejus.*

¡Día veinte y cuatro de Setiembre! día señalado en los fastos de la América del Sud! Jamás ocurrirás á la memoria de sus dignos hijos, sin que se agolpen las acciones de valor que desde entonces han hecho respetable y acreedor á los mayores elogios el nombre del general Belgrano.

Tucumán cantó el triunfo; sus ecos resonaron en los pueblos, y Buenos Aires, principal admirador de este gran suceso, lo contará incesantemente mientras abrigue en su seno patriotas imparciales que hagan justicia al mérito de sus hijos,

Este desempeño militar, glorioso por todas sus circunstancias, es por sí solo otro documento intachable de la intrepidez de un hombre que no entró en esta arriesgada accion, confiado en la multitud de sus tropas, menos en su destreza y pericia militar. Ellas en su mayor número eran reclutas arregladas en unos pocos momentos, afectados, sí, del amor á su país, del deseo de su libertad y del odio mortal al despotismo. Pero, cuán cierto es, que no está el vencer vinculado al número del ejército, sino al valor y fortaleza que deposita el cielo en los héroes que destina para el triunfo: *non in multitudine exertitus*

victoria belli, sed de cœlo fortitudo est. El enemigo experimentó en su derrota esta verdad, pero no sacó de ella el fruto del escarmiento. Su tenacidad orgullosa dió al general Belgrano ocasión á añadir un laurel más á sus sienes.

Sí: poseído de un terror pánico, que dió alas al resto de sus tropas, sin volver el rostro al campo de su ignominia, huyó despavorido á abrigarse en la ciudad de Salta, pensando desde allí imponer á su vencedor en Tucumán. Pero le hizo traición miserablemente su confianza. No había cerrado el general Belgrano la cláusula á sus victorias Los enemigos vinieron á insultar su valor á San Miguel, él tira á buscarlos oficiosamente á Salta; y en ambas posiciones serán víctima y trofeo de su valiente esfuerzo; *persecutus est iniquos perscrutans eos... qui conturbabant populum suum.* Semejante al Macabeo, fuerte desde su juventud, cuyo valor reproducía, salvando peligros y venciendo dificultades, se presentó con un ejército en las cercanías de Salta por donde menos podía esperarlo al enemigo, y agitado de aquella bravura militar, que hace fuego y no levanta llama, dió disposiciones prontas y ejecutivas á pesar de torrentes de agua que envíaba el cielo, opuesto al parecer á sus designios. De una en otra vino á la última de un ataqúe general, en que empeñado su honor, insumió el tiempo de tres horas y medias, tiñó de sangre el campo la plaza y calles de la ciudad, y obligó al enemigo tenaz y endurecido á cederle el honor de las armas y del triunfo. No hacemos una historia, sino un elogío del general vencedor. Pero en aquel caso era de seguir sus pasos; desde que se presentó en el campo de Castañares, y empezó desde aquel punto á hacerse espectable al general vencido que presagió en su sorpresa su derrota. Le veríamos con un valor propio de su corazón resuelto y animoso, arengar á sus tropas, comunicarles su espíritu, exhortarle con ve-

hemencia á anteponer la libertad á la dependencia vil, el honor á la ignominia, la gloria de triunfar á la vergüenza de ser presa de un tirano, la muerte misma al animoso yugo de la esclavitud. Le veríamos entrar por las calles de Salta impenetrables á otro ejército, que el suyo, con la misma impavidez que á la sala de un convite, llevando en su frente despejada y serena escrito el tema que fué siempre su divisa: *morir ó vencer*. Le veríamos exponerse á las balas en consorcio de sus bravos oficiales y soldados, que tanto honor dieron á su valiente jefe, sin afectarse un momento de aquella timidez vergonzosa, que embaraza el ánimo, sobrecoje la razón, amilana el espíritu y paraliza las mejores ocurrencias en el calor del combate. Le veríamos acudir con la previsión más acertada á los implicados lances, en que tantas veces fluctua la esperanza del triunfo frustrando las atinadas disposiciones del enemigo y asustándolo con la frialdad de un valor intrépido. Lo veríamos desentenderse de una irrupción violenta de su sangre, que lo puso muy cerca de los momentos últimos de su vida, por darse todo el ardoroso empeño de concluir con gloria, una acción que iba á poner el sello á su valor militar y á la libertad de los pueblos, que todo lo esperaban de su actividad y celo Le veríamos dar cuartel generosamente á los rendidos, sin interesarse en humillantes deferencias que fomentan el orgullo, del que vence y doblan la aflicción á los vencidos. Le veríamos aprovecharse de la victoria hasta donde le permitieron las circunstancias, que solo las penetra quien las palpa, y se acomoda á ellas prudentemente, prestando oidos á los dictámenes de un juicio recto, y cerrándolos á la insulsa crítica de los necios, dispuestos siempre á descargar el golpe de su vara censoria sin tino y sin objeto.

Le veríamos . . . . Pero contentémonos con la memoria rápida de este triunfo glorioso; y despues de acor-

darlo á los justos apreciadores del mérito, dejemos á su corazón el oficio y cuidado de ponderarle y concluir su pintura. Permitásenos sí reproducir aquí el elogio que dispensó á este valiente jefe y á sus aguerridas tropas el presidente del soberano Poder lejislativo, que contestando de un modo digno de su augusta representación al gobernador de la provincia, que la consagraba á sus respetos las banderas rendidas del ejército enemigo y en ellas un testimonio auténtico del triunfo, se explicó así á presencia de un pueblo espectador de esta magnífica ceremonia: «esas banderas que presentais á la Asamblea « general constituyente de los pueblos libres de las Pro- « vincias Unidas del Río de la Plata, es una señal evi- « dente de la completa victoria que han obtenido las « armas de la patria, arrancándolas de las manos de los « enemigos de América en la memorable jornada del « veinte de Febrero, bajo la conducta de vuestro hijo el « general Belgrano». He aquí en estas pocas palabras el elogio más completo de su mérito.

Jornadas de *Vilcapugio* y *Ayohuma!* ¿nos obligareis á interrumpirlo? Desgraciadas acciones, que tanta materia dísteis de placer á la vil emulación ¿desfigurareis el cuadro de las que dieron honor al general Belgrano? ¡Ah! El hombre es tanto más grande en las desgracias, cuando no cede á su peso, cuanto ellas no lisonjean su recto amor á la gloria En los héroes, que se arrogan injustamente este nombre, las calamidades extinguen luego aquel fuego, que encendido en ellos á soplos de una fortuna próspera, no es el que anima á las almas nobles y sublimes, á los heroicos defensores de la patria en sus peligros y que les sirve de apoyo en sus mismas desgracias. El general Belgrano aprendió en la escuela de los infortunios públicos, á endurecer su corazón, hasta hacerlo superior á las vicisitudes de las cosas humanas Triunfando, manifestó su valor y batido en el campo de

Marte, aunque lo abandonó la fortuna, no lo desamparó su corazón. Así es, que ambas suertes han servido de taller para formar su grande alma y para darnos en él aquel génio singular, que debe presidir en las empresas de los destinados para fijar la felicidad y gloria de los Estados. No eclipsó, pues, la que adquirió vencedor el contraste de vencido. Cuando la Providencia no liga el éxito de las batallas al valor de los ejércitos, todo se resiste al de un general, en quien poner su confianza. Ni la estación oportuna elegida con prudencia, ni la pericia y táctica de sus tropas, ni el misterioso secreto de sus marchas, ni el sistema premeditado de sus ataques nada lleva al fin, nada conduce á un éxito favorable. Todas estas disposiciones anunciaban en *Vilcapugio* un triunfo. Pero lo arrebataron de las manos de los vencedores en *Tucumán* y *Salta* acontecimientos que no están al alcance de la industria y del valor y caen bajo otro orden superior, de que no puede substraerse la cautela del hombre. ¿Desmayará el general Belgrano al golpe de este infortunio? Nada menos. El fué una piedra toque, que descubrió más los quilates de su ánimo varonil. Cede á la suerte del momento y semejante al leon que ruge en la caza, se retiró á acecharla reconcentrando su aliento y comunicándolo á sus tropas que se reunieron en Macha. A nuestros oidos llegó la enérgica proclama, parto de su valor intrépido, que desde aquel lugar dirige á sus soldados dispersos, viva voz con que reanima su constancia, enciende el fuego en sus pechos y los dispone á un nuevo ataque, que si no les prepara laureles y coronas, á lo menos sirva de un testimonio auténtico de que ha sabido buscarlo por las sendas del honor y de que abrigaba en su seno un corazón en que jamás se anidó la cobardía. Así es, que otro menos resuelto habría sido presa del miedo vergonzoso y equivocándolo con la prudencia, virtud favorita de los tímidos, habría creí-

do en su derrota el fin de su carrera El general Belgrano, dueño siempre de sí mismo, veía en sus contrastes un nuevo estímulo á su valor, é insensible á los golpes de la suerte, de ellos mismos hacía escala para mayores empresas.

Esta satisfacción le era sobrada á un jefe, que á pesar de sus gigantes esfuerzos, no tuvo asalariada la victoria, ni la tuvieron siempre los Pompeyo, Anibal y Scipiones, sin que por eso sus nombres dejen de leerse con admiración en las páginas que enriquecieron sus triunfos. ¡ Campos de *Ayohuma!* Vosotros que presentasteis otra vez al alto Perú la escena de *Vilcapugio*, fuisteis también admiradores imparciales de la energía de este valiente jefe, que tuvo indecisa muchas horas la victoria y á medio abrir las puertas del templo augusto de Jano. ¡ Oh ! á qué precio tan subido vendió á los enemigos el triunfo de su derrota ! Ellos mismos hicieron el más cumplido elogio del valor de unas tropas, que jamás hubieran desplegado sin la presencia de su digno General, que parece repartía por grados el aliento á todos sus subalternos Su triunfante retirada, salvando lo mejor de su ejército, fué una prueba de su ánimo impertérrito y de un pecho, á quien no imponían los reveses de la fortuna, capaz en el momento de quedar pendiente sin el menor subsidio de un clavo de su rueda.

¿ Qué añadiremos á estos documentos de su heroica fortaleza ? Si nos atrevemos á decir, que á su valor debió el estado el principio de tranquilidad pública y la suspensión de aquel flujo y reflujo de acontecimientos, que le hicieron gustar tantas veces la hiel de los disgustos. Si añadimos que su integridad severa é imponente domó el orgullo de los empeñados en levantar el seño mismo de los pueblos el ídolo funesto de la discordia, oráculo infernal, que ha presagiado sus ruinas. Si nos avanzamos á reconocer su vigorosa resolución, el origen

de la gloria de la patria, el ascenso á la cumbre del honor, á que aspiraba y la llave maestra que le abrió las puertas para entrar al templo de la fama; ¡oh! este modo de explicarnos sonaría en los oidos de los obstinados perseguidores del mérito como un atrevido indulto á la verdad, que solo pudo fraguarse en una imaginación recalentada á soplos de una pasión violenta. ¿Pero hay más que librar á las pruebas el asenso? Cuánto tiempo no sufrieron las provincias de esta parte de la América la dependencia indirecta de la dominación de ultramar aun despues de negarle sus respetos? ¿Cuánto tiempo no vieron flamear en la fortaleza la bandera española, indicante nada equivoco de la sumisa obediencia que rendían á su antiguo dueño? ¿Cuánto tiempo no tuvieron en espectación las naciones del globo, fiando á las lentitudes de una negociación tímida y misteriosa el último decisivo golpe al carro del despotismo, á que estuvo por tres siglos uncida toda la América? ¿Cuánto tiempo no ahogaron en su pecho los habitantes de estos dilatados paises los ardientes votos, los vivos deseos de ver figurar á su patria y entrar en el rol de las primeras naciones del mundo conocido? ¿Cuánto tiempo no lisongearon las esperanzas de la Península, de aprovecharse de un momento favorable, para reasumir su antigua dominación, y castigar nuestro noble atrevimiento, momento que divisaban en nuestras irresoluciones, para declararnos libres? Reunidos los pueblos por medio de sus diputados en San Miguel del Tucumán para terminar este máximo negocio, objeto de la aspiración común, cuyo retardo ponía á prueba la paciencia y despertaba recelos.

Cuántas consideraciones, cuántos obstáculos, cuántas condiciones intestinas, que dilaceraban el cuerpo político y rompían la Unión que debia servir de base á este gigante edificio, no retardaban y hacían difícil su construccion? ¿Cuánta fué la consternación de aquella asam-

blea, depositaria del poder y confianza de los pueblos cuando circunspecta y detenida en descubrir los cimientos, sobre que debía elevarlo, sólo advirtió un suelo movedizo, que se pulverizaba al choque de vientos encontrados, que no estaba á sus alcances calmar? ¡Belgrano! Tu memoria nos es grata, cuando recordando las delicadas y espinosas circunstancias, que impedían dar la última mano á una obra empezada con ardor y suspensa por desgracia, nos parece que vuelve á nosotros aquel memorable día, en que animado tu celo de un fuego que se cebaba en las dificultades, y hallaba su pábulo en los peligros, te presentaste en la sala del congreso soberano, y como si llevaras en una mano el destino de la América, y en la otra el poder de las provincias, obras en su favor, con noble sencillez, único idioma, de que debe usar un representante político, á quién no le está bien envolver en misterios la verdad; expusiste la conveniencia y necesidad de la pronta declaración de la indepencia del país, y las consecuencias, fatales de la demora de este bien, de este honor á que anhelaba. Tu nerviosa elocuencia, avivada por el recelo, prudente en las circunstancias, se revistieron de aquella enérgica y alentada resolución, que es el alma en las gigantes empresas y que supo infundirles la valentía de tu espíritu. En ellas la hallaron la base, que echaban menos para cimentar una obra de este tamaño. Tú la empezaste, sin que fueran capaces de arredrar tu valor las melancólicas ideas, que se agolpaban á vista del porfiado sacudimiento de los elementos todos, que conspiraban á la ruina de los pueblos, cuyos hechos estaban en contradicción con sus deseos. ¡Honor eterno á tu vigor y aliento.

Ciudadanos. ¿lo desconoceremos todavía? ¿Será preciso discurrir otra vez por todos los períodos de su vida, entrar con más interés en el pormenor de todas sus acciones, penetrar el escondido retrete de su pecho, para

registrar allí, y tocar con las manos (permítase esta espresión) el gérmen de su valor, de ese valor noble en sus miras, tranquilo en los mayores peligros, seguro en los consejos, superior en los arbitrios, resuelto en las ocasiones, y constantes en las degracias? Una rápida ojeada sobre todos sus pasos descubre sin equivocación estas prendas, sin fijar la reflexión en los sucesos remarcables que acabamos de exponer. Pues que, no arguye un corazón lleno de animosidad emprender la carrera de las armas cargando desde el principio con las responsabilidades, que gravarían el ánimo de los provechos en ella? Se vió transformado de repente en general en jefe de un ejército, salvando los grados y ejercios militares, que son la escuela en que se adquieren los conocimientos necesarios para tan alto y delicado empleo.

¿No es una grandeza de ánimo estar á la cabeza de tropas numerosas y aguerridas, en quienes descargaba sin cesar los ímpetus de su celo, el golpe de su justicia, el rigor de su exacta disciplina, sin temer el escandaloso reproche, que pudieron hacerle sufrir instigados de la indigencia, del hambre, de la desnudez, á que estuvieron casi siempre condenadas, reproche de que solo pudo eximirlo el ascendiente que le habian dado el respeto, el amor y la pasión á un jefe, que tomaba parte en sus miserias y se desvivía por sublevarlas? ¿No es valentía y superioridad de espíritu resolverse á entrar en varios y complicados proyectos, dirijidos todos al bien general del país, acechado siempre de rivales poderosos, que emulaban sus extraordinarios desempeños, urdian tramas á su honor, desfiguraban sus hechos, acriminaban sus más sencillas acciones, mofaban sus virtudes, y estaban siempre dispuestos á arrebatarle la gloria que podian darle sus triunfos? ¿No es intrepidez, exponerse á graves é inminentes peligros en los dilatados viajes, que no rehusó emprender en prosecución de la margari-

ta preciosa, con que deseaba enriquecer su pais, y cuyo hallazgo hará su felicidad? La provincia del Norte lo vió dos veces en su seno; dos las provincias interiores; una la corte del Janeyro, y otra la de Londres, dejando en todos los pueblos visibles huellas de su virtud y de su animosidad. En unos insultado con la indigna propuesta de ser infiel á su patria; en otros atropellado y puesto en vergonzosa prisión, y en todos expuesto á ser el juguete de la suerte siempre voltaria é inconstante. No fué un efecto de su ánimo varonil.. Pero no nos hagamos interminables. Estos y otros, que la política dicta cubrir con el velo del silencio, son dados inequivocables de su valor, cuya constancia nos releva de la obligación de prueba. Estos son también unas verdades, que la moderación y generosidad del héroe que elogiamos, no permitieron asomasen á los labios de los interesados en sus glorias, queriendo dar en el vencimiento de sí mismo la más luminosa prueba de la superioridad de su espíritu y nobleza de su corazón. Los que atenten ofuscarlas con imputaciones, que han querido contar entre los misterios de su fina politica, desmienten la opinión pública, la clara voz de la fama, que ha hecho volcar su nombre más hallá de los mares donde le hacen justicia con arreglo á su gigante mérito. Leamos, pues, imparciales, y tomemos una parte principal en los elogios de un ciudadano, que bajo todos respetos ha dado honor al pais en que ha nacido, presentándose adornado de aquellas cualidades que en sentir de San Clemente Alejandrino, constituyan á un héroe verdaderamente magnánimo. – Valiente espíritu, corazón grande, liberalidad generosa: *magni et excelsi inim species sunt ingens spiritus, magnitudo animi, ei liberalitas.*

Pero este hombre tan benemérito de la patria, al fin ha muerto, que era hombre. La muerte que arrostró tantas veces, y que supo respetarlo; la muerte que vió día y

noche delante de sus ojos, levantada siempre su esqueletada mano, para dèscargarle el golpe; la muerte hizo presa de su vida, y arrebató á la patria este importante ciudadano, dejándola envuelta en lágrimas y luto, á esta patria que él tantas veces supo vestir de gloria.

Pero no sorprendió su corazón. La vió venir con aquel mismo valor que antes la había buscado, y lejos de intimidarle su aspecto, dió ensanches á su espirítu, que cansado de sufrir los caprichos de la suerte, vió en el fin de sus días el principio de su descanso. Apenas sus dolencias le intimaron el fallo decisivo, desaparecieron para él los dictados que condecoraban su persona y solo presentó á la expectación pública el título de cristiano. Como tal cerró los ojos á lo perecedero y contentible y los abrió para ver de cerca la eternidad. «Bendito sea Dios, repetía de contínuo anegado en sollozos; yo debí morir ¡cuantas veces! penetrado de una bala, ó los filos de una espada; pero benéfico el cielo, me ha dispensado momentos, que yo debo aprovechar». ¡Oh! ¡que bien supo aprovecharlos! Como si su corazón jamás hubiera estado envuelto en otras ideas que las que le rodeaban en el lecho de su dolor, se reconcentró en sí mismo. Estimulado de su dolor, y tirado de la cadena de sus remordimientos, se postra á los pies de un ministro de Jesucristo que él libremente elige, desabrocha su pecho, abre los senos de su conciencia, confiesa sus fragilidades más con lágrimas que con palabras y al paso que se desprende el alma del peso de sus miserias, siente que renace su esperanza y nada teme tanto como dejar de ser lo que es y volver á ser lo que ha sido. Si algo le ha quedado de zozobra á su espíritu, viene á calmarla aquel mismo á quien se había ofendido como hombre, había confesado siempre como cristiano. Le adora humillado, lo recibe contrito, protesta públicamente la fé en que ha vivido y quiere morir y arroja su confianza en los brazos de un

Dios, que tantos testimonios le daba de su bondad. Así dispuesto *ingresus est viam universæ carnis,* dejó de existir y con él un modelo augusto de virtud: golpe fatal, que arrancará siempre lágrimas de los ojos de los patriotas despreocupados y sensatos. ¡Ah! Esta era la ocasión, de apostrofar á la muerte, reconvenirla y provocarla, á que justificase su conducta . . . Pero esto sería insultar la Providencia. Adoremos sus juicios, que son un abismo insondable á las luces de un mortal. Así mueren, los que convencidos con el apostol que pasa rápidamente la figura de este mundo, viven en él como si no viviesen ocupados únicamente en llenar la extensión de sus deberes. Así mueren los que defiriendo á la verdad revelada, creen que hay un alma inmortal, que no acaba junto con el cuerpo de pecado y que nunca han dado ascenso á los delirios de los que reputan la eternidad en que ella va á sumergirse una ilusión, un engaño, que han difundido los que quieren tener á los mortales pendientes de su voz y atados á la cadena durísima de la fé.

Así mueren, los que á pesar del tumulto de que viven agitados, no pierden de vista el momento de su fin y en la calma de las pasiones se acuerdan que hay un Dios á quien temer, una religión sacrosanta querespetar; unas verdades á que humillar su razón y una luz inaccesible á que deben ceder los conocimientos más sublimes. Saludables ideas, de ¡ue no pueden sustraerse los necios é insensatos filósofos y que para su confusión y tormento se agolpan á su espíritu en el crítico apurado momento de su muerte.

¡Dios inmortal! Gracias sean dadas á tu paternal bondad, porque al ilustre difunto que lloramos, quisiste prevenirlo con tu manto poderoso, para que jamás se alistarse en las banderas que juran estos tordos y astustos de corazón, jamás anduviste en el consejo de los impíos, jamás se estacionase en el camino de los pecadores públicos, jamás se sentase en la pestilente cátedra de su impiedad.

Ciudadanos, compatriotas que escuchais estas verdades, con que él cultivó su espíritu, id de continuo á recordarlas al sepulcro en que yace. Llevad en vuestra compañía á vuestros hijos, que son los que como él han de figurar algún día en el teatro de este mundo político, y si alguno se atreve á pisar la losa que cubre sus despojos; «detente, decidle luego, detente, mira que pisas las cenizas del héroe de tu patria: *siste heroem calcas*». Recóbrate y advierte que en esta lobreguez silenciosa descansa aquel ciudadano que la honró con su conducta, aquel magistrado que la gobernó con rectitud, aquel militar que la defendió con firmeza, aquel patriota que perdió la vida por dársela á la patria, aquel hombre de bien que jamás le hizo traición; aquel americano honrado, modelo de virtud y de valor. Aprended todos de él á amarla sin interés, á servirla sin aspiración, á procurar sus glorias proponiendo la vuestra, á sacrificar vuestra vida en las aras de la suya. Aprended á unir la política con la virtud, la cautela con la sencillez, la reserva con la verdad, la humanidad con la justicia, la severidad con el agrado, la integridad con la condescendencia, la prudencia con el valor, y el amor á la patria con todas las virtudes.

Convenceos con su ejemplo, que no hay patria sin unión, no hay unión sin orden, no hay orden sin subordinacion, ni subordinación sin una ulterioridad imponente que la sostenga, unas leyes sábias que la establezcan, una religión sacrosanta que la apoye. Ved aquí las lecciones que os dió en vida, y las que os dá en los ejemplos que ha dejado, de virtud y de valor: *exemplum virtutis, et fortitudinis derelinquens.* No los perdais un solo punto de vista. Consagradlos con vuestra imitación. Ella tejerá á vuestras sienes una corona de honor; ella os hará legítimos herederos de su espíritu; dignos hijos del suelo americano, y ella al fin os pondra en la senda que conduce derechamente el templo de la inmortalidad y de la gloria.

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL M. R. P. FR. CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ, DEL ORDEN DE S. FRANCISCO, LECTOR JUBILADO, EX-PROVINCIAL, EXAMINADOR SINODAL DE LOS OBISPADOS DE BUENOS AIRES, CÓRDOBA, PARAGUAY Y CONCEPCIÓN DE CHILE Y DIPUTADO DEL SOBERANO CONGRESO EN TUCUMÁN EN 1816; PRONUNCIADA EN LA IGLESIA DE MENORES OBSERVANTES DE CÓRDOBA EL AÑO 1823, POR EL R. P. FR. PANTALEÓN GARCÍA, DE LA MISMA ORDEN.

In memoriam æterna erit justus: ab auditione mala non timebit. Paratum cor ejus sperare im Domino . . . . . non commovebitur donec despiciat inimicos suos.

La memoria del justo será eterna: no temerá de oir palabras, que ceden en su descrédito. Aparejado su corazón para esperar en el Señor . . . . . no será conmovido hasta que vea abatidos á sus enemigos.

Ps. 111, w. 6, et 7.

Vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis relinquens.

Murió, dejando no solo á los jóvenes, más aún á toda la nación la memoria de su muerte para ejemplo de virtud.

Mac. lib. 2. *c.* 6. *v.* 31.

Cuando la muerte arrebata á un hombre recomendable por sus talentos y famoso por sus servicios en una

edad decrépita, en que anubladas las potencias ni vive para sí, ni para sus hermanos; entonces el dolor, que excita su pérdida en el corazón de sus amigos y admiradores, lo modera la idea de la justicia universal, y la pena es menos duradera, porque cada uno oye en lo íntimo del corazón una voz, que le dice: llorar muertes semejantes es más que manifestarse sensible, murmurar sin razón de las inmutables leyes de la naturaleza. Pero si la guadaña traidora del tiempo arrastra á la casa de los sepulcros un sér cuya vida interesa sobre la vida de mil impíos antes del tiempo que prefija la naturaleza, y cuando había de repartir los frutos de una edad sazonada, y dar á la posteridad un tratado práctico de los senderos, que conducen con gloria á llenar los deberes de un cristiano y de un buen ciudadano; á dar á Dios lo que es de Dios, y al Cesar lo que es del Cesar: entonces, ¡ah! ¿habrá corazón sensible y amantes de los hombres, en quien no resuene el grito del dolor?

Sobre estos sentimientos, que inspira la naturaleza, no hay que preguntar, ¿que significan esos cantos lúgubres, ese funesto aparato? Son sin duda expresión viva de la equidad y justo duelo en la inopinada muerte de un recomendable americano, de un patriota sensato, de un religioso cabal, de un sábio sólido, de un orador elocuente, de un ascético diestro, de un hombre digno de serlo, á quien la misma pluma empeñada en eclipsar su brillante memoria con vapores, que disipan facilmente un soplo imparcial, no pudo hacer traición á la justicia, y confiesa: «que jamás la patria podrá olvidar su memoria como «de un hijo en quien se reunían los mejores talentos á «una vida llena de probidad ... y por lo que respecta á «su virtud; su alma modesta y llena de dulzura en todos «sus pasos caminó siempre bajo el ojo del deber». Pero ya no existe: el 21 de Enero del presente año, la muerte sin dejar arbitrio á contener sus tiros echó á tierra esta

vid fecunda, y frustrando nuestras esperanzas, la llevó á aquel desierto siempre sediento de juntar en su seno cuanto existe sobre la tierra.

Sí: murió, *vita decessit*, ¿que sea de necesidad decirlo? Murió el reverendo Fr. Cayetano José Rodriguez, hijo de es:a santa provincia del Tucumán, del orden de los menores, lector jubilado, ex-provincial, examinador sinodal de los obispados de Buenos Aires, Córdoba, Paraguay y Concepción de Chile ¡Oh Jonatás, oh Jonatás, amable sobre el amor de las mujeres, y á quien yo amaba como una madre ama á su hijo único! ¡Que no me haya sido permitido unir mis lágrimas, sobre tus recientes cenizas, á las que virtieron tus hermanos, de quienes fuiste jefe, padre, amigo y defensor! ¡Asociar mis votos á los que interrumpidos con suspiros ofrecieron por tu alma al esposo las que siguen sus huellas en los monasterios de Claras y Catalinas, de quienes fuiste Rafael, Moisés y Director! ¡Manchar mis manos con la sangre del cordero sacrificado sobre las aras en tu alivio por tantos pecadores, de quienes fuiste el hombre que los arrojó á la piscina de aguas santificadoras, y el caritativo samaritano, que derramó el óleo y el vino sobre sus heridas! ¡Prevenir el grito con que te han honrado los compañeros de tu curso literario, los discípulos de tu magisterio, los que te consultaban en sus dudas, los patriotas sensatos, los periódicos que hacen tu apoteósis! Pero me consuela, que sin pensarlo, he venido á ser el intérprete de su dolor, y del concepto debido á tu mérito.

Sin repugnancia entro en ello, y aunque tu tumba está ya sellada, la rodean muchas flores, y es el altar de demasiados homenajes y testimonios lisongeros para que pueda dudarse que sereis inmortal en los ejemplos, que nos has dejado de virtudes cristianas y políticas: *vita decessit ... memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis relinquens.* Sí; enseñó á los jóvenes como debían comen-

zar su carrera para ser útiles á la religión, y como deben consumarla: *vita decessit juvenibus memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis retinquens*. Enseñó á toda su nación, como deben hacerse útiles á su patria, y hasta donde deben sacrificarse en su servicio: *vite decessit universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis relinquens*. Estos son, señores, los dos polos sobre que se sostiene el mundo religioso y político de que nos ha dado ejemplo nuestro amable difunto y los dos puntos á que precisamente convido vuestra atención.

PUNTO PRIMERO

Qué importa que el hombre nazca superior á la materia, si toma empeño en envolver su alma en el fango de que fué formado, y lejos de dirigir los vuelos del espíritu al seno de donde salió, se encorva hacia la tierra buscando en ella el privilegio de ser desgraciado. Aletargado en el seno de la corrupción, arrastra hasta el sepulcro el oprobio y el olvido. Loza, que cubres las cenizas del reverendo Rodríguez, en tí debe grabarse esta inscripción: *hic jacet*, aquí está sepultado un nuevo David separado de los pecadores como se separa la grosura de la carne, *quasi adeps separatus á carne,* que desde la juventud de todo corazón amó al que formó, *qui á juventute sua.... dilexit Deum, qui fecit illum.* Las facultades del alma se anticiparon en él rápidamente á las del cuerpo, y no dirigió á las pasiones, que gruñen muy de mañana el ojo del espíritu, sino para desentrañar en ellas aquellas semillas de virtud que envuelven en su seno; y así es que de la ira y la fogosidad formó aquel celo de fuego con que se opuso en su mayor edad á los enemigos de la cruz y de la iglesia; de las entrañas del temor arrancó aquella prudencia, que le fué compañera en las circunstancias más críticas; sobre la pasión del amor cimentó el edificio

de la justicia y liberalidad, que le fueron amigas! Si no puede afirmarse, que la virtud nació con él desde el vientre de su madre, á lo menos es verdad que la dió incrementos admirables.

Á la sombra de unos padres que ignoraron otras reglas para amoldar un corazón en masa, que las que dictó el espíritu de verdad en los libros santos de la Sabiduría y Eclesiástico, y que desprecia nuestro desgraciado siglo, luego, el jóven Cayetano sacrificó á Dios el primogénito de su corazón y de su entendimiento, y le ofreció las primicias de su sér. La familia del Centurión Cornelio no se desvió del deber, porque él era religioso y temeroso de Dios *religiosus œ timens Deum cum omni doma sua;* y la cristiana educación y ejemplo de los padres de este jóven no los pusieron en la triste precisión de arrancar las malas yerbas, que á cada paso brota el terreno no bien cultivado. ¿Hay apóstol más persuasivo que el ejemplo? El árbol tierno en tierra bien abonada puede producir frutos amargos? Entendedme, padres de familia: yo vuelvo á mi asunto.

En aquella edad en que el corazon del jóven es un azogue que no puede fijarse, y es capaz de vender por un confite su primogenitura, ya penetra Rodríguez el santuario del Infinito y del Eterno; huye de las conversaciones que corrompen, de las diversiones que distraen La asistencia al templo y ejercicios de piedad, son la diversión que dilata su espíritu ¡Con qué ardor fomenta la devoción á Jesús y María! Con sus nombres dulcísimos en los labios comenzó la vida, y con ellos la terminó pronunciándolos su lengua balbuciente hasta el último suspiro. Y el gran patriarca San José, ¿qué lugar ocupó en su corazón? Cada momento oia su voz: *ite ad Joseph*, y lo implora con tal tesón, que jamás tiró rasgo alguno su pluma sin este lema *Jesús*, *María y José*. Se empeña en ganarle partidarios, y como el más tierno toma á su car-

go los solemnes cultos, con que se celebra en nuestro templo de Buenos Aires la fiesta de su patrocinio. Á proporción que crece este nuevo David, se manifiesta superior á su edad, y más robusto en los caminos luminosos de la virtud. *David proficiscens, et seipso robustior.*

Qué pronósticos no formaría sobre él, el genio atildador y sobre su alma buena, su corazón del cielo, su progreso en las ciencias, su prudencia, qué fácil no le parecería responder á esta pregunta: ¿quién piensas, será este jóven? Y quién se persuadiría que pensaba en ser fraile? Pero así fué: á los dieciseis años de su edad se abrió á sus ojos el libro de los eternos destinos, y se vió en él llamado por su nombre al claustro aún antes de nacer; y sin escuchar la carne ni la sangre, viste el sayal del Serafin de Asis. Samuel, Samuel descansa en la casa de Dios, que él sabrá hablarte al corazón.

Jóvenes, á quienes he propuesto por modelo al virtuoso Rodriguez, no penseis que es mi ánimo persuadiros, que es de necesidad abrazar la profesión religiosa: en la casa de Dios hay muchas mansiones, y la virtud se hace accesible en todos los estados á quien la busca, Quiero haceros entender, que no debeis creer á aquellos que miran al claustro como una región obscura de que debe huirse. Su exterior, en verdad, es una nube opaca *vides nubem nebulosam*, por usar del simil del padre San Agustín, *sed habet intus nescio quid latens.* Penetrad su interior, y tropezareis á cada paso con Buenaventuras, que han ilustrado las universidades; con Cisneros, que han gobernado con fina política los imperios; con Lorenzo de Brindis, que han desempeñado legacias interesantes á los reyes; con Capistranos que se han presentado al frente de los ejércitos; con Ganganelis, que han admirado con su política; con.... ¡Ah! Sucumbirán bajo el peso de riquezas, que encierra esta mina cubierta de tierra y pedrusco.

¿Y por qué se explican con expresiones tan degradantes á la vida monástica? Si me lo preguntais á mí, diré, que es seguida de los vanos pensamientos de ciertos atolondrados, que solo admiran neciamente los inconstantes fantasmas, sobre que rueda la máquina del siglo, y desprecian como obscuros, los asilos en que no tienen acogida los vicios, que el mundo llama nobles. Pero si lo preguntárais al hombre sensato que lloramos, os respondería lo que dejó escrito en las juiciosas notas, con que explanó *la liga de la teologia moderna con la filosofía:* os diría que esas zumbas, esos libelos famosos, esos arbitrios ya alicientes, ya despóticos, con que se piensa despoblar el claustro, es uno de los medios que aconsejan los incrédulos para acabar con la religión católica; porque han leído en su apóstol Voltaire, « que si se llega « á disminuir el número de los frailes, y sobre todo de los « órdenes mendicantes, el pueblo se irá resfriando. No « tiene duda, que si se llegan á destruir esos asilos del « fanatismo, en poco tiempo el pueblo vendrá á ser indi- « ferente y tibio acerca de los objetos que venera. »

Si esto es así, ¡gran Dios! ¿Te olvidareis para siempre de tu religión santa? ¿Permitireis, se debiliten los brazos que las sostienen? Acuérdate de tus misericordias por los méritos de los santos fundadores de las casas religiosas, y llena en sus hijos tus promesas. Infunde un doble espíritu sobre los que aún apuran en el claustro el caliz del oprobio para que miren como saetas de niño las que dispara la filosofía. Excitad pensamientos de arrepentimiento en esos hijos de Efren que han vuelto las espaldas en el tiempo de la lucha ó á lo menos levanta un Aquilon recio, que no permita llegar á nosotros los vapores corrompidos del Sud. No desespero; advierto, que esos Balaanes vendidos al sueldo y á la adulación, cuando juzgan á nuestro difunto, criado en el claustro, desde una edad que llaman inmatura, como

acreedor á la memoria pública, exclaman sin advertirlo: ¡que hermosas son tus tiendas, Jacob! ¡Que admirables tus moradas, Israel!

En ellas dejé al nuevo colono del Orden de S. Francisco; y allí vuelvo á encontrarle; ¿pero como? Como un religioso de años, que ha hecho como un vestido de las santas reglas del instituto que abrazó. Se desvive por ser hijo formado en el molde de su santo fundador, y como el cazador, que no perdona fatigas por descubrir el rastro de la pieza que le interesa tomar á tiro, se arrostra á lo más espinoso, que podía conducirlo al lleno de sus deseos. Se empapó en aquel libro divino, que dió el Doctor seráfico para educación del claustro, y si se hubiera perdido se encontraría en la conducta de este joven religioso. Ancianos de Israel, que honrais las ruinas de este templo, aunque sin esperanza de que por ahora se reedifique, venid á ser testigos de su primera gloria! Ello es que se hizo acreedor á acercarse al altar, y que un pontífice digno de serlo derrame sobre él la unción sagrada anticipado el tiempo que estableció la iglesia.

Desde este punto se descorre el velo á nuevos ejemplos edificantes; los que no sois llamados al Santuario, aprended á lo menos á santificar vuestro destino. ¿Y en qué función del sacerdocio no se descubre en el reverendo Rodriguez aquel sacerdote fiel, que siempre obraría conforme á los designios del corazón de Dios, y viviría continuamente en la presencia de su ungido? *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum faciet... et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.*

Lleno de aquel espíritu de fuerza y de amor, que Dios, según S. Pablo, derrama en sus ministros, jamás dijo basta, al celo que lo animaba por la conversión del pecador, ni perdonó trabajo para curar sus llagas. Confesonario diario y tesonero, á pesar de sus dolencias y

ocupaciones continuas. Lejos de interesarse en la salud de un sólo enfermo como el ángel de la piscina de Jerusalen, es todo para todos, sin distinción de condición. Para los jóvenes es Rafael, que conociendo perfectamente las entradas y salidas de un país, por donde sería peligroso viajar solos, es guía fiel. Para el angola rudo, es Moisés, que habiendo aprendido del Señor en el momento en lo que debe imponer al ignorante, le explica la ley y sus artículos. ¿Y quién se levantó desconsolado de sus pies? ¿Para quién no fué ángel de luz, que desterró los nubarrones de una conciencia tenebrosa? ¿Cuántos pródigos separados de la casa de su padre no volvieron á ella publicando su pecado? Era gemelo de su celo el arte de cortar el desórden en su raiz, y como la arca en medio del Jordan, sabía hacer subir las aguas contra la corriente sin dejarse arrebatar de ellas. ¿Y no es también que supo dividir estas aguas para que pasase á pié enjuto el pueblo de elección, que condujo á la tierra prometida con menos sinsabores que Moisés al pueblo hebreo?

Así llamo yo á las almas religiosas de Santa Catalina y Santa Clara, de quienes fué director por veinte años *in labore, in vigiliis, in fame, et siti, et frigore, et nuditate.* Para este desempeño tuvo que caminar más de media legua que dista la casa de Ejercicios, donde lo llamó su ministerio, al monasterio de Santa Catalina, *in labore;* tuvo que privarse del sueño por faltarle el tiempo para el desempeño, *in vigiliis*; le fué necesario muchas veces aun privarse del alimento, por que pasaba la hora en que se ministra al religioso, *in fame*; le ocasionó ardiente sed y fatigas considerables á su pecho oprimido, *in siti*; sufrió los rigores del invierno *in frigore*, y tuvo que atravesar lodo y agua con los pies desnudos mientras se lo permitieron sus dolencias, *in nuditate.* Pero todo es nada para este Jacob, que solo piensa en Raquel, en la hermosa caridad á fin de presentar á Jesucristo espíri-

tus, sin arrugas y sin manchas. Esas vírgenes consagradas al Señor levantan en su retiro sus puras manos al Cielo ofreciendo por su alma una inocencia conservada por su dirección.

Este ejercicio santo es la dulzura de su espíritu, y en el que se emplea con el hambre insaciable, con que el jumento atado al palo se tira sobre la paja: *cum placida animi sedulitate, internaque esurte;* y cuando la necesidad le obliga á interrumpir sus funciones, el que busca al reverendo Rodriguez es necesario, que pregunte: ¿donde hallaré al sábio instruido en los laberintos del espíritu? *¿Ubi est literatus?* ¿El que da el justo peso á las palabras de la ley? *¿Ubi legis verba ponderans?* ¿El maestro de los que entran en la carrera de la virtud? *¿Ubi Doctor parvulorum?* No señores: le hallarán ó con la pluma en la mano escribiendo novenas, poemas, versos devotos, en que lo empeñan los hijos de su espíritu, con especialidad de la Santísima Virgen, que es de creer, le cumplió á la hora de la muerte las promesas del Eclesiástico, que se ponen en boca de esta madre agradecida: *qui elucidant me vitam œternam habebunt.*

Le hallará recogiendo las lágrimas de un ciudadano, que debajo de una brillante exterioridad oculta una profunda miseria, lo hace confidente de su vergüenza á fin de que le solicite una limosna ó respondiendo á los que le hacen árbitro de sus intereses, y esperaban la decisión de su boca con satisfacción; porque siempre hallaron fiel á este Vidente de Buenos Aires como al otro de Israel: *cognitus est in verbis suis fidelis.* Le hallará recibiendo en sus manos el espíritu de algún agonizante. Jamás se negó á sus llamados, ni se apartó de su lecho hasta limpiar sus conciencias y arreglar sus negocios. «¡Ah! solía decir: ¡que cuenta nos espera « en no sacrificarnos á la asistencia de los enfermos! « ¡Cuantas veces una amorosa reconvención saca lágri-

« mas de dolor de los mismos ojos, á quienes la pasión « había hecho derramar lágrimas delincuentes! Lo digo « por experiencia: *experimento didici.* La hallará exponiendo á los ojos de los pecadores, la historia de la cruz, como S. Estevan á los judíos la del pueblo hebreo sin que hubiese quien pudiese resistir á la sabiduría y fuerza de su palabra: *non poterant resistere supientiæ, et spiritui qui loquebatur.* Como celoso Cristo del Señor se opuso con frente robusta á que no se multiplicasen los ídolos de Israel. Sus palabras fueron truenos, que hacían temblar los muros altaneros de Tiro. Díganlo los que le oyeron, que yo paso á seguirle en otro teatro donde brilló como la aurora al salir de entre las nubes. El reverendo Cayetano cargó sobre sus hombros por cinco años todo el peso de la Santa Casa de Ejercicios. Expresión que se pronuncia breve, ¿pero qué fondo de trabajo no encierra? Confesonario, platicas espirituales dos veces al día, consultas, importunidades ...cien ocupaciones, que suceden unas á otras y esto sin interrumpir su dirección á las monjas, ni á los hijos de su espíritu; y no obstante que podía decir como Job: ¿acaso mi carne es de bronce? Jamás se le advirtió enfado: siempre afable, insinuante, pronto, pie, mano y ojo de todos los que recurrían á él. El deseo de ganar almas era un precioso rocío, que endulzaba su trabajo y los frutos de penitencia, que acopiaba en sus graneros es el bocado invisible que los fortalece. Pero el hombre es hombre, y el continuo trabajo le causó una enfermedad, que lo evaporó á fuerza de comunicarse, como el suave perfume, que en los días del estío exhala su benéfica fragancia. Pone entredicho al púlpito sin dejar de ser útil á sus prójimos en cuanto le permiten las fuerzas. Aún en su última enfermedad oyó por hora y media á uno que temía acabase sin decidir en los intereses de su alma.

Los que buscais el modo de hallar en Dios la felicidad,

demasiados ejémplos os ha dejado el reverendo Rodriguez en sus virtudes cristianas: de vuestro interés es adoptarlos: *vita decessit.... juvenibus memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis relinquens.* Yo paso á encadenar en su elógio fúnebre las cualidades que admira el siglo, con las que alaba la religión, y á mostrarle un hombre nacido para el Estado, y que enseñó á su nación cómo deben formarse útiles á la patria y hasta dónde deben sacrificarse en su servicio: *vita decessit universæ genti memorian mortis suæ ad exemplum virtutis relinquens.* Entro al

PUNTO SEGUNDO

¿Y cómo es que voy á buscar en el siglo, las flores que deben esparcirse sobre el sepulcro de un religioso llamado al claustro, y de un sacerdote contraido á las funciones del altar? ¿Y qué hay en esto? ¿Las virtudes políticas están reñidas con las religiosas, ni el sacerdocio con los deberes del ciudadano? Samuel, centinela del templo, era á un mismo tiempo intérprete de los derechos de su nación y de la voluntad del Señor para con su pueblo. Pensar de otro modo es calificarnos de autómatas, sin alma para advertir que el amor á la patria está grabado en la substancia misma del alma por la mano que nos dá el sér: sin oidos para escuchar el grito de aquella ley *el interés de la patria,* que como dice Barthelemí, dá voces en el silencio mismo de las leyes. No hay tribu, ni lengua; no hay profesión, sea religiosa, sea de los que viven en el siglo; no hay ministerio, sea de la espada ó del caliz, en que el hombre sin cometer un crímen de *lesa patria* pueda faltar al solemne empeño que contrajo de vivir y morir por su nación; y este tributo de fidelidad le es aún más santo, que el de respeto y amor que la naturaleza clama en favor de los autores de su existencia.

¡Oh patria! ¡Oh nación! ¡Con qué fuego inflamaste el espíritu del sábio americano Rodriguez! ¡Que impresiones tan vivas hizo este noble objeto en este corazón bien dispuesto! ¡Cuanto apuró sus talentos para serle útil! ¡Con cuánto ardor fomentó sus intereses, y cuántas convulsiones no sufrió su corazón en sus desgracias! Añadid al epitafio de su sepulcro: *hic jacet*, aquí está sepultado el que con sus virtudes patrias cuidó de su nación, y alcanzó gloria dando á su pueblo lecciones de un buen ciudadano: *qui curavit gentem suam.... .qui adeptus est gloriam in conversatione gentis.*

¿Necesito acaso para acreditar esta verdad conducirme al claustro para verle rodeado de religiosos jóvenes, á quienes estimula á romper el velo que una política rastrera había tendido sobre los grandes talentos de América? ¿Llamar á exámen á aquellos genios superiores, á quienes abrió la puertas de la librería de su convento, para que pudiesen echar mano de cuantas obras necesitasen para su instrucción, y aún contribuyendo en gran parte á proporcionarles una carrera honrosa? Doctor Mariano Moreno! ¡que americano! ¡que entendimiento tan comprendedor! Doctor Mariano Moreno, no necesito inquietar el sueño en que duermes: la diestra pluma que historió tus hechos hace esta confesión con un tributo de gratitud y cumplimiento debido á los talentos del reverendo Rodriguez. Yo diré lo que he visto, oido y palpado con mis manos. Cien veces le oí decir, aún en un tiempo en que era un crimen solo el pensarlo: «¡que hayamos nacido en un suelo en que el » genio oprimido pierde su vigor! ¡que han de querer em- » brutecernos los de ultramar! Los americanos son cul- » pables: nos agoviamos bajo el yugo español, cuando » tiempo ha se nos viene á las manos el sacudirlo. Pe- » ro es necesario trabajar ilustrarnos é ilustrar la ju- » ventud: no sé qué presagios advierto de libertad, y es

» necesario formar hombres». ¿Penetrais el fondo de este lenguage? ¿Se produce asi un patriota egoista ó letargado? No por cierto: son sentimientos de un ojo penetrador, que previene á su nación, que un gobernante instruido es un Dios pequeño, que sabe dirijir con prudencia, y que un patriota ignorante ó imbuido en máximas perniciosas es la polilla de un estado.

Su patriotismo le estimuló en la carrera de las letras en que viajó con el feliz suceso que parece, pintó de antemano el libro de la Sabiduría. Vosotros le habeis visto hacerse respetar en los pùlpitos de los ancianos como orador de mérito: *propter hanc habeo honorem apud seniores.* Y pudo ser asi sin correr el espacioso campo de la filosofía, ética, historia, retórica y exposiciones de los padres?.

Vosotros habeis admirado su tino en el delicado carácter de director de almas, y la penetración de sus juicios, *acutus inveniar in judicio.* ¿Y pudo suceder esto sin instrucción en la moral cristiana, en los ápices más sublimes de la teología mística, en lo que el hombre debe á Dios, á sí mismo, y á la sociedad? Vosotros le habeis visto instruyendo la juventud en la filosofia, teología y escritura en la universidad de Córdoba, y en el convento grande de Buenos Aíres con aprobación de los sabios que componen estos cuerpos respetables: *in conspectu potentium admirabilis ero.* ¿Y pudo suceder esto sin la vasta noción de una filosofía juiciosa, de la Sagrada Escritura y sus sentidos, de las sentencias de los padres, de la tradición de los decretos de los concilios? Vosotros le habeis visto producirse como un poeta digno de ser introducido en el Parnaso é inmortalizarse por los encantos de su elocuencia y amenidad de sus producciones: *propter hanc habebo inmortalitatem.* ¿Y pudo serlo sin haber permitido á su imaginación como perderse en los campos Eliseos, presentarse en el teatro de

los Dioses, conversar con las musas, y para descubrir la verdadera y sublime poesía empaparse en Moyses y David, cuya elevación echa á rodar todos los poetas del universo? Vosotros le habeis visto miembro del congreso nacional en Tucumán llevando el redactor de las sesiones con política, que le adquirió nombre en los pueblos: *propter hanc habeo claritatem ad turbas.* ¿Y pudo desempeñarse con tino sin .. basta. Pudo decir el reverendo Rodriguez: busqué abiertamente la sabiduría, *quœsivi sapientiam palam* y floreció en mí como la uva temprana, *et floruit tanquam precox uva.* Mucha sabiduría hallé en mí mismo, *multam inveni in meipso sapientiam* y pues la he adquirido en utilidad de mis connacionales, acercaos á mí los que sois ignorantes, y os instruiré: *appropinquate ad me indocti.*

Belgranos, Gorritis, Perez, Medranos, Eguias, Baldovinos, Colinas, Palacios, Bárcenas, Olmos.....se cansa mi memoria, sin nombrar á los Peredas, Villegas, Campanas, Pereiras....vosotros tuvisteis la fortuna de escuchar la voz de este sábio educado en el claustro, y empaparos en la inteligencia, y doctrina que derramaba como sus aguas el Phison y el Tigris en los días de los frutos nuevos: y para dar crédito á sus luces las derramais vosotros con la abundancia que el Gehon en el día de la vendimia, ya como diestros pastores, ya como letrados de pulso, ya como ministros de culto, ya como diputados de las naciones; ¿ y cuántos no ocupan las sillas en las iglesias cabezas?

Vosotros le habeis conocido, y sin duda sentís conmigo, que no ha penetrado ni la corteza de su ilustración el que entra en el deseo, de que: *Ojalá su génio libre de la obscuridad de un claustro y de las pedanterias de la escuela hubiese podido respirar un aire más libre. Libre de la obscuridad de un claustro!* En ese Egipto, donde palpan tinieblas los perseguidores de Israel, Israel ca-

mina á luz del medio día, y de su centro han salido Moisés conductores del pueblo escogido; Josués defensores de sus derechos, Aarones, que han explicado la ley como se dió en el monte. *¡Libre de las pedanterías de la escuela!* Es verdad que tuvo la desgracia de que le hiciese las entrañas un maestro que juraba en Aristóteles ¿pero no es su mayor gloria haber debido á su genio, distinguir la moneda falsa de la verdadera? Sus lecciones se tiraron sobre aquellos modelos que no han caído en las trampas que inventó el siglo XVIII. Detestó el ergotismo, la teología sistemática, las cuestiones inútiles; la filosofía natural, la física que rueda sobre la experiencia, y el dogma floreado con cuestiones *adiaforas* es lo que enseña. Sino es que se quiera arrancar al sacerdote de las aras para que se adiestre en el arte de manejar la espada, de abrir fosos, de gobernar una nave, ¿que más pudo adelantar el reverendo Rodríguez en ese *aire libre?* Decidlo lenguas semejantes á la del tigre que aún cuando halaga lastima, y que habeis confesado, que *en las ciencias sérias se formó una educación que excedió en mucho á la medida común.*

Pero yo lo entiendo; se hubiera instruido en las cartas judaicas del Marqués de Argens, en el Emilio de Rousseau, en el Espíritu de Helvecio, en las poesias de Voltaire, en los escritos de esos perpetuos declamadores contra el estado monástico y contra la iglesia, Howes Espinosa, Tolando, y otras cínicos de este jaez. Se hubiera instruido en el arte de horadar los cimientos de la iglesia con pretexto de reformarla, de llamar á cuestión la autoridad de la cabeza visible de la iglesia, de alterar su disciplina y eludir sus decretos. Se hubiera instruido en esos libros corrompidos, que enseñan que la religión católica es invención de príncipes para tener sugetos á los pueblos; que el derecho consiste en la fuerza; que la ley del pudor de las mujeres es una opinión; que

el juramento es una voz que nada significa; y que el alma espira con el cuerpo. Se hubiera instruido en el manejo de quebrantar públicamente bajo el pretexto de una libertad de imprenta mal entendida y desconocida á las naciones cultas los preceptos de la ley de Dios; ¿que digo *ley de Dios*? Los preceptos de la ley natural, que ordenan no propalar los defectos de sus hermanos, y con más razón no levantar fantasmas para desacreditar á los ministros del culto.

Pero aún en esta ciencia diabólica se instruyó el reverendo Rodríguez, pero para detestarla y hacer ver á los fieles que es una hoz más cortadora que aquella de que se habla en el apocalipsis. La ciencia del reverendo Rodríguez fué de un verdadero patriota, que conoce que sin la religión revelada los imperios se levantan sobre arena y que la esperanza de los filósofos, que se hincan ante la criada y desprecian la señora, será como las pajas que lleva el viento, y como la espuma que esparce la tempestad. Ciencia de un patriota, que no equivoca la licencia con la libertad, ni la libertad política con la libertad anticristiana; y que sabe sacrificarse á la patria sin profanar la religión.

Y así es que el reverendo Rodríguez que fué, por decirlo así, la oficina donde se tiraron los planes de nuestra libertad política, y que antes de levantar altar á esta deidad ya esparcía flores de su genio poético ante sus aras, el reverendo Rodríguez, que al primer grito de nuestro sistema ministró pábulo al fuego santo, que comenzaba á arder en el corazón de los americanos por un manifiesto sobre las vejaciones que había recibido la América; el reverendo Rodríguez, que apenas elevado en jefe y preciado de su provincia, expide letras circulares á sus súbditos exhortándolos á no perturbar el orden público, y que á pesar de su alma pacífica se exalta contra los que sin prudencia murmuraban del sistema patrio hasta el

extremo de quebrar las tablas de la Ley; el reverendo Rodríguez, que deja ver en su semblante la alegría en su propia figura, al oir á la juventud cantar las producciones de su entusiasmo patrio al rededor de la famosa pirámide levantada en la plaza de Buenos Aires para eterna memoria de la libertad americana; el reverendo Rodríguez, que se negó á las halagüeñas promesas del Illmo. Panes á fin de llevarle consigo al Paraguay por no abandonar á una madre de quién era báculo; cuando se trata de los intereses de la patria se separa á distancia de trescientas leguas sin que puedan detenerle sus lágrimas; el reverendo Rodríguez que al despedirse un general destinado á mandar en jefe el ejército auxiliador del Perú, le dice, lleno del entusiasmo de David: ceñid, señor, la espada cortadora de la patria; *accingor gladio tuo potentissime;* la esperanza de prósperos sucesos es segura; *prospere procede.* Ya es tiempo que los esclavos del déspota del Perú caigan en tierra; *populi sub te cadent*; el filo de la cuchilla americana no puede embotarse, traspasará el corazón de los usurpadores de nuestro suelo; *sagitæ acutæ in corda inimicorum.*

El reverendo Rodríguez, es preciso decirlo, el reverendo Rodríguez acreedor á lugar muy distinguido en el templo de la patria, advierte que comienza á fraguarse un misterio de iniquidad ignominioso á una patria que ha conservado en su seno la religión con aprecio; que se camina sobre las máximas de la Francia no en su juicio, sino en el frenesí de su escandalosa revolución; que el Jansenismo y falsa filosofía era la ciencia de los que debían cimentar la felicidad de la provincia en el santuario de la religión de Jesucristo, y como aquel Amalecita que se libró de la derrota de Saúl con pretexto de compadecerse, iban obscureciendo el poder y magestad de Israel. ¡Momento ominoso para este americano de juicio! ¡Que emoción no hacen en su corazón estas heridas

que comienza á recibir la patria! Llama sus ideas, y les impone el precepto que Dios á las aguas, *hucusque venies, et non procedes amplius*; cuenta con traspasar los términos de un patriotismo religioso.

Teme enfurecerse y profetizar como Saúl si se acerca á los furores y excesos de los profectas del siglo, y se llama á retiro. Aquí es donde se le observa exhalar suspiros de dolor, derramar su espíritu y pedir á Dios que mande callar á los vientos, y que diga basta á la tempestad; que bote del Israel americano esos José y Azarias, que no están señalados en sus eternos consejos para salvarlo. Medita, piensa, concluye, que el verdadero patriota no ha nacido para sí solo, que le es un deber hacer entender los límites del amor á la patria. Toma la pluma, y da á luz el Oficial del Dia, ese periódico que cegó al Argos para *ver su alma eclipsada con preocupaciones que hacen sentir más que todo el influjo del tiempo y del estado* del reverendo Cayetano, producción de abogado de la *nueva ilustración*, que hace de juez y parte. Consulte á los sensatos, y le dirán que es parto de las verdaderas luces, de la doctrina sana, que descubre las trampas de los novadores adoptadas á la sombra de la Patria. Le dirán que ese periódico, que ocupa los escritorios de los sábios, ha roto la máscara á la hipocresía con que se finjen reformar la iglesia y el claustro, y despojar á su madre de todo lo que contribuye al adorno de la hija del rey, y enervar las tropas auxiliares que entran en el cuerpo del ejército dispuesto en batalla á quien Jesucristo sirve de caudillo. Le dirán que ese periódico pone á clara luz los vastos conocimientos de la teología, de la historia, de los cánones, el derecho público que poseía el reverendo Rodríguez: le dirán que él es una pauta que debe servir á todo escritor público por su moderación, prudencia y lenidad, con que supo sostener y defender la sana doctrina, y sufrir los sarcasmos y dicterios de su contendor. Le

dirán en fin, que ese periódico transmitirá á las generaciones futuras la memoria de este sábio americano, honra de todo el continente.

Pero al fin el corazón del reverendo Rodríguez se inunda en amargura: sus entrañas se derrama hasta la tierra *præ contritione filiæ popule mei* muere víctima de las maquinaciones de los filósofos, del rigor de la arbitrariedad, de los efectos del depotismo, de la ignominia de la patria; y porque no diré? Muere como el primer mártir de la libertad religiosa. Muere, pero nos deja el consuelo que murió *vita decessit* enseñando á los jóvenes cómo debían comenzar su carrera y consumarla para ser útiles á la religión; y á toda la nación cómo deben hacerse útiles á su patria, y hasta dónde deben sacrificarse en su servicio: *vita decessit non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis relinquens.*

Discípulos, amigos, admiradores, hermanos del reverendo Rodríguez! acercaos al sepulcro donde yacen sus despojos: la misma inmediación de una ceniza tan venerable y tan querida, aumentará la ternura y el fervor de vuestros votos. Rodeemos también nosotros los que conocemos, que la justicia de Dios tiene la misma medida que su misericordia, ese lúgubre aparato, expresión del dolor: ofrezcamos por su alma nuestras oraciones expiadoras de las reliquias de la humana fragilidad, unamos nuestras súplicas á la sangre del cordero, que acaba de ofrecerse en su alivio. Ojalá que ellas sellen su sepulcro para que nos llegue á él en el día de la Venganza el angel exterminador, y sean un feliz paso de las tinieblas de Egiplo, de aqnellos lugares tenebrosos, donde acaban de purificarse las almas de los fieles, á la morada de la inmortalidad. Así SEA.

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA EN LAS EXEQUIAS DEL CANÓNIGO PREBENDADO DON JOSÈ LEÓN PLANCHÓN, EL DÍA 20 DE MAYO DE 1825, POR FRAY IGNACIO GRELA.

Et iste quidem vita decessit, non solus juvenibus sed universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis derelinquens.

Murió dejando en la memoria de su muerte un ejemplo de virtud, no sólo á los jóvenes, sino á toda la nación. Lib. 2, de los Macabeos, Cap. 6, v. 31.

Así concluye la escritura santa el elogio de un anciano y respetable sacerdote de Israel, que prefirió gustoso el morir, á conservar su vida marcada con la prostitución y la infamia, que siempre formaron el carácter de los enemigos del pueblo del Señor, provocado á renunciar las ceremonias de su culto y abandonar sus leyes patrias para acomodarse á las de las naciones incircuncisas. Ejecutado á simular su fé, para salvar una vida próxima á rendirse al peso de su avanzada ancianidad; pero que, á juicio de sus bárbaros opresores, aún debió serle muy amable; él se resuelve á perderla, antes que mancillarla con una transgresión vergonzosa, que debía escandalizar justamente, no sólo á sus jóvenes compatriotas sino á todo el pueblo escogido. Mejor es morir, exclama, en el seno de la religión del Dios de Is-

rael, que conservar mi vida á cambio de una perfidia, cuyo recuerdo solo obligará á todas las generaciones á repetir á la posteridad, que Eleazaro, á los 90 años de edad, abjuró la religión santa de sus padres, para adoptar la grosera y rídícula creencia de los alienígenas. ¡Resolución magnánima! propia del ministro de una religión divina, que despues de haber llenado en el curso de su vida los deberes de su sacerdocio, aspira á dejar, y deja á todos en su muerte el mejor modelo de virtud que imitar: *memorian mortis suæ ad exemplun virtutis derelinquens.*

Iglesia santa! Nó: no fué reservado á la sinagoga el privilegio exclusivo de contar entre sus ministros, celosos defensores de su creencia y culto que sellasen con su muerte una vida inmaculada. Tu divino fundador cumplió contigo sus promesas y en la efusión de sus misericordias nos dió un sacerdote, que, obrando según su corazón y su espíritu, supo conservar siempre pura su fé; promover su culto; trabajar infatigable en su ministerio; y llenar el número de sus dias de un modo, que, si por faltarle un tirano, no nos dejó al morir el modelo de esa fortaleza que corona los mártires, por la firmeza con que marchó constante por las estrechas sendas de la rectitud y de la justicia hasta su muerte, nos dejó á todos en ella el mejor ejemplo de virtud: *decessit.... memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis derelinquens.* Tal ha sido el ministro sagrado que ha perdído esta iglesia, el digno Prebendado que acaba de desaparecer de su senado; el sacerdote edificante, que de pocos días acá echa menos el pueblo piadoso. Sí fieles. El canto fúnebre que en ecos repiten las bóvedas de este templo; las preces dirigidas al Señor por el descanso de su alma en la mansión eterna de los justos; ese mausoleo, santificado con la sangre de un Dios salvador; regado con las lágrimas de sus sacerdotes; y decorado con

cuanto han podido reunir de edificante y magnífico, la piedad mas verdadera y la gratitud mas respetuosa: todo nos anuncia que ha muerto el sacerdote venerable y digno Canónigo Diácono de esta Iglesia, don José León Planchón....¡Que pérdida! ...La Iglesia viste luto para hacer el duelo; el clero llora inconsolable la falta de uno de sus infatigables cooperadores en el ministerio; el pueblo, aún busca ansioso su sombra en aquellos lugares, en que parecía vivir de asiento; y no encontrándole se agolpa á este lugar santo ó solemnizar sus exequias y rogar por su descanso.

Y entre tanto, señores, yo.... el último de los Levitas ....yo soy el destinado á renovar vuestro dolor, recordandoos solemnemente, que ya no existe don José León Planchón. ¡Penoso encargo! Y tanto más penoso cuanto es mayor y más justo el motivo de vuestro sentimiento general. Mas debo añadir para vuestro consuelo y edificación, que él murió con la muerte de los justos. ¡Muerte preciosa en los ojos del Señor. Si, don José León Planchón selló con su muerte una vida edificante y fervorosa y como Eleazaro, nos ha dejado en su recuerdo á todos, un ilustre ejemplo de virtud que imitar: *decessit, non solum juvenibus, sed universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis derelinquens.*

No espereis de mí, señores, que desde este lugar santo me proponga satisfacer vuestra curiosidad ó adormecer tan solo ó distraer vuestro sentimiento con un discurso brillante, diestra y perfectamente acabado; pero cuyo fondo sean supuestas virtudes, ó acciones solo *filosóficamente* heroicas. ¡Dios no permita, que sacrílegamente abuse de mi ministerio y traicione mi carácter y mis deberes! En este sitio, ni debe hablarse otro lenguaje que el de la verdad; ni proponerse á los fieles otro modelo, que las virtudes cristianas; y solo son tales, las de un *hombre de bien*, segun los principios sublimes del

Evangelio y la moral sagrada predicada por Jesucristo. He ahí las virtudes que hizo brillar en su vida pública el señor PLANCHÓN y cuyo recuerdo nos excita la memoria de su muerte. ¿Quereis conocerlas en detalle? Deducidlas naturalmente por contraposición á los infames vicios que caracterizan al malvado. Este, dice el sabio en los proverbios, tiene ojos audaces y altivos: *oculos sublimes*: lengua amiga de la mentira; *linguam mendancem:* manos crueles y sanguinarias; *manus effundentes sanguinem*: corazón lleno de infames deseos: *cor machinans cogitationes pesimas:* pies al fin, que vuelan siempre por los caminos de la iniquidad; *pedes volocee ad currendum in malum.*

Es pues consiguiente, que las virtudes diametralmente opuestas á estos vicios sean las que caractericen al hombre de bien, según el sábio: ó lo que es lo mismo, que la amabilidad, la verdad, la beneficencia, la rectitud y el puntual cumplimiento de sus deberes formen el carácter del cristiano verdadero. Este fué, señores, el Sr. PLANCHÓN. En su vida pública yo os lo haré ver amable en su trato, veraz en sus palabras, benéfico en sus acciones, recto en sus juicios, puntual y exacto en el cumplimiento de sus deberes y en estos cinco artículos os habré dado una idea, si no exacta, al menos aproximada á su mérito. Principiemos

ARTÍCULO PRIMERO

Fué amable en su trato. No hablo, señores, de esa amabilidad, que, ganada en el estudio de la civilidad y de la política, huye, luego que dejan de obrar estos elementos que sirven á su vez á la vanidad y al amor propio. Gracias tan exquisitas y celebradas en el órden social apenas pueden ocultar las aspiraciones malignas, con que ciertos corazones, profundamente corrompidos, meditan

la iniquidad, bajo el exterior modesto y amable que les inspira esta virtud estudiada y del momento. No fué de este carácter la amabilidad de don José León Planchón; por más que pueda decirse sin temor, que reconoció por origen su constitución natural y que la cultivaron en los días de su razón, las virtudes sociales que hicieron tan grato é interesante su trato político y comunicación familiar.

Sé muy bien que la amabilidad que caracteriza al justo no es obra de la carne, que solo comunica en su reproducción las pasiones que naturalmente la afectan. Pero igualmente, que por un encanto que se advierte y no es posible explicar, nuestros padres nos comunican con el sér, ciertas disposiciones, que como una viva expresión de las particulares inclinaciones que los distinguen, hacen que nos parezcamos á ellos, no solo en lo físico, sinó tambien en lo moral. A este principío, creo yo que debió en parte don José León Planchón la amabilidad de su carácter. Fruto precioso, permitidme llamarlo así, fruto precioso de la unión de una familia en la que el honor y la virtud parece que circulan con la sangre, la naturaleza le dió corazón el más atento y obsecuente al grito de su razón; y esta no encontrando obstáculos que vencer, pareció no tener pasiones que combatir. Así fué que marchó siempre á paso firme por la senda de la virtud, que en un grado sublime es la que gana el corazón humano; esa amabilidad que le mantiene inmoble, aún en medio de las más delicadas tentaciones de la vida.

Ninguna mayor que la familiaridad con los de su edad y de su clase en los días de su educación; porque entonces principian á desarrollarse las pasiones y á hablar el seductivo lenguage de los vicios, que, por una fatal desgracia, reinan frecuentemente donde se reune y comunica la juventud. Conservarse intacto en este delica-

do periodo de la vida, sin perder jamás la amabilidad y la paz del espíritu, con que enriquece la gracia al corazón del justo, es un prodigio que se admira rara vez en los hijos de los hombres. Sin pretender clasificar á don José León Planchón por un milagro de la Providencia en aquella época, ello es cierto, que su honestidad, su modestia, su recogimiento, su mansedumbre, su tranquilidad, su reposo y todo cuanto prueba la disposición de un corazón formado por la virtud, se admiró en él, en un grado que le mereció la admiración y el aprecio de sus condiscípulos y demás jóvenes de su tiempo. ¡Que cúmulo de virtudes en tan peligrosa edad! La amabilidad es quien las preside; y este encanto del amor divino que las cultiva en su corazón crece en proporción que su organización se perfecciona, su cuerpo se robustece y su alma se fija en objetos más elevados. Sí, señores; madura su razón; ya todo en él es amabilísimo y encantador.

Su rostro y sus modales son garantes de esta verdad. Su rostro he dicho, porque si este se marca especialmente en los ojos, y estos, según el sabio, son siempre audaces y altivos en el malvado, y los más fieles intérpretes de los sentimientos del corazón humano, ¿quien no admiró en los de don José León Planchón el brillante cuadro de la amabilidad, y de la dulzura? Jamás en ellos ese estudiado movimiento con que la impureza y la hipocresía fijan sus aptitudes en prosecución de sus siniestras miras. Al contrario, se mantienen siempre en la modesta y constante posición que inspira la paz de la alma. De aquí fué que reinaron en ellos, á la par, la amabilidad y la modestia, sin disputarse jamás el lugar que les designó la gracia.

Esto mismo admiramos en sus modales. ¡Qué amabilidad! ¡qué candor! ¡qué compostura! Ellas ganan el corazón, y siempre con respeto. Son como aquellas her-

mosuras á quien distinguen la honestidad y la decencia: cautivan y embellezan, pero sin permitir á la licencia que se atreva á mortificar su pudor. Se hacen amar, pero enseñan también al más atrevido á conciliar el afecto y aún la pasión con el respeto. ¡Brillantes calidades que forman los más puros elementos y estrechos vínculos de la amistad y del aprecio! Tal es el interesante cuadro que presentaron siempre los modales de don José León Planchón, y tal el orígen divino, por decirlo así, de la amabilidad que le ganó la ternura y la confianza de la juventud confiada á su cuidado y educación.

Tres años sirvió el grave y penoso encargo de vicerector en el Colegio de San Cárlos, desempeñándolo con una amabilidad y dulzura que llegó á llorarse su separación cuando sus mismos modales dulces y actractivos le llamaron al servicio de una de las capellanías reales que desempeñó por el prolijo espacio de diez y siete años.

En este lugar supo merecer la consideración y aprecio de todos los vireyes que mandaron en su tiempo; y su poderoso influjo habría hecho su fortuna en el primer rango de los honores de la Iglesia, si su humildad, siempre sincera, no le hubiese prohibido lisonjear al poder, como sabe hacerlo la ambición, aún en coyunturas menos afortunadas. Esto debía ser, porque don José León Planchón no conoció otro idioma que el de la verdad, ni su lengua se manchó jamás con la adulación ni la mentira, que es el

ARTICULO SEGUNDO

Su conversación es siempre con Dios ó de Dios. En la asídua contemplación de esta verdad inefable es donde adquirió el saber y pureza de doctrina que le mereció la confianza y el aprecio con que supo distinguirlo el más sábio de los obispos que ha tenido esta iglesia, y cuyo celo en honor del sacerdocio lo elevó al grado de digni-

dad y de gloria que le hicieron generalmente suficiente para el desempeño de las delicadas funciones de su ministerio. Hablo del ilustrísimo Azamor, sábio de primer órden; cuyo interes por el crédito del sacerdocio, llevó sus plausible empeño hasta el punto de decir mil veces «quiero merecer la satisfacción de que ningún obispo, viendo mi firma en los despachos de mi clero dude, ni de su saber, ni de su voluntad». Este gran prelado fía á don José León Planchón lo más espinosa de su misión evangélica, encargándole el púlpito, el confesionario y la dirección de la casa de Ejercicios, donde obró los prodigios consiguientes á su virtud y á su saber; comunicando su corazón y su espíritu á cuantos afortunados penitentes tuvieron el consuelo de oir su doctrina y sentir el imperio de su dulzura, en persuadir la grande obra de la salud. Esta sola ocupación de su vida vale por un elogio el más sublime de su mérito, en órden á la verdad que hizo igualmente el carácter distintivo de su palabra, en el trato doméstico con su familia, en el de urbanidad y de respeto en la sociedad y en el familiar y de confianza con sus amigos.

¡Quien pudiera desentrañar estas verdades hasta e punto que él supo elevarlas con la dulzura y pureza de su palabra! Hablad, vosotros hijos predilectos de su corazón, cuya educación y subsistencia pendió de su generosidad desde vuestros primeros años ¿qué oisteis siempre de la boca de ese padre, que os dió la providencia, para enjugar las lágrimas de una madre en viudez y con unos tiernos hijos que aumentan y hacen más intenso su dolor, viéndolos gemir inconsolables? ¿Qué le oisteis en todo el prolijo espacio de tiempo que le conocisteis por padre, amigo y bienhechor? Si el dolor os roba el placer de hacer justicia á su mérito, haced que hablen sus domésticos y ellos dirán: que jamás le oyeron sino palabras y consejos de salud, haciéndoles ver los peligros

de la vida para huirlos; las ventajas de la justicia para adoptarla; y la nada de esos seres tan inconstantes en su fortuna y tan pasageros é inciertos en su duración, para no buscar en ellos la verdadera gloria. Ellos dirán, que á estas importantes lecciones se unían siempre las gracias de su dulzura, para ganarles el corazón, abrir sus más escondidos senos, registrar allí sus aspiraciones, corregir sus vicios, celebrar sus virtudes y hacerles desear las dulces consolaciones de la gracia que les comunica con verdades tan sublimes

Lo que oye y edifica á su familia, celebra y admira la sociedad. El candor y la verdad son las dulzuras que destilan siempre sus labios. Nada de estudio y precaución, porque juzgando del corazón ageno con equidad, cree que reinan en todos la buena fé y la justicia. Estas virtudes marchan al frente de su trato y comunicación; porque cree igualmente que en el trato del hombre debe ser desconocido el fingimiento. Luce este mismo carácter en aquellas concurrencias familiares y de amistad, en las que una virtud, menos noble y heroica, se permite más de una vez una ligera inexactitud, en la referencia á los diferentes objetos que las forman y entretienen De aquí fué que el aprecio que se mereció, no necesitó buscarlo en ese sombrío retiro donde se ocultan la vanidad y el poco mérito, para ganar el lugar que solo puede facilitarles la obscuridad de una vida que oculta á los ojos de la ilustración y buen juicio; arranca el concepto que solo es debido á la virtud, por ese fatal y funesto principio que obra tan imperiosamente en nuestra alma, sin embargo de los mil descubrimientos que tiene hechos la razón. Hablo del exterior hipócrita de esa casta de malvados, que no pudiendo merecer en el trato de la ilustración, visten el trage de la virtud; y ocultándose cuidadosamente de los ojos de la justicia,

ganan los sitios del fanatismo y de la ignorancia para robarse esa opinión á que aspira su vanidad.

No así don José León Planchón; y sin embargo de que puede decirse sin exageración, que solo vivió en el santuario de la virtud, tratando con Dios ó de Dios no fueron estos sitios de salud los que él eligió exclusivamente para labrar su mérito y hacerse digno del justo homenage que consagró la justicia á la verdad que tuvo siempre por objeto. Jamás se negó al empeño de la urbanidad ni cerró sus oidos al eco imperioso de la educación, de la política y de su ministerio. Llamado, mil veces, ó para disipar los sustos de un alma que está á punto de aparecer en el severo tribunal de la Divina Justicia, ó para serenar las desechas borrascas que asustan y turban tan de continuo la paz de las familias, tropieza á cada paso con cuanto tiene el sacerdocio de árduo y espinoso en el trato social. Pero como la verdad es el alma de sus palabras, es oido siempre con gusto y con suceso. El fanatismo y la ignorancia no tuvieron parte en la decoración de este brillante cuadro de su virtud; porque aunque es cierto, que su idioma se hizo entender y respetar de las últimas clases de la sociedad, no fueron solo éstas las que celebraron su candor y sinceridad. El aparece tan amable, por esta virtud, hablando con la pobreza é ignorancia, como con la opulencia é ilustración. Su idioma es acomodado á todas las edades, clases y condiciones, porque en todas hace lucir la verdad y las gracias que hacen tan victorioso á este don celestial y divino, que él tuvo cuidado de cultivar á la par de la virtud que le hizo tan benéfico y bienhechor, que es el

ARTÍCULO TERCERO

Yo no hablo ahora de aquella beneficencia que le ocupó toda su vida, y muy en especial desde que fué eleva-

do á la alta dignidad del ministro del santuario. Hablo precisamente de aquella beneficencia que tuvo por objeto el consuelo de la pobreza y de la miseria. ¡Ah! qué fructuosa es la caridad cuando habita un corazon que abre su seno para hacerla reinar en él como en su trono! Pasma el observar cómo fué que don José León Planchón, sin más recursos que los del altár, consoló mil veces á la indigencia común, sostuvo y dió una brillante educación á una familia ligada aún con las fajas de la infancia y sumida en la orfandad. Pero él la consideraba en aquella impotente aptitud en que coloca el evangelio al indigente respecto de la mano poderosa y bienhechora que debe consolarle en su aflicción, y no fué el grito de la sangre quien le impuso este deber, sino el eco victorioso de la caridad, que en frase del oráculo mismo de la verdad, es una tierna y valiente expresión del amor al prójimo, con que todo hombre fiel á sí mismo y á las leyes que supo dictarle un Dios Salvador, debe ennoblecerse y distinguirse. Tal es el digno pensamiento que regló el espíritu y el corazón de don José León Planchón, y de aquí la pasmosa heroicidad con que supo desempeñarlo hasta su muerte, abrir su mano bienhechora y ofrecer á los hijos de su corazón los auxilios que debieran formar una familia digna de su nacimiento y de las aspiraciones de un padre sensible.

¡Ah! qué aflictiva cosa es para un orador evangélico tener que modificar de este modo la delicadeza y pundonor del hombre culto y bien formado, ó desentenderse de mil hechos, todos sublimes, todos heroicos, en el órden de la caridad! Tal es mi triste situación en este momento. Yo debo interrumpir la historia de tantos otros rasgos brillantes de beneficencia del héroe de mi elogio, y dejar que ocupe su lugar la solemne confesión que hace su familia misma, cuando testifica á gritos que él fué quien la alimentó desde su infancia y quien costeó

la delicada educación que la hace hoy tan expectable entre sus conciudadanos. ¡Beneficencia heroica! que no solo llenó este deber, sino el que le impuso la necesidad común que forma ese grupo numeroso de pobres del Evangelio.

¡Cuantas veces enjugó sus lágrimas, alimentándolos en su indigencia y deteniéndolos en el paso que abre á su ruina la funesta insensibilidad de la opulencia, ó la falta de resignación en el estado con que de intento les tienta el cielo! don José León Planchón superó mil veces estos dos poderosos escollos de la virtud, ya socorriéndolos oportunamente, ya persuadiéndoles la pobreza y la miseria, de que á la vez se vale el cielo, como el crisol con que purifica las piedras preciosas que después de su Divinidad, hacen el mejor ornamento de la mansión de su gloria.

Me preguntais ahora ¿como obrar tantos prodigios, un sacerdote consagrado todo al altar? ¡Ah! es muy justo vuestro asombro; y yo mismo, que he examinado de intento su verdadero origen, no he podido sacudir hasta hoy, de mi alma el peso con que la oprime este mismo pensamiento! Sin embargo, debo decir, que del altar y de su prudente economía fué de donde sacó el tesoro dispensador de tantas gracias. Economía que tuvo por objeto su persona y la indigencia común. Su persona: la visteis siempre vestida con el traje de la humildad, tanto en su calidad como en el modo de servirse de él. Este exterior humilde es más delicado aun, allá en la soledad donde aprendió á practicar esta virtud tan sublime.

Sí, señores, allí fué donde, aprovechándose del casto comercio, que el Cielo tiene con el justo, conoció prácticamente los deberes de la caridad que le hicieron tan amable y generoso con el prójimo, y tan severo y económico consigo mismo. De aquí, aquel no permitirse,

sino lo muy preciso para conservar una vida que era toda de su Dios; y lo más pobre y humilde para vestir una carne afeada hasta el espanto, con la lepra del pecado. Como verdadero justo, clasificó siempre de necia profusión y vanidad todo lo que sale del triste recinto que describen la idea de nuestra nada, y el humillante pensamiento de la desgracia en que somos concebidos. Formados del polvo de la tierra, para volver en breve, á perdernos en él: marcados con el sello afrentoso del pecado desde el mismo instante en que recibimos un sér tan humilde en su origen como breve é incierto en su duración; la razón sola resiste todo aquello que no tiene una tendencia directa con la dicha eterna que nos está ofrecida en premio de la virtud. De aquí la rigorosa economía que guardó respecto de su persona don José L. Planchón, y también respecto de la indigencia común, cuyo consuelo se propuso, por objeto. Él procuró siempre conocer la verdadera amistad para no abrir jamás su mano generosa y bienhechora á esa pobreza voluntaria, caracterizada por el Evangelio y la recta, como un resultado criminal del ócio y demás vicios que saben á su vez vestir los andrajos de la miseria para robar el pan que el Cielo manda repartir oportunamente, y con discreción, á la pobreza inevitable y resignada en sus designios. Así es que dió siempre lo que pudo, y á quién debió; y ved ahí el verdadero origen de ese fondo inagotable que acabo de acordar en su beneficencia. De este carácter fueron las virtudes todas de don José León Planchón. Todo en él es sublime y marcado con el juicio y la discreción.

ARTÍCULO CUARTO

No ha madurado aun su razón; y de consiguiente, no se halla ilustrada con todos los conocimientos que ella

sabe adquirirse en la asídua contemplación de los misterios de la gracia y profundos arcanos de la naturaleza; y sin embargo la amabilidad, la modestia, el recogimiento, el reposo y demás gracias que le hicieron tan amable en la sociedad, se admiraron en él desde entonces, en tal grado, que solo pudo realzarlas su razón cultivada con el estudio y trato luminoso que él supo elegir para mejorar sus ideas, recrear su espíritu y consagrar á la sociedad el justo homenaje que la debía como ciudadano.

Sí, señores, la Patria tuvo el placer de admirar esta verdad, en el noble y justo sacudimiento que hizo del insoportable peso de la esclavitud con que la tenía oprimida la tiranía de un trono cimentado sobre las ruinas de la ilustración y de la virtud. Don José Leon Planchón, exacto en sus ideas, recto en sus juicios, conoció de los primeros esta verdad; y como nada apreció en la vida, que no fuese digno de virtud, rompió los vínculos que le unían á la tiranía; y entrando en el templo augusto de la libertad, proclamó á gritos sus sagrados derechos. Un sacerdote menos justo habría llorado en secreto este acontecimiento inevitable, viendo frustradas sus más lisongeras esperanzas y rotas en un momento las poderosas relaciones que le prometían hacer su fortuna; pero la rectitud de don José León Planchón desprecia todos estos bienes y prefiere una suerte menos grata y tan expuesta y arriesgada, como los últimos resultados de un sacudimiento político que tiene hasta hoy en expectación á toda la Europa.

Rectitud que ostentó igualmente cuando llamado por su saber y sus virtudes al honroso encargo y delicadas funciones de provisor y vicario capitular de esta diócesis, sostuvo y defendió sus atribuciones hasta el punto de resistir de frente la aspiración de la primera autoridad, que creyendo poder entrar su mano en el santuario sin

profanarlo, se avanzó en efecto más allá de lo que le permitían las leyes y la equidad. Don José León Planchón, sin perder jamás la amabilidad y dulzura de aquel carácter que, como fruto el más precioso de la rectitud de su corazón, lució siempre en la gloriosa carrera de su vida, toca todos los medios de paz y de avenimiento que le inspira su razón; y cuando se persuade que no bastan las victoriosas medidas que ella adopta en justicia y en política, renuncia espontáneamente un encargo que, sostenido por más tiempo, pudo dar un día de aflicción á la iglesia, haciendo reinar la anarquía espiritual que génios menos rectos y reflexivos alguna vez han promovido en otras iglesias. Él temió este mal tan funesto y no quiso poner en manos de los malvados, ni en las del fanatismo y la ignorancia, el traje de la justicia que visten tantas veces con descaro para realizar sus miras destructoras. Juro delante del Dios á quien adoramos como verdaderos fieles, que no anima mis expresiones el grito audaz é importuno de un corazón corrompido, sino el honor de la verdad que concibo en mis pensamientos y la justicia que resulta en favor de la rectitud de corazón del héroe de mi elogio. Si me engaño, señores, retracto en este momento cuanto esté en oposición con la verdad y aun con la política.

En el entretanto vuelvo al órden de mi Oración, y continúo las pruebas que testifican la rectitud del héroe que me ocupa. Ella aparece muy en especial, con el cuerpo respetable del Senado, á que pertenecía por su rango. Me oyen testigos de tanta excepción, y sabrán desmentirme si me avanzo sobre la verdad de los hechos —¿Quien vió á don José León Planchón, considerar al poder, ó al interés personal para decidirse en las delicadas funciones de su dignidad? ¿Quien no admiró más antes su rectitud en triunfar de estos delicados respetos, que desgracian tantas veces las más bellas cualidades del hom-

bre en sociedad? Siempre fiel á los sentimientos de un corazón reglado por la justicia jamás pudo traicionarla; y si alguna vez dudó de su rectitud, muy diferente de esos génios presuntuosos y altivos, más amantes de la vanidad que de la justicia y de la luz, buscó esta guía victoriosa, donde quiera que creyó poder hallarla. Jamás tuvo para esto que precaucionarse, sino cuando conoció de un modo evidente el engaño y la perfidia. Fuera de este caso, todos los hombres le fueron iguales, para distinguirlos con su aprecio y buscar en ellos la luz que rectificase sus juicios. De aquí la conducta ejemplar y admirable que guardó en el caso en que se vió tan comprometida su delicadeza y tan tentado su mérito. Él se vé postergado en su colocación, sin que se le oyese jamás una queja, ni se sintiese la sorda é implacable hostilidad con que declaman en secreto esas fantasmas del mérito que fingen las sombras y las tinieblas, y cuyo ser presuntuoso y fantástico se desvanece con la luz.

Lleno de un mérito, que la justicia estima siempre preferente en los destinos de la Iglesia y de la sociedad, cuando lo preside el saber que exige el desempeño de sus funciones puesto en la grada que no le permite más paso que el que le abre una elección suporior, recae esta en personas que no han entrado aun en su carrera y lejos de murmurar hasta el fastidio, como lo hacen generalmente la indiscreción y la vanidad, creyó, por la rectitud y humildad de sus juicios, que aquel no era el lugar á que lo llamaba la Providencia y que el mérito, á quien la confió la autoridad, lo exigía de justicia. Así fué que obsequió á éstos, con el respeto y veneración con que supo siempre distinguirla y aquellos, con las demostraciones más tiernas de estimación y aprecio, sin que se divisasen en él esos descuidos que se escapan, mil veces, aún á los más refinados políticos, cuando no hablan con su corazón.

¡Qué rectitud, brilla, por último, en todos los actos que deben marcar la discreción y la justicia! ¿Quien le vió entregarse ciegamente á las persuaciones y halagos del empeño ó de la amistad, haciendo traición á sus sentimientos? El mérito fué quien mereció siempre su sufragio acordándolo con las miras políticas de un Estado, que, entre las desoladoras oscilaciones de la anarquía, abrió la marcha victoriosa que lo lleva á su perfección y engrandecimiento. Su rectitud no consideró jamás, ni la virtud, ni los talentos, que conscriptos al miserable círculo de una educación acordada para la esclavitud, sostienen el poder de la tiranía, envolviendo la brillante luz de la Religión con las sombras del fanatismo y de la ignorancia. El estudio, la moral en sus verdaderos principíos y de aquí supo distinguir el dogma, sin confundirlo con las máximas de esa política destructora del bien obrar, que por el abuso más funesto del poder, se ha llamado y llama muchas veces, disciplina de la iglesia y que, al abrigo de este encanto religioso, pretende á las veces despojar al hombre impunemente de los sagrados derechos con que se sirvió distinguirlo el autor de su sér: esta doctrina, oculta tanto tiempo entre los arcanos de la tiranía y reclamada al fin por la razón regló su juicio y le inspiró esa exactitud inalterable, con que, para concluir el cuadro de su virtud, desempeñó las funciones de su ministerio.

ARTÍCULO QUINTO

El púlpito, el confesionario y el altar acuerdan tan delicados deberes; y estos mismos sitios de edificación y de salud, serán los gloriosos momentos que persuadirán á la posteridad, la delicadeza con que supo desempeñarlos. Como no habló jamás sino con su corazón: y este era el trono de las virtudes, fué siempre pura y virtoriosa su

palabra. Especialmente instruido en la ciencia de la salud, habló el idioma evangélico con esa sencillez y claridad que lo caracteriza y prueba bien la divinidad de su autor y como su palabra fué siempre acompañada del ejemplo, fue un rayo divino que, si no mató de repente al pecador, resucitándolo al momento á la vida de la gracia, lo conmovió al menos y lo dispuso á entrar con confianza en el augusto tribunal de la penitencia. Lo más precioso de su vida empleado en este santo ejercicio con todas las gracias que le hicieron tan virtuoso, produjo los efectos consiguientes en el confesionario que le ocupó hasta la muerte.

Muy al contrario, de esos pastores perezosos, que con tentos con llamar algunas veces á sus ovejas descarriadas al aprisco, huyen y se esconden luego dejándolas abandonadas á su consejo; él las llama desde la eminencia que domina los valles y las florestas, donde pastan indiscretamente y las espera, con los brazos abiertos, en el tribunal de salud que cura sus llagas, sin espanto y prescribe el método que las precave de ulteriores dolencias. Hablemos sin figuras. Don José León Planchón persuade en el púlpito la penitencia y en este santo tribunal oye y consuela, con gusto, las almas afligidas. Fiel imitador de aquel Médico Divino que sanó nuestra enferma naturaleza, descubre y registra llagas, sin los ascos y aptitudes enojosas con que médicos menos circunspectos, las hacen ocultar tantas veces y las sana con prontitud, para evitar el peligro que trae siempre consigo la demora, en estos casos, consumado en este santo ejercicio, se acomoda con suceso á la edad y diferentes posiciones del penitente.

El sábio, el ignorante, el niño, el jóven, el anciano, el rico, el pobre, el libre, el esclavo, el sano, el enfermo, el de una vida regular ó desastrosa, el sacerdote, las vírgenes consagradas al Señor, el claustro, todos oyen su

voz, sienten su dulzura y la unción con que las entra en el camino de la virtud, como si hubiese nacido exclusivamente para merecerles su verdadera gloria. Con razón dijo el padre San Ambrosio, que no hay cosa más útil que ser amado, ni cosa tan amable como la bondad que se deja conocer de todo el mundo. Vedlo en don José León Planchón. Él es amado de todas las edades, clases y condiciones: todos le llaman en su auxilio para el negocio importante de su salud; y él á todos consuela con bondad y á todos facilita este don celestial y divino. Nada digo, señores, de que vosotros no hayais sido testigos. ¿Le buscasteis alguna vez que no le hallasteis, ó en el retiro de las esposas de Jesucristo, absolviendo las dudas de su escrupulosa conciencia y ratificando la marcha victoriosa de su vida evangélica; ó cosido con el lecho de la enferma naturaleza, que se asusta y se estremece con el cuadro imponente de sus enormes culpas, y de la severidad del justo juez, que va á clasificarlas, consolándolo en este delicado martirio con la bondad y dulzuras de la divina clemencia; ó en el confesionario, común á todos los fieles, abrazado con los penitentes, á quienes paciente y caritativamente escucha, fortalece y anima? Predican esta verdad todos los templos de esta ciudad; y muy en especial la Casa de Ejercicios, la iglesia de San Ignacio y esta Santa Catedral, que jamás lo vió, sino en el altar ó en el coro, ó en el confesionario. Ocupación que no distrajeron, ni resfriaron los delicados destinos á que le llamó su mérito; ni sus penosas enfermedades, ni la inclemencia de las estaciones, ni el rigor de las lluvias y espantosas tronadas, ni las sombras y tinieblas de la noche, ni las horas del sueño, que permitía al descanso de una vida tan laboriosa en favor de los fieles, cuya salud implora del Dios de las misericordias, consagrándole en la oración y en el altar ese culto exterior, que solo desconoce el impío, que no tiene otras

relaciones con el autor de su sér, que las que tiene un autómata con su hacedor ingenioso.

Culto, señores, santificado, no solo con la oración y tremendo sacrificio del altar que ofrece diariamente, sino con las divinas alabanzas á que llevaron indefectiblemente su devoción y su deber. ¿Quien en estas delicadas funciones de su ministerio más exacto y puntual que don José León Planchón? ¡Ah! él llena las de su oficio y suple igualmente las faltas inevitables de los individuos del senado á que pertenece! Como no vive sino en el templo ó instruyendo y consolando á los fieles ó nutriendo su espíritu con las dulzuras de la gracia que recibe en la oración asídua y fervorosa que lo eleva hasta el trono de la Divinidad en el tribunal de la penitencia, donde purifica más y más su casto corazón y en el pan de la vida que le hace, en cierto modo, uno mismo con su Dios, está siempre pronto para suplir y desempeñar los deberes del sacerdocio, que distribuidas religiosamente, forman ese coro respetable que acordaron y mantienen la iglesia y el estado, para alabar y bendecir constantemente al verdadero Dios.

Tal es, señores, por no ser interminable en mi Oración, el ejemplo de la virtud que nos dejó en su muerte don José León Planchón. La dulzura, la verdad, la beneficencia, la rectitud y el exacto cumplimiento de sus deberes son las virtudes que lo forman y el modelo que nos ha dejado que imitar: *et iste quidem vita decessit.* Ejemplo que perpetuado de generación en generación por los hijos de su espíritu y admiradores de su mérito, disputará al sepulcro el privilegio con que hace perder entre sus sombras la gloria de los mayores héroes del siglo. Sí, señores, la de don José León Planchón vivirá siempre, porque la memoria del justo está escenta de esa ley de olvido decretada contra la vanidad y el orgullo. Así lo ha jurado el oráculo mismo de la ver-

dad en el doble premio con que honra y recomienda la virtud que he considerado en su persona. Y por si dejo alguna deuda sin satisfacer, continuad, Ministros del altar, vuestros sacrificios por su alma, pidiendo descanso y paz por siglos de los siglos. AMÉN.

Dr. Santiago Figueredo

ELOGIO FÚNEBRE

DEL GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES Y ENCARGADO DE LOS NEGOCIOS DE PAZ Y GUERRA DE LA REPÚBLICA, CORONEL MANUEL DORREGO, PRONUNCIADO EL 21 DE DICIEMBRE DE 1829, EN LA IGLESIA CATEDRAL DE BUENOS AIRES, POR EL DOCTOR SANTIAGO FIGUEREDO.

Et misit Simon, et accepit ossa Jonatæ fratris sui, et sepelivit ea in Modin, civitate patrum ejus, et planxerunt cum omnis populus Israel planctu magno, et luxerunt dies multos.

Lib. J. Mac., Cap. 13, V. 25 et 26.

Mandó Simón á buscar los huesos de Jonatás, su hermano, y los enterró en Modín, ciudad de sus padres, y lo lloró todo el pueblo de Israel, y lo lloró por mucho tiempo.

Exmo. señor:

Cuando un pueblo hace ostentación de su dolor, permitiendo á sus ojos el desahogo de las lágrimas por la muerte de algún ciudadano desgraciado; cuando, renovando constantemente su llanto, acredita que él no es fruto de una sensibilidad pasajera, sinó un justo homenaje de gratitud por sus servicios. ¿Qué podrá decir un orador, que recomiende más el mérito de su héroe?

Confieso, señores, que en el noble empeño que se me ha confiado, yo no encuentro expresiones más elocuentes, que vuestras lágrimas. Mis afecciones personales podrían

hacerme descubrir méritos verdaderos donde no los hay; pero un pueblo entero no se alucina, y vuestros públicos sentimientos no pueden dejar de ser los garantes más infalibles de sólidas y sobresalientes virtudes. Es verdad que el arte ayudado de las sublimes imágenes de la elocuencia, suele enternecer un auditorio respetable; pero semejante sensibilidad es más debida al talento del orador que al mérito del héroe, y por lo mismo ella es tan transitoria, como el sonido que la produce.

Por fortuna yo no tengo necesidad de cubrir de flores este triste monumento de vuestro dolor, ni vengo á imitar al célebre cónsul Antonio, que mostrando al pueblo romano la tùnica de César traspasada á puñaladas, y su busto cubierto de heridas y de sangre, consiguió conmoverlo, hasta precipitarlo en venganzas. No permita el Cielo que mi lengua excite pasiones tan innobles, y que, olvidando mi ministerio de paz, lo convierta en instrumento de horrores: nó; mi objeto es solo avivar vuestra sensibilidad y gratitud, en favor de un héroe, cuya vida ha sido un tejido constante de servicios á la Patria, y cuya muerte ha causado un duelo general entre sus conciudadanos.

Pero, señores, ¿quién es este mortal afortunado, cuya memoria sola es más poderosa y elocuente para consternar un pueblo entero, que las exhortaciones más patéticas de los mejores oradores? ¿Es por ventura aquel virtuoso y valiente Macabeo, juez incorruptible y defensor constante de los derechos del pueblo del Señor? ¿Aquel ponderado Jonatás, de quien dice el texto sagrado, que nada omitió de cuanto podía contribuir á la felicidad de su patria, y á la dilatación de su fama, que llevó hasta las regiones más distantes?

¿Aquel, cuya espada fué siempre el terror de sus enemigos y el escudo de su nación; que á los reyes unidos contra él dió mil días de cuidados y de pesar, mientras

que á sus conciudadanos proporcionó otros tantos de honor, de paz y de respetabilidad: Él es, señores, pero ya no existe: ese hombre que se distinguía entre los demás por sus virtudes, como el cedro por su elevación entre los bosques, desapareció tan pronto como el tierno arbusto al golpe de la afilada segur. Èl fué víctima de la ambición.

Sí, la ambición; ese mónstruo sangriento que despedaza el alma, sin dejarla jamás tranquila; ese funesto taller de intrigas y de revoluciones, ese génio del mal, al que todo parece fácil, porque cree que nada le es prohibido; que mira el crimen útil, como la más brillante virtud, y que no reconoce otra ley que la favorable á sus intentos; ese deseo, en fin, de encumbrarse sobre las ruinas agenas, se apodera de un General, y en un momento viene á tierra la columna más fuerte de Judá.

Poco satisfecho Trifón del alto rango que ocupa, se empeña en elevarse más; pero considerando que el virtuoso, el incorruptible Jonatás, sería un muro impenetrable á sus designios, concibe la feroz resolución de asesinarlo. No se atreve á ejecutarlo cara á cara viéndolo al frente de su ejército; pero el velo celestial de la amistad, que para un traidor es un fantasma imaginario si se opone á su fortuna, es el medio de que se vale para ejecutar su nefando proyecto.

¡Oh! qué arma tan terrible y peligrosa para un corazón sencillo! El malvado sale á encontrar á Jonatás con la paz en el semblante y el veneno de un aspid dentro de su pecho. Le saluda con respeto, le habla con dulzura, le separa con destreza de sus compañeros de armas, le presenta las llaves de Tolemaida, persuadiéndolo, que para tomar su posesión le bastan unos pocos de los suyos y cuando lo tiene dentro, subleva el pueblo, lo declara preso, asesina á sus amigos, y cerca de Bascamana le quita la vida con nuevas circunstancias de ferocidad. ¡Ah

pérfido; cuántas víctimas has sacrificado con un solo golpe! No es hombre cualquiera, es el gobernador de un pueblo, es una nación entera la que has decapitado, marchitando todas sus glorias y hundiendo todas sus prosperidades en un mismo sepulcro. Jonatás ya no existe, repiten las montañas de Judá, y un grito simultáneo de dolor se hace sentir en todas sus comarcas: el duelo se extiende hasta donde alcanzan los ecos de esta triste nue va; y al ver que ya no posee los restos exánimes de su virtuoso gobernador, Israel entero llora, y en su llanto le acompañan hasta las naciones extranjeras.

Pero, señores, aún no he comenzado el elogio fúnebre del héroe que un año entero ha sido el objeto de vuestro duelo, y ya me parece que lo he concluido; porque ¿qué podrá añadir mi débil expresión al brillante bosquejo que siguiendo el texto sagrado os acabo de delinear: ¿No reconoceis todos en este vistoso aunque ensangrentado retrato, al Exmo. señor don Manuel Dorrego, gobernador y capitan general de esta provincia y encargado del Poder Éjecutivo Nacional por todas las de la Unión, cuya desgraciada muerte es hasta hoy el móvil de vuestros justos sentimientos?

Sí: la identidad de sucesos en la vida y en la muerte de ambos héroes, les ha merecido con justicia iguales muestras de gratitud y de pesar; y si el pueblo de Judá viendo desaparecer su gobernador y sumo sacerdote, desahogó en lágrimas su sentimiento; es muy justo que este gran pueblo, que la provincia entera y aún todas las de la Unión, muestren su gratitud y su pesar, entregándose á un llanto que si bien es la señal más expresiva del dolor, es también la prueba más inequívoca del verdadero sentimiento. Pero nó: haced un paréntesis á vuestros gemidos, suspended las lágrimas, mientras que sobreponiéndome, si puedo, al pesar que me enagena, os recuerdo, que don Manuel Dorrego fué un hijo fiel á la patria y un verda-

dero discípulo de Jesu-Cristo: quiero decir; que el señor Dorrego desempeñó durante su vida los deberes de un ciudadano buen patriota, de un militar valiente y de un gobernador virtuoso: y que en su muerte nos legó los más expresivos ejemplos de patriotismo y religión: en una palabra; sus virtudes civiles y cristianas van á ser el asunto de su elogio y el objeto de vuestra atención.

Virtuosos compatriotas, sensibles extranjeros, ciudadanos todos los que participais de mi dolor, ayudadme á tributar á su memoria este justo homenaje de gratitud y de pesar. Religión santa, yo espero de vos, para desempeñar mi difícil ministerio, aquella fortaleza con que nuestro héroe se hizo admirar en el terrible trance de la muerte; sin ella confieso que no podré mirar con semblante sereno las tristes imágenes que me rodean. Disculpadme, pues, señores, si al justificar vuestra tristeza, yo me separo de los preceptos del arte; porque no son los instantes del dolor los más oportunos para expresar con método los sentimientos del corazón, y disponeos á oir, no ya los agradables transportes de un orador elocuente, sino los tristes desahogos de una alma traspasada de aflicción. Yo no quisiera renovar vuestras heridas, pero, si es preciso descubrirlas para que caiga sobre ellas el bálsamo consolador de nuestra santa religión Pidamos al Cielo conformidad, y escuchadme.

PRIMERA PARTE

Cuando emprendo el elogio fúnebre de un Héroe republicano, no espereis de mi, señores, que yo me empeñe en registrar los archivos, ni en sacudir el polvo de envejecidos pergaminos, para buscar entre sus ascendientes los méritos, que sus virtudes no le hayan dado. Que se emplee enhorabuena el vil adulador, en alabar á

los hombres por la elevación de su origen, mientras que el señor Dorrego, sin desmerecer nada por su nacimiento tiene la gloria tanto más sólida, cuanto más dificil de ser grande por sus propios méritos, más que por los de sus mayores. Nació en esta ciudad el 11 de junio de 1787, de una familia decente. Su educación fué cual correspondía á su clase; colocado en el colegio de San Carlos, hizo admirar bien pronto aquel sublime talento que lo preparaba para grandes cosas. Su aplicación le mereció el aprecio de sus maestros, y sus progresos, la distinción entre todos sus contemporaneos. Mientras que su alma buscaba con ánsia la verdad, su corazón solo aspiraba á ser útil á sus semejantes; con esta idea, se dedicó al penoso estudio de la jurisprudencia, alimentando la esperanza de que algún día podría servir de alivio á los infelices. Se dirige á Chile para perfeccionar su resolución; pero permitidme que interrumpa por un instante la historia de sus adelantamientos, para daros una idea de los primeros rasgos de su corazón generoso.

En los momentos de marchar, sabe que estaba amagada la vida de un amigo, perseguido por opiniones políticas, por el ominoso poder de los tiranos, y sin detenerse, á vista de los grandes peligros que le amenazaban, vuela á socorrerlo; lo encuentra abatido, y casi abandonado á la suerte de sus infortunios; lo reanima, y comprometiendo su propia existencia, lo salva. ¡ Oh, alma generosa, apenas te dejas ver entre los hombres, y ya te haces digna de su gratitud y sus elogios ! Él concluye su empresa con felicidad, y sigue para su destino.

Llega á Chile, y no tarda en hacer admirar sus aptitudes, principalmente al amanecer aquel día venturoso, en que el Supremo Génio del Bien colocó ante los americanos el sagrado altar de la patria, para que pronunciásemos sobre sus aras el solemne juramento de nues-

tra independencia. Buenos Aires el primero levanta su voz soberana, rompe las cadenas de su esclavitud y enarbola el magestuoso estandarte de la libertad. Los pueblos hermanos lo ven, se postran y lo adoran. El gran Chile no podría quedar fuera de tan interesante escena: él se apresura á ocupar el alto destino que la naturaleza le señala, y el ciudadano Dorrego, sin trepidar á vista de los inmensos peligros, que amenazan á un jóven estranjero; sin más recursos que sus talentos, sus virtudes y su patriotismo, se propone nada menos que destronar en aquella opulenta capital, el tremendo poder monárquico que la oprimía. La empresa es árdua por cierto, pero ¿qué puede resistirse á un génio? Él tuvo la gloria de abrir por sus propias manos el primer sepulcro, en que iban á olvidarse para siempre los derechos de un conquistador, y contribuyó de un modo tan enérgico á la instalación del primer gobierno patrio, que este no pudo menos que premiar sus distinguidos servicios con una medalla singular, cuyo mote es: «Chile á su primer defensor» ¡Oh, Buenos Aires, tan célebre por tus virtudes, como por tus desgracias; con qué noble orgullo recordarás á las generaciones venideras el nombre de un hijo, que en todas partes ha sido una de las más fuertes columnas de la libertad americana!

Desde entonces abandona á su pesar el estudio de las leyes, por dedicarse todo entero á la patria, que reclamaba prontos y enérgicos servicios de sus hijos. Recibe con entusiasmo la importante comisión de hacer reclutas, y en poco tiempo reune cerca de quinientos sin más recursos que la justicia de la causa que proclama, y el crédito que le ganan sus virtudes. Traslada una división de estos á Mendoza, casi á costa de su escaso patrimonio, y vuelve á Chile conducido seguramente sobre las alas del numen tutelar de aquel ameno territorio. Llega la vispera de una espantosa rebelión de los soldados del

rey contra el gobierno de la patria, que habían jurado, intentaban demoler hasta los cimientos el templo augusto de la libertad. Ya estaba todo preparado, los enemigos ejecutaban sus planes, ya ocupaban la plaza principal de Santiago, el mal parecía sin remedio, y los patriotas preparaban su garganta á nuevas cadenas, ó á una muerte ignominiosa, cuando se presenta el ciudadano Dorrego, y á su vista se disipa la tormenta tan pronto como el humo al soplo de una recia ventolina.

Unos pocos soldados nuevos, y sin disciplina, son los únicos recursos con que cuenta para hacer frente á veteranos decididos y acostumbrados á triunfar; pero no importa, su valor y sus acertadas disposiciones equivalen á un ejército. Él los acomete, los carga, los vence y los disipa, y para colmo de su bizarría, tuvo la gloria de presentar ante el pabellón de la Patria, treinta y tres enemigos vencidos, sin más armas que su persuasión.

¿Pero adonde voy? ¿Intento yo acaso seguir el rápido vuelo de esta águila, que parece multiplicarse para ser útil y hacerse admirar en todas partes? ¡Ah, sería tan temerario este empeño, como el de querer detallar el valor, la actividad, la constancia, el desinterés, la generosidad y demás virtudes con que dejando admirados y agradecidos los hijos del gran Santiago, regresó á esta su amada patria, donde le esperaba un campo más vasto para desplegar sus nobles sentimientos!

En efecto, llega á esta ciudad á mediados del año 1811, y su fama, más olorosa que los mejores perfumes que le habia precedido, le proporciona un lugar de preferencia en cada uno de los cuerpos de la guarnición. Más el jóven Dorrego, animado de aquellos nobles estímulos, que desconocen los espíritus débiles, nacidos para vegetar en la inacción, pero que no pueden resistir las almas grandes, se niega constantemente á un servicio tan pasivo como contrario á su carácter: el solo se tranquiliza

cuando el gobierno y sus jefes le colocan en la gloriosa posición de fertilizar con su sangre el campo ameno de la Patria, y destinado al ejército del Perú, consigue por sus ruegos las comisiones más peligrosas.

Ya se presenta este nuevo Pompeyo en el teatro del honor, y ya desmaya mi expresión al querer tocar la línea que demarcan sus importantes servicios; porque ¿como podré yo, en el escaso tiempo que me permite la prudencía, detallaros todas sus gloriosas acciones y todas las virtudes que las caracterizaron? Siempre activo y vigilante, jamás descansa, sino cuando sus enemigos se rinden ó se alejan. Siempre valiente....¡Oh! yo quisiera ser en este momento un Cicerón, para haceros una exacta pintura de aquel valor intrépido sin temeridad, industrioso sin pequeñeces, y activo sin precipitación, con que el señor Dorrego inmortalizó su nombre. En medio de una sangrienta batalla, entre el horroroso estruendo de las armas, penetrado de los tristes gemidos del que muere, rodeado del furor de los que pelean, y al frente de la multitud que solo piensa en dar ó evitar la muerte, él busca con tranquilidad el camino más corto para conseguir un triunfo. Todo lo observa con semblante sereno, compara las fuerzas que se baten; cruza diestramente los planes de su enemigo; elige puestos ventajosos, avanza con presteza, se retira con precaución; un peligro del momento no le sorprende; aprovecha todas sus ventajas y paraliza las de sus contrarios, si alguna vez lo abandona la fortuna de la guerra.

Militares, que habeis tenido el honor de combatir á su lado, desmentidme, si no son exactas estas bellas disposiciones de su alma: decid, si mandando la reserva en Tucumán, no contribuyó de un modo muy singular á aquel glorioso triunfo que afianzó hasta el día la independencia de nuestro Estado!

Decid, cuanto le debe la tan justamente celebrada vic-

toria de *Salta*, que hará un eterno homenaje á nuestras armas y al valor del señor Dorrego. Decid, cuanto hizo en *Suipacha*, por sostener el honor de nuestro pabellón, cuanto en *Nazareno* donde se presentó herido de un brazo, y siéndolo nuevamente por una bala que le pasó la garganta, se hacía conducir sobre los hombros de sus soldados animándolos á morir antes que rendirse á los tiranos; decid, si en *Barrios*, y en *Sonsona* batió á los enemigos de la Patria, les tomó prisioneros, armamento, municiones y bagajes; decid si en *Pozo Verde*, y en *Yatasto* salvó las poblaciones del incendio y del saqueo con que los enemigos hubieran hecho más horrorosa su retirada, si él no los hubiera perseguido tan de cerca: decid; pero no.... Deteneos; que yo no he venido á daros ideas de carnicerias y de sangre delante de este altar de paz, donde no se sacrifican toros y becerros, sino la víctima inocente de un Dios de misericordias. Callad, pues, como yo lo hago, mientras que sus cicatrices y su sangre tantas veces derramada en los campos de batalla, publican sus virtudes con más elocuencia que nuestra débil expresión. ¡Oh! si yo pudiera recordaros todas las campañas que terminó con honor, todas las batallas que sostuvo con bizarría, todas las victorias que ganó por su pericia! Pero antes quiero sepultar en el olvido una gran parte de sus glorias, que retocar la imágen funesta de nuestras desgracias. ¡Ojalá que el velo con que hoy cubro muchos de sus importantes servicios, oculte para siempre á los enemigos que nos observan nuestros pasados extravios!

Entre tanto, ved ahí la escala honorífica, por donde el señor Dorrego subió hasta el grado de coronel, en que permaneció 15 años hasta su muerte.

¿Y qué, os admirais, que un gobierno pródigo algunas veces de honores y de grados militares, no ofreciere un solo ascenso á nuestro héroe en tantos años?

Pues, no, admirad más bien aquel pundonor y delicadeza que le hizo resistir el grado de coronel mayor, con que el Exmo. señor don Antonio Gonzalez Balcarce quiso descargar la Patria de la enorme deuda en que la habian puesto tantos y tan distinguidos servicios; y que lo resistió solamente, porque no era el prémio de un nuevo triunfo, de una nueva campaña, ó de una nueva herida recibida por la Patria. Admirad las instancias con que importunó á sus amigos, para que la honorable sala de representantes no le decretase el mismo grado que se había propuesto como una demostración de gratitud por el acierto, constancia y desinterés, con que habia dirijido los negocios del Estado.

Sí, generosos militares, que os consagrais á la Patria, el señor Dorrego os convida, con sus virtuosos ejemplos, á no admitir, ni menos solicitar un grado en la milicia, que no sea ganado en el campo de batalla; imitadlo, pues sin olvidar jamás aquella humanidad, con que puso más de una vez, su pecho por escudo para salvar la vida de los enemigos vencidos, que la espada triunfante perdonaba con repugnancia en los momentos de furor; aquella filantropía con que llegó á desnudarse en el mismo campo de la muerte, para vestir á los que poco antes lo hubieran despedazado; aquella generosidad que supo sacrificar las consideraciones que le dispensaba un gobierno celoso, por salvar la vida de un ciudadano que había sido, tal vez, el instrumento de sus mayores desgra cias

¡Ah! Si yo pudiera presentaros en contraste, su conducta y la de sus enemigos: si me fuese permitido haceros ver cómo usa de su poder un hombre generoso, aunque esté ofendido y cómo lo convierte en escudo del ciudadano, que implora su protección, aúnque sea su enemigo, y que al mismo tiempo volvieseis los ojos al modo, difícil de caracterizar, con que es tratada la misma

autoridad, no por ciudadanos ofendidos ó perjudicados, sino por jefes militares, que por sus relaciones amistosas y por su honor... Pero.... Yo callo, porque no trato de horrorizaros, y porque si con estos tristes recuerdos he de excitaros sentimientos de odio, preferiré al dulce placer de estenderme sobre las virtudes, con que el Sr. Dorrego honró la carrera militar, el de ocupar vuestra atención con otros servicios, no menos útiles á la patria que honoríficos á su persona.

Venid conmigo ciudadanos, ante la representación soberana, y vereis, ya sea en la tribuna de la honorable sala de representantes, ya sea en la del congreso general constituyente, el raro ejemplo de un militar tan diestro en el arte de persuadir, como en el de manejar la espada. La patria, que tantas veces había debido á su valor, su independencia y tranquilidad doméstica, vá á encontrar nuevos motivos de gratitud en su firmeza por sostener sus derechos.

Ahora sí, que se conoce el temple vígoroso de aquella alma que no pudieron trastornar ni los halagos, ni las amenazas del poder. El señor Dorrego, después de haber expuesto su vida, no teme comprometer su crédito y su fortuna, cuando es preciso resistir las combinaciones de un gobierno, que para cicatrizar las heridas internas del Estado, se empeña en un remedio, que, aplicado inoportunamente y por la fuerza, vino á ser el corrosivo más violento de las más lisonjeras esperanzas.

La política de un ministerio, que sólo trata de eludir las leyes sin derribarlas, y que prepara la tumba á las mejores instituciones de la provincia, sin horrorizar las víctimas halagadas con la esperanza de un porvenir venturoso, es más difícil de resistir, que el furor amenazante de un enemigo, que con un puñal en la mano, no respira sino sangre venganzas y muerte. Contra este se arma y se prepara hasta el más débil y pusilánime. ¿Pero

cuántas veces se muestran cobardes, delante del primero, los guerreros más intrépidos en los combates? El temor de pasar por un hombre terco é inflexible, suele arredrar al génio más enérgico; pero á nuestro representante, nada le detiene cuando considera que su silencio y condescendencia pueden ser tan funestos á la patria, como la mayor perfidia. Él descubre en los planes del gobierno aquel bosquejo de grandezas, tan imaginarias como la república de Platon; pero conociendo que este sueño, más funesto que el del filósofo, vá á costar á los pueblos, rios de su sangre, ó el sacrificio de sus mejores derechos, se pone de parte de éstos: entonces descubre aquél espíritu vivo, penetrante, activo, elevado y sublime, con que triunfa, y con que admira en aquella asamblea respetable por sus luces; el convencimiento es, por lo común, el resultado de sus enérgicos discursos, pronunciados sin más adornos que las gracias naturales y sencillas, pero nobles y elevadas, á que nada se resiste; cuántas veces se le oyó improvisar en las cuestiones más delicadas de la política, con una abundancia de principios, con una exactitud de ideas, y en un lenguaje tan puro, que parecía estar leyendo una oración compuesta en el silencio de estudio y corregida con la más detenida reflexión? Pero ya os considero impaciente, porque os hable de otro período de su vida más interesante ¡el de su gobierno! y voy á satisfacer vuestros deseos; mas permitidme que antes retoque el cuadro funesto de aquella época triste, en que el señor Dorrego tomó sobre sí el noble empeño de salvar una patria que sus enemigos conducian á las cadenas ó á la muerte.

Ah! todavia palpita mi corazón de horror al recordar aquellos días de amargura, en que el presidente del Estado lo abandonó confesando que nada podía hacer en su beneficio. Parecía que todos los elementos del mal se habian desencadenado, y el ojo observador no descubría

en todo nuestro vasto continente, sino ruinas, enconos, disensiones y carnicerías! Los pueblos se devoraban recíprocamente, inflamados de aquella rabia destructora que cambia en bestias feroces, hombres que habian nacido para amarse como hermanos. Una de nuestras más pingües provincias, invadida por un vecino respetable, estaba en vísperas de anonadarse ó someterse á su yugo. Nuestros soldados ceñidos de laureles, pero desnudos, pobres, descontentos y casi desesperados al ver la ingratitud con que eran correspondidos los sacrificios de su sangre y de su vida, amenazaban una total disolución. Nuestra escuadra apenas existía para hacer admirar el valor de nuestros intrépidos marinos. Nuestros fondos estaban agotados. Nuestro crédito sumamente comprometido: mil familias errantes mendigaban el pan de puerta en puerta, ó buscaban en otras provincias el sosiego y seguridad de que en su propia patria les privaba una leva injusta, cruel y destructora de sus pequeñas fortunas: nuestro medio circulante estaba envilecido; los valores del consumo excesivamente insoportables. La confianza mútua y la buena fé casi extinguidas; en una palabra, todas las pasiones sin freno, todos los males sin medida, todas las desgracias sin término, y todos los pueblos agitados de la más espantosa anarquía, preparaban los últimos golpes á nuestra débil existencia.

En estas críticas circunstancias sube al gobierno supremo de la provincia el señor Dorrego, por el voto unánime de sus conciudadanos y al momento todo cambia de semblante. Los pueblos, que hasta entonces no pensaban sino en despedazarse, deponen su furor; y como si un misterioso encanto ligase sus pasiones, arrojan las armas, renuevan sus antiguos pactos de amistad y corren presurosos á depositar cada uno en nuestro nuevo gobernador la parte de su poder necesaria para salvar el honor de todos. ¿Os parece, señores, que estos solos

servicios no bastarían para inmortalizar su nombre y hacernos eternamente grata su memoria? El que conozca los males con que aflige á los pueblos la guerra civil; el que haya visto de cerca el cuadro espantoso de nuestras pasadas desgracias, sabrá apreciar debidamente al héroe cuya sola presencia pudo terminarlas.

Pero esto es poco; él hizo mucho más: él hizo tanto, que solo la historia podrá transmitirlo á las generaciones venideras. Yo, apenas podré recordaros que en poco tiempo aumentó considerablemente el ejército de operaciones; que lo socorrió con armas, municiones, vestuarios y dinero: que protegió los esfuerzos de otro ejército formado al norte, cuya importancia no me es dado detallar; que elevó la marina á un grado de respetabilidad que jamás había tenido; que extendió casi otro tanto los límites de nuestra antigua frontera; y que para todo esto, no solo no impuso una contribución, ni aumentó los derechos, ni echó mano de esos otros medíos, que siempre parecen fáciles cuando no se considera al pobre pueblo que los sufre, sino que disminuyó considerablemente los gastos ordinarios de la provincia. ¡Ah! ¡Cuanto vale un crédito público bien sostenido y una conducta franca de parte del gobierno en la administración de las rentas! ¿Que más hubiera hecho un génio en menos de un año, al frente de un pueblo empobrecido y dilacerado? Sin duda, que estos servicios honrarán siempre al señor Dorrego, pero él no está satisfecho con ellos. La paz exterior del estado es el grande interés que día y noche agita su corazón. Él deseaba terminar la guerra con el emperador del Brasil, pero terminarla de un modo honorífico á la República: para conseguirlo, reune todos los elementos que pudieran ser necesarios para un triunfo si se llegaba á un combate, y envía cerca de aquel soberano una diputación de ciudadanos prudentes, políticos, virtuosos y diestros en el manejo de los gabinetes: les

dá sus instrucciones, y antes de tres meses tuvo la satisfacción imponderable de ver terminada la guerra, reconciliados el Imperio y la República, restablecidas sus relaciones de amistad y de comercio y erigido en estado independiente el pueblo Oriental, que tanto lo merece por la constancia y sacrificios con que ha peleado por su libertad.

Desde entonces aumenta nuevos grados nuestro crédito exterior y la importancia de este gran pueblo y de la República entera. Nuestros males interiores disminuyen, crece el valor de nuestro medio circulante; el pobre respira contento, viéndose libre del enorme peso de la indigencia que lo tenía encorvado; el artesano vuelve con gusto á su taller; la industria se reanima, la agricultura cuenta con nuevos brazos; nuestras fronteras van á hacerse impenetrables á las degradaciones de los salvajes; y estos mismos ó habrán de formar una parte de nuestra población, ó habrán de buscar en las más ocultas cuevas de los cerros la impunidad de sus excesos.

Pero, ¿para qué me canso? Vosotros conoceis mejor que yo puedo explicar todas las ventajas de una paz que las generaciones venideras recordarán con admiración, y que la nuestra jamás apreciará debidamente.

Yo habría concluido aquí el elogio de su vida laboriosa, si otras virtudes que formaban su carácter, no me reclamasen un ligero retoque. El fué inflexible en la ejecución de las leyes: si se trata de castigar el crímen, no hay amigo, no hay pariente, no hay persona por respetable que sea, que pueda separarlo de este triste deber de la autoridad. La justicia siempre triunfa aúnque la sensibilidad se resienta; si puede hacer alguna gracia, sus enemigos personales están más seguros de conseguirla, que sus más íntimos relacionados; su alma hace más alarde de generosa que de condescendiente con la amistad; jamás pensó que la espada de un militar, que

el influjo en la política, y aún el mismo gobierno, fuesen medios decentes para enriquecerse. Si desinterés fué incuestionable en todas partes, lejos de mejorar su fortuna. abandonó todo el producto de su industria, por atender exclusivamente á los intereses del estado, llegando á morir tan pobre, que sólo dejó á su familia por legado, su honorable memoria y la gratitud del generoso pueblo de Buenos Aires. Pero aún existe una prueba de esta noble virtud que yo no puedo pasar en silencio; cuando regresó de su campaña el ejército nacional, ya tenía el señor Dorrego en su poder los fondos públicos con que la provincia le había mostrado su gratitud por sus servicios, y que él no había devuelto por consideraciones á sus amigos, y sin desconocer el peligro á que exponía la única esperanza y patrimonio de sus hijos, los mandó vender para auxiliar á los mismos cuyas sangrientas intenciones le eran demasiado conocidas. ¡O desinterés! ¡O generosidad sin semejante! Él fué celoso en defender los derechos del altar; pero sin fanatismo; tolerante sin indiferencia, y piadoso sin preocupación. Persuadido que los hombres se resisten generalmente por orgullo, á lo que por orgullo se les pide, jamás se propuso hacer valer su elevado rango por la obstentación de la autoridad, sino por sus virtudes, si su carácter vivo y fuerte intentó alguna vez precipitarlo en aquel furor, que al grande Alejandro convirtió en asesino de su mayor amigo; él supo siempre dominarse consiguiendo por su afabilidad, dulzura y buenos modos, hacerse de amigos muy respetables y muy útiles para el país, cuyas interesantes aptitudes había paralizado una ridícula arrogancia. Si quiero descorreros el velo que cubría su caritativo corazón, conozco que no soy el intérprete más aparente de esta virtuosa calidad, con que siempre estaba dispuesto á socorrer las miserias agenas á pesar de sus escaceses. Los monasterios de esta ciu-

dad, el convento de San Francisco, sus amigos pobres y sus mismos enemigos personales, para quiénes nada reservó, podrán llenar este deber de su gratitud, mientras yo concluyo diciendo, que respetó tanto las instituciones de la provincia, que á pesar de las instancias de los amantes del órden y de los grandes peligros que amenazaban á su vida, jamás quiso adoptar una medida que pudiese hacer ilusorias las leyes protectoras de la seguridad individual. Él sabía cuan fácil es á la autoridad deshacerse ó vengarse de sus enemigos personales á pretesto del bien público: por eso...Pero callaré algunas verdades, por la consideración que os debo, y porque me parece haber dicho lo bastante para probar, que el señor Dorrego fué un ciudadano buen patriota, un militar valiente y un gobernador virtuoso Ahora voy á haceros ver que en su muerte nos dejó los más tiernos ejemplos de patriotismo y religión, que es mi—

SEGUNDA PARTE

No se puede ser virtuoso sin ser justo; ni merecer este sagrado renombre sin respetar las leyes: la justicia es la que al poderoso obliga á conocer que él depende de la ley, como el humilde y la que al rico recuerda sin cesar, que en su presencia él no vale más que el miserable, pero luego que su imperiosa voz deja de oirse, la tiranía se levanta, con sus cien brazos, fabríca otras tantas cadenas que oprimen al ciudadano, y so pretesto de la pública tranquilidad sacrifica las más respetables garantias. ¡Oh patria, hasta cuándo será tu dulce nombre el escudo de los tiranos, y tus sagrados intereses los despojos de su ambición!

El señor gobernador Dorrego tuvo la rectitud de corazón bastante para sacrificarse por sostener y respetar

las leyes que se le habian confiado; pero en su mismo sacrificio nos legó el triste desengaño que ellas son unas veces la salvaguardia de crímenes atroces, y otras preparan el patíbulo á la virtud y á la inocencia misma. Si él hubiese escuchado los clamores del hombre pacífico, y los consejos de su propia conciencia, habría desarmado en tiempo el brazo que preparaba el golpe funesto á la patria y á su vida. El pudo hacerlo, señores. ¿Pero cómo habria justificado una resolución del poder contra personas respetables y beneméritas, sin que su crimen resultase comprobado? ¿Y cómo podría evidenciarse un atentado concebido entre los tenebrosos arcanos de una conspiración? ¡Ah! Entonces, sí, que habrian sudado las prensas con toda la libertad justa, que en aquella feliz época tuvieron para acusar ante la nación al violador de sus leyes; entonces, sí, que se habría derramado la tinta más obscura sobre las glorias de aquel héroe, que ya no podía soportar la envidia.

Al señor Dorrego se tendian redes para perderlo, se le hacian amagos por una mano oculta para precipitarlo, y no le quedaba más recurso que sufrir el golpe ó perder la inestimable prenda de su buena fama. Él lo sabía: y al acercarse aquel día fatal, que el pueblo entero miraba con sobresalto y que él solo esperó con serenidad, no se le vió otra preparación, que la noble conformidad con que se ofrecia en holocausto por las instituciones que se le habian confiado. Yo no descubro, señores, en este hombre extraordinario, un pensamiento, un deseo, una resolución que no esté marcada de mil virtudes civiles y cristianas. La tormenta que asomaba por el oriente y que tenía tal vez su orígen en nuestro mismo cenit, ya estaba sobre su cabeza; el rayo que había de derribarla ya se había desprendido de la nube; él lo mira y lo espera sin zozobra: él sabía, porque era público, que los jefes del ejército de operaciónes, infla-

mados de un furor que algún soplo escondido atizaba diestramente, estaban resueltos á arrojarlo de un destino, que el voto general de sus conciudadanos le había señalado, y lejos de evitar sus tiros ó parar sus golpes, los hace venir sin tomar una medida, que indicando sus justos temores, resintiese una hipócrita delicadeza. En efecto, llega la primera división del ejército, y el señor gobernador la recibe con las mayores muestras de alegría: obsequia á sus jefes; les concede en amistad cuanto le piden, manda ajustar, y pagar toda la fuerza inmediatamente. Les prepara una demostración pública de la gratitud de este gran pueblo; y el día que estaba señalado para festejar á los defensores de nuestro honor é independencia nacional, es el mismo que, arrojando estos bravos un borrón eterno sobre su brillante historia, se vió ejecutado el crímen más grande, el más alevoso, el más funesto á la Patria y á los hombres —una conspiración militar. Desde entonces, rotas las cadenas que obligan al feroz soldado á ser el sostén del órden y de la autoridad, ya no se vieron sino las consecuencias naturales de aquel primer escándalo. El mal de la cabeza se comunicó á todo el cuerpo: la insubordinación del jefe fué repetida hasta por el último soldado, y la pobre patria, y cada ciudadano, vino á ser la victima de su desenfreno.

Considerando entonces el señor Dorrego, que por una parte el mal era inevitable en aquellos momentos desgraciados sin exponer la sangre preciosa de ciudadanos, cuya vida es un tesoro que no se debe prodigar; y esperando por otra, que el tiempo desengañaría á muchos incautos que ni sabían dónde eran conducidos ni se empeñarian en sostener un atentado, luego que las pasiones hubiesen cedido el puesto á la razón, determinó retirarse á la campaña.

Los derechos de la autoridad reclamaban una honrosa

resistencia, á la que habría contribuido con las armas en la mano, la mayor parte de la población, pero en tal caso, Buenos Aires habría sido un vasto cementerio de sus mejores habitantes. El señor Dorrego lo previó, y á sus virtudes, á su prudencia, humanidad y patriotismo, debemos hoy los restos de nuestro honor.

Se fué pues sólo, y no llevó consigo los caudales del Estado de que podía disponer como gobernador, porque no consideró necesarios para sostener su autoridad esos miserables estímulos del ambicioso y del mercenario; le bastaba su justicia y el honor de este gran pueblo que jamás se ha dejado ultrajar impunemente. Él sabía, que á pesar de las desgracias que afligian á la Patria, no faltaban héroes que enjugarian sus lágrimas. Él esperaba encontrar en la campaña un jefe virtuoso y valiente, que el cielo conserva como la columna más fuerte de nuestro político edificio: un jefe, que en el año 1820 contuvo los excesos de la anarquía, restableciendo la autoridad que ilegalmente había sido depuesta, que indudablemente volvería á descolgar su espada para romper las cadenas que un tirano imponía á nuestra libertad, y restablecer las instituciones que un atrevido había atropellado. En efecto, invoca sus auxilios, y al momento están á su disposición su poder, su influjo y todos sus recursos: su primer medida fué convocar á todos los vecinos de la campaña para que reunidos á la autoridad, que en la parte que ellos solos habian dado, ellos solos podian quitar, tuviesen las facciones este nuevo desengaño de su temeridad.

Un número considerable de paisanos estaba ya á las órdenes del señor Dorrego, cuando se presentó la primera división de caballería nacional, capitaneada por el coronel mayor don Juan Lavalle, y pocos instantes despues el campo de Navarro ya no era sino un teatro de horrores y de carnicería. Los ciudadanos dispersos á lan-

zasos, cubrieron el suelo con sus cadáveres y lo regaron con arroyos de sangre, que corrian de sus fieles é inocentes pechos.

Ah! ¡Mi corazón se hiela de espanto al ver las lanzas de nuestros soldados humeando aún en la sangre de sus amigos, de sus compatriotas, de sus padres y de sus hermanos; y que, sedientas de más vidas, corren en pos de las pocas víctimas que escaparon de su furor. Ya llega al anciano padre la triste nueva que acaba de espirar el hijo que era la única esperanza de su vejez; ya la esposa amante que ayer gozaba las delicias de su consorte, hoy llora su pérdida irreparable: ya el tierno niño en vano llama y espera á su amoroso padre, porque no existe.

¿Y vosotros, valientes militares, que tantas glorias habeis dado á la patria, sois los autores de estas lágrimas y de este luto? ¿Que mal os habian hecho esos inermes pobladores de la campaña? ¿Cuales son los laureles con que vais á ceñir vuestras sienes, venciendo á ciudadanos pacíficos y desarmados que no han hecho más que obedecer al gobierno que reconocen?

Sin duda que este no será el triunfo de que os gloriareis en la avanzada edad y que al referir á vuestros hijos las hazañas de la vida, les ocultareis este horroroso atentado. Sí, lo fué sin duda muy grande, sublevarse contra el gobierno de la provincia el dia 1° de diciembre; pero es mucho mayor y más atroz acometer y asesinar vecinos indefensos, solo porque respetan la autoridad.

Viendo entonces el señor Dorrego atropellados todos los respetos del pueblo soberano, conoció que contra una fuerza amotinada, no queda más recurso que otra fuerza decidida, valiente y fiel: corre á buscarla porque sabe que una vez disimulada la usurpación, atropelladas las leyes con impunidad y trastornadas las formas legales por capricho, no hay Estado, no hay libertad, no hay pa-

tria; porque nada queda donde no hay gobierno. Él no quiso tomar un asilo en las provincias amigas, por no faltar al solemne juramento de sostener á costa de su vida, las instituciones que se le habían confiado y se dirije al cantón del norte y aunque no faltaron amigos que le inspirasen justos motivos de desconfianza, su corazón generoso desechó temores incompatibles con la buena fé, y se presentó á sus jefes.

¿Que había de suceder? Una insubordinación prepara otra; un crímen conduce á otro crímen y despues que el general dió la señal de indisciplina el 1º de diciembre, no podía esperarse otra cosa de los subalternos el 9 del mismo. En efecto, el coronel del regimiento que, fiel á sus deberes y á su honor, respetó la autoridad, fué desobedecido y arrestado por los mismos oficiales, y el infortunado gobernador de la provincia quedó preso, no por una emboscada que lo hubiese sorprendido, ni por una fuerza vencedora que lo fuese persiguiendo, sinó por sus mismos amigos, de cuya fidelidad y nobles sentimientos él no quiso desconflar.

Yo no necesito recurrir á los artificios de la elocuencia para manifestar todo el horror de semejante conducta, sin duda que esta prisión humillará para siempre á sus autores y mucho más sus funestas consecuencias.

¡Ah! Si al menos se hubiesen contentado con despojarlo de su elevado rango, con estrecharlo en la más obscura prisión, con privarlo de todo su influjo y poder!

¡Si hubieran siquiera comprometido su honor y valimiento para no aparecer manchados con la sangre de aquel ilustre prisionero! En este caso, nos sería menos horrible su memoria, porque el jefe de la insurrección no habría podido resistirse á las súplicas de aquellos, sin cuya cooperación nada valía.

Pero qué ¡las pasiones se habían desatado y el gobernador de la noble, generosa y valiente provincia de Bue-

nos Aires, es conducido preso! ¿Mas, adónde, señores? ¿Lo será á esta capital, donde residen las únicas autoridades que pueden decir del crímen y sujetarlo á las leyes? ¿Faltará á sus jueces integridad para juzgar y á los ciudadanos firmeza, para ver descargar la espada de la justicia sobre una cabeza delincuente? No, por cierto: bastantes pruebas hemos dado todos, que cuando la ley se pronuncia, la humanidad siempre calla; pero los enemigos del señor Dorrego sabian que Buenos Aires no sufriría el sacrificio de una víctima inocente; por eso lo ejecutaron sin su conocimiento. Si él lo hubiera sospechado, no habría llevado á tanto extremo su sufrimiento: cada ciudadano, cada matrona argentina, hubiera presentado su pecho para conservar una vida que tenía tantos derechos á su gratitud.

Buenos Aires ignoraba absolutamente la suerte que se preparaba en Navarro á su gobernador: si la hubiese presentido, se habría despoblado tras de él para salvar su preciosa vida ó sepultarse en su propia tumba: jamás creyó que hubiese americanos tan feroces, que atentasen contra una existencia que formaba sus delicias: con todo, un rumor incierto la sobresalta; cada ciudadano pregunta, asustado, cuál será la suerte de su gobernador y aun que todos ven una tormenta que impone, pocos temen sus funestos resultados. El interés que generalmente se muestra por esta vida inestimable, parece que debía bastar para contener á sus perseguidores.

La respetable mediación de los señores ministros extranjeros: las intachables garantías que ofrecian por la vida del señor Dorrego: sus méritos singulares que no le pueden negar sus enemigos, á pesar de todos los esfuerzos de la maledicencia; sus importantes servicios á la patria; sus cicatrices y su sangre, tantas veces derramada en su defensa; la paz y grandes bienes, que en su tiempo y por su influjo, empezó á gozar este gran pueblo;

el respeto y consideración á las demás provincias, cuyo poder ejercía; la justicia, la humanidad, la política, en fin, cuanto pueden sugerir la razón y la conveniencia, todo se interesaba por su conservación: pero ¡Oh gran Dios, qué terribles son tus altos juicios!

El señor Dorrego es dirigido á Navarro y desde entonces su alma viva y penetrante, libre aunque tarde de las sombras del candor, presagia, su muerte. Luego que conoció que se le conducía á la presencia del jefe de la insubordinación, no dudó que sus enemigos no encontraban límites á su furor; pero lejos de aterrarle una muerte inesperada y violenta que venía á sorprenderlo en la primavera de su vida, cuando debía esperar muchos días de gloria y de prosperidad; lejos de ocuparse del cruel sacrificio que iban á sufrir dos corazones que se amaban tiernamente; antes de fijarse en la orfandad que amenazaban á sus tiernas hijitas, su primer pensamiento se dirige á Dios, en cuya misericordia espera, y á su patria, cuyo honor y tranquilidad ocupan sus últimos momentos.

«No hay remedio», le dice á su querido hermano que estaba con él: «mis enemigos van á sacrificarme: estos ciegos ministros de Teutates piden á gritos mi sangre y ella correrá muy pronto, pero no siento tanto mi muerte como el descrédito y los males que amenazan á nuestra amada patria. ¿Que dirá el emperador del Brasil, cuando sepa que ha sido fusilado como un criminal, el jefe supremo de un estado, con quien acaba de restablecer las mejores relaciones de amistad y de comercio, firmando una paz que tanto me honra, aunque me cuesta la vida? ¿Que dirán los señores ministros extranjeros que me han dispensado sus afectuosas consideraciones, cuando vean que las leyes del país no protejen á un gobernador, que por respetarlas vá á ser sacrificado?

¿Que concepto formarán las naciones del carácter de este gran pueblo, cuando puedan sospecharlo cómplice

en el horrible asesinato que vá á ejecutarse en su jefe supremo, que no ha sido ciertamente un Nerón, un Roboan, ni un Dioclesiano?

¡Ah! Si yo pudiera morir sin que se resienta el crédito de la República y especialmente de este gran pueblo, al que debo mi existencia! ¡Si yo supiera que el borron con que van mis asesinos á manchar la historia, había de caer solamente sobre su execrable conducta, al menos ese consuelo me haría descansar en el sepulcro, pero en tí confío, querido hermano: tú quedas y tu voz no espirará tan prontamente como la mía: mientras existas, haz cuanto puedas, para que no se fije este tizne sobre la reputación de nuestra amada patria.

Escribe á los señores ministros extranjeros, que me han favorecido con su amistad, que mi muerte no es la obra de un pueblo justo y humano; que en sus convulsiones políticas, jamás ha penetrado el santuario de las leyes. Que se penetren de esta verdad y la transmitan á sus gobiernos soberanos, para que la nación argentina no pierda un grado del gran concepto que la justicia le tributa».

Ocupado de estos nobles sentimientos, llega á Navarro el 13 de diciembre, y en el mismo día se le intima, que dentro de una hora debía morir por órden del general Lavalle. ¿Qué es esto, señores? ¿Donde estamos? ¿El gobernador que la Provincia de Buenos Aires ha escogido por su soberana voluntad, para que presida á sus destinos: el jefe supremo de la nación, á quien las provincias han encargado su defensa: el pacificador interior y exterior de la república, ha de sufrir dentro de una hora una muerte ignominiosa? ¿Y por qué? ¿Cuales son sus delitos? ¿Por qué leyes se le juzga? ¿Qué autoridades lo condenan? ¿Ha de morir sin hacérsele un cargo, solo porque lo ordena un jefe militar? Si es un reo, ¿por qué no se salvan las formas? Si no lo es, ¿por qué ese empeño que en el morir lo parezca? ¿No habría sido

menos escandaloso, que una mano parricida hubiese terminado su gloriosa carrera entre las tinieblas, que con su negro manto cubren los más horrendos crímenes? Pero nó; el dolor me enagena: el Cielo justo y piadoso no quizo que las virtudes del gran Dorrego quedasen sepultadas en la noche del olvido; ni que su alma, en que mostraba tener sus complacencias, peligrase para siempre en algun momento desgraciado. Aquel Señor que todo lo ordena, segun sus incomprensibles designios, le proporciona por una parte un sacerdote que lo salve del naufragio de la inocencia en la tabla del arrepentimiento; y por otra, le presenta la ocasión, y le dá la fortaleza necesaria para elevarse sobre sus infortunios, sobre sus enemigos, y aún sobre sí mismo, manifestando tanta grandeza y virtudes, que la posteridad jamás admirará bastantemente, y que para sus perseguidores serán otras tantas sombras, que como espectros horribles turbarán su reposo en todos los momentos de la vida.

Sí, á las puertas de la muerte, donde todos los hombres se descubren como son en sí, el señor Dorrego es siempre el mismo. ¿Cuántos hay que en la vida se presentan como héroes, y que á luz de esta antorcha desengañadora se descubren como monstruos? Nada más engañoso que un hombre mientras vive. Todo su brillo suele ser falso; su sabiduría un fantasma, su valor un temerario arrebato de vanidad ó de venganza; su liberalidad un sentimiento secreto de orgullo ó de amor propio; pero delante de la tumba desaparecen las ficciones, el velo del hipócrita se rasga, y no quedan sino los vicios ó las virtudes verdaderas. Ved ahi, señores, llegada la hora en que hasta los enemigos del señor Dorrego no han podido dejar de admirar su alma grande y generosa.

¡ Oh ! fatal hora, si al menos tus segundos se hubiesen retardado siglos, para que la naturaleza no sufriese el horror de ver tu término! Pero los instantes vuelan y es

preciso aprovecharlos. El primer sentimiento de la noble víctima, fué el respeto de las leyes que había jurado sostener. Él las invoca, no porque espere que puedan darle algun alivio en la debilidad y abatimiento en que se hallan, sino para manifestar que hasta en los últimos momentos son el ídolo de su corazón: en seguida, reprocha al enemigo de su vida toda la extensión de su atentado, recordándole con dignidad sus respetables títulos, que bastarian para desarmar un brazo menos furioso y atrevido, y volviendo inmediatamente sus ojos al padre de las misericordias, adora sus decretos, se somete á su soberana voluntad, implora sus auxilios y le demanda la gracia de una buena muerte. ¡Gran Dios, cuántos ejemplos de virtudes civiles y cristianas se descubren dentro de aquel carro que puede llamarse propiamente el de su triunfo! La conformidad, la penitencia, la piedad, la fé, la esperanza y la caridad, se disputan la preferencia en los cortos momentos de su vida, con el amor conyugal, con el más puro patriotismo, con la ternura paternal, con la más sincera amistad, y con todos los sentimientos de un buen ciudadano.

¡Oh! prodigio extraordinario! Ved ahí un hombre á quien lejos de abatir la muerte, exalta más. Ese escollo fatal donde viene á estrellarse cuanto el mundo contiene de respetable, es el teatro donde el señor Dorrego interesa más la admiración. La muerte, que marchita todas las flores, le teje por sus propias manos una guirnalda mucho más hermosa que cuantas pudieron presentarle sus más brillantes victorias. Él ha empezado á ser más grande, donde los demás dejan de serlo; ha triunfado donde todos son vencidos; se ha hecho de nuevos amigos y admiradores, donde los demás lo pierden; y despues de haber dado á la Patria el magnífico espectáculo de su vida, vá á presentarnos en su muerte otro más maravilloso.

Sí, en una hora, y hora que por momentos le muestra el sepulcro, él pide á Dios misericordia por sus debilidades; repite una y mil veces la protestación de su fé cristiana; escribe al señor gobernador de Santa Fé, suplicándole que perdone el agravio hecho en su persona á su autoridad, y que interponga su mediación á este objeto con las demás provincias: escribe á sus amigos, interesándose para que no traten de vengar su muerte. Escribe á su cara esposa, recomendándole la educación de sus hijas, el perdón de sus enemigos, y deseándole días de prosperidad que ya no podrá gozar al lado de un esposo, que los tiranos arrancan de entre sus brazos: escribe á sus hijitas encargándoles que sean virtuosas y respeten siempre la religión católica, que en aquel momento es su esperanza y su consuelo: escribe á su sobrino recomendándole su familia; hace un testamento prolijo: dona á la Patria una tercera parte de los fondos con que ella misma había premiado sus servicios: acredita su confianza en la buena fé de sus amigos en materia de intereses: hace presentes.... ¿Pero cuáles? ¡Ah! todo lo que tiene el señor Dorrego al morir vale muy poco, pero en la estimación de quien lo recibe, no tiene precio! Algunas prendas de su ropa que entrega á un amigo, es toda la fineza que puede hacer á su familia. Triste viuda, desgraciadas huérfanas; ¿qué recuerdos tan funestos se os preparan en esa dádiva del corazón? Ella os presentará en todos los momentos de la vida al héroe, cuyas virtudes debeis imitar. Entre tanto, baja de su carro y se dirije al lugar de su suplicio con los piés tan firmes como su corazón. Llega, y postrado delante del ministro de un Dios piadoso, recibe su última absolución, en seguida pide al oficial ejecutor de su muerte un abrazo, y le recomienda que en su nombre trasmita esta señal de su cariño y conformidad evangélica á todos sus compañeros de armas.

Dispensadme, señores, que no me detenga en reflexiones que no puedo sostener.

Almas sensibles: vosotras conoceis por vuestro estado cuál será el de mi aflijido corazón. Sí, no me avergüenzo de confesarlo ni de mostrar mi amargura, cuando veo un pueblo entero penetrado de mis mismos sentimientos: desahoguemos, pues, nuestro dolor, ahora que estamos solos y no nos observan esos hombres feroces que pudieran burlarse de nuestras lágrimas. La hora se ha cumplido.... ¡Dios Santo! ¿Qué miro? El cadáver del Exmo. señor Manuel Dorrego, humeando aún y palpitando; no respira venganzas, pero esparce un silencioso pavor, que, corriendo de fila en fila, penetra hasta la posada del tirano. Por no ser testigo de la escena más trágica que ha visto nuestra inocente provincia, el Sol se esconde en aquel mismo instante. ¡Oh, día fatal! Ojalá que jamás hubiese amanecido, y que una noche eterna ocultase al mundo este borrón de nuestra historia: ¡Oh, mes de Diciembre! Tú deberías ser arrojado de nuestro calendario, ó llamarte el mes de los tiranos, como Mayo merece ser el mes de la Patria.

Ya no existe el señor Dorrego. ¿Y estarán satisfechos de sangre sus verdugos? ¡Ah! Éllos han fundado su gobierno sobre un cadalso, y procurarán conservarlo á la sombra del terror: pero será en vano, porque bien pronto se desengañarán que entre nosotros no pueden sostener los tiranos.

Entre tanto, la nueva llega á esta ciudad, y se extiende como una nube obscura, que, cubriendo el sol, envuelve á todos los vientos entre sus mortales sombras. Cada ciudadano cree pronunciada su sentencia en la de Navarro, y tiembla al ver sobre su cabeza una espada desembainada.

El magistrado abandona el templo de Astrea donde ya es inútil su presencia. El comerciante suspende sus es-

peculaciones: el artesano desampara asustado su taller: el labrador arroja lleno de espanto, el arado que ya no abrirá surcos, sino por campos cubiertos de cadáveres y de sangre humana; y el pueblo todo corre al pié de los altares á implorar piedad para sí y misericordia para la ilustre víctima que acaba de perecer. En vano los satélites del terror se empeñan en derramar especies alarmantes el día de su religioso funeral, por nada bastó á contener la multitud: todas las clases del Estado corrieron al templo, y su sentimiento y su piedad, su gratitud y su llanto, debieron desengañar á los tiranos, que Buenos Aires jamás aceptará sus sacrificios

He concluido, señores, y me parece que os he demostrado que el señor Dorrego fué un patriota fiel á sus deberes, un militar recomendable por su valor, un gobernador apreciable por sus servicios, y sobre todo un cristiano, que si no llegó á la cumbre de la perfección evangélica, al menos tuvo virtudes que, valoradas por la sangre de un Dios crucificado, le habrán obtenido sus misericordias.

También habreis conocido la exactitud del paralelo de mi exordio: Jonatás y el señor Dorrego, después de haber prestado muchos y muy importantes servicios á la Patria, fueron presos por una felonía; ambos asesinados por generales ambiciosos, los dos llorados por sus pueblos; conducidos los restos de uno y otro al lugar de su nacimiento, para ser sepultados por la diligencia de sus hermanos; y los dos honrados por la demostraciones más públicas de gratitud y de pesar de sus compatriotas.

¿Qué resta, pues, ciudadanos? Ya están conseguidas nuestras justas aspiraciones, restablecidas nuestras autoridades; las leyes han recobrado su imperio: la paz ha vuelto á nuestros hogares; el crímen queda detestado y la virtud triunfante. ¿Qué honor para esta provincia? Qué consuelo para los hombres de bien, saber que aún exis-

ten ciudadanos virtuosos, que, sobreponiéndose á las circunstancias y á las pasiones, han dispuesto esta lúgubre ceremonia con que quedan satisfechos los derechos de la justicia, de la piedad y de la gratitud.

¿Cómo han de faltar héroes donde así se premian las virtudes? ¿Qué más podemos apetecer? Conservemos, pues, estos frutos preciosos de la sangre de nuestros amigos y compatriotas; seamos eternamente agradecidos á la heroica constancia y sacrificios de nuestro benemérito general de campaña, hoy digno gobernador de la provincia, jefes, oficiales, paisanos y soldados. No nos mantengamos indecisos ni un momento, si otra vez vuelven á ser invadidos los derechos de la Patria. Es preciso estar siempre vigilantes y dispuestos á morir antes que verlos nuevamente atropellados; y si nos faltan virtudes, en el sepulcro de este héroe las encontraremos; sí, volved siempre los ojos á este triste objeto de nuestro dolor para no olvidar que nada recomendó tanto al morir como el perdón de sus enemigos; sea este, pues, el mejor homenaje que tributemos á su memoria.

Juremos sobre los restos preciosos de ese patriota virtuoso, no recordar nuestras pasadas desgracias, sino para evitar su repetición, olvidar nuestros resentimientos personales, renunciar á las venganzas, conservar el orden y respetar las leyes; esta es la gracia que desde el sepulcro os pide don Manuel Dorrego. ¿Se la negareis? Prometedsela, pues, en prueba de vuestro amor, y rogad á Dios conmigo que descanse en paz.—Amén.

Dr. Ramón Olavarrieta

UNIV. OF M

ELOGIO FÚNEBRE

QUE EN HONOR DEL BRIGADIER GENERAL Y PRIMER PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, DON CORNELIO DE SAAVEDRA DIJO EL 13 DE ENERO DE 1830 EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES EL DOCTOR DON RAMON OLAVARRIETA CURA VICARIO DEL PARTIDO DE LOBOS.

Exacerbabat reyes multos et lactificabat Jacob in aperibus suis, in sae culum memoria ejus in benedictione.

Con sus obras exasperaba á muchos reyes y alegraba á Jacob, su memoria será eternamente en bendición. Lib. 1° de los Macab, cap. 3, v. 7.

No hay vicio más perjudicial á la sociedad que la ingratitud; la religión y la naturaleza lo condenan igualmente: todos los hombres se hacen un deber de mirar con horror esta innoble cualidad, los mismos ingratos mientras esperan, no se descuidan en multiplicar las protestas y demostraciones de sus reconocimientos; los ingratos (dice la escritura) *mientras reciben, besan las manos del que da.* Si al vicio fuera dado secar en su orígen la fuente de los principales bienes que disfrutan los hombres, debería atribuirse á esta tan funesta prerrogativa, porque es necesario que el corazón del hombre be-

néfico, se apoye en las sublimes máximas de nuestra divina religión, para que no desmaye, para que no se arrepienta del bien que ha hecho á sus semejantes, cuando no ha sacado más fruto que verse rodeado de un enjambre de enemigos, que lo calumnian, persiguen y llenan su vida de amargura.

Es verdad que la altanería y orgullo de algunos hombres, infatuados con su grandeza y poder, que al disponer sus favores sólo intentan comprar exclavos sujetos á sus caprichos y viles aduladores que los inciensen á todas horas, marchitan y agostan muchas veces en el hombre honrado los ardientes votos de su reconocimiento *porque los tiranos en todo género* (según frase de un sabio) *sólo hacen ingratos.*

¡Oh! cuan distante se halla de este reproche el ilustre compatriota, cuya memoria nos reune en este templo para llorar su pérdida! El brigadier general don Cornelio Saavedra, primer presidente de las Provincias Unidas, despues de haber contrastado con valor heróico los planes liberticidas de reyes poderosos, atrayéndose el odio siempre de los cetros *exacerbabat reyes multos*. Despues de dar muchos días de júbilo á la patria, hasta conseguir que su pabellón flamease en los últimos términos del antiguo virreinato *et lactificabat Jacob in aperibus suis;* podía justamente exigir de los argentinos, que su memoria fuese indeleble en todas sus generaciones para elogiarle y bendecirle *et in sæ culum memoria ejus benedictione.* Sin embargo, próximo á la muerte y cuando su voz podía ser revocada por las paredes del sepulcro, se dirije á sus hijos para decirles: «El inocente en medio del furor « de las persecuciones, desea existir en lo futuro y apela « á la posteridad para que esta heredera satisfaga la « deuda de sus contemporáneos: es preciso confesar, que « es un deber de toda alma honesta y sensible estar en « centinela ante el sepulcro del inocente para estorbar

» que la calumnia entre, á perturbar el reposo de sus « cenizas. ¿Podrán mis hijos mirar con indiferencia se « ultraje y despedace el honor y buen nombre de aquel « que les dió el ser?»

¿Quién de vosotros, señores, no ha sentido la amarga opresión del dolor al ver un héroe tan recomendable rodeado de estos temores al borde de su sepulcro? ¿Gual será el argentino tan inservible, que no exclame; antes se inutilice nuestra diestra, que olvidarnos del primer padre de la patria, cuya modestia, después de dispensarnos favores, que ningun mortal alcance á pagar, sólo nos pide que velemos ante su sepulcro, para impedir que la calumnia entre á perturbar el reposo de sus cenizas?

Un amigo del brigadier Saavedra, al encargarme su Oración, me leyó este pasaje y desde aquel instante ya no fuí dueño de mí mismo, él me arrancó un sí, que jamás le hubiera dado. El hijo de Creso, impedido para hablar de nacimiento, refieren, que al ver un soldado con el acero levantado para asesinar á su padre, se conmovió tan fuertemente, que soltándosele la lengua en el acto gritó: *no mates á mi padre*! ¡Ay! Tambien al oirlos clamores del mio (porque don Cornelio Saavedra lo es de todos los argentinos), para que no permitiese que su honor fuese despedazado, hice un esfuerzo extraordinario y realmente superior á mis luces; pero que sinembargo me dejó comprometido.

¡Compatriotas! Vosotros no debeis de esperar más de mi, que una relación sencilla, pero verídica de la vida pública del brigadier Saavedra en toda ella le vereis ocupado siempre en triunfar de los ominosos esfuerzos de los potentados de Europa, empeñados en exclavizarnos; y en sanjar los cimientos, sobre que había de levantarse muy luego el majestuoso templo de la libertad é independencia—tan distinguidos servicios nos impusieron la obligación sagrada de bendecir su memoria eternamente.

Impedir el mal y obrar el bien, es el empleo de la divinidad—los verdaderos héroes se le asemejan en esto Yo no he temido profanar la cátedra del Espíritu Santo al detallar los hechos que acreditan, que el brigadier SAAVEDRA no tuvo otra ocupación.

Nacio nuestro primer presidente, cerca de la imperial villa de Potosi, lugar bien distante del teatro de sus glorias; pero la providencia, que sin violentar los acontecimientos humanos, sabe por medios más sencillos preparar el desarrollo de los grandes designios, que tiene escritos desde la eternidad, hizo que su padre don Santiago, le trasladase á esta capital en 1777.

Se quiere generalmente que la carrera de los hombres grandes esté marcada desde su infancia con prodigios y sucesos extraordinarios. que pronostiquen su alto destino. ¡Error vulgar! Cuando los discípulos del Bautista fueron á preguntarle á Jesucristo si él era el Mesías, les contestó: *Los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan—á los pobres les es anunciado el evangelio*. La vida de los héroes, desde que nacen hasta que se pierden en el sepulcro, provocar la admiración y aplauso de los mortales, por sus hechos, por el bien que les han dispensado; como aquellos fanales que puestos en elevación, brillan y reparten la alegría y el consuelo á los viajeros, desde que los aperciben hasta que los pierden de vista. Señores! Los hechos, las obras, del brigadier SAAVEDRA son el monumento indestructible, en que se quiebran los dardos, que la calumnia le arroje, y que puesto á la pública expectación, interesa desde entonces á todos, para imponerse sobre las más menudas circunstancias de su nacimiento y vida, y para ir á vertir copiosas lágrimás sobre su sepulcro.

Por lo demás, nuestro ilustre bienhechor se distinguió, desde su juventud, por sus virtudes sociales y cristianas, que le merecieron el aprecio de sus maestros

y condiscípulos en la carrera de las letras, á que su padre lo destinó.

Llenados los deberes de un buen hijo, se presentó en esta ciudad como un buen ciudadano y padre de familia, en 1788, en que contrajo su primer matrimonio. En esta edad, en que el hombre por primora vez de sí mismo y agitado de violentas pasiones, son muy pocas las que no tieneu de que arrepentirse: SAAVEDRA se atrajo las miradas de aprecio y respeto de sus compatriotas, por la aplicación al desempeño de las obligaciones domésticas, su moderación, afabilidad honradez y conducta irreprensible. Los mismos españoles, nuestros tiranos, que á menudo se preguntaban ¿puede salir algo bueno de Nazaret? le dieron repetidas veces los primeros asientos en el Cabildo de esta ciudad—era entónces, esto una cosa tan extraña y sorprendente, como fué para los judíos ver á Saúl en medio de los profetas: pero ni estas funestas prevenciones, que siempre empañan el brillo de los más distinguidos servicios, al ojo perspicaz y envidioso de nuestros enemigos, que velaban sin descanso sobre los más leves defectos de los criollos, para acusarlos de viciosos é ineptos para todo, pudieron autorizarlos, para desconocer el mérito de SAAVEDRA; ellos hicieron honor á la verdad, confesando se había desempeñado con exactitud, fidelidad no comón y aplauso universal.

Hemos llegado á la época, señores, que en nuestro horizonte político se presintieron los primeros vislumbres que anunciaban la aurora de nuestra suspirada libertad: en ella vereis á SAAVEDRA, como el astro del día, lanzarse en la vasta carrera á que su patria le llamaba, para que arrojase de ella la tenebrosa noche del despotismo y difundiese el calor benéfico de un gobierno paternal — sus trabajos fueron tan árduos y grandes, como los que fingen emprendió Hércules para purgar la tierra de

monstruos, entre los cuales, sin duda, obtienen el primer lugar los tiranos.

Para que os lo pueda manifestar, retrocedamos por un instante algunos siglos atrás. La América había sido presentada por sus primeros descubridores, como una hermosa jóven cargada de preseas y con un dote de inestimable valor: su debilidad y riquezas irritaron la codicia y ambición de casi todos los soberanos de Europa, que deseaban atraerla para sí —deteníalos sólo el poder colosal de la España, que se hallaba entonces, en el cenit de su grandeza y llamaba suyo cuanto el génio caballeresco de nuestros padres le hacía descubrir diariamente. Mas, en el reinado de Carlos IV, había bajado á un estado de debilidad y degradación, que su hubiera creido ser el mayor á que podía llegar una nación poderosa, si no le hubiese sucedido su hijo Fernando VII.

Entonces fué cuando el gabinete de San James tiró los planes de incorporar para siempre á su gobierno las provincias del río de la Plata, y de sus resultas apareció en nuestras playas el general Beresford, que con un puñado de hombres reprodujo, en esos días, los prodijios de Cortés y de Pizarro. Se estaba dando el parabien de su triunfo, cuando se vió atacado, asaltado y rendido á discreción con toda su fuerza por los vecinos que poblaban una y otra ribera de nuestro magestuoso río.

Segura Inglaterra de la bárbara opresión, en que España tenía sumidas sus colonias, había hecho una expedición tan mezquina, contando hallar á sus naturales casi en el mismo estado de debilidad é ignorancia en que los vió Colón en sus viajes.

¿Se habría olvidado esta potencia, previsora y circunspecta, que los israelistas en Egipto, bajo la servidumbre, las duras tareas y vida amarga, se robustecieron en gran manera? ¿Desconocieron acaso sus sabios políticos, que la más exquisita tiranía no es bastante poderosa para

impedir el desarrollo de las luces y fuerza de una sociedad jóven en un clima benigno y feraz?

Cualquiera que fuese el motivo de su error, era de temer, que el desengaño que debía llegarles con la noticia de su descalabro, presidiese á sus consejos y que mandase un poderoso armamento para realizar el malogrado ensayo.

Estos justos recelos y el abandono de España, que como todo gobierno tirano solo hallaba recursos para oprimir y cuando le pedimos que nos auxiliase para defendernos, contestó con la altanería y fria indiferencia de un amo despótico *que lo hiciéramos como pudiésemos*, resolvieron al virrey Liniers á exitar el valor de este noble vecindario, cuyo honor jamás se ha estimulado en vano, para que se armasen en masa, formando cuerpos de milicias urbanas con los nombres de los reinos ó provincias á que pertenecían sus individuos.

Los porteños, reunidos en la casa del Consulado, el 6 de setiembre de 1806, formaron entonces el inmortal cuerpo de *Patricios*, proclamado por su primer jefe y comandante al respetable ciudadano que me ocupa. ¡Oh! cuántos sentimientos sublimes y halagüeños se agolpan en mi alma con el recuerdo de un cuerpo, en que hasta los soldados tenían la honradez, valor y patriotismo que forman el caracter de los hombres grandes.

De un cuerpo á quien los buenos patriotas miraban con aquella risueña y tierna complacencia, con que una madre angustiada ve robustecerse el hijo, que la de enjugar sus lágrimas! De un cuerpo que hizo tan grandes, heroicos y desinteresados servicios como fueron los primeros pasos que dimos para emanciparnos! De un cuerpo, por fin, cuyo uniforme, si se manifestase en el aniversario de nuestra independencia, bastaría para entusiasmar á todo argentino y para que prorumpiésemos

en gritos de gratitud y reconocimiento, como los norteamericanos al ver el de su libertador!

Entretanto, señores, si nosotros, según la loable y fundada costumbre de los chinos, premiásemos en el padre los servicios del hijo, ¿cuánto no deberíamos al brigadier SAAVEDRA, que lo organizó y disciplinó? —Participó con él de sus peligros y glorias y difundió en todos sus individuos ese amor á la patria, que fué siempre su divisa y carácter destintivo.

Sólo cuatro meses iban corridos de la formación de estos cuerpos, y el teson infatigable con que oficiales y soldados concurrían á los ejercicios doctrinales apenas bastó para ponerlos en un regular órden de disciplina, cuando el virrey Liniers se vió precisado á salir á campaña con dos mil quinientos voluntarios de esta milicia entre ellos seiscientos *Patricios* con SAAVEDRA á la cabeza en auxilio de la plaza de Montevideo, que el general inglés sir Samuel Achmuty estrechaba y con brecha abierta amenazaba ocupar bien pronto.

El marqués de Sobremonte no quiso dar las órdenes para que se aprontasen en la Banda Oriental los caballos y carretas que se pidieron; y este entorpecimiento y la celeridad con que el general inglés continuaba sus operaciones, dieron el resultado de que hallándose nuestra fuerza en la Colonia del Sacramento, les llegase la noticia de estar ya Montevideo ocupado por los enemigos. Le ordenó, entonces, la retirada de nuestro ejército á la capital.

SAAVEDRA, siempre en vela por los intereses de la patria, hizo en esta ocasión un señalado servicio. Propuso y salvó con cien hombres de su regimiento el valor de *novecientos mil pesos* en cañones, armamento y municiones que se hallaban depositados en la Colonia, efecto de que absolutamente carecíamos y que para remediar su falta, se habian mandado traer de Chile y Lima. El bloqueo

que inmediatamente pusieron los ingleses á los puertos de de la Colonia y el Sauce, no fué suficiente obstáculo al infatigable desvelo de este jefe que hizo las últimas remesas por el de las Higueras. A su regreso, las autoridades respectivas le dieron las gracias por su eficaz desempeño.

Contraigámonos, señores, al objeto que en aquella ocasión absorbía toda la atención y cuidados de esta gran capital.

Era ya indudable que los ingleses se preparaban para atacarla, y todos estaban resueltos á defenderla palmo á palmo—exhalar el último aliento; perecer antes bajo sus ruinas, que someterse, era el grito unísono de sus defensores que lo eran todos sus habitantes—los más por salvar la patria é impedir que cayese bajo otra dominación extraña, tanto más temible cuanto más poderosa—los menos, por consultar los intereses de nuestra madre-patria y con ellos sus empleos, comercio exclusivo y demás relaciones de utilidad y amor con el país nativo.

Esta ciudad mercantil se convirtió en un vasto campamento, sus plazas y calles se hallaban á todas horas ocupadas por numerosos cuerpos que se disciplinaban—iban á cubrir los puntos que estaban amenazados: la espada y el fusil eran los compañeros inseparables del comerciante, artesano y jornalero—apenas se encontraba quien desempeñase los ministerios más precisos, porque se tenía por ignominia no ser un soldado.

Así permanecieron todos hasta el 29 de junio de 1807, en que el general Whiteloke, á la cabeza de diez mil quinientos soldados aguerridos, desembarcó tres leguas al Sur de esta capital: de allí se dirigió al puente de Barracas y amenazando atacar aquel punto, trasladó, por una hábil maniobra, una fuerte división á los corrales de Miserere. Corrieron, entonces, nuestros defensores á

esta capital, que indudablemte debía ser el campo de batalla, y ocupando las alturas de sus principales avenidas, se prepararon para recibir á sus invasores.

Amaneció, por fin, el memorable día 5 de julio, en que debía decidirse la suerte de un vasto continente. Reinaba, en aquellos momentos, en esta gran ciudad, un pavoroso silencio, semejante al que precede á las grandes borrascas—sólo era interrumpido por el ruido de las armas de diez mil soldados, que en columnas cerradas se dirijían al punto que ocupaban nuestros bravos—apenas estos los avistan cuando les asestan millares de bocas de fuego, que los primeros pasos que dan, truenan sobre sus cabezas, los sorprenden en su marcha y dejan cubiertas nuestras calles de cadáveres y cuerpos palpitantes: sólo el valor impertérrito de los oficiales ingleses pudo permanecer impasible en medio de un estrago tan horroroso - ellos reunieron, por varias veces, sus soldados para llevarlos al mismo paraje donde sufrieron la misma suerte, hasta que horrorizados de tan duras experiencias, el terror se apoderó de todos y se desbandaron en varios grupos que fueron rendidos á discreción.

Cantamos, entonces, el triunfo más glorioso y completo; la victoria más sobresaliente que refieren los fastos de toda la América, desde su descubrimiento—victoria que admiró á la Europa y llamó la atención de su primer capitán, del vencedor de *Marengo* y *Austerlitz*!

Sólo el imbécil de Carlos IV miró con indiferencia un triunfo tan glorioso: ni aún se dignó conferir el menor premio á los jefes que más se distinguieron.

Mis amados compatriótas! imitaremos nosotros la indigna y despreciable conducta de este rey ingrato, el mayor déspota de nuestro siglo? ¿ó seguiremos las abominables huellas de aquellos hijos desnaturalizados, que disfrutando todos los días y á cada hora, los regalos y

comodidades de su opulenta herencia, adquirida por sus padres á costa de indecibles peligros y fatigas, no les merecen el más leve recuerdo, ni interrumpe sus locas alegrías una lágrima vertida sobre sus cenizas? ¿el corto período de veintitres años habrá bastado para que se borren de nuestra memoria los nombres de los héroes que prodigaron sus vidas y fortunas porque alcanzarámos un triunfo tan inmarcesible y el único, sin duda, á que estuvo librada la suerte futura de nuestro país? Si esto ha sucedido á algunos, les diré con Moisés *memento dierum antiquorum .. interroga patrem tuum et annun tiabit tibi, majores tuos et dicent tib.*

Acuérdate de los tiempos antiguos: pregùntalo á tu padre á tus mayores, y ellos te lo dirán.—Sí, ellos te dirán que el regimiento de *Patricios*, al que naturalmente pertenecían todos los americanos, fué el principal atleta en esta lucha sangrienta y decisiva, que así lo aseguró nuestro benemérito compatriota don Mariano Moreno en un papel público mandando aún los españoles, sin que alguno se atreviese á desmentirlo - ellos te asegurarán que su primer jefe y comandante fué don Cornelio de Saavedra, á quien desde aquella época se unieron y extrecharon todos los americanos, reconociéndole por el primer hombre de la Nación, su principal é incontrastable apoyo —ellos te declararán que bajo el amparo de la espada de Saavedra y sus dignos compañeros descansaba, entonces, la patria con aquella seguridad imperturbable con que los cachorros del León duermen entre sus robustas garras. ¿Quién se habría atrevido á intentar nada contra ella? ¿Cómo disponer de su suerte según los menguados intereses de un corto número de extranjeros?

Tan convencidos estaban de estas verdades los españoles, que para el logro de sus designios solicitaron formalmente del virrey Liniers la disolución del cuerpo de *Pa-*

tricios, á pretexto de que sus individuos hacían falta para la agricultura y las artes, ofreciéndose ellos á dar el servicio de la guarnición gratuitamente.

La repulsa que dió el virrey á esta solicitud, y la disolución del gobierno español, acaecida entonces por las violentas maniobras de Napoleón, los enfurecieron de tal suerte, que como frenéticos se arrojaron al lance más desesperado. El 1° de enero de 1809 intentaron despojar del mando al virrey Liniers, que se hallaba apoyado por los cuerpos de *Patricios*, *Arribeños*, *Pardos y morenos*, *Montañeses*, *Artilleros de la Unión* y toda la *caballería*. Bastó solo el desplegue que hizo en batallón de esta respetable fuerza el comandante Saavedra en la plaza de la Victoria para que los cuerpos de *Gallegos, Catalanes y Vizcainos* que formaban el partido de oposición, desaparecieran como el humo. En aquel día, y bajo los auspicios de Saavedra, se resolvió el gran problema que tanto había agitado á nuestros enemigos —la preponderancia de los *Patricios* sobre los españoles.

No desmayaron éstos, sin embargo,—juraron un odio eterno y se propusieron no ahorrar medios para perder á Liniers, porque protegía á los *Patricios* y á Saavedra porque era su jefe. La circunstancia de ser Liniers, francés de oríjen y la ocupación que realizaba Napoleón con sus tropas en la España, les facilitaron el camino para las más negras calumnias, que sostenidas por el influjo que les daban sus riquezas y relaciones de paisanaje con los españoles de ultramar, les hicieron alcanzar de la junta de Sevilla, titulada, entonces, suprema de España é Indias, el nombramiento de virrey de Buenos Aires en el teniente general don Baltazar Hidalgo de Cisneros.

Esta resolución no llenaba del todo los planes de los españoles: habría sido un triunfo incompleto y de ningunos resultados la deposición de Liniers, sin la ruina de Saavedra y demás jefes que sostuvieron la autoridad el

1º de enero. Así fué que, al arribo de Cisneros á la Colonia, solicitaron con el mayor interés su destierro, Cisneros deseaba lo mismo, pero no se hallaba en el caso de sus obsecados enemigos—á estos el orgullo humillado, sus ambiciosas miras frustradas y su antigua preponderancia destruida, les vendaba los ojos cuando el miedo se los abría demasiado á Cisneros, para que no advirtiese los riesgos en que debía envolverlo semejante injusticia y arbitrariedad.

Por esto, luego que llegó á Buenos Aires, se contentó con resolver que los españoles no habían cometido crímen alguno en el movimiento del 1º de enero y que los *Patricios* tambien obraron bien y llenaron sus deberes. Esto era decir que el crimen y la virtud, la obediencia y la insubordinación, el orden y el desórden merecían iguales elogios y recompensas bajo un gobierno tirano. Semejante conducta no era nueva en los fastos de la dominación española, pero recayendo esta operación sobre un cúmulo de agravios que nuestros opresores se habían empeñado en multiplicar en aquellos momentes críticos, exasperaron los ánimos de los *Patricios* de un modo extraordinario.

Los principales ocurrieron á Saavedra para pedirle á que aprovechándonos de la lucha tan desigual en que se hallaba empeñada la España, sacudiésemos el yugo de su injusto y tiránico gobierno, recuperásemos en una hora nuestros naturales é imprescriptibles derechos, y borrásemos para siempre el catálogo de crímenes é injurias perpetradas por los españoles contra los inocentes americanos, en el largo período de tres siglos.

Con igual anhelo suspiraba por esto Saavedra: mas una juiciosa previsión le advertía que era indiscreción arrancar verde el fruto, que el órden de los acaecimientos debía presentarle maduro y sazonado bien pronto. Él veía, como todos, que las fuerzas formidables de Napo-

león se apoderarían luego de toda España, en cuyo caso nuestra separación solo probaría una justa y firme decisión de no ser francés; pero ni los más ardientes defensores de la legitimidad, ni los más rígidos casuistas podrían acusarnos con fundamento de rebelión ó infidencia

Esta conducta circunspecta no era de la aprobación de aquellos ánimos exaltados, que creían se perdían los más preciosos momentos de realizar un plan tan injusto y benéfico, y aún llegaron á desconfiar de nuestro decidido é intachable libertador.

El 18 de marzo de 1810 trajo á todos un claro desengaño de los sentimientos de SAAVEDRA. Cisneros hizo saber á los porteños, en este día, que solo Cádiz y la isla de León se hallaban libres de las fuerzas de Napoleón; con su proclama en la mano se presentó SAAVEDRA en una distinguida reunión de americanos para decirles « Señores: no solo es ya tiempo de obrar, sino que es ur- « gente no perder una hora», —y de estas resultas se acordó entre todos pedir un cabildo abierto que se otorgó por Cisneros para el 22 de mayo.

Esta era la última trinchera en que los españoles debían defender sus pretendidos derechos de dominación. La fuerza estaba en poder de los *Patricios*—no les quedaba más recursos que la justicia y la razón para alcanzar el triunfo La costumbre de mirarnos como sus esclavos á natura, y su natural arrogancia no les permitieron desmayar en un lance tan apurado: ellos se prepararon al combate con la impavidez propia de hombres infatuados. Sus máximas eran que la dominación de las Américas, que principió con los reyes de Castilla, don Fernando y doña Isabel, se había trasmitido hasta á la Juntas más insignificante de las muchas en que se dividió la España, en nuestros tiempos, y que cuando todas desapareciesen, recaía la soberanía sobre los españoles residentes en América; hasta que si llegase el caso

de quedar uno solo debíamos prosternarnos delante de él, reconocerle como el ungido del Señor y nuestro amo legítimo.

Si algún testimonio recogiera con avidez la posteridad para imponerse de la bárbara opresión de nuestros tiranos, serán, sin duda, estas doctrinas, que sin embargo, no se ruborisaron sus corifeos de vertirlas, el 22 de mayo, en el tribunal augusto y respetable de la nación. Los sabios americanos que concurrieron á él, apenas pudieron contener su indignación para rebatir paladinamente, como lo hicieron tan clásicos desatinos.

Despues de este acalorado debate, verificada la regulación de votos en el mismo acto, se declaró por una notable mayoría, que había caducado la autoridad del virrey y que se nombrase una Junta Suprema de gobierno. Vencidas algunas pequeñas intrigas, últimos esfuerzos de un poder que iba á desaparecer para siempre, se procedió, el 25, al nombramiento de las personas que debían componerla, elijiendo para su presidente á don CORNELIO SAAVEDRA.

Este señor, consultando sólo á su exacta delicadeza y escrupulosa moderación, rehusó con instancia admitir tan elevado empleo. Sus amigos le hicieron ver, entonces, que él era el hombre necesario, por la aceptación general que le merecían sus servicios; y que despues de los pasos dados y compromisos adquiridos, en aquellos días, por los extraordinarios sucesos que había encabezado, sería una anomalía en su conducta pública retroceder á la vista del puesto que se le designaba SAAVEDRA, que hacía mucho tiempo tenía consagrada su vida al servicio de su patria, se resignó á ocupar aquella silla de honor á la verdad, pero rodeada de una inmensa responsabilidad y sobre la que estaba colgada la espada de Damocles.

La multitud de sucesos interesantes que se han agol-

pado, nos han hecho entrar sin apercibirlo en el memorable mes de Mayo, para nosotros el principio de meses y el primero entre los meses del año —hemos llegado al día 25, que establecimos por monumento, para celebrar las maravillas del Señor, en todas nuestras generaciones, con culto sempiterno—día de clamor y llanto para nuestros enemigos - de regocijo y júbilo para los americanos: día en que con mano fuerte nos sacó el Señor de la tierra de Egipto; de la casa de la esclavitud; de la tierra de honor y de un vasto desamparo.

Día en que SAAVEDRA y sus dignos compañeros sellaron el gran testamento que abrirá la posteridad con un respeto religioso, para leer en él, con indecible júbilo y reconocimiento, los inapreciables legados que le hicieron de felicidad y riquezas, de grandeza y poder, que ella disfrutará y que á nosotros sólo es dado vislumbrar. Aunque SAAVEDRA no hubiese hecho á su patria otros servicios que los que abrazó el sol con su círculo en este día, bastaría para inmortalizar su memoria.

Empero nuestro libertador, imágen y semejanza de su divino Hacedor, jamás se cansaba de dispensar el bien á sus semejantes: devorado por la felicidad de su patria, cual César por su ambición—*nihil actum reputans si quid superesset agendum*—se entregó con infatigable desvelo y constancia al desempeño de los inmensos trabajos de su nuevo destino.

La revolución se hizo sin precedente combinación con los pueblos del interior; era necesario atraerlos á nuestra causa difundiendo en ellos las ideas de libertad, amor á la patria y horror al despotismo—y de estas resultas se dieron, en los primeros momentos, esos decretos sábios y enérgicos, y se propagaron esas gacetas, cuya elocuencia nerviosa y tocante, despertando ideas que el despotismo tenía adormecida, sacaba fuera de sí á los patriotas, difundía fuego vivo en sus venas, hacía brillar

sus ojos con el entusiasmo y suspirar porque llegase el momento de incorporarse á las filas de sus libertadores para aniquilar á sus enemigos.

No se descuidaban tampoco los jefes españoles que mandaban en todos los puntos del virreinato. A su soñada superioridad se añadía, ahora el temor de perder sus empleos y rango, así es que tocaban cuantos recursos estaban al alcance del oro y del poder para sofocar en su cuna nuestra revolución.

Concha en Córdoba, Nieto en el Perú, Abascal en Lima, Vigodet en Montevideo y Velasco en el Paraguay hacían brotar por todas partes enemigos que debian ahogarnos entre sus brazos. ¡Ay! nos hallábamos en la infancia, y para salvarnos se necesitaban los esfuerzos de un atleta!

Sin embargo nada hay que temer. SAAVEDRA, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Moreno, Paso y Balcarce son nuestros defensores. Estos héroes sabrán como David, desde su adolescencia, lidiar con los leones y quebrantar su ferocidad.

Dos ejércitos se aprontaron en el momento, en esta ciudad, que con la velocidad del rayo partieron en todas direcciones. El terror y el espanto de los tiranos marchó delante de su bandera—triunfaron en todas partes; en *Cotagaita*, *Suipacha y las Piedras* derrotando á los enemigos, y en los otros puntos rompiendo las cadenas que aprisionaban á los americanos y poniéndoles las armas en las manos para que destruyesen á sus opresores.

Desaparecieron, entonces, todos nuestros enemigos; sólo un corto número se refugió dentro de las murallas de Montevideo—resonaron luego por todos los ángulos de las Provincias Unidas, los cánticos de alegría y los himnos que sus hijos dichosos cantaban á la libertad.

Este fué el término de las glorias y servicios del bri-

gadier general don CORNELIO DE SAAVEDRA; también lo fué de su mando, pues aunque ocupó la silla del gobierno algunos meses más, el bastón lo empuñó la anarquía, ajitada por los partidos, las pasiones rencorosas, la ambición y envidia: ella dió los funestos resultados que han sido y serán siempre su infatigable consecuencia.

Señores! cualesquiera que sean los defectos de que podais acusar mi discurso, estoy seguro que ninguno de buena fé se atreverá á combatir las razones con que he probado los relevantes servicios de SAAVEDRA porque ellas son tan firmes é indestructibles como los hechos en que se apoyan.

Argentinos todos! ilustres hijos de Buenos Aires! vosotros, cuya pasión dominante es el amor de la gloria y el aprecio de aquellos nobles y elevados sentimientos que inmortalizan á las naciones cultas, ¿recusareis el tributo de gratitud y reconocimiento debido á nuestro mejor amigo y compatriota? ¿Al enemigo implacable de nuestros opresores? ¿A nuestro padre y libertador, el brigadier don CORNELIO DE SAAVEDRA, primer presidente de las Provincias Unidas? Nó! jamás!

Corramos á su sepulcro - vamos á bendecir su memoria, legando á nuestras generaciones la obligacion de perpetuarla: borremos con nuestra pasada indiferencia ó descuido, de que quizá nos han acusado ya los extranjeros que de todo el mundo llegan á nuestras playas.

Vamos muchos.... ¿lo diré? ... Sí!. .. ¿por qué ocultarlo? cuando este es el vicio capital de las repúblicas y cuando nuestros extravios pueden aleccionarnos para lo futuro—vamos muchos á pedirle perdón por los trabajos y disgustos que le causamos, por las calumnias que propagamos y que envenenaron el placer de su existencia hasta sus últimos suspiros; por el abandono y obscuridad en que le dejamos sumido, en un rincón de su casa, por mezquindad.

Pero no, no vamos á esto. En los palacios del Eterno, donde piadosamente creemos habitar, él mira con la mayor indiferencia los sentimientos poco generosos de algunos de sus compatriotas, disfrutando la imperturbable dicha de los bienaventurados - él se burla de la injusticia de sus enemigos, tan amante como era de su patria, el único deseo, que sin duda le acompaña, es que ella sea feliz y prospere. Ah! cuántas veces se fijarán sus angelicales ojos en su suelo para imponerse de nuestra suerte. Vamos, entonces, allí á abrazarnos y á protestarnos, como hermanos y amigos, un olvido eterno de nuestros digustos y desavenencias: juremos delante de sus cenizas hacer renacer la edad de oro de nuestra patria - aquellos días venturosos en que SAAVEDRA nos gobernaba y que los nombres de «americanos» y «paisanos» eran los dictados más expresivos y cariñosos; el talismán que nos unía y por el que nos protejíamos con la mayor decisión: esos días en que la salud y felicidad de nuestra patria era el sentimiento universal y sincero de todos los argentinos.

Por él nuestra brillante juventud dejó gustosa las comodidades y regalos de sus casas para ir á pasar los más floridos años de su vida en los despoblados, vegetando al lado del cañón y del fusil, y sufriendo con valor y resignación los peligros é incomodidades de una guerra que llevaron á inmensas distancias—por él las tiernas matronas argentinas desprendieron muchas veces de sus brazos, con ojos enjutos, á sus caros esposos é hijos, exhortándolos á ellos solamente con honor—*ant cum illo, ant super illum:* por él los ministros del altísimo imploraban á todas horas sus misericordias para que protejiese nuestra justa causa; fuese el caudillo y el defensor de sus guerreros - hasta los ancianos y niños se creían obligados á cooperar con sus débiles esfuerzos al bien de la patria.

ORACIÓN FÚNEBRE

EN MEMORIA DEL EXMO. SEÑOR DON MANUEL DORREGO, GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, AUTORIZADO POR TODAS LAS DE LA UNIÓN PARA LOS NEGOCIOS DE PAZ Y GUERRA. LA DIJO EL CANÓNIGO DON BARTOLOMÉ MUÑOZ EN LA PARROQUIA DE SAN FERNANDO DE BELLA VISTA, EL 4 DE ENERO DE 1830, Y LA DAN Á LUZ UNOS PATRIOTAS DE LA MISMA PARROQUIA.

Alabada sea la Santísima Trinidad.

Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus: dum loquevar illis impugnabant me gratis.

Psalm. 119, v. 6.

He sido pacífico con los mismos que aborrecían la paz: y cuando les hablaba se complacían en contradecirme.

El verso 6 del salmo 119,

Señores: ¿Con qué al fin las instituciones, las garantías, la ley han vuelto á tomar su posición? ¿Con que tenemos patria, tenemos libertad y podemos publicar sin zozobras las angustias de nuestro corazón? ¿Podemos desahogar nuestros pechos y hacer correr torrentes de lágrimas, que aglomeradas se iban concretando con doce meses de dura opresión? Con efecto, señores, no hace muchos días que advertimos en todos los puntos de nuestra provincia las expresiones más vivas del sentimiento.

El gran pueblo de Buenos Aires nos hace escuchar los sollozos del llanto más amargo, los suspiros de la aflicción más acongojada, los ayes del dolor más vehemente —*vox in Roma audita est, ploratus et ullulatus multus.* El pausado cañón activa nuestro llanto Llora la ciudad; llora la campaña; llora la patria; lloran los pobres; llora la iglesia; lloran sus ministros; llora el magistrado. ?Qué es esto? ¿ Lo preguntais vosotros, señores? ¿ Con ese fin os veo reunidos en este sagrado lugar? Con ese mismo objeto he subido yo, en este momento, á ocupar la cátedra sagrada. En ella no, no penseis que trato de reprimir vuestro justo desahogo. Sé muy bien que estas lágrimas no se agotarán mientras haya en el mundo sensibilidad: no se agotarán mientras haya en nuestra provincia de Buenos Aires principios de razón, principios de justicia, principios de gratitud. Por estos mismos principios de sensibilidad, de patriotismo, de gratitud, debo yo no solo aprobar vuestras lágrimas, sino aprobarlas á nombre de la naturaleza, á nombre de la patria, á nombre de la religión. Nombres sagrados que nos imponen el mayor respeto, la mayor consideración. A la naturaleza le debemos la subsistencia, que nos proporciona el órden social. A la religión le debemos la verdadera felicidad Títulos poderosos, que me autorizan para que os persuada y á su nombre os mande que lloreis conmigo la muerte violenta y cruel de un hombre tan honrado y calumniado como Onias. Sí, como Onías lo fué por el impío Simón, por el pérfido Menelao, por el infame ambicioso Jason Que lloreis conmigo la muerte ilegal de un hombre—modelo de patriotismo—como el virtuoso *Eleazaro*, que prefirió el suplicio á la debilidad de quebrantar las leyes de su religión y de su patria. ¡Que lloreis conmigo la muerte injusta de un hombre á quien por gratitud debemos llorar muchos años, como lloró todo el pueblo de Israel la del benigno y benéfico *Jonatás*!

Que lloreis conmigo del modo más expresivo la muerte *violenta*, la muerte *ilegal*, la muerte *injusta* de nuestro honrado amigo, de nuestro buen patrióta, de nuestro benéfico y muy amado bienhechor, el exmo. señor DON MANUEL DORREGO, gobernador y capitán general de esta provincia de Buenos Aires, primera de las de la Unión del Rio de la Plata, autorizado legítimamente y de un modo espontáneo por todas las demás provincias para los negocios generales de la paz y de la guerra en todo el Estado. Esto basta para penetrarnos de la verdad con que el mismo señor DORREGO nos recuerda desde el sepulcro que no olvidemos su tierna memoria. Y nos lo recuerda con las sagradas expresiones tomadas del salmo 119, que acabo de repetiros en mi tema. Ellas nos recomiendan su justicia. He sido pacífico—nos dice—con los mismos que aborrecían la paz—*cum his qui oderunt pacem eram pacificus* He trabajado activa y eficazmente por el bien general de todos los hombres, por el bien general de mi provincia. Si no he hecho más, ha sido por que siempre han cruzado mis ideas los enemigos del bien; las han contrariado abiertamente sin razón, sin principios, sin causa—*dum loquebar illis impugnabant me gratis*. Esto basta para que el señor Dorrego sea acreedor en su muerte *violenta, ilegal é injusta* á las lágrimas de compasión patriótica de toda la America; á las lágrimas de gratitud de toda la provincia de Buenos Aires, de que fué gobernador. Esto basta, en fin, para que hayais formado ya la idea del discurso, que ha de ocupar en esterato vuestra religiosa atención.

PRIMERA PARTE

El señor gobernador de Buenos Aires, don MANUEL DORREGO, en su muerte violenta, es acreedor á las lágrimas de compasión en todo el mundo.

Al establecer yo esta proposición, que es la primera de

este discurso, no penseis, señores, que la deduzco, del solo principio general que nos prescribe la naturaleza por la humanidad, ó compasión con que todo hombre naturalmente siente la aflicción de su semejante. La compasión es una disposición habitual en el hombre que le incita á tomar interés, á tener parte, á sentir de un modo efectivo los padecimientos, ó pesares de los otros hombres. Esto sucede generalmente con mayor ó menor expresión, según el grado de sensibilidad fomentada por la memoria, agitada por la imaginación y fortificada por la razón reflexiva: no sólo se aumenta progresivamente, sino que llega á fijarse hasta producir lágrimas copiosas, lágrimas duraderas, lágrimas permanentes. «Derrama lágrimas sobre el muerto—nos dice el Espíritu Santo,—comienza á llorar como quien padece un gran quebranto ..Y haz tu duelo según su merecimiento» - *super mortuum produc lacrymas, et quasi dira patiens incipe plorare ...Et fac luctum secundum meritum ejus.* Reflexionemos:—La muerte violenta del señor don Manuel Dorrego ha sido tan escandalosa, que solo su noticia debe haber causado en todo el mundo una compasión sorprendente; debe haber producido lágrimas sensibles—*super mortuum produc lacrymas.* Estas primeras lágrimas, auxiliadas con las circunstancias de la misma noticia, se irán aumentando; la reflexión hará crecer tanto la sensibilidad, que ya las lágrimas serán movidas por un agente poderoso, que las hará correr impulsadas de un acerbo dolor - *quasi dira patiens.* Cada uno de nosotros recuerde sus afecciones en este mismo caso, saque de su propia experiencia las deducciones, que naturalmente se presentan, y crea que á la mayor distancia son mayores las impresiones. La vez primera que se ha oido decir en cualquiera parte del mundo: Ha muerto el gobernador de Buenos Aires—la sorpresa moverá al corazón. No murió, añade uno, sino que lo mataron: nueva impresión, mayor conmoción, que

lo hará palpitar. Lo mataron del modo más violento dice otro; tercera sensación más fuerte. Lo mataron sus amigos; Santo Dios, qué perfidia! Lo mataron con reflexiva meditación; lo mataron sin autoridad, sin causa, sin genero de juicio, sin acusación, sin defensa; sin más que matarlo á sangre fría los mismos á quienes dispensó su amistad, á quienes llenó de favores y á quienes dió... ¿Quién resiste? Es preciso llorar, y llorar afectados de un sentimiento cruel, de un dolor acerbo—*quasi dira patiens.* Pero al cabo deseamos saber quién es este gobernador de Buenos Aires tan desgraciado, que sólo las circunstancias del suceso atroz á esta distancia nos hacen llorar tanto. Señores: no es facil describir las ultimas afecciones de la angustia acongojada al saber, que este hombre tan desatendido, tan ultrajado, tan perseguido, tan violentamente muerto es el amigo de los hombres, es el buen patrióta, es el generoso y valiente guerrero, es el político profundo, es el justo y discreto gobernador, es el honor de la República Argentina, es sábio pacificador, el muy cristiano y benéfico hasta con sus enemigos, el señor don Manuel Dorrego. Su solo nombre, tan conocido por la opinión, que supo adquirirse con su buen proceder, aumenta y enternece las lágrimas y le da derecho á ser llorado, según su merecimiento. Éste derecho perpetúa el llanto de todo el mundo por haberle perdido de un modo tan violento—*fac luctum, secundum meritum ejus.* Con efecto, señores, perpetúa el llanto, que debe causar á todo el mundo su muerte, si esta ha de ser llorada según sus merecimientos. Porque sus bellas cualidades son tantas, que pasarán muchos años para que el mundo las conozca; pasarán muchos años, para que el mundo las avalore; pasarán muchos años, para que el mundo las olvide. Sus cualidades son tantas y de tanto interés y aprecio, que se trasmitirán de generación en generación y cada generación al exa-

minarlas repitirá sus lágrimas, porque ellas se han de derramar conforme al mérito de sus brillantes acciones —*secundum meritum ejus*. Todo esto y mucho más me obligó á decir asertivamente, que la muerte violenta del señor don MANUEL DORREGO, gobernador de Buenos Aires, sería llorada por compasión en todo el mundo, por ser acreedor á sus lágrimas, como me parece haber probado. También es acreedor el señor gobernador DORREGO á las lágrimas patrióticas de toda la América en su muerte violenta é ilegal, por su patriotismo.

SEGUNDA PARTE

Para formar alguna idea del derecho que tiene el señor gobernador DORREGO á las lágrimas de la América, por su muerte violenta é ilegal á título de buen patriota, es preciso que conozcamos cuál es el verdadero patriotismo; que sepamos qué quiere decir patria y lo que debemos á la patria, como hombres y como ciudadanos. Es verdad que en lo general y en el sentido más restrinjido, se llama patria el lugar en que cada uno nace. Este lugar es ciertamente al que debemos mucho amor y muchas consideraciones; pero como el amor á la patria tiene tanta extensión, abraza tantos ramos y puede por necesidad ocuparse en diferentes distancias, me parecen muy estrechos los límites que nos presenta el solo lugar en que nacemos, para reducir á él toda la acción de nuestro patriotismo. Me atrevo á decir, que si á él precisamente llamasemos patria, habría muchos que no tendrían patria, porque no tendrían un objeto real y conocido á quien tributar su reconocimiento, á quien ofrecer sus aptitudes, á quien rendir sus atenciones y respetos, á quien llamar patria. Por eso os he indicado, que debemos saber lo que debemos á la patria como hombres, y lo que le debemos como ciudadanos: como hombres sólo debemos á la patria una inclinación natural á

aquel punto de la tierra en que vimos la primera luz, en que formamos las primeras ideas, en que empezamos á ejercer la razón; en fin, una afección pasiva. Pero como ciudadanos, debemos á la patria todos los bienes, que nos hace disfrutar la sociedad. Desde que la patria nos adopta, nos recibe como ciudadanos, nos reconoce por hijos suyos, nos protejen sus leyes, nos garantiza nuestras propiedades y derechos, nos incorpora al cuerpo social, tenemos parte en los intereses generales; mutuamente nos respetamos, nos auxiliamos, nos amamos, nos conocemos. Entónces, la voz patria es la voz del bien general, es la voz de la humanidad; la patria es nuestra madre común, no podemos faltarle, sin faltar á los deberes más sagrados de los hijos. La patria es el cuerpo de que somos miembros; la patria es el centro que nos une, la esfera que nos pinta, el punto que nos identifica, el lazo que nos estrecha, el móvil que pone en acción todas nuestras aptitudes Los hombres en sociedad somos las ramas del árbol de la patria; somos las columnas de este hermoso edificio, somos las ruedas de esta gran máquina; somos las partes que formamos este todo universal y extenso. Esta unión tan estrecha nos hace sentir todos los bienes y todos los males de la patria. Si la patria padece, es preciso que padezcamos con ella. Si la patria llora, nuestras lágrimas son las suyas; si la patria perece, nosotros seremos envueltos en sus escombros, sepultados en sus ruinas. Todo esto nos persuade la intensa necesaria unión de los verdaderos patriotas: el único sólido principio del verdadero patriotismo. Él nos enseña á preferir siempre el bien general á los intereses personales, á dedicar á este noble objeto todos nuestros trabajos, nuestros bienes, nuestras personas, nuestras vidas. El patriotismo nos alarma contra los enemigos de nuestra patria, que no son otros sinó los déspotas tiranos, opresores de los pueblos y de su libertad, los pér-

fidos destructores de sus leyes y de sus instituciones; los violadores sacrílegos de su religión, los perturbadores sediciosos revolucionarios del orden social, de la quietud pública y de la autoridad legítima. De aquí es que no es ni puede ser verdadero patrióta el egoista sagaz, ni el ambicioso cruel; ni el déspota soberbio; ni el despreciable, vil é infame adulador - en fin, ni el que no sea hombre de bien y verdadero amigo de los hombres. Pero ¿á qué me canso en aglomerar principios, cuando tenemos un modelo práctico de patriotismo en el héroe, que lloramos hoy y que llorará la América, por los ejemplos que nos ha dejado? - Sí, señores: el señor don Manuel Dorrego nació en Buenos Aires, el día once de junio de mil setecientos ochenta y siete. Sus padres, don José Antonio Dorrego y doña María de la Asunción Salas, le dieron una educación propia de su honradez y de su piedad cristiana. Progresaron tan sanos principios por las bellas aptitudes naturales, que encontráran en él Sus preceptores las conocieron y las probaron en los más brillantes actos públicos literarios. Bien pronto indicó la nobleza de su corazón y de su alma grande con la natural inclinación que lo arrastraba á proteger al desvalido, á beneficiar á sus semejantes, á ser útil á todos. Quiso auxiliar tan dignas ideas con el estudio de la jurisprudencia. Adelanta en sus principios y se resuelve el año de mil ochocientos diez, á pasar á la capital del Estado de Chile, donde con una práctica de jurisprudencia bien dirigida llegase á ennoblecer el foro, con el firme sostén de la ley siempre benéfica, protectora del que es oprimido por poder orgulloso. Intenciones tan justas, pensamientos tan sublimes tenían al señor Dorrego en una dulce placentera calma, cuando hiere sus oídos el eco del formidable grito con que proclamó su libertad Buenos Aires el día Veinticinco de Mayo del mismo año. Esta tremenda voz, que fué tan

sorprendente á los tiranos, conmovió como una chispa eléctrica al señor DORREGO. Él diestramente supo difundirla con la rapidez del rayo: arde aquel reino, y su solo sacudimiento derroca el antiguo trono del poder absoluto. Chile recobra sus derechos - el pueblo vé rotas sus cadenas, y todos reconocen al señor DORREGO como el primer agente de su libertad. Sí; Chile lo conoce, lo testifica del modo más solemne. Declara capitán de granaderos al señor DORREGO y lo condecora con una medalla de honor, que proclama su patriotismo con el mote personalísimo: «*Chile á su primer defensor*». Desde entónces se oye por todas partes el nombre del señor DORREGO, se repite con interés y aprecio y es tenido con razón por hombre de cuenta. El gobierno general de las provincias del Río de la Plata le confía una comisión importante en el mismo Chile: la desempeña con eficacia y actividad; no tardó mucho en depositar en Mendoza más de quinientos reclutas y en volver á Santiago á aumentar su número, según sus deseos. Su pronto regreso fué tan oportuno, cuanto una reacción de los opresores de Chile habría inutilizado sus primeros triunfos, si su nueva inesperada presencia no hubiese disipado, como el humo, á los agresores de la libertad. Este suceso decide al señor DORREGO á no envainar la espada y siguiendo la carrera militar, sin abandonar las letras, se emplea con duplicado esfuerzo en defender su patria. Ella lo recibe en Buenos Aires con placentero entusiasmo, y los cuerpos de su guarnición se dispútan la preferencia de agregarlo á sus filas. El señor DORREGO lo agradece, desea ser de todos, pero se persuade, que el modo de serlo es serlo de la patria, donde quiera queésta le necesite. Le rinde, al momento, homenaje de su libertad y midiendo sus aptitudes con sus nobles deseos, pide con empeño el destino más peligroso para poder emplear en él sus fatigas, su valor, su saber, su sangre y su vida. Mar-

cha al ejército libertador del Alto Perú, y el muy experto general Belgrano encuentra en el coronel DORREGO un militar digno de las más complicadas empresas. Compañeros de armas del señor DORREGO, militares valientes que habéis tenido la gloria de defender á su lado la libertad é independencia americana! vosotros lo visteis en las acciones más empeñosas; en ellas visteis su valor denodado, unido siempre á la prudencia; visteis su destreza y tino en economizar la sangre de sus soldados y la de los enemigos, aplicando en todos puntos los principios del arte de la guerra combinados con los de un grado más sublime, que sabe inspirar la filosofía del corazón: visteis en el señor DORREGO un sábio, un valiente militar, que si derramó su sangre cinco veces, dos de ellas con riesgo de perder la vida, también triunfó victoriosamente rechazando y forzando al enemigo, tomándoles sus bagajes, sus pertrechos, sus armas, sus municiones y haciéndoles muchos prisioneros. Le visteis librar á los pueblos del saqueo, del incendio, de la desolación! Le visteis libertar la vida al enemigo vendido y con la más compasiva humanidad auxiliarlo, recojerlo, cubrirlo con su propio vestido. Señores: ¡Qué descripción haría de estos sucesos un orador elocuente! Pero qué: ¿la elocuencia de la oratoria podrá jamás tener mayor fuerza que la verdad? Hablad, hablad por mi, testigos de estos hechos. Hablad, *Tucumán*, *Salta;* hablad *Nazareno, Suipacha;* hablad, pueblos de *Barrios*, *Pozoverde*, *Sonsona*, *Yatasto;* hablad, enemigos; hablad prisioneros—decid lo que debéis al señor DORREGO. Ya lo habéis dicho y lo habéis dicho de un modo tan expresivo, que bien pronto han circulado sus heróicos hechos por todas partes. La América por el señor DORREGO con su misma causa, así repetia agradecida: *No sé que admirar más del señor* DORREGO, *si su valor ó su humanidad generosa* han oído con interés el nombre del señor coronel DORREGO. La

América admira en él un verdadero patriota, un valiente guerrero, un sábio militar, un generoso y muy humano jefe en sus victorias. La América entusiasmada en favor del señor DORREGO por sus cualidades, es preciso que lloren con lágrimas tiernas, con lágrimas permanentes, con lágrimas patrióticas la muerte violenta, la muerte ilegal del señor DORREGO: él es acreedor á este homenaje, por su patriótismo. Pero, con mayor razón, es acreedor á las lágrimas de gratitud de esta provincia en su muerte violenta, é ilegal é injusta, por haber sido su gobernador.

TERCERA PARTE

Tanto patriotismo, tanto valor, tanta pericia militar, tantos méritos no podían ser desconocidos, pero también habían de suscitar algunas envidias, no pocos enconos, y persecuciones contra el señor coronel DORREGO. Ellas eran la contraposición necesaria para hacer resaltar más *su talento, su política, su piedad cristiana.*

Parece que la beneficencia es el orígen de la ingratitud. Basta hacer bien para crear ingratos. Nada se olvida tan pronto como los beneficios. ¡Ah soberbia! ¡Qué desgraciada has puesto la humana condición!

La ingratitud es el vicio más detestable, pero es el más común. ¡Vicio infame que llega á aborrecer al bienhechor! Esto sucedió al señor DORREGO.

Las pasiones innobles, la envidia sobre todas - la envidia encapotada plantea su telar; tira su urdimbre y hace con arte que sus primeros hilos sean el génio fogoso del señor DORREGO, su orgullo, su altivez Cuando fuera asi, es preciso no conocer el corazón del hombre para no disculpar en vez de acriminar estos efectos en un jóven militar lleno de relevantes méritos; de extraordinarios importantes servicios y de gloriosas honorificas distinciones. Pero la enconada malicia, auxiliada de la

vil y siempre embustera adulación, forjó por estos accidentes naturales el delito de insubordinación y los ideales temores de anarquizar y tumultuar con audacia; hasta persuadir al magistrado que era de necesidad contenerlo con un golpe absoluto de autoridad. Así sucedió, el día quince de noviembre de mil ochocientos diez y seis, expatriando para siempre al señor Dorrego, sin la menor forma de juicio y con mayor rigor que el de la ley brutal del ostracismo.

¿Porqué se omiten los trámites legales de la ordenanza? ¿Porqué se le priva de su natural defensa? Léase su sentencia. Se publicó impresa.

En ella no aparecen sino quejas de sus jefes inmediatos: ¿porque no le formaron un sumario? ¿Porqué no le oyeron su defensa?—Era preciso sorprender al magistrado; era preciso un golpe absoluto de autoridad.
Lo demas era dudoso; no tendría el resultado que se propuso la envidia. El mismo magistrado conoció, aunque tarde, esta verdad, y no se detuvo en hacer la justa declaración por su inmediato posterior decreto, de lo que debe la patria al señor coronel Dorrego y las consideraciones á que lo hacen acreedor «sus recomendables distinguidos servicios». Declaración propia de un magistrado liberal y verdadero patriota amante de la libertad.

La Providencia, que siempre vela sobre los destinos, hizo volver á Buenos Aires al señor Dorrego, y la experiencia práctica de sus padecimientos le decidieron á cultivar con reflexión y solidez su talento, sus principios y sus aptitudes. Bien pronto las vimos en acción. Su *profundo saber*, su *delicada política*, su *cristiana piedad* lo presentaron uno de los ciudadanos más interesantes á la sociedad. La Provincia de Buenos Aires, que recibió más de cerca su influjo, empezó á conocer sus apreciables cualidades, disfrutó de su beneficencia en la época de su gobierno y por lo mismo le creyó acreedor á

sus lágrimas de gratitud, cuando recuerde á su bienhechor muerto con una muerte violenta, ilegal é injusta. Las persecuciones que sufrió el señor DORREGO no fueron bastantes, ni para intimidarlo ni para contener la acción de su muy acreditado patriotismo. Penetrado de los verdaderos principios, formó la heróica resolución de contrarrestar la tirania defendiendo la ley; de contradecir la arbitrariedad, que siempre amenaza los derechos del hombre, y de sostener la garantías de los ciudadanos y la libertad de los pueblos. Sabía bien el señor DORREGO, que *la salud del pueblo es la suprema ley*. Sabía que *la ley es la que autoriza al magistrado, pero que la ley es la protectora, que defiende al desvalido cuando se le oprime contra la ley*. Sabía que el mayor de los abusos es el del poder; que los pueblos esclavos no pueden tener virtudes y que sin ellas ni hay patria, ni puede haber república.

Todo esto y mucho más sabía, cuando volvió de Norte América, y al advertir los extravíos que iban produciendo las pasiones mal dirijidas, el trastorno de las ideas en los embelesados ignorantes, seducidos con disimúlo; la apatía, el lujo, la inmoralidad y sobre todo, que este estado de cosas aglomeraba un acópio de elementos capaces de despertar la miras capciosas con que diestros agentes de los enemigos de nuestra libertad halagaban su engrandecimianto, no trepidó el señor DORREGO en hacer oposición decidida á tanto mal, que nos amenazaba y que de hecho empezaba á sentirse Las terribles lecciones del año 1815, las mas sangrientas del año 1820 no fueron bastantes para hacernos más moderados, más precavidos, más circunspectos. Entónces, todos alzaron el grito contra la anarquía, pero nadie contra la arbitrariedad despótica, y á fé que ellas son hijas de un mismo padre: el desprecio de la ley; cuando la desprecia el súbdito, se llama anarquía—cuando la despre-

cia el superior, se llama despotismo, arbitrariedad, tiranía: una y otra cosa tienen funestos resultados, empero son peores, más duraderos, de mayor trascendencia los que causa la tiranía; porque es más poderosa, tiene más prosélitos y se crée más impune.

Así es que los sucesos del año 1820, hicieron un trastorno universal y espantoso. Hasta el entusiasmo patriótico quedó paralizado—en muchos absolutamente extinguido. Un nuevo patriotismo sucedió al primero La patria antigua—se dijo—ha caducado: el verdadero patriotismo consiste en la civilización. Esta voz nos alucinó. Nos olvidamos que en nuestro idioma tiene dos sentidos opuestos—uno de bondad, otro de adversidad Para civilizarnos—prosiguieron—es preciso reformarlo todo.

Desde luego se emprendió la reforma Los verdaderos y muy comprometidos patriótas se sobrepusieron: las amenazas atropellaron hasta las respetables garantías del supremo poder lejislativo y de sus representantes. Leímos con sorpresa en un papel público: «*Pobre del representante y del que ose contrariar la marcha de la civilización*—y esto se dijo cuando circulaba impunemente el inmoral impío y escandaloso periódico «Lobera» ¿Es esta la reforma de la civilización? Santo Dios! —

Mientras sigue la reforma, se reforman los establecimientos públicos; se reforman sus nombres, se reforman sus formas, se reforman las órdenes religiosas, se reforman las instituciones de la iglesia, sus oficios y sus mandamientos, se reforman sus propiedades, se reforman los militares, se reforman las inmunidades, los privilegios, las prerrogativas; se reforman los templos, se reforman las personas, reforman las voces, se reforman las estudios, se reforman las monedas y sus valores; en fin —á título de reforma y con las faotuosas voces de civi-

lización y capitalización se innova todo. ¿Y cuáles fueron los resultados de este trastorno general?

Señores: yo me confundo en cotejar los anuncios repetidos de un porvenir maravilloso, con lo que los mismos sucesos nos hicieron sentir desde luego - confieso que no sé por dónde empezar! Respeto el lugar sagrado en que os hablo, ni quiero profanarlo con hechos, que no se deben proferir, ni quiero echar la culpa á nadie: lo cierto es que los proyectos más eminentes, después de consumir en ellos ingentes sumas, pocas veces tuvieron el efecto que se propusieron sus autores. Muchos se disiparon como el humo, y lo gastado perdido.
La república se redujo á una república imaginaria, y hubiera tenido el resultado de la torre de Babel por su mismos principios. si el señor Dorrego no hubiese alzado el grito de su celo pátrio, para prevenir á los incautos, para dispertar á los aletargados, para desempeñar á los pueblos del sumo riesgo en que se veía la patria.

La viveza de su imaginación, la fuerza de sus expresiones, el poder de la verdad brillaba siempre en todos sus discursos.

Decente y decoroso en sus palabras, sólido en sus réplicas, exácto en sus asertos, hizo conocer lo profundo de su saber.

En vano interesados periodistas se empeñan en denigrar su conducta, en deprimir su mérito, en desacreditar sus acciones, en inventar defectos personales, que no tenía.

Qué importa que se atrevan á llamarlo *desagradecido por carácter; anárquico por interés; díscolo por temperamento*, cuando todos sabemos, que no puede tener *carácter desagradecido*, él que se comide á vencer gravísimos peligros, para salvar la vida á dos ó más personas á quienes nada tenía que agradecer.

Tampoco será *anárquico por interés* el que rehusa ge-

neroso, varias veces grados militares de alto rango, sin embargo de tener quince años de coronel y ser el decano de su clase, cuando se los ofrecian. Ni él que lucha denodado por defender la ley, la libertad de la América y los derechos de los ciudadanos, será jamás *díscolo por temperamento*. El señor Dorrego, supo vindicarse de estas ridículas imposturas, confundió á los que las escribieron sin saber lo que decían y sin más razón que halagar servilmente las pasiones y enconos de sus amos.

Entónces, triunfó victoriosamente de todos sus poderosos enemigos; triunfó con sus escritos en el público, con sus sólidos discursos en la tribuna.

Ellos pudieron contener el torrente de males, que ya nos inundaba y evitar el torrente de sangre americana con que nos amenazaba el descontento general de las provincias. Ellos, en fin, obraron el portentoso prodigio de que hiciera la prudencia en armoniosa quietud, con una expontánea, terminante, decidida renuncia, lo que tal vez hubiera hecho la fuerza con un despecho lastimoso.

El mes de junio de mil ochocientos veintisiete vimos todos la crisis política de un cambio inesperado. Este grande acontecimiento, sobre que la historia llenará muchas páginas con honor del señor Dorrego y que yo no puedo ahora detallar, tuvo el resultado de restablecer la representación de la provincia, que había sido disuelta del modo más absoluto y degradante, el ocho de marzo del año anterior. Esta augusta, honorable corporación no desconoce lo que debe la provincia de Buenos Aires, al talento y principios del señor Dorrego, y su primer paso fué poner en sus manos la autoridad del gobierno y satisfacer la voluntad del pueblo agradecido, que le aclama. El día doce de agosto de mil ochocientos veintisiete, día memorable para Buenos Aires, por ser aniversario

de su reconquista, tomó posesión del mando de la provincia el coronel DORREGO.

En él nos hizo notar su *delicada política y su piedad cristiana*, como antes su profundo saber. No deslumbró al señor DORREGO lo elevado de su dignidad, ni el poder de su autoridad. Conoce como David, que necesita los auxilios de Dios para poder empezar y sostener su difícil carrera, y los implora con esta confesión humilde: «Si Dios no se digna guardar benigno mi provincia, serán inútiles todos mis cuidados—*nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*». Pide oraciones á las fervorosas esposas de Jesucristo, en los monasterios de esta ciudad; las socorre agradecido; no olvida á los religiosos mendicantes, ni á otras iglesias necesitadas. Se gloría de hacer pública su religion á los piés de los altares, confirma el testimonio de su fé ortodoxa tolerando las injurias y protegiendo con inalterable paciencia á sus mismos calumniadores, de quienes sufre todavía insultos audaces, que al menos debía castigar por la vindicta pùblica. Pero el señor DORREGO jamás pensó emplear su autoridad en subyugar, sino en moralizar; no en imponer leyes, sino en dar la libertad y la justicia al pueblo, que se iba desmoralizando. No faltó quien, al admirar esta conducta, dijese del señor gobernador DORREGO lo que dijo Virgilio: «*Sceptra tenens, mollitque animos et temperat iras.* «Su poder se ocupa en apagar el fuego de las pasiones y en templar la cólera de los enconos».

Fijar su atención en estas virtudes, al mismo tiempo que la ocupaban negocios de la más grave y urgente importancia, es la prueba inequívoca de su alma grande. Tal fué el vacío en que halló el Estado, que empezó á gobernar—ni caudal, ni crédito, ni moralidad, ni disciplina, ni nada.

Señores: nó, no soy yo el que lo digo. Lo dijo el muy exacto y público manifiesto que se pasó á la legis-

latura restablecida, firmada por los señores ministros de gobierno, porque á todos los ramos comprendía la nulidad. Lo dijo la voz pública de las provincias en sus quejas y clamores. Lo dijo la Inglaterra por su empréstito y contratos de minas. Lo dijo Francia y otros por sus gastos de emigración. Lo dicen las lapidaciones del erario en proyectos raros, impracticables é innecesarios. Lo dicen algunos sabios representantes.

Lo dicen todos. A pesar de esta falta de medios, el señor Dorrego hizo como por encantamiento lo que tal vez ninguno hubiera podido hacer.

Porque buscó á Dios, clamó á Dios, y el Señor le oyó y el Señor le protegió—*manus Domini erat cum illo.*

Ello es que vistió, ordenó y socorrió al ejército del Oriente. Pudo formar otro en el Norte. Proveyó la escuadra, premió, como nadie, el valor de su almirante y lo hizo brigadier general; tranquilizó y unió las provincias formó con sus diputados una convención en la capital de la de Santa Fé. Empezó á restablecer la línea necesaria de fronteras del Sud. No olvidó encaminar por la recta senda de las virtudes evangélicas á la juventud que se educaba. Yo mismo fuí el encargado de prepararla, para celebrar dignamente la Pascua del Señor, dándoles ejercicios espirituales á los dos colegios únicos que han practicado en algunos años. Apenas le indicaron las bellas disposiciones del soberano pontífice, el señor León XII, para acordar con los estados de América los importantes negocios de la religión, el señor Dorrego abrazó activamente el proyecto de ponerse en contacto y comunicación con la Santa sede apostólica. ¿Provincia de Buenos Aires, has formado ya una cabal idea de lo que le debes á tu honrado, benéfico y piadoso gobernador el señor coronel Dorrego? Pues él todavía quiere darte mucho más. Quiere darte un bien sólido, un bien inestimable, un bien del cielo—quiere darte la

paz! La paz, señores. ¡La paz! ¿Sabemos lo que es la paz? La paz es la misma justicia. La guerra nunca es justa sino cuando tiene por objeto consolidar la paz.

Solo la ley de Dios hace disfrutar de la verdadera paz —*paz multa diligentibus legem tuum.*—El señor Dorrego sabía como Jenofonte, que las guerras dilatadas terminan con la miseria y la destrucción de los dos combatientes. Sabía, como Marco Aurelio, que es más glorioso á la autoridad conservar á un solo ciudadano, que acabar con mil enemigos. Sabía como Plutarco, llamar divino al amor á la paz; sabía que Jesucristo hizo anunciar á los hombres, por misterio de ángeles, el día de su glorioso nacimiento, la paz que se dignó traernos del Cielo: que la dió y recomendó á sus discípulos, como la paz es uno de los mayores dones de la tierra. Por eso el señor Dorrego supo con su delicada política, preparar los caminos de la paz; elegir los ministros de la paz y conseguir una paz tan honrosa como inesperada, que se firmó en la corte del Brasil, el veintinueve de agosto de mil ochocientos veintiocho. Esta firma vale un millón de bienes, que nunca sabremos apreciar como corresponde. Las felices consecuencias de la paz son incalculables; pero las consecuencias de esta paz.... ¡Ah! sábia é inescrutable providencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son vuestros juicios! ¡Qué investigables vuestros caminos! Los buenos, los verdaderos patriotas, los honrados ciudadanos celebramos la paz; celebramos sus consecuencias; las celebramos con la más pura alegría de un corazón sincero. Mientras.... la envidia enconada, la cólera irritada, la despechada desesperación de los enemigos del órden, la ofuscación de los enemigos de la patria, de los enemigos de la verdad y de la razón, de los enemigos del señor Dorrego, reunidos en sus disimulados sanedrines, al admirar exaltados este gran suceso que jamás pudo ocurrirles supiese combinar aquel que siem-

pre habían despreciado, se preguntarían confusos ¿qué haremos con este hombre, que hace tantas maravillas?—*quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* —En ese momento de irritación se alarman todos los descontentos; se agitan las más innobles pasiones, calumnias, desprecios, manejos, seducciones, engaños, promesas, dineros, halagos, ilusiones — todo, todo: sino dirían, somos perdidos, y lo somos para siempre: nos quitan nuestro poder, nos quitan nuestro esplendor, nos quitan nuestros prosélitos—*tallent locum nostrum et gentem.* Nada de esto se le ocultaba al señor gobernador Dorrego; pero su alma generosa y cristiana no le permitia dar un solo paso con que apareciese vengativo, ni aún riguroso. No pudo jamás persuadirse, que sus enemigos tuviesen una fiereza tan obstinada, que no solo no se aplacase con sus beneficios, sino que estos los irritase más. Entre tanto iban llegando las tropas que se retiraban por haber cesado la guerra. Fueron recibidas con el cariño de sus compatriotas y descansaron en los brazos de sus deudos, de sus amigos; en el seno de sus hijos y esposas; se les consideró desde luego, como á los victoriosos de *Ituzaingó;* se les vistió, se les socorrió y se les mandó ajustar de remate, se les llenó de aplausos y de obsequios; se dispuso un paseo militar y entrada pública triunfante, luego que se reuniesen y equipasen todos á este efecto; así que llegaron se les franqueó el erario público. ¿Qué más? El mismo gobierno señaló el día primero de diciembre para celebrar su venida, con un magnífico, espléndido banquete, correspondiente á tan digno objeto. Pue ese día.... Señores! Ese mismo día.... lo creería nadie —ese día destinado á obsequiar á los recién venidos jefes y respectivamente á los oficiales y tropa, amanecieron éstos armados y capitaneados por uno de esos mismos jefes, ocupando las plazas principales y bocacalles de esta ciudad, capital de la provincia, para derrocar la auto-

ridad legítima á nombre del pueblo. ¿Qué pueblo? La sorpresa hizo, que por no poderse sostener, prefiriese salir á la campaña á buscar tropas subordinadas y con disciplina. Antes de dos horas circuló una proclama que declara caducas de hecho todas las autoridades. ¡Qué consecuencias! ¡Qué escándalo! ¡Qué desolación! *Quanta in facinore sunt crimina!!!* – ¡Buenos Aires! ¿para esto has prodigado tus riquezas y tu sangre? ¿Esta es tu libertad? ¿Esta tu independencia? ¿Esta tu civilización? ¡Militares! ¿Cómo tolerais manchar vuestro honor, marchitar vuestros laureles? ¡Qué! ¿un solo golpe lo desquicia todo? ¡Ciudadanos! ¿en un solo momento nos hemos embrutecido? ¿Sin ley, sin derechos, sin garantías, sin instrucciones—somos reducidos á una horda de salvajes? ¡Día primero de diciembre de mil ochocientos veintiocho, tu memoria será execrable!!! Agentes de este desórden, el Cielo os castiga. Miserables! Sois perdidos. ¡Dios misericordioso, no les perdais en la eternidad! Señores! De todas las revoluciones que ha sufrido la patria, ninguna ha sido ni más profundamente malvada y perversa en sus principios, ni más lamentablemente funesta en sus resultados, que la del día primero de diciembre de mil ochocientos veintiocho, en Buenos Aires.

En sus principios, la astucia y el engaño del orgullo ambicioso alucinó á unos por su ignorancia, ganó á otros por su codicia y venalidad, precipitó á los que fiaban de su espada impotente. En sus consecuencias, no ya enemigas manos, sino las de los mismos hijos de la patria difundían la desolación y el estrago. Por todas partes vimos la patria armada contra la patria; los pueblos contra los pueblos, los hermanos contra los hermanos. Jamás fuimos víctimas de más horrorosos atentados! El erario público, las propiedades particulares se destinan para sostener la rebelión; se prodigan para premiar la audacia y el atolondramiento. Los antiguos amantes, hijos de la pa-

tria sollozábamos aflijidos, repitiendo con Jeremías: «Hemos perdido á nuestra patria; ya no tenemos madre»—*pupili factis sumus.*—Y cuando vimos armados á los delincuentes sacados de nuestros calabozos; cuando vimos armados á los extranjeros y á nuestros mismos tiranos; cuando vimos en la plaza principal de Buenos Aires, entre vivas y aclamaciones, á los que decían en tono de triunfo en sus reuniones: no nos cansamos de matar—¿y á quién mataban?

Señores: á nuestros compatriotas, á los hijos de Buenos Aires, á nuestros honrados labradores, á nuestros pacíficos ganaderos—alzábamos el grito con el mismo profeta:

¿Hasta los extraños nos han de dominar? ¿Han de ser dueños de nuestras propiedades, de nuestras casas, de cuanto tenemos? *Alieni dominati sunt nobis: hae reditas nostra versa est ad alienos; domus nostra ad estraneos?*

Y al ver arrebatados del seno de sus honradas familias á muy respetables ciudadanos, privados de comunicación y desterrados sin oirlos, ni decirles adónde, ni porqué, desfallecidos caimos confundidos con nuestro oprobio; decayó el gozo de nuestro corazón; se obscureció la brillantez de nuestro ojos y la piel de nuestro semblante se vió estenuada, pálida y macilenta—*defecit gandiuni cosdis nostri, contenebrati sunt oculi nostri: pelis nostra exusta et.* No nos consolaba ni aún la esperanza. La tuvimos los diez primeros días en el señor Dorrego. Bien pronto la perdimos. Él era el objeto de sus iras. Él debía morir. Así fué que, desde el contraste que sufrió el día nueve, en los campos de Navarro, todo fué correlativo; ni las garantías más seguras, ni la respetable mediación de los ministros extrangeros bastaron á salvarlo. En la dispersión que sufrió, busca un asilo entre sus mismos compañeros de armas, entre sus amigos, entre los que le habían prestado su más

sincera adhesión y subordinada obediencia, y á quienes acababa de beneficiar con grados y dinero. Pues esos mismos, con la mayor audacia, con la más impía y negra traicion, le desárman, le arrestan, le entregan—Y sin juez, sin causa, sin demora le intiman que vá á morir en el término de una hora. Contesta con denuedo: ¿Cuál es mi delito, qué ley me condena? Que..... pero no diga Vd. nada....Mi Dios á quién adoro lo dispone: esto basta. Su santa religión me proteje, me fortalece ..... aprovechemos el tiempo.... «Entonces, pide á Dios perdón de sus miserias á los pies del ministro de reconciliación. Pide, como San Estéban, el perdón de sus enemigos, á quiénes abraza de corazón y recomienda que nadie les persiga absolutamente, se despide con ternura, por escrito, de su amada esposa, de sus inocentes hijas, amigos y parientes, dándoles ejemplos de su cristiana piedad, Pone á cubierto el honor de su patria. «No es Buenos Aires—dice por medio de su hermano á los señores ministros extranjeros—no es Buenos Aires quién ha manchado su historia con el feo borrón de este atentado». Honra, por último, las heridas con que derramó su sangre cinco veces por defender á su patria: las enseña á sus verdugos con serenidad; le manda con firmeza que las respete, y al recibir las que van á abrirle sus amigos, sus súbditos, sus compatriotas, puede decir con confianza: «Este sacrificio que hago á Dios de mi vida, me hará agradable á sus divinos ojos en la región de los vivos—*placebo Domino in regione vivorum*». Si las primeras heridas le llenaron de honor en la tierra, las que recibe ahora, creo le darán honor y gloria en el cielo. La muerte del señor Dorrego, el día trece de diciembre de mil ochocientos veintiocho, á las siete de la tarde, fué obra de las tinieblas; se anticiparon en ese momento, porque el sol, por no verla, escondió su luz bajo una negra nube. Ella fué el primer luto con que

habia de ser llorada, por haber sido una muerte violenta, una muerte injusta. Por esto os dijo, que la lloraría todo el mundo por una compasión reflexiva, según su mérito.

Que la lloraria la América, por su patriotismo: que la llorará la provincia de Buenos Aires, de que fué digno gobernador, por su gratitud y reconocimiento.

Pueblo de San Fernando, pueblos de toda la campaña: sólo vuestra honradez, vuestro acendrado patriotismo, vuestro juicio, vuestro valor, vuestro amor á la quietud y al órden; vuestro respeto á la ley y vuestra adhesión y obediencia al muy apreciable y benemérito ciudadano, el señor don Juan Manuel de Rozas, á quien debemos repetidas veces el restablecimiento de las instituciones, de la quietud y del sosiego. Yo os felicito á nombre de la patria por vuestros triunfos; os anuncio reconocido, que siempre los tendreis, cuando defendais la verdad, la razón y la justicia. Cuando las defendais en el nombre de Dios y teniendo presente, que hay mucha diferencia del agresor injusto al que defiende sus derechos, su familia y sus propiedades; el primero es un tirano opresor; el segundo es un poseedor pacifico, es un respetable ciudadano, á quien Dios mira compasivo, oye benigno y proteje justo—*oculi Domini super justus, et aures ejus ad preces eorum*. Ahora, unid vuestros votos con los de toda la provincia á los de su capital; unid vuestras lágrimas á las del gran pueblo de Buenos Aires: él las derrama agradecido llorando la muerte violenta, la muerte ilegal, la muerte injusta de su sábio, político y piadoso gobernador, el exmo. señor don Manuel Dorrego. Llora, porque ha perdído en él un amigo, un ciudadano, un compatriota honrado y bienhechor; ha perdido un valiente y generoso guerrero; ha perdido un sábio orador, un político delicado, un magistrado fiel, un padre de la patria, un gobernador cristiano. Su justicia eterniza su memo-

ria—en vano han querido obscurecerla sus émulos. La Providencia ha hecho que ellos mismos hayan justificado su causa, le hayan exaltado, hayan eternizado su nombre *in memoria æterna erit justus, ab auditione mala non timebit.* Al contrario, á los que causan el mal, Dios no los pierde de vista, para que se olvide hasta su memoria—*oculi Domini superfacientes mala, ut perdat de terra memoriam eorum.*

He concluido, señores. Nada he dicho que no sea público y conste de un modo auténtico. Sólo resta, ¡Oh Dios clemente y misericordioso! que perdoneis á los que han causado tantas desgracias, y que pues os habeis dignado recibir hoy sobre las aras de este altar, la sangre inocente del cordero inmaculado. Jesús, vuestro divino hijo en sacrificio por el alma de vuestro siervo, nuestro muy amado gobernador, el señor don Manuel Dorrego, recibais también nuestras lágrimas, nuestras afectuosas súplicas, con que humildes os pedimos su eterno descanso —*requiescat in pace.*—Amen.

APUNTES BIOGRAFICOS

POR

PEDRO I. CARAFFA

Dr. DIEGO ESTANISLAO ZAVALETA

Hijo de la provincia de Tucumán y descendiente de una familia distinguida, pasó al convento de Santo Domingo de Buenos Aires á hacer sus estudios.

Después de haber cursado lógica allí, incorporábase al real Colegio de San Carlos, asistiendo á las aulas de filosofía y teología donde sostuvo brillantemente una tésis canónica dedicada al obispo diocesano doctor Manuel Azamor y Ramírez.

En 1795, ya graduado doctor en teología, se le designó para dictar la cátedra de filosofía (11° curso), que desempeñó hasta 1797, teniendo discípulos aventajados, que más tarde figuraron de una manera señalada en el gran movimiento de nuestra regeneración política al que él se asociára con verdadero entusiasmo

En el mismo año, dictó también una cátedra de física general, escribiendo un tratado voluminoso de esta ciencia. En 1810, era profesor de teología.

Fué un cooperador decidido á la adopción del sistema lancasteriano en los establecimientos de educación.

Electo diputado por la provincia de Buenos Aires, en 1817, al Congreso de Tucumán, cedió su dieta á favor del tesoro público, ocupando la vicepresidencia de aquella asamblea, desde el 1° de octubre al 4 de noviembre. Miembro del congreso general constituyente instalado en Buenos Aires, en 1824, trabajó con tesón en pro de la organización nacional bajo el régimen unitario, en las filas de cuyo partido militara conspicuamente, habiendo marchado, á principios de 1823, comisionado por el gobierno á llevar bases de paz y de unión á las provincias de Córdoba, San Luis, Mendoza y La Rioja.

En 1835, votó contra las facultades extraordinarias concedidas por la sala de representantes de la provincia de Buenos Aires al gobernador don Juan Manuel Rozas.

En el ejercicio del ministerio sacerdotal, fuéronle confiados puestos importantes en la administración de la iglesia. Vicario general castrense; canónigo magistral de la catedral de Buenos Aires; dignidad de maestrescuela; provisor y vicario capitular; gobernador de la diócesis en sede vacante. La muerte le arrebató en las funciones de presidente del senado del clero, el 24 de diciembre de 1842.

Dr. JUAN ANTONIO NEIROT

Nació por el año 1770, en la ciudad Santiago del Estero.

Inclinado desde tierna edad á la carrera eclesiástica, que abrazára con fervor, cursó sus estudios ventajosamente hasta

terminarlos en la famosa universidad de San Carlos de Córdoba, obteniendo el grado de doctor en teología.

Al estallar, en 1810, la revolución de la independencia, el presbítero NEIROT ejercía su ministerio en aquella ciudad, donde fué un sostenedor infatigable de los principios proclamados, el 25 de Mayo en Buenos Aires, conquistando numerosos prosélitos con su palabra persuasiva y entusiasta.

Más tarde, en 1820, el doctor NEIROT cooperó eficazmente á la erección de su pueblo natal en provincia autónoma; empero opositor decidido, en 1827, al gobierno del general Juan Felipe Ibarra, sufrió sérias vejaciones viéndose obligado á salir de allí y emprender una larga peregrinación por las provincias de Tucumán, Catamarca y Córdoba.

Quebrantada su salud; cansado de tanto luchar y pobre, habiendo gastado la mayor parte de su fortuna en los trabajos en pro de la causa de la libertad, buscó, por fin, en 1834, reposo en el curato de Ancaste, en la provincia de Catamarca, en cuyo desempeño dejó de existir, en 1836.

DR. JOSE AGUSTIN MOLINA

El Iltmo. Molina nació en la ciudad de Tucumán el 20 de agosto de 1772.

Recibió el grado de doctor en teología en 1795, en la universidad mayor de San Carlos de Córdoba.

S. S. Gregorio XVI en reconocimiento á sus virtudes, su ilustración y sus excelentes aptitudes para el manejo de los negocios eclesiásticos, en 1836, le preconizaba obispo de Camaco—*in partibus infidelium*, y vicario apostólico de la diócesis de Salta.

Anteriormente desempeñó los cargos de vicario foráneo y juez de diezmos de Tucumán.

A sus encomiables esfuerzos se debe en la plaza principal de esa ciudad la erección de la iglesia matriz.

Por fallecimiento del obispo, doctor Nicolás Videla del Pino, se le elevó á la silla episcopal de Salta.

Pro-secretario del congreso nacional de 1816, fué uno de los hombres que trabajaron con ahinco en pro de la declaración de la independencia, que se efectuó solemnemente en la sesión del 9 de julio de ese mismo año.

Molina además de ser orador fué poeta, habiendo dedicado un canto al general José de San Martín denominado *La jornada de Maipú*.

La muerte ocurrió en su ciudad natal, el 1° de octubre de 1838.

DR. DOMINGO VICTORIO DE ACHEGA

Nació á fines del Siglo XVIII.

Comenzó sus estudios en el real Colegio de San Cárlos de Buenos Aires, terminándolos en 1810.

Dedicado al magisterio, carrera de su predilección, desempeñó en 1814 una cátedra de filosofía en aquel mismo instituto,

habiéndose ya distinguido en la causa patriótica como miembro de la asamblea provisional de las provincias Unidas del Río de la Plata, á la que se incorporó el 4 de Abril de 1812. Tocóle también ser miembro de la comisión reformadora del estatuto provisorio en 1816 y electo diputado al Congreso en 1817, por la Provincia de Buenos Aires, en reemplazo del doctor José Darragueira ocupando, desde el 4 de noviembre al 1° de diciembre, la vice presidencia de dicho cuerpo.

Afanoso protector de la educación de la juventud, pues llegó hasta contribuir con su propio peculio al efecto, el Director supremo, general Juan Martín de Pueyrredón le nombraba, en 1818, primer Rector del Colegio de la «Unión del Sud».

Provisor y Gobernador del Obispado en Sede vacante de la diócesis en 1816 á 1817, defendió enèrgicamente los intereses morales del clero.

Mezclado en el movimiento subversivo, de 1823, se le tomó preso y entregado á la justicia ordinaria, sufrió un severo castigo, fulminándose contra él sentencia de siete años de destierro que no los cumplió, pues lanzado de nuevo á la vida política, marchó en 1827, como representante por la provincia de Buenos Aires, á la Convención Nacional reunida en Santa Fè.

Falleció en la ciudad de Buenos Aires el 1° de abril de 1859 en ejercicio de tercera dignidad del Senado eclesiástico.

Dr. GREGORIO FUNES

Nació en la ciudad de Córdoba el 25 de mayo de 1749.

Adquiridos los primeros rudimentos de saber, ingresó en el famoso colegio de Monserrat de esa misma ciudad, en 1762, dedicándose á la carrera eclesiástica.

En 1773, recibía la ordenación sacerdotal y en 1774, graduábase de doctor en sagrada teología en la universidad.

Dotado de una inteligencia clarísima y amante del estudio, se trasladó á España, en 1775, para frecuentar aulas de jurisprudencia en la universidad de Alcalá de Henares, donde obtuvo, en 1778, el título de bachiller en derecho civil.

En 1779, se recibía de abogado de los reales consejos en la Corte, después de haber rendido un exámen riguroso.

De regreso á Córdoba, en 1780, tomó posesión en la catedral de una canongía de merced que el rey Cárlos III le concediera, en 1778, cuando seguía en la Cámara de Indias la práctica de abogado.

En 1787, se le nombró juez de concurso en el cabildo eclesiástico de Córdoba á fin de que por sí solo dispusiese, dividiese y proveyese los beneficios vacantes; en 1791 se le promovió á maestre-escuela de la catedral de Buenos Aires, empleo que no aceptó por razones justificables. En 1793, provisor vicario general y arcediano del obispado de Córdoba; en 1804, deán de la catedral, habiendo quedado acéfala esa diócesis por el fallecimiento del obispo Angel Mariano Moscoso, fué llamado á ejercer las funciones de gobernador y vicario general. Por largo tiempo fué también juez mayor de diezmos y examinador sinodal.

Rector del Colegio de Monserrat, en 1807, y de la universidad en 1808,—bajo su dirección esos dos establecimientos recibieron un impulso notable de adelanto moral y material. En ambos implantó un plan nuevo de enseñanza, que produjo resultados proficuos: en ellos se educaron jóvenes de las provincias que componían el antiguo virreinato del Rio de la Plata y aún del extranjero, que descollaron posteriormente en la magistratura, en la política, en la diplomacia, en la milicia, en las ciencias y en las artes.

El doctor Funes fué un gènio tan benéfico para la universidad de Córdoba elevada al rango de mayor por real cédula de 1° de diciembre de 1800, que versado en las ciencias sagradas y profanas, fomentador de las bellas letras, conocedor de los progresos modernos, que apreciaba en su justo valor, é imbuido en el espíritu del siglo XIX llegó hasta fundar en ella una cátedra de aritmética, álgebra y geometria á expensas de quinientos pesos anuales sobre su patrimonio.

En reconocimiento á los importantes servicios prestados por el doctor Funes á esa institución, se le confirió en 1817, el nombramiento honroso de Protector.

La revolución de la Independencia estallada en Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810, le contó entre sus más decididos sostenedores.

Diputado por Córdoba, á mediados de 1810, el congreso que debía reunirse en Buenos Aires á fin de tratar acerca la forma de gobierno que más conviniese á la nación, habiéndose resuelto la incorporación de los diputados por las provincias á la Junta, creando así una nueva, en cuyas deliberaciones podían tomar parte aquellos, él se incorporó también asumiendo la redacción de la *Gazeta de Buenos Aires* en reemplazo del doctor Mariano Moreno.

Retirado Funes del escenario político después de haber sufrido una prisión de algunos meses, siendo acusado por el nuevo gobierno, constituido bajo un triunvirato, de estar complicado en un movimiento revolucionario de reacción, se entregó al laborioso empeño de escribir un *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, obra que le tomó mucho tiempo y que le impidió, por consiguiente, aceptar la designación que se hiciera en su persona de representante por provincia de Córdoba al Congreso General Constituyente que se instaló en Tucumán, en 1816.

Pero el doctor Funes más tarde volvió á la vida pública.

Electo diputado por Tucumán, en 1818, al Congreso reunido en Buenos Aires, le cupo redactar el manifiesto que ese cuerpo lanzára á la publicidad, en 1819, al sancionar la Constitución nacional

En 1822, fué redactor de los periódicos denominados «*Centinela*» y «*Abeja Argentina*»; en 1823, de «*Argos*», órganos todos literarios.

En ese mismo año se le nombró agente de negocios de la República de Colombia cerca del gobierno de Buenos Aires.

En 1824, representó á su provincia natal en el Congreso General Constituyente en Buenos Aires.

Amigo de los generales Simón Bolivar y Antonio José de

Sucre, éstos, en 1825, le dieron el nombramiento de dean de la catedral de la Paz, en la República de Bolivia, que él aceptó designando á un apoderado para que se recibiese de dicho cargo.
La muerte le sorprendió el 10 de enero de 1829.

Fray PANTALEÓN GARCIA.

El doctor Garcia nació en 1757, en Buenos Aires.
Desde muy temprana edad, vistió el hábito de la orden franciscana, cursó provechosamente sus estudios hasta coronarlos, en 1786, en la famosa universidad de Córdoba, con el grado de doctor en teología. De 1781 á 1807 fué lector de esta ciencia y cánones en aquel establecimiento del que le cupo, en 1805 ser nombrado rector, habiéndolo sido también del colegio convictorio de Nuestra Señora de Monserrat.
Poseía una sólida instrucción para su tiempo, y adornado de relevantes cualidades, se le miró con sumo respeto en el obispado de Córdoba, del que le fueron conferidos los cargos de examinador sinodal y de teólogo consultor en las sillas de oposición en la catedral
Orador elocuente, de expresión viva, penetrante, una colección de sus sermones panegíricos fué publicada en Madrid, en 1805.
Adicto á la causa de la independencia, hizo resonar su voz patriótica en los templos, en las ocasiones que fué solicitado.
Fr. Pantaleón Garcia, lector jubilado dos veces, prestó importantes servicios á la orden religiosa á que pertenecía.
Murió en 1827.

Dr. PEDRO IGNACIO de CASTRO BARROS

Era oriundo de Chuquis, aldea de la provincia de la Rioja, donde vió la luz el 30 de julio de 1777.
Inclinado al sacerdocio, ingresó en 1790 en el seminario conciliar de Nuestra Señora de Loreto de Córdoba, señalándose allí por su contracción al estudio y por su clarísima inteligencia. En 1800, se le confería el grado de doctor en teología en la universidad de San Cárlos y recibía también la sagrada ordenación de manos del entonces obispo diocesano Angel Mariano Moscoso. Más tarde graduábase de bachiller en derecho civil.
Muy jóven se dedicó al magisterio enseñando el latin. En 1803, desempeñó el cargo de pasante de leyes en la universidad de Córdoba: en 1804, fundó en la Rioja un colegio que dirijió personalmente, dictando en él cátedras de filosofía y de latín: en 1809, se le nombró profesor de filosofía en dicha universidad y conciliario á principios de 1810.
Examinador sinodal, misionero apostólico, cura rector y vicario foráneo de la Rioja, emprendió en esa ciudad la construcción de una nueva iglesia matriz, que en 1813 se inauguró.
La revolución de nuestra emancipación política le contó en-

tre sus más entusiastas sostenedores, poniendo al servicio de ella su influjo y sus talentos.

En 1813, cúpole representar á la provincia de su nacimiento en la Asamblea general constituyente, reunida en Buenos Aires, á la que se le eligiera diputado. En 1815, marchó en comisión con el general Juan Ramón Balcarce ante el ejército libertador, que operaba en el Alto Perú, á fin de obtener su pacificación, por la anarquía en que se hallaba envuelto. Diputado por la Rioja al congreso general constituyente que se instaló, en 1816, en la ciudad de Tucumán, signó á nombre de aquella provincia el Acta de la declaración de la independencia argentina. Asocióse á todas las grandes deliberaciones de esa corporación, cuya presidencia ocupara, desde el 2 de mayo al 1° de julio de 1816 y desde el 1° de octubre al 4 de noviembre de 1817.

Cura rector y vicario foráneo de San Juan de Cuyo, canónigo magistral de Salta, se le nombró en 1821 rector y cancelario de la universidad mayor de San Cárlos de Córdoba, siendo reelejido en 1825. Bajo su dirección ese establecimiento cooperó eficazmente á la realización de dos obras trascendentales—la introducción de la única imprenta que tuvo Córdoba hasta 1852, despues de la primera que trajeron los jesuitas, en el siglo XVIII, y la creación de las escuelas de instrucción primaria, según el método lancasteriano, en toda la provincia.

Visitador eclesiástico de las provincias de Cuyo, en 1827, mereció en 1829 la designación de vicario capitular de la diócesis de Córdoba.

Durante el tiempo que ejerció tal destino, que fué hasta el 10 de mayo de 1831, prestó una cooperación importante al general José María Paz, en sus trabajos contra la tiranía del general Juan Manuel de Rozas, cuya ira se atrajo.

Tomado prisionero por el general Lopez, caudillo de la provincia de Santa Fé y aliado de Rozas, se le confinó al Chaco, y posteriormente se le despachó en un buque de guerra á Buenos Aires, donde sufrió tres meses de carcel, con duras vejaciones.

Recobrada su libertad, se le obligó á emigrar, trasladándose en 1833, á Montevideo.

Habiendo fijado pocos años despues, su residencia en Santiago de Chile, la muerte le arrebató el 17 de abril de 1849.

Fray FRANCISCO de PAULA CASTAÑEDA

Era oriundo de Buenos Aires, donde vió la luz en 1776.

Muy niño aun, en 1793, vestía el hábito de la Orden franciscana, cursando en el famoso colegio de San Carlos sus primeros estudios ventajosamente.

Trasladado á la universidad de Córdoba, obtuvo por oposicion la cátedra de filosofía en 1800 y le fué conferida la ordenación sacerdotal por el Iltmo. obispo diocesano Angel Mariano Moscoso.

Lanzado al periodismo, manifestóse el más fecundo escritor en el género caústico, satírico y picante que hasta entonces se conociera, en *El Americano*, *Despertador teofilantrópico-*

mistico-politico. Desengañador gauchi-politico, doña Maria Retazos, La verdad desnuda, etc., etc

En 1821 fué electo diputado á la legislatura de Buenos Aires, pero no quiso incorporarse.

Declarados, en 1823, sus escritos subversivos al orden, incendiarios é incitativos á la anarquía y que atacaban fundamentalmente la representación soberana de la provincia, se le condenó á cuatro años de destierro á Patagones, pero huyó á Montevideo en 1825, y consiguió pasar á Santa Fé. Allí reunió recursos con los que fundó una iglesia y una escuela en el paraje desierto, denominado el Potrero, en el Rincón de San José, dedicándose á la civilización de los indios. Más tarde abrió otros establecimientos de educación en el Paraná y San José, de Feliciano, recibiendo carta encomiástica del gobernador de San Juan, Salvador María del Carril, que le invitaba á ponerse al frente de la redacción de un diario en aquella provincia—análoga propuesta le hizo el gobernador de Corrientes, general Pedro Ferré, ofreciéndole además la dirección de una escuela: sin embargo CASTAÑEDA declinó agradecido á esas distinciones.

Falleció en el Paraná el 12 de marzo de 1832.

FRAY JUAN ESTÉBAN SOTO

Infructuosas han sido las investigaciones hechas para reunir datos sobre este sacerdote

Sabemos solamente que fuè lector en teología y cánones, de 1801 á 1807, en la universidad de San Carlos de Córdoba; que fué adicto á la causa de nuestra emancipación política; que en mérito á su saber y á sus virtudes se le elevó, en 1822, al cargo de guardián del convento de San Francisco en Buenos Aires.

DR. JULIAN SEGUNDO DE AGÜERO

Nació en Buenos Aires en 1776

Estudió filosofía en el colegio de San Carlos de esta ciudad, de 1791 á 1793. El 20 de diciembre de 1791, sostuvo conclusiones públicas de lógica, con general aprobación. Cursó también teología para graduarse en cánones hacia el año 1796. En 1801, rindió ante la audiencia pretorial el exámen facultativo, á objeto de inscribirse en la matrícula de abogados, cuya carrera parece no ejerció nunca.

Electo diputado, en 1821, á la legislatura de Buenos Aires, cúpole asumir la presidencia de dicha corporación. Militó en las filas del partido unitario, siendo uno de sus miembros más activos é influyentes. Como ministro de gobierno del presidente Bernardino Rivadavia, de 1826 á 1827, fué un colaborador infatigable en el plan de reformas administrativas y organización de la República, que aquél intentára llevar á cabo.

Caido Rivadavia, AGÜERO desapareció del escenario político hasta el 1° de diciembre de 1828, en que figuró entre los directo

res del movimiento militar, que encabezado por el general Juan Lavalle derribó del poder al gobernador coronel Manuel Dorrego

Disconforme con la *Concención* celebrada en Cañuelas, el 24 de junio de 1829, por Lavalle con el entonces comandante Juan Manuel de Rozas, resolvió emigrar á Montevideo. Allí desempeñó, en 1840, varios cometidos delicados, ya como simple miembro, ó ya como presidente de la *Comisión Argentina*. creada para combatir la dictadura de Rozas: fué aún delegado de la misma *Comisión* ante el ejército de Lavalle, en la campaña que terminó con el sacrificio de este general

AGÜERO dejó de existir en Montevideo el 17 de julio de 1851.

DR. FELIPE ANTONIO DE IRIARTE

Sacerdote erudito y de austeras costumbres, oriundo de la ciudad de San Salvador de Jujuy.

Doctoróse en sagrada teología, en 1782, en la universidad de Córdoba.

El presbítero IRIARTE fué cura de Tinguipaya, en el arzobispado de la Plata; provisor y vicario general del mismo.

Realista desde el primer momento en que estalló la revolución de la independencia, plegóse á esta posteriormente, prestandole importantes servicios.

El 6 de setiembre de 1816 se incorporó como representante por la Plata al congreso reunido en Tucuman, en cuyo seno su palabra fué escuchada con respeto y cuya presidencia le cupo asumir del 2 de octubre al 2 de noviembre.

Falleció en Córdoba en 1821, habiendo sido designado diputado por la provincia de Jujuy al congreso general, que debió instalarse en aquella ciudad, para tratar sobre la paz y la reorganización de la *Unión nacional*.

FRAY PEDRO LUIS PACHECO

Nació en la ciudad de Buenos Aires, el 17 de setiembre de 1762.

Perteneció á la Orden de religiosos franciscanos.

Hechos sus estudios con aprovechamiento y conferidosele la ordenación sacerdotal, dedicóse al magisterio, siendo lector en teología y cánones, de 1791 á 1800, en la universidad de Córdoba.

El 25 de mayo de 1810, al estallar la revolución, fuè de los que firmaron la petición elevada al Cabildo para el nombramiento de los ciudadanos que debían componer la Junta gubernativa.

Lector jubilado en 1817 y defensor mendicante en 1821.

En 1822 visitó las principales capitales de Europa, haciendo una ardorosa propaganda en pro del reconocimiento de nuestra independencia por los pueblos de aquel continente.

Falleció en Cádiz, á fines de 1822, ó á principios de 1823.

Dr. JULIAN NAVARRO

Nació en Buenos Aires el 16 de febrero de 1777.

Cursó filosofía en el real colegio de San Carlos, de 1793 á 1795, bajo la dirección del doctor Mariano Medrano. Obtuvo el grado de doctor en teología en 1801, en la universidad de Córdoba.

Ya ordenado sacerdote, en mérito á su fervoroso celo en el ejercicio de su ministerio, se le designó cura párroco de la iglesia del Rosario de Santa Fé, cargo que desempeñó, de 1809 á 1815, tocándole bendecir el 15 de abril de 1810, el nuevo cementerio, que á la sazón se abriera al servicio público, en los suburbios de aquella ciudad.

La revolución de la independencia encontró en él allí un sostenedor decidido: con tal motivo asistió al combate de *San Lorenzo*, el 3 de febrero de 1813, dando pruebas de valor; exhortando á los soldados al cumplimiento del deber para con la patria y prestando los auxilios espirituales á los moribundos. El entonces coronel don José de San Martín, en el parte que pasó al gobierno de la importante victoria reportada sobre las armas españolas en dicho combate, recomendó encomiásticamente al doctor Navarro.

El 1° de abril de 1815 se le nombraba capellán castrense del regimiento de artillería y, el 2 de mayo del mismo año, catedrático de vísperas de los *estudios públicos* en la ciudad de Buenos Aires.

En 1817 pasó á Chile con el ejército de los *Andes*.

El presbítero Navarro gozó de consideraciones y prestigio en Santiago de Chile, donde llegó á ser canónigo de la catedral y rector del Seminario en 1819, falleciendo á una edad avanzada en 1854.

Dr. MIGUEL CALIXTO del CORRO

Nació en la ciudad de Córdoba el 14 de octubre de 1775.

Cursó sus estudios en el Colegio de Monserrat y en la universidad de San Carlos, confiriéndosele el grado de doctor en teología en 1798.

Ordenóse sacerdote en 1800, y obtuvo, en 1803, en concurso público con mucho lucimiento, el puesto de magistral del cabildo eclesiástico.

Más tarde estuvo interinamente al frente del curato de la ciudad de Salta. En 1809 fué sucesivamente catedrático de teología en universidad, provisor, cura y canónigo magistral de la iglesia catedral de Córdoba. Por entónces, parece hizo circular allí un anónimo manuscrito, como llegado de Buenos Aires, en que disputaba y promovía entre sus conciudadanos las ideas de patria, libertad é independencia—documento que alarmára sobremanera al gobernador intendente Juan Gutierrez de la Concha.

Electo diputado en 1816 al Congreso reunido en Tucumán, tocóle ir á mediar por la paz entre Buenos Aires y Santa Fé, circunstancia que le privó signar el acta de declaración de la independencia nacional.

Retirado del escenario político, dedicóse sólo á los deberes de su ministerio y á sus estudios predilectos, hasta que en 1829 se le designó representante del gobierno de Santiago del Estero á la *convención ó junta* que se instaló en Córdoba, á objeto de acordar al general José María Paz facultades de director de la guerra.

En 1840 tuvo la desgracia de perder la vista.

En 1849 se publicó en Filadelfia una colección de sus sermones.

Correo murió poco después: no hemos podido encontrar la fecha exacta de su fallecimiento.

Dr. CAYETANO GONZÀLEZ

Nació en la ciudad de Salta el 7 de agosto de 1786.

Cursó los estudios adecuados al ejercicio de su ministerio, doctorándose en la universidad de Chuquisaca.

El Iltmo. doctor Nicolás Videla del Pino, primer obispo de la diócesis de Salta, le confirió la ordenación sacerdotal.

Párroco de Perico del Carmen, de Caldera y fiscal eclesiástico, desempeñó esos cargos con verdadero celo y espíritu evangélico.

Inteligente, bastante instruido para su época, descolló en la cátedra sagrada por su elocuente oratoria. En 1844, con motivo del gran terremoto ocurrido en aquella ciudad, que tanto pánico produjo á sus habitantes, el doctor González, en la plaza principal, desde un púlpito portátil y ante una enorme concurrencia, hizo oir su palabra confortadora y llena de fé en la misericordia de Dios, tomando por tema el siguiente versículo del salmo 50° de David: *Cor mundum crea in me Deus et spiritum rectum innova in visceribus meis*—crea en mí ó Dios, un corazón limpio, y renueva en mis entrañas un espíritu recto.

Siendo gobernador de la provincia de Salta el señor Manuel Antonio Saravia, este distinguido ministro de la iglesia fué obligado á emigrar á fines del mismo año de 1844, según se dice, más por causas personales que políticas.

No conocemos tampoco la fecha de su fallecimiento ni dónde aconteció.

Fray JOSÈ ZAMBRANA

Orador notable. Perteneció á la orden de los religiosos dominicos.

Doctoróse en sagrada teología, en 1791, en la célebre universidad de San Carlos de Córdoba.

Aunque oriundo de España, el P. Zambrana abrazó decididamente la causa de nuestra regeneración política, mereciendo ser nombrado el 22 de septiembre de 1810, capellan de la expedición á provincias. Puso al servicio de las armas patriotas á su único esclavo, Francisco Javier, traído de Malvinas, donde había sido capellán anteriormente, costeándole alimento y vestido de su propio peculio.

Dedicóse, con abnegación, á la educación pública de la juventud.

En 1812 se le otorgo título de ciudadano americano.

DR. JUAN IGNACIO DE GORRITI

Nació en la ciudad de Jujuy á fines del siglo XVIII.

Recibió una educación esmerada que completó, de 1781 á 1789, en el colegio de Monserrat, en Córdoba, entonces bajo la dirección de los religiosos de la Orden Franciscana. Allí cursó ventajasamente los estudios adecuados á la carrera eclesiástica, distinguiéndose e con el cargo de bedel y de enfermero mayor, por su seriedad y por sus sentimientos caritativos.

En 1790 obtenía en la universidad de San Carlos el título de doctor en teología.

Recibida la ordenación sagrada, se trasladó á ejercer el ministerio pastoral á Jujuy, donde no sólo gozó de autoridad moral por su celo ejemplar y su fervorosa piedad cristiana, sino tambien por las excelentes prendas de carácter que le adornaban su filantropía y erudición

El gran movimiento revolucionario de 1810, encontró en GORRITI un sostenedor entusiasta en el pueblo de su nacimiento; mereciendo ser designado, el 5 de septiembre del mismo año, como representante al congreso general convocado en Buenos-Aires para tratar sobre la forma de gobierno que fuese más conveniente adoptar en las provincias del rio de la Plata.

Habiendo quedado sin efecto la reunión del congreso, por razones que son notorias, incorporóse á la *Junta provisional gubernativa* constituida el 25 de Mayo, asociándose á las deliberaciones de ésta hasta que se produjo su disolución en 1811.

Fué canónigo de merced de la catedral de Salta, en 1813. y después arcediano; consejero de gobierno en Jujuy, en 1815, y vicario general castrense delegado en el ejército auxiliar que operaba en el Alto Perú contra las armas españolas.

Miembro de la legislatura de Salta, de 1821 á 1823, desempeñó la diputación por esa misma provincia, en el Congreso general constituyente, instalado en Buenos Aires de 1824 á 1827, descollando en él, por las nobles miras que le animaban acerca de los destinos de la patria y por sus dotes oratorias.

La popularidad de su crédito, su integridad, sus virtudes cívicas y privadas, le llevaron en 1829 á la primera magistratura de Salta, de la que descendió en 1831, no habiendo omitido esfuerzo alguno para mantener allí el orden y la paz, alterados á consecuencia de las contiendas fratricidas, instigadas por influjo del terrible caudillo general Juan Facundo Quiroga, aliado del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rozas, quien tenía á los pueblos del Plata envueltos en la anarquía.

El general José María Paz, jefe del ejército que abrió en el interior de la República la campaña á fin de destruir el poder opresor de los caudillos adictos á Rozas, nombró *ad honorem* al doctor GORRITI coronel de caballería en reconocimiento á los importantes servicios de éste á la causa nacional.

Los funestos sucesos que sobrevinieron en 1831, le decidieron á emigrar voluntariamente, buscando asilo en Bolivia, con tal

motivo escribió en 1834 un opúsculo cuyo título es: *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores en los nuevos estados americanos y exámen de los medios eficaces para reprimirlos.*

El presbítero Gorriti falleció en Sucre el 21 de Julio de 1842. Fué el primer rector del colegio de *Junín*, en dicha capital, en que contó con numerosas relaciones y se le miró con suma estimación.

Dr. JOSÉ VALENTIN GOMEZ

Era oriundo de la ciudad de Buenos Aires, donde vió la luz el 3 de noviembre de 1774.

Dotado de un clarísimo entendimiento, cursó latinidad con provecho en el real colegio de San Carlos de Buenos Aires, y pasó á la universidad de Córdoba á completar sus estudios, graduándose allí de doctor en sagrada teología el 21 de septiembre de 1795.

El 28 de mayo de 1798 obtenía el grado de bachiller en derecho civil y canónico en la universidad de Chuquisaca.

Deseoso de que se le confiriese el título de abogado se inscribió en la real audiencia de dicha ciudad y siguió la práctica adecuada, pero sin concluirla, pues prefirió dedicarse al magisterio; regresó al efecto á Córdoba, en cuya universidad dictó una cátedra de filosofía, de 1799 á 1882, teniendo discípulos aventajados, que más tarde descollaron en el gran movimiento revolucionario.

El doctor Gomez recibió la ordenación sacerdotal de manos del Ilmo. obispo de Córdoba, Angel Mariano Moscoso.

Fiscal eclesiástico de la diocesis de Córdoba, en 1797; canónigo magistral en 1803; cura de Moron, en la provincia de Buenos Aires, en 1804—fué tambien cura y vicario foráneo de Canelones, en la Banda Oriental del Uruguay, de 1809 á 1811.

Hallábase al frente de aquel curato al estallar el movimiento revolucionario el 25 de mayo de 1810, al que se adhirió con entusiasmo.

Asistió á la batalla de las *Piedras*, en que se portó con tal denuedo, que mereció ser mencionado muy honrosamente en el parte que se dió de la victoria.

Miembro de la asamblea general constituyente, reunida en Buenos Aires en 1813, fué uno de sus presidentes. Primer consejero de estado en 1814, se le designó en clase de agente de negocios en compañía del doctor Vicente Anastasio de Echevarria cerca del gobierno de Montevideo, para tratar sobre un armisticio, y pasó al campo del ejército patriota á cumplir otras comisiones.

De regreso á Buenos Aires, fué en 1815, una de las víctimas de la revolución que disolvió la asamblea general constituyente y derrocó el directorio, viéndose forzado á emigrar, á pesar que no resultaba contra él cargo alguno.

Repuesto por el nuevo Director supremo del estado, general Juan Martin de Pueyrredon, en 1816, en el empleo de canónigo de merced de la catedral de Buenos Aires, que, en 1812, se le confiriera—á fines de 1818 se le nombró enviado extraordinario cerca de las cortes de Lóndres y de Paris, en cuyo desempeño permaneció hasta 1821.

Miembro en 1822 de la junta de representantes de la provincia de Buenos Aires: fué nombrado á mediados de 1823, comisario de la corte de Rio de Janeiro, para reclamar la devolución de la provincia de Montevideo.

Incorporado nuevamente á la junta de representantes de la provincia de Buenos Aires en 1825, se le eligió diputado por la misma provincia al congreso general constituyento, á cuyas deliberaciones se asoció hasta 1827, en que se disolvió por la caida del presidente Rivadavia.

El doctor GOMEZ fué además, en 1811, catedrático interino de teologia en el colegio de San Carlos de Buenos Aires: en 1813 se le nombró provisor y gobernador del obispado, siendo reelejido en el mismo cargo, en 1721, y canónigo tesorero de la catedral.

En 1826 se le encomendó la dirección de la enseñanza pública, sucediendo al presbítero doctor Antonio Saenz, en el rectorado de la universidad, desde 1825 á 1830.

Falleció en la ciudad de Buenos Aires el 20 de setiembre de 1839.

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ

Nació en 1761, en San Pedro, pueblo en la provincia de Buenos Aires.

Iniciado en la carrera sacerdotal en 1777, vistió el hábito de la Orden franciscana, en el convento de Buenos Aires, en cuya escuela cursó estudios adecuados hasta trasladarse á Córdoba á fin de recibir la sagrada ordenación de manos del obispo José Antonio de San Alberto.

Muy jóven se dedicó al magisterio, dictando cátedras de filosofía y de teologia en la famosa universidad de Córdoba, desde 1781 á 1790. Posteriormente pasó al convento de San Francisco en Buenos Aires, donde además de esas asignaturas enseñó hermeneútica y física.

Deseoso de ilustrar á la juventud, esto es «formar hombres —como decia—para que fuesen útiles á la patria.» no omitió esfuerzo alguno para ello: tuvo discípulos aventajados, que más tarde han figurado brillantemente en el gran movimiento revolucionario de nuestra emancipación politica, siendo uno de aquellos el eminente patricio doctor Mariano Moreno al cual demostró un aprecio y afecto especial franqueándole las puertas de la biblioteca del convento y poniéndole en contacto con personas de su amistad, que le sirvieron para completar sus estudios en Chuquisaca.

Sacerdote austero, desempeñó con celo encomiable por el espacio de veinte años, el cargo de director espiritual de las monjas Catalinas y Clarisas: durante un lustro desempeñó también igual cargo en la Casa de Ejercicios.

El P. Rodriguez fué orador y poeta.

Precursor de la revolución de la independencia, las primeras canciones patrias que se cantaron por coros infantiles al pié de la pirámide á *Mayo*, fueron escritas por él.

En 1810 obtuvo el nombramiento de primer director de la Biblioteca Nacional, que á iniciativa y bajo el protectorado del

secretario de la Junta gubernativa, doctor Mariano Moreno, se fundó á la sazon en Buenos Aires.

Fué tambien, por entonces, que su comunidad le elijiera Provincial de San Francisco.

Mezclado en la politica, fué miembro de la asamblea electoral, en 1812 y 1813, de la asamblea general constituyente. En 1816 representó á la provincia de su nacimiento en el congreso reunido en la ciudad de San Miguel de Tucumán y que, el 9 de julio de ese año, declaró solemnemente la independencia nacional argentina. Signó á nombre de la misma provincia el acta que él labró.

A su pluma patriótica y galana se encomendó la redacción de las actas de las sesiones de aquella corporación, á cuyas trascendentales deliberaciones se asociara inspirado en el más santo amor por la causa de la libertad.

Alejado fr. CAYETANO del escenario politico, lamentando amargamente las turbulencias anárquicas que, en 1820, sumieron en el desquicio á la República, regresó al convento en Buenos Aires, para entregarse no solamente á tareas religiosas sino aún á literarias.

La reforma del clero sancionada el 21 de diciembre de 1822, angustió sobremanera su alma.

Falleció el 18 de enero de 1823.

FRAY JOSÉ IGNACIO GRELA

Orador sagrado y popular. Perteneció á la Orden de religiosos dominicos, de la que fué regente en el convento de Buenos Aires.

Unido el P. maestro GRELA á Domingo French y á Antonio Luis Beruti por amistad y comunidad de ideas, figuró en el grupo agitador de patriotas con que aquéllos dirijieron el verdadero movimiento insurreccional, que derrocó del poder al virrey Baltazar Hidalgo de Cisneros, por cuya deposición votara decididamente en la asamblea general, celebrada en el cabildo el 22 de mayo de 1810.

Fué miembro de la Lógia «Lautaro» fundada por el general San Martín para llevar á cabo trabajos secretos de carácter politico, relacionados con la causa de la emancipación americana.

Adicto al general Juan Ramon Balcarce, tomó parte en la revolución del 6 de marzo de 1820, contra el gobernador Manuel Sarratea, que elevó á aquél al mando supremo de la provincia.

Militó en las filas del partido federal y fué diputado á la legislatura en 1827 y 1828.

Desempeñó de 1829 á 1833 el cargo de director de la Biblioteca Pública.

Falleció el 4 de abril de 1834.

Dr. SANTIAGO FIGUEREDO

Estudió teología en el real colegio de San Carlos de Buenos Aires, de 1799 á 1800. Graduóse doctor en derecho civil en la universidad de Córdoba en 1815.

Nombrado capellán castrense en 1812, cedió su sueldo á favor del tesoro público.

Recolectó fondos para el ejército patriota.

Miembro de la asamblea general constituyente de 1818.

En 1828 fué promovido á la cuarta dignidad del senado eclesiástico de que era miembro.

Rector de la universidad de Buenos Aires, en 1830 y comisionado para dirijir la administración de la imprenta del Estado.

Diputado á la legislatura de la provincia de Buenos Aires en 1830 y 1831.

Falleció el 22 de febrero de 1832. Era oriundo de la Banda Oriental del Uruguay.

Dr. RAMÓN OLAVARRIETA

Nació á fines del siglo XVIII. Hizo sus estudios graduándose de doctor en teología en 1804, en la universidad de San Carlos de Córdoba.

La revolución de la independencia, á la que se adhiriera decididamente, le sorprendió estando al frente del curato del Espinillo, en la Banda Oriental del Uruguay. Con tal motivo, el 21 de diciembre de 1810 se le nombró capellan del regimiento de *Pardos* y *Morenos* que marchó á Salto Chico, Rio Negro y al sitio de Montevideo, prestó importantes servicios, ya exhortando á los soldados á no desmayar en el cumplimiento del deber para con la patria, ya asistiendo á los heridos, ó suministrando los auxilios espirituales á los moribundos.

Los soldados le llamaban *el padre patriota*.

El doctor Olavarrieta fué catedrático de filosofía en 1811, en el seminario conciliar de Buenos Aires: cura del partido de Lobos de 1814 á 1830; diputado por Buenos Aires, en 1831, á la Comisión representativa de los gobiernos litorales reunida en Santa Fé; cura de la parroquia de la Merced en Buenos Aires, de 1831 á 1835: miembro de la junta encargada de entender en los asuntos pendientes sobre patronato.

Por decreto de fecha 15 de abril de 1835, se le separó del curato de la Merced, por cusas políticas.

Dr. BARTOLOMÉ D. MUNOZ

Cursó filosofía en el famoso colegio de San Carlos de Buenos Aires, de 1777 á 1779, bajo la dirección del doctor Carlos García Posse.

Fué afecto al estudio de las ciencias naturales.

Poseyó una biblioteca de obras literarias y de botánica de autores selectos.

Ejerció el curato de San Salvador en el Espinillo, en la Banda Oriental del Uruguay.

Capellan, en 1813, del regimiento 6 que se halló en el sitio de Montevideo, levantó un plano de la posesión del ejército patriótа, por cuyo trabajo mereció felicitaciones del gobierno. Recoletó fondos para el sostenimiento de dicho ejército.

En agosto de aquel mismo año fué nombrado vicario general del ejército auxiliar del Alto Perú.

Donó á la Biblioteca pública de Buenos Aires «varias alhajas de literatura è historia natural»; los planos iconográficos de Madrid, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Montevideo con su perspectiva; el plano general de los rios de la Plata, Paraná y Uruguay con sus confluencias y comarca, delineado en 1811; otro de la línea que sitiaba á Montevideo, en 1814; la portentosa vista del Salto de Iguazú, y otros planos y gravados interesantes— un retrato del pontífice Pio VI, de cuerpo entero; varios objetos de historia natural é instrumentos para formar un gabinete.

Capellan mayor vicario subdelegado del ejército, en 1814.

Canónigo de la catedral de Buenos Aires, en 1818.

Publicó el *Desengaño*, de 1816 á 1817; el «*Dia de Buenos Aires*, en 1816; el «*Almanaque Pátrio*», de 1820 á 1829.

Compiló el tomo 1°. de las leyes y decretos de 1820 á 1823.

El 22 de marzo, de 1828, se le promovió á canónigo subdiácono al medio racionero reformado.

Carecemos de datos que precisen el lugar en que nació este sacerdote que prestó importantes servicios a la causa de la emancipación americana.

Falleció en Montevideo, el 28 de mayo de 1831.

APÉNDICE

Al Exmo. señor don Juan Martin de Pueyrredon, Director supremo de las provincias del Rio de la Plata, etc.

Señor.

La respetable persona de V. E. honró con su presencia mi adjunto discurso, dirigido á promover la concordia pública que las pasiones alteraron; y este favor ha sido realzado con el oficio de V. E. aprobatorio de mi ministerio en aquella ocasión distinguida.

Si algún mérito puede tener en sí este trabajo, es el de haber sido ejecutado bajo los deseos del venerable Clero, manifestados por su digno jefe el Señor Provisor, y uniformados á la magnánima disposición con que V. E. había templado los espíritus con su admirable ejemplo.

La revolución había visto muchos días de inquietud y de espanto; pero V. E, víctima noble de la persecución en algún tiempo desgraciado, estaba reservado para levantar el estandarte de la Paz, acaso cuando los detractores (que nunca faltan al mérito y virtud distinguidos) esperaban ver partir el rayo que les debía inmolar á la venganza del mismo lugar, de donde se promulgó el olvido de las injurias.

Este ejemplo digno sin duda de esos tiempos heroicos que la historia no cesa de presentar por modelo á las edades sucesivas, caracterizará la época del gobierno de V. E.; y cuando el astro luminoso de sus virtudes se perdiese con el transcurso de los sucesos, la posteridad recordará con gratitud el haber exortado prácticamente á la concordia.

Dígnese V. E. permitirme que le presente este pequeño obsequio, fruto de mi débil esfuerzo en calidad de sacerdote del Estado y de ciudadano. Si él no iguala á la elevación de la persona á que va dedicado, al menos pienso que será una señal

de gratitud, tan eterna como la conducta generosa de V. E. en asunto de tanto interés para la Patria.

Tengo el honor de firmarme de V. E. su más humilde atento Capellan Q. B. L. M. de V. E.

Buenos Aires, noviembre 22 de 1816.

DR. JULIAN NAVARRO.

Un gobierno que ve afirmada la justicia de sus sentimientos en la elocuente persuación de los ministros de Dios, puede contar tranquilo con el buen éxito de sus empresas. Los míos desde que fui el depositario de la confianza pública, se han visto decididamente empeñados en restablecer aquella armoniosa concordia que en años anteriores á nuestras turbaciones políticas hacían á nuestro suelo la morada feliz de la paz y ejemplo de la más cordial fraternidad. Cuando he visto á V. en el día de ayer á la presencia de este gran puebto unir con tanta sabiduría los intereses del Altísimo con los de la amada patria, exhortando á nuestros ciudadanos á que detesten y arrojen de su seno la hidra mortal de la discorde, me he llenado de la dulce satisfacción que manifiesto á V., tributándole las más expresivas gracias por la consonancia de sus afectos con los que me honro de abrigar en mi pecho para mejor desempeño de mis deberes y de la pública felicidad.

Dios guarde á V. muchos años.

Buenos Aires, noviembre de 1816.

JUAN MARTIN DE PUEYRREDON.

Exmo. Sr. D. Juan Martin de Pueyrredon:

Exmo. señor:

El oficio de V. E. del 18 del corriente me honra hasta un extremo, que no es fácil acertar á explicarlo; y la aprobación que contiene del empleo de mis pocos talentos en el asunto importante del día 17, es uno de los mejores premios á que puede aspirar la ambición de un orador público. Antes de recibirlo habia pensado unir á mi trabajo el ilustre nombre de V. E., y ahora lo verifico por prueba de mi profunda gratitud, esperando que esta libertad sea tambièn del supremo agrado de V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años. Buenos Aires, 21 de noviembre de 1816.

JULIÁN NAVARRO.

El exmo. señor Director ha recibido con fecha de 22 del corriente la carta dedicatoria del discurso sobre la concordia, que el día 17 del mismo, pronunció V. en la Santa Iglesia Catedral y me ha ordenado contestarle, como lo verifico, que así la naturaleza del obsequio como la buena voluntad del que lo dirige, le obligan á aceptarlo con aprecio y reconocimiento, y que esperando que sus edificantes exhortaciones producirán en el ánimo del público los sentimientos que inspiran, ha dispuesto su impresión.

Dios guarde á V. muchos años. Buenos Aires, noviembre 26 de 1816.

VICENTE LÓPEZ.

Sr. Dr. D. Julián Navarro.

VIVA LA PATRIA

Santiago, agosto 14 de 1821.

Señor Francisco Antonio de Escalada.

Mi venerado padre:

Ayer hemos tenido el inexplicable gozo de recibir la plausible noticia de la toma de Lima. Cayó al fin ese gran coloso al esfuerzo, valor y constancia de los libertadores de la Patria. El general La Serna salió con todo su ejército hacia la Sierra con el objeto de atacar á Arenales; único recurso que le quedaba en su desesperación: quedó abandonada la ciudad y entró en ella el general San Martín, el diez de julio, sin la menor oposición; antes más bien entre las aclamaciones del pueblo. El 15 se celebró cabildo abierto, jurándose en él la independencia, á la que subscribieron gozosos todos ciudadanos. Arenales oficia á San Martin que noticioso del movimiento que hacia él hácía el general Laserna, había tomado medidas tan activas que precisamente sería sacrificado por el patriotismo de todos los pueblos de la comarca, y por su mismo ejército. La barbaridad de los espa.

ñoles se hace más visible en medio de su humillación. Según la Gazeta de Lima del 21 de julio sabe que el enemigo en su retirada iba fusilando y degollando á todo el que no quisiese seguirle; esto lo comprobaban la posición de cadáveres que encontraba la división del ejército libertador que iba en su perseguimiento. Aún permanecen ochocientos hombres en el Callao que solo tenían víveres para seis días; y por consiguiente se verán en la precisión de rendir su su serviz á los héroes de *Chacabuco y Maipú*. Felicito á Vd., á mis queridos hermanos y amigos por tan plausible noticia. Contemplo la alegria de ese hermoso y heróico pueblo como que él sólo es la cuna de la libertad, y por consiguiente él solo capaz de discernir sus dulces y encantadores efectos. Aquí habrá misa de gracia el día 20, dia en que se cumple un año del embarque del ejército, y cumpleaños del Director. Predica el hijo de Buenos Aires, el desempeño de Chile, el canónigo Navarro. Yo le estoy actualmente escribiendo y creo tener el gusto de dictar la oración gratularia por el más completo triunfo de la patria.

Repito á Vd. mis felicitaciones dándole los más respetuosos plácemes y suplicándole conceda su bendición á su humilde hijo

MARIANO JOSÉ DE ESCALADA.

Agosto 22

El oficial que debió de haber ido con el oficio del Director que ese gobierno era Saavedra (1) Gobernador de Quillota; pero habiéndose excusado, y queriendo O'Higgins que fuese uno de Buenos Aires, envió los pliegos á Mendoza para que allí los tomase un tal Garcia que estaba en comisión y los condujese hasta esa ciudad. Esto se hizo con tanta precipitación que cuando se supo ya era tarde y me quedé en esta escrita y sintiendo que no hubiese sido de las primeras conductoras de los triunfos de la patria. Hoy hemos sabido, que sale correo (á los cinco meses) y tengo el gusto de aumentar esta, diciendo á Vd. que hasta ahora no ha ocurrido otra alguna particularidad. Antes de ayer se hizo la función de acción de gracia con un gran sermón que duró una hora trabajado y estudiado en seis

(1) Manuel Saavedra, argentino, hijo de don Cornelio Saavedra, Presidente de la junta gubernativa de 1810 y padre del general chileno del mismo nombre.

dias Creo agradaria á los señores chilenos porque les hizo un gran elogio (sin olvidar el mérito de los argentinos). El Director que es muy su amigo le hizo las mayores demostraciones de agradecimiento. Yo creo que le valdrá el pronto ascenso á Maestre-Escuela que le corresponde por escala y por justicia, pues por ser de Buenos Aires ha sido ya postergado dos veces. La función estuvo bastante solemne y concurrida; asistimos en cuerpo los doctores, de capelo, y después al besamano, que concluyó con sus arengas. Todos estos dias han sido muy lluviosos por esto no ha habido funciones públicas, pues ni aún la iluminación de la plaza se ha puesto; no sé si se postergaria.

Ayer he tenido carta de Inocencio por la que sé está bueno. No puede saber de este correo, por eso no escribo á Vd. Antenoche me dijo Campbell que iba á despachar un buque para Lima y que iba en él Inocencio, que con este motivo podría aprovechar yo esta proporción, é inmediatamente irme á pasear y ver aquella gran capital pudiendo estar de vuelta á los dos meses. Esta propuesta no dejó de alborotarme; pero temiendo que su admisión á pesar de serme útil me ocasionaría nuevos gastos, no me resolví á aceptarla. Mas haciéndome nuevas reflexiones, y considerando que la ida nada me costará, y quizá sea lo mismo la vuelta, que allí estaré cuando mucho uno ó dos meses, y que este tiempo lo he de pasar con Inocencio en cuya compañia muy poco gastaré, atendiendo por otra parte, á que este tiempo no tengo ocupación (pues el estudio del moral puedo hacerlo aun en la navegación) y viendo las ventajas que puedo reportar, ya para mayor instrucción, ya también porque el arzobispo puede tal vez tener extensión de facultades y ordenarme más pronto y agregando á todo esto mi génio curioso y poca edad, me he resuelto á ello, siempre que el viaje sea pronto y no me perjudique á mis órdenes y pronto regreso á esa.

Yo espero que sea de la aprobación de Vd. que atendiendo á los motivos que me han obligado no tomar á mal mi resolución. Con esta consideración es que voy á verificarlo. Veré á don Faustino Marres y si hay proporción haré por donde pueda recordarle los 500 pesos. Lograré á buen precio los cigarros que Vds. me encargaron y quizás alguna otra particularidad de las muchas que me dicen se trabajan allí. Yo espero que si logro allí la felicidad que en Chile, no me pesará este viaje, ni Vd. tendrá sentimiento.

Se me olvidaba decir á Vd. que el Arzobispo de Lima se ha declarado patriota. Ofició á San Martin diciéndole que él era

uno de los que más deseaban su entrada á la ciudad, y aún asegura que fué el primero que firmó el acta del Cabildo abierto. Dicen que pasa de 80 años pero que es muy sabio y virtuoso. Nuestro Obispo también ha felicitado por oficio al Director, parece que está muy bueno y que se imprimirá con su contestación. Con este motivo se asegura que vendrá á la ciudad y pontificará el 18 de septiembre, aniversario de la instalación de la Junta.

Deseo no tengá Vd. la menor novedad y repite sus bendiciones á su humilde hijo.

MARIANO JOSÉ DE ESCALADA.

ÍNDICE

PÁGS.

— Discurso pronunciado por el R. P. Fr. José Zambrana, en la apertura de la Academia de matemáticas de Buenos Aires, el 13 de septiembre de 1810 1

— Alocución ó arenga patriótica que para la apertura de la nueva Academia de dibujo pronunció el 10 de agosto de 1814 el ciudadano Fr. Francisco de P. Castañeda, individuo de la Sociedad filántropica de Buenos Aires 3

— Discurso que en la función celebrada por el señor provisor y venerable clero de esta santa iglesia catedral, el 17 de noviembre de 1816, para rogar por la Concordia, con presencia del exmo. señor Director Supremo y corporaciones del Estado, dijo el capellán del regimiento de artillería y catedrático de vísperas de los estudios públicos de esta capital, doctor Julian Navarro. 13

— Oración fúnebre que dijo el doctor don Juan Ignacio de Gorriti, canónigo de la santa iglesia catedral de Salta y teniente vicario general castrense del ejército auxiliar, en la iglesia de San Francisco, de Tucumán, el 11 de septiembre de 1816, con motivo de las exequias del coronel graduado don Diego González Balcarce, comandante del regimiento de Dragones del Perú, natural de Buenos Aires, que después de más de cinco años consecutivos de campaña en aquel ejército, falleció en los 30 de edad, el 22 de agosto anterior 37

— Oración fúnebre del señor don Antonio González Balcarce, brigadier general de los ejércitos de la patria en Buenos y Chile. jefe del E. M. G. del primero, regidor de la ciudad de la Plata, legionario de la legión de mérito de Chile, pronunciada en la santa iglesia

PÁGS.

catedral de Córdoba, el 1° de septiembre de 1819, por el P. Fr. PANTALEÓN GARCÍA, del Orden de S. Francisco 45

— Oración fúnebre que en las exequias del doctor don Juan Nepomuceno de Sola, cura de la parroquia de Monserrat, dijo el doctor don JULIÁN SEGUNDO DE AGÜERO, cura rector más antiguo del sagrario de esta santa iglesia catedral. 65

— Elogio fúnebre del benemérito ciudadano don Manuel Belgrano, ilustre miembro de la Primera junta gubernativa, capitán general de provincias y en jefe de los ejércitos auxiliares del Norte y Alto Perú, que dijo el doctor don JOSÉ VALENTÍN GÓMEZ, dignidad de tesorero de la iglesia catedral de esta ciudad, gobernador de esta diósesis, el día 29 de julio de 1821, en el que se celebraron sus exequias 93

— Elogio fúnebre del benemérito ciudadano, ilustre miembro de la primera junta gubernativa de las provincias del Río de la Plata y después general en jefe de los ejércitos auxiliares del Norte y del Alto Perú, don Manuel Belgrano, por fray CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ—escrito en 1821. 117

— Oración fúnebre del M. R. P. Fr. Cayetano José Rodríguez, del Orden de S. Francisco, lector jubilado, ex-provincial, examinador sinodal de los obispados de Buenos Aires, Córdoba Paraguay y Concepción de Chile y diputado del Soberano Congreso de Tucumán, en 1816, pronunciada en la iglesia de menores observantes de Córdoba, el año 1823, por el R. P. Fr. PANTALEÓN GARCÍA, de la misma Orden . . . 177

— Oración fúnebre pronunciada en las exequias del canónigo prebendado don José León Planchón, el día 20 de mayo de 1825, por fray IGNACIO GRELA. . . . 197

— Elogio fúnebre del gobernador y capitan general de la provincia de Buenos Aires y encargado de los negocios de paz y guerra de la República, coronel Manuel Dorrego, pronunciado el 21 de diciembre de

PÁGS.

1829, en la iglesia Catedral de Buenos Aires, por el doctor SANTIAGO FIGUEREDO. 219

—Elogio fúnebre que en honor del brigadier general y primer presidente de la República Argentina, don Cornelio de Saavedra, dijo el 13 de enero de 1830, en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes el doctor don RAMON OLAVARRIETA, cura vicario del Partido de Lobos. 251

—Oración fúnebre en memoria del Exmo. señor Don Manuel Dorrego, gobernador y capitan general de la Provincia de Buenos Aires, autorizado por todos los de la Unión para los negocios de paz y guerra. La dijo el canónigo don BARTOLOMÉ MUÑOZ, en la parroquia de San Fernando de Bellavista el 4 de enero de 1830, y la dan á luz unos patriotas de la misma parroquia. 273

—Apuntes biográficos por Pedro I. Caraffa. 299

—Apéndice 317